



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Colegio de Historia

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA ALTA CALIFORNIA MEXICANA,  
1846-1848.



Tesis que para optar al título de Licenciada en Historia presenta:

**María Luz Castelao y Guerrero.**

★ SET. 22 1989 ★

SECRETARÍA DE  
ASUNTOS ESCOLARES

FALLA DE ORIGEN

México, D. F. 1989.



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## LOS ULTIMOS DIAS DE LA ALTA CALIFORNIA MEXICANA, 1846-1848.

### PROLOGO.

El tema de este trabajo se eligió porque ha sido tratado en raras ocasiones por los historiadores mexicanos. Las escasas referencias al respecto son fragmentarias y dispersas. Fue preciso ir tomando datos en diversas fuentes para conformar un relato articulado y relativamente completo de este episodio de nuestra historia que sigue siendo para muchos mexicanos, a pesar de que han transcurrido más de ciento cuarenta años, una herida no cicatrizada.

Ya es hora de que demos un punto de vista mexicano acerca de este acontecimiento doloroso. Ese fue el objetivo principal del escrito que seguirá a continuación. Era necesario recurrir a textos norteamericanos y hemos aprovechado sus informaciones, pero abordándolo desde otra perspectiva. Esperamos no haber caído en el maniqueísmo de muchos de los autores yanquis, ni en el apasionamiento de los mexicanos, sobre todo el de los contemporáneos de los hechos. Ojalá se haya encontrado la buscada ecuanimidad.

El caso de California fue totalmente diferente al de Texas. Sólo tuvieron en común que cuando fueron ocupados por los Estados Unidos, ambos eran territorios colindantes con una potencia en crecimiento que los ambicionaba. En la Alta o Nueva California había pocos anglosajones. No les habían adjudicado tierras, como en Texas. Previamente se les requería la nacionalización a mexicanos. Claro que algunos adquirieron propiedades. Pero esto fue excepcional y eran pequeñas.

Por otra parte, la región era bastante inaccesible desde el este, donde existe una barrera natural de altas sierras nevadas y desiertos calcinantes y dilatados. El mejor camino para llegar a la región era por su parte meridional, desde el actual territorio de México, o por mar. Esto significaba una prolongada travesía por el Atlántico hacia el sur hasta tocar el Cabo de Hornos, doblarlo y luego volver al norte por el Pacífico. En el mejor de los casos, se podía desembarcar en algún punto de Centroamérica, cruzarla por tierra y en el otro océano zarpar en un barco que fuera hasta California. Este aislamiento proporcionó una excelente oportunidad a los marinos mercaderes, sobre todo a los de Nueva Inglaterra, quienes encontraron una fuente de aprovisionamiento de productos naturales, un trampolín para sus intercambios con el Lejano Oriente y las islas del Pacífico y una clientela cautiva y próspera: los californios. Obtuvieron permisos para realizar sus actividades y algunos se establecieron definitivamente en el territorio y se incorporaron de buen grado a la alegre y despreocupada sociedad de los hospitalarios hispanos. Ellos no fueron quienes

procuraron agregar la comarca a su nación aunque, cuando se suscitó el conflicto, muchos colaboraron con su gobierno. En todo caso, no representaban más que el 10% de la "gente de razón", es decir, alrededor del 5% de la población total del departamento -cuando se incluía a los indios- en el momento de la invasión yanqui\*.

¿Cuál fue la razón del expansionismo norteamericano? ¿Para qué querían más tierras en 1840 si ya eran dueños de la Louisiana y de las dos Floridas? Eso era un territorio desmesuradamente grande para sus 17 y medio millones de habitantes. ¿Para qué querían anexarse, todavía, California, Nuevo México y lo que hoy se llama Arizona? El pretexto del Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe no justifican que un pueblo pragmático y calculador se lance a una guerra que le costó más de 150 millones de dólares, diecisiete meses de lucha armada y nueve más de ocupación y, lo peor, más de 25,000 bajas. Dada la idiosincrasia de los anglosajones, los orígenes de la guerra con México serían más explicables por razones mercantiles. Una, tal vez la más importante, podría ser que el gobierno de Estados Unidos redujo su deuda pública, en 33 años, de 1783 a 1816, de 62 millones a sólo 123 mil dólares. Esta hazaña se había logrado vendiendo terrenos baldíos federales\*\*. ¿Quiénes iban a comprar esas tierras obtenidas con las conquistas bélicas? Principalmente, las primeras generaciones de descendientes de los inmigrantes europeos que habían llegado al continente en condiciones de extrema pobreza y dispuestos a afrontar cualquier sacrificio con tal de progresar económicamente. Por eso se fomentaba la inmigración y al que la aceptaba se le otorgaba el noble título de "americano" para que fuera sustituyendo a los que lo eran, desde siglos atrás, y que, a partir de entonces pasaron a ser, en el mejor de los casos, sub(no sud) americanos, al igual que sus congéneres indohispanos del resto del continente. Únicamente un grupo humano tan necesitado como el de los recién llegados europeos podía arriesgarse a los peligros y penurias que representaba un viaje a través del desierto y la montaña helada. Travesía que llegó a costar la vida a partidas completas de colonizadores. Junto con ellos, transitaban por aquellas apartadas sendas, cazadores, tramperos, aventureros, gente de la peor ralea, como es calificada en más de un escrito. Personajes que no tenían por que horrorizarse de los californios, con un nivel de vida y de educación muy superior al suyo. Se quiso

\* 680 extranjeros para poco más de 13,000 habitantes. Más datos de población adelante en c) del Capítulo 1. pp.

\*\* BAZANT, Jan. *Historia de la deuda exterior de México*. México. El Colegio de México, 1961. 2a. Ed. 1981. p. 51.

hacer, también, una semblanza de la sociedad de California. Conoceremos sus querellas políticas internas -entre primos-, su animada y tranquila forma de vida, opuesta a la de los que arribaban por la sierra y la reprobaban, pero a la que se habían adaptado perfectamente los antiguos residentes norteamericanos, que llegaron por el mar. Esta diferente manera de ver las cosas daba oportunidad para que los astutos y codiciosos anglosajones abusaran de la candidez e inocencia de los hispanos. Por ejemplo, las carretas solían llegar en otoño para que no se les expulsara de inmediato. El invierno en las alturas era muy crudo y podían perder la vida. A los católicos mexicanos -papistas, "hijos de Satanás"- se les había enseñado que una de las obras de misericordia era "dar posada al peregrino". La practicaban, los intrusos se quedaban y, durante todo el invierno, maquinaban la manera de residir definitivamente en la región. De todos modos, antes de 1846, no llegaron grupos tan numerosos como para alterar la proporción de extranjeros en el territorio.

Otros personajes del relato serán los californios, considerados los mejores jinetes del mundo, que desplegaron su valentía en los enfrentamientos contra los "gringos", a los que dieron un buen susto por subestimarlos. Lamentablemente, no les llegó la modesta ayuda enviada por México, aunque sí hubo mexicanos conscientes que se preocuparon por mandarla, como el general Anastasio Bustamante y otros. Frente a ellos, otros compatriotas se dedicaron a impedir que llegara. Mostraron su egoísmo y oportunismo. Posiblemente lo que el Supremo Gobierno les remitía era insuficiente para enfrentar a una tropa más numerosa, mejor pertrechada y respaldada por un capital, que faltaba a un país que estaba siendo víctima de una invasión extranjera. Más efectivo hubiera sido el apoyo de Inglaterra. La historia de California habría sido distinta de no haberse solucionado el problema del Oregon. El almirante inglés George Seymour pudo impedir la entrada del comodoro Sloat en Monterrey, si alguno de los californios le hubiera pedido ayuda. El más indicado para hacerlo era el gobernador Pío Pico, proinglés. No lo hizo y los británicos tenían sus ordenes específicas. Si se hubiera declarado la guerra por lo de Oregon, habría impedido la invasión yanqui, sin necesidad de una petición de auxilio. Tal y como estaban las cosas, era necesario que lo requirieran y se lo expresaran al marino de la Gran Bretaña, país que quería detener la expansión norteamericana pero que no lo podía hacer abiertamente, sin infringir las reglas diplomáticas.

Esta tesis-monografía abarca los años de 1846 a 1848, cuando se concretó la pérdida de California por México. Claro que resulta difícil ocuparse

estrictamente de esos meses, así que, en algunos casos se relatan hechos anteriores o posteriores para redondear mejor el tema, seguir un orden y no sacar la narración de su contexto.

El descubrimiento del oro, en febrero de 1848, hizo que fluyeran multitudes a la comarca y este incremento demográfico le proporcionó rápidamente la categoría de estado, en 1850. También, ese precipitado crecimiento poblacional produjo muchos problemas al territorio. Comenzaron los abusos, una era de violencia en la que se despojó, asesinó y vejó a los antiguos habitantes. Muchos de ellos huyeron al sur, a donde no había minas. Otros permanecieron en su lugar de origen y soportaron, mas de un siglo, humillaciones y discriminaciones. Pero su etnia no pudo ser exterminada y parece faltan pocos años para que recuperen buena parte del suelo que les arrebataron por la violencia hace cerca de siglo y medio. Baste el ejemplo de Los Angeles que, como todos sabemos, tiene la segunda población de mexicanos del mundo.

Queremos dejar claro, en este trabajo, que México no vendió esos territorios sino que lo obligaron a hacerlo. La guerra de 1846-1848, que ensangrentó el territorio mexicano fue, precisamente, por defender ese suelo. Lo que pagaron los estadounidenses, para acallar su puritano sentido de culpabilidad, fue irrisorio: 15 millones de los que se dedujeron 3 para indemnizar a los súbditos norteamericanos que reclamaban a México pérdidas sufridas en las guerras que allí habían ocurrido y demás. Reclamaciones exorbitantes y falsamente abultadas, en muchos casos. Por eso tardaron tantos años en acordar una cifra que fue notablemente reducida. Lo único que resulta pertinente comentar es que a esos particulares yanquis nadie les había invitado a vivir en la República vecina y que sus pérdidas debieron ser de su exclusiva responsabilidad porque... ¿A México quién le pagó por los más de dos años de destrucción de su territorio? como señalaba el ilustre Carlos María de Bustamente. De los 12 millones que quedaron de la indemnización corresponderían, divididos entre Nuevo México y California, a 6 millones por cabeza. Esta cantidad no cubría, ni siquiera, lo enviado a la zona por el Fondo Piadoso, fundado en 1697. México nunca hizo la cuenta por esto. Pagó y continúa pagando porque estaba y sigue estando en la situación descrita por aquel antiguo cantar español que dice: Llegaron los sarracenos /y nos molieron a palos/ que Dios ayudó a los malos/ cuando son pocos los buenos.

#### AGRADECIMIENTOS:

En primer lugar, al Director de mi Tesis, Dr. Miguel Soto Estrada que ha empleado gran cantidad de su valioso tiempo en corregir este escrito y hacer sugerencias para su mejoramiento.

Enseguida, a mis jurados: Maestra Gloria Villegas Moreno, maestra Angela Moyano Pahissa, Lic. Martha Ortega Soto y Lic. Ana Rosa Suarez Argüello. Incurrir en las manidas frases que siempre se utilizan en estas ocasiones... verdaderamente, ayuda, orientación, serían palabras que se quedarían muy cortas para describir cuanto me ayudaron las cuatro a mejorar este escrito. Agradezco su molestia.

Unas palabras aparte para Abelardo Velasco que me asistió en la confección de los mapas, actividad para la que he estado totalmente negada a lo largo de mi existencia.

En la Biblioteca del Instituto Mora, lugar preferido para mis consultas, recibí muchas atenciones. Gracias a Ana Buriano y a los bibliotecarios Mario y Carlitos. Pero hasta la recepcionista y los policías han sido amables conmigo.

En otros lados, también me atendieron muy bien, pero no fui con tanta frecuencia.

En California, mi gafa y orientadora, Eva Salcedo de García, no pudo ser mejor en todo.

A todos ellos, también dedico esta tesis con todo cariño.

Luz Castelao de Molochnik.

México, D.F. agosto de 1989.

## LOS ULTIMOS DIAS DE LA ALTA CALIFORNIA MEXICANA, 1846-1848.

### CAPITULO 1.

#### CALIFORNIA, LA PRESA CODICIADA.

##### a) El Escenario. Geografía de la región.

Alta o Nueva California era el territorio mas remoto e inaccesible de la recién formada República Mexicana, en 1824. Anteriormente, se la había considerado provincia. Con el primer gobierno Centralista, de 1835 a 1836, junto con Baja California formó un departamento. El segundo Centralismo, de 1843, separa a Alta de Baja California y quedan dos departamentos. Por último, el Federalismo, de 1846-47, convirtió en estados a las dos Californias. (1)

Además de su lejanía del centro político, la región estaba desarticulada del resto del país, por falta de vías de comunicación eficientes. En gran parte, su geografía era culpable de esta marginación. Durante mucho tiempo resultó una formidable barrera natural contra la llegada de inmigrantes.

La Alta California mexicana tenía alrededor de 800,000 km<sup>2</sup> de extensión territorial. Sus límites siempre fueron un tanto imprecisos, por lo que resulta difícil dar una medida exacta de sus dimensiones. Comprendería los actuales estados norteamericanos de California, Nevada y la mitad de Utah.

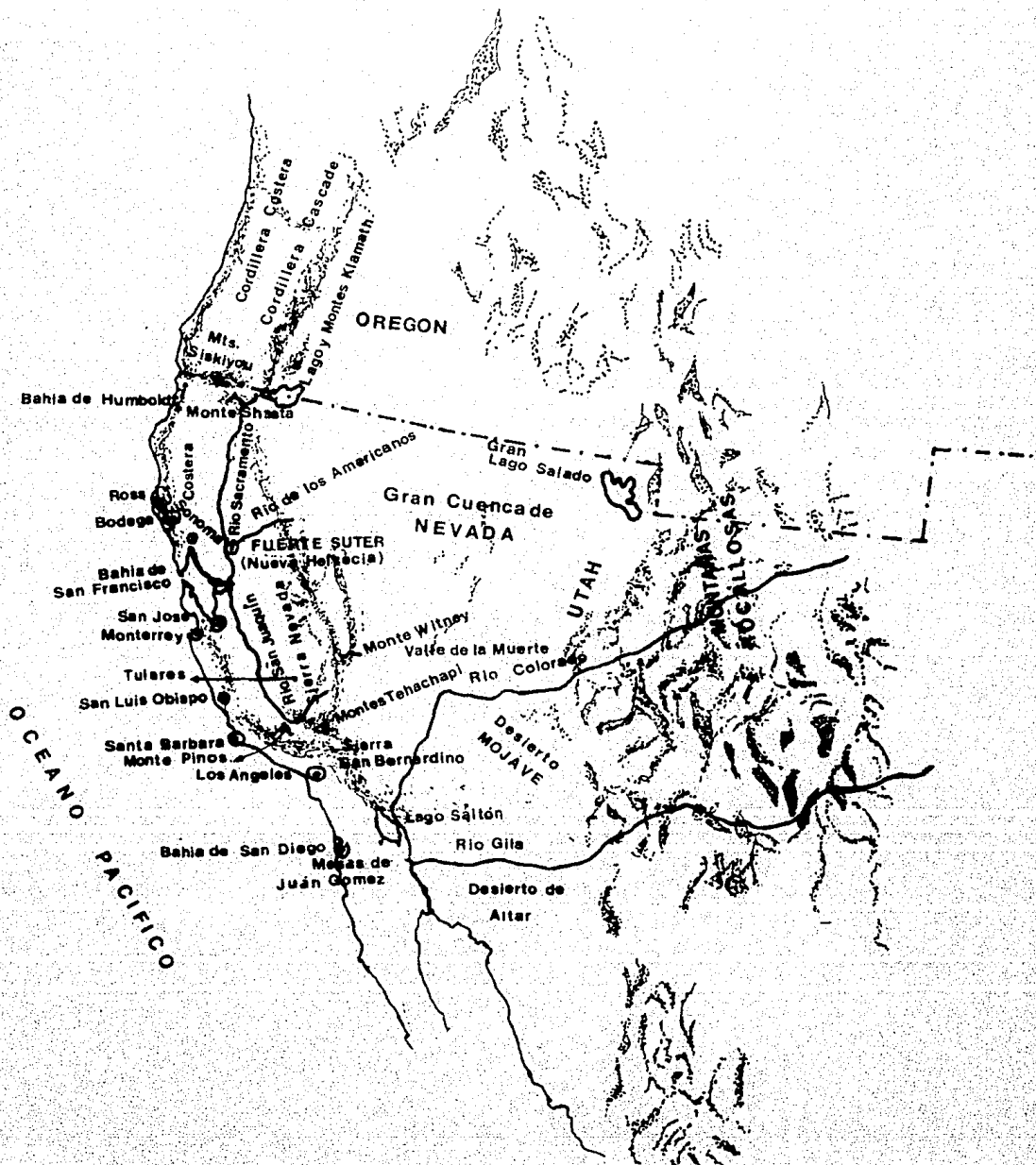
Su término occidental era la costa del Pacífico, un litoral de más de 1,000 km. en el que se encuentran tres excelentes puertos naturales: el magnífico de la bahía de San Francisco, considerado como uno de los mejores del mundo; el de la bahía de San Diego y el de la de Humboldt. Esta orilla oceánica se halla flanqueada, a todo lo largo, por la llamada Cordillera Costera que comienza al sur del monte Shasta.

Por el norte, el territorio quedaba separado del Oregon anglonorteamericano por las montañas Klamath, el macizo Siskiyou, parte de la Gran Cuenca, a la que nos referiremos mas adelante, y un profundo desfiladero que secciona la cordillera Cascade que procede de Canadá y penetra hasta California, donde termina en el remate de un antiguo volcán, el monte Shasta de 4,317 m. de altura.

Además de la costera, la Sierra Nevada que corre hacia el sureste, comienza también en el monte Shasta. Este ramal montañoso llega, aproximadamente, hasta el paralelo 35°N. y allí lo cortan las montañas Tehachapi. En la actualidad, la Sierra Nevada separa a los estados norteamericanos de California y de Nevada. Es de muy difícil acceso y numerosas caravanas de presuntos colonos yanquis hallaron su fin entre sus picos helados y rocosos.



# ACCIDENTES GEOGRÁFICOS DE LA CALIFORNIA MEXICANA



Las Tehachapi, a las que nos referimos en el párrafo anterior, dividen claramente el tercio sudoeste del estado de sus dos tercios septentrionales. Al sur de la Sierra Nevada y este de las Tehachapi se ubican series de montañas escarpadas y desiertos, que antes eran la frontera con Sonora y en la actualidad pertenecen, por una parte, al estado de Arizona y, por la otra, al de Utah. Al sur, una cordillera llamada Mesas de Juan Gómez constituía el límite entre la Alta y la Baja California.

En la Sierra Nevada se encuentra el monte Whitney, el pico más alto de la región, de 4,418 m. Los contrafuertes del sur de esta cordillera descienden hacia el oeste y se unen al grupo del monte Pinos, de un promedio de 2,690 m. de altura, que se halla en la comarca de Los Angeles. Desde este centro irradian distintas cadenas. La de Santa Lucía, que sigue el litoral de Santa Bárbara, al oeste. La Costera, la Diablo y la Temblor que se dirigen al noroeste, terminan en San Francisco y tienen una altura media de 1,200 m. y la Sierra de San Bernardino que se pierde en el desierto junto con otras sierras paralelas como los macizos de Santa Inés, San Gabriel y, más al sur, la Chocolate, de alturas máximas que llegan a los 3,000 m.

En las zonas más altas de la Sierra Nevada, por donde se ubica el monte Whitney, se concentra gran parte del aire húmedo que llega desde el Pacífico, por lo que esos picos se cubren de nieve durante el invierno. Al llegar la primavera, precipita sus caudales pluviales por la ladera occidental, hacia los fértiles valles mediterráneos de la comarca.

Así mismo, la cordillera costera propicia la acumulación de la humedad marítima y en el norte, a la altura de San Francisco, la precipitación pluvial abundante que produce este fenómeno se une con las corrientes que bajan de la Sierra Nevada y se unen al río Sacramento que fluye en sentido transversal al de ellas y es navegable en un tramo largo de su trayecto que termina en la bahía de San Francisco.

La misma manifestación se repite más al sur, con el río San Joaquín, que corre de sur a norte, en dirección opuesta al Sacramento. Recoge las corrientes fluviales que descienden de la Sierra Nevada y de la Cordillera Costera y al aproximarse a la bahía de San Francisco se encuentra con el Sacramento y juntos van a dar a una desembocadura común, a esa bahía que es una especie de mar interior con un gran número de puertos y que se comunica con el Océano Pacífico por el canal llamado '*Chrisopolae*', o sea, Golden Gate.

El sur de California, región de cuencas costeras y valles, está regada por los ríos Santa Clara, San Gabriel, Santa Ana y Los Angeles. El clima de esta

zona es de sequía en verano y con lluvias en el invierno. En lo general es semiárida, con una precipitación pluvial anual de menos de 20 pulgadas.

El clima californiano es muy variable. En las tierras bajas y calientes hay palmas. En las de clima templado, cítricos, y, en las alturas, predomina la vegetación de las tundras. Entre la Sierra Nevada y la Costera hay numerosos valles aptos para la mas variada producción frutal y hortícola, por su clima mediterráneo. Pocas regiones del mundo son mas propicias. La tierra es rica, abunda el agua y hay miles de hectáreas de pastos, listos para el ganado. En la cordillera costera proliferan los pinos gigantes (sequoias), desde la bahía de Humboldt hasta Santa Lucia, al sur del río Carmel. En las laderas occidentales de la Sierra Nevada hay pinos amarillos y azúcar. Podemos apreciar la variedad del escenario californiano que, de este paraíso, pasa al contraste opuesto con otros valles, también californianos, que pueden figurar entre los mas inhóspitos del mundo.

El valle Central es poco húmedo porque no le llega el rocío del océano, que se detiene en la barrera de la Sierra Costera. Únicamente en invierno se produce allí una vegetación verduzca y pobre que se origina con el regadío de las zonas cultivadas. La región se pobló después del descubrimiento del oro, en 1849.

Al este de la Sierra Nevada queda la llamada Gran Cuenca, triángulo limitado al norte por la cuenca del río Columbia, al este por la del Colorado y al sur y suroeste por los montes de California. Consiste en centenares de depresiones distintas, algunas muy considerables, sin salida al mar. Allí se forman lagos temporales o permanentes.

Entre estas depresiones corren cadenas montañosas de alturas entre 300 y 1,200 m. Casi todas estan orientadas de norte a sur y compuestas de tobas volcánicas y rocas, principalmente. La elevación de la parte septentrional de esta meseta varía entre los 1,000 y los 1,900 m. En el sur, las depresiones llegan hasta 93 m. bajo el nivel del mar, en el Valle de la Muerte, que tiene una superficie de 75,000 m<sup>2</sup>. Este valle queda al norte de las montañas de San Bernardino y al sur de los contrafuertes de la Sierra Nevada. Esta limitado al oeste por la cordillera Panamint y al este por la Amargosa. En algunos lugares llega a tener alrededor de 200 km. de largo y anchuras entre 10 y 30 km. Era uno de los obstáculos mas formidables que debían salvar, después de los desiertos de la actual Arizona, los ilegales anglosajones que llegaban del este en la primera mitad del siglo XIX.

Unos 65 km. al noroeste de dicho desierto se encuentra, al otro lado de los montes áridos y pelados, otro alto valle desértico, el Owens y más al sur, el Desierto de Mojave, en las estribaciones orientales de la Sierra Nevada. Mojave es una enorme extensión de fondos lacustres secos, con bajos cerros rocosos y grandes espacios arenosos, colindante por el este con el desierto de Colorado, que corre paralelo al curso del río de este nombre, frontera entre Sonora y California durante toda la época colonial. Dicha corriente fluvial finaliza dejando sus ricos sedimentos en el valle Imperial. Luego, desaparece en el desierto. Las depresiones también originaron lagos, como el Salton, que parece fue parte del Golfo de California, del que se encuentra a solo 150 km. de distancia. Es una región pantanosa y que frecuentemente se halla seca.

Al norte de la Gran Cuenca se encuentra el Gran Lago Salado, que también era parte del territorio mexicano. De igual modo, esta región se caracteriza por su excesiva aridez. Allí se presentan los cañones. Las escasas precipitaciones caen en torrentes y se evaporan o son embebidas, rápidamente, por el suelo. Así mismo, fluyen a lagos salados o disminuyen su caudal, sin llegar al mar. En este clima desértico la precipitación pluvial anual es de 100 mm. Días calurosos con intensa radiación solar y noches frías. Los raros aguaceros torrenciales dejan profundos surcos en el suelo y las arenas arrastradas por los vientos modelan las rocas y les dan forma de agujas, cúpulas o mesas. Se encuentran grandes zonas rocosas sin vida vegetal. Pastos malos, únicamente en los sitios donde hay un poco de humedad. En esta Gran Cuenca, los centros poblados de importancia están en los oasis porque pocas regiones del Oeste pueden albergar ciudades.

El actual estado de Nevada se sitúa, casi totalmente, dentro de esta comarca, colonizada por vascos españoles, y donde se ha descubierto mineral de oro, plata, cobre, plomo, hierro y tungsteno. Actualmente se dedica mucho a la explotación de uranio.

Desde el Gran Lago Salado hacia el sur corre una serranía que tiene al este el río Colorado con sus desiertos y cañones. Poco más al este, están las Rocas callosas. Así que después de estas barreras todavía se tenían que atravesar desiertos y la última cordillera agreste, la Nevada, que está cubierta del blanco manto durante gran parte del año. Detrás de todo esto se encontraban, finalmente, los valles fértiles e irrigados.

La geografía podría explicar la calidad de los intrusos anglosajones que llegaban por el este. Gente sumamente necesitada o extremadamente codiciosa.

Aventureros. Después del hallazgo del oro, las sendas del este fueron holladas por gambusinos, buscadores del metal, que tampoco deben haber pertenecido a la aristocracia de la raza humana.\*

b) Comunicaciones en la primera mitad del siglo XIX.

Quedan descritos los obstáculos naturales para llegar a California por tierra. Esto convertía al transporte marítimo en el medio mas adecuado aunque implicara varios meses de travesía. Los barcos yanquis que comerciaban con Asia o recogían mercancía de California para intercambiarla con productos de otros lugares tenían que bordear las costas de América por el Pacífico y el Atlántico.

El correo que iba de México con instrucciones gubernamentales, asignados y demás, tenía iguales dificultades.

Las poblaciones californianas estaban situadas principalmente, por no decir exclusivamente, en las costas o cerca de ellas. Las 21 misiones se establecieron próximas a los litorales oceánicos y, en general, los pueblos crecieron junto a ellas.

El comisionado de las Californias, Andrés Castilleros, escribió, en octubre de 1837, una carta al Presidente Anastasio Bustamente y en ella le pedía restablecer la correspondencia con el Supremo Gobierno como en el tiempo del gobierno español: a través de las misiones. Indicaba que el presidente de éstas, Fray Félix Caballero, estaba bien dispuesto para asumir ese trabajo utilizando la goleta *California* que proveía a las 21 misiones de la costa y podría encontrarse en La Paz con la goleta Correo que llevaba el situado de la tropa. Este servicio podría pagarse con consideraciones y ayudas a los misioneros. Además, se aceleraría la entrega de fondos. Luego, señaló que había mucho contrabando de los anglosajones por falta de navíos mexicanos de vigilancia y de fortificaciones adecuadas. Fácilmente burlaban el escaso resguardo, no pagaban los impuestos correspondientes a lo que se llevaban. Añadía que los angloamericanos

\* Los datos geográficos para este inciso se tomaron de: *British Encyclopedia* (Macropedia vol. 3) 15 th. Ed. 1980. pp. 614-617.

*Collier Encyclopedia* The Crowell Collier Publishing Co., 1963. vol. 5 pp. 155-157, 160.

*Diccionario Básico Espasa* Madrid. Espasa Calpe, S.A. 1980. Tomo 3, p. 2205, 2206 y 2211.

PAYNO, Manuel. *Revista Científica y Literaria*, Tomo I de mayo de 1845, p. 82 en la antología compilada por David Weber, *Northern Mexico on the eve of U.S. Invasion*. New York. Arno Press-The New York Times Co. 1976. (Colección The Chicano Heritage).

WATKINS, T.H. *California, An Illustrated History*. New York. America Legacy Press (The Great West Series) 1a. ed. 1973. Edición puesta al día de 1983. p. 8-11.

se trasladaban en 9 días, a la ligera, desde el establecimiento que tenían en Oregon, en el río Columbia, a nuestro puerto de San Francisco. El lugar en Oregon pertenecía a los británicos, que allí tenían una pesquería, y Castillejos sugería presentar una queja al gobierno inglés que, sin querer, propiciaba el contrabando. El dato nos sirve para darnos cuenta de que una embarcación rápida recorría poco más de 1,000 km. en 9 días. (2)

Al comisionado Francisco Castillo Negrete le preocupaban las comunicaciones y en agosto de 1837 propuso al gobierno central que estableciera correos marítimos mensuales desde San Blas hasta San Diego. El encargo podía darse a una empresa particular, decía, porque la correspondencia de la capital tardaba hasta un año en llegar a California. (3)

El representante del gobernador Pío Pico, don Ignacio M. Covarrubias, presentó al Supremo Gobierno en la capital, en 1846, un informe en el que pedía se reforzaran las comunicaciones por tierra, ante la inminencia de la invasión anunciada por la entrada del capitán Frémont (Tremont y Frimon en comunicados mexicanos de la época) con 60 hombres armados por la montaña.

Ignacio M. Covarrubias, enviado a la ciudad de México en 1846 por el gobernador Pío Pico, temía que los barcos que partían de San Blas, Mazatlán y Acapulco y que tardaban en llegar a California más de ocho meses, pudieran quedar varados ante un bloqueo de los puertos mexicanos por la flota estadounidense.

Insistiendo en la ruta terrestre, sugería que una escolta de 20 hombres podría partir del presidio de Altar, Sonora, hacia el río Colorado, cada día 1º y otra, al mismo tiempo, de San Diego al Colorado. En este punto cambiarían valijas y volverían a su lugar de origen. Indica Covarrubias que este convoy podría llevar pasajeros y se fortalecería el comercio entre los dos departamentos, el de California y el de Sonora, ya que se fomentaría el intercambio de mercancías. Agregaba que, aunque los yumas habían destruido el presidio del río Colorado en el siglo XVIII y este no se había reconstruido, dichos indios no eran tan fieros. La ruta sugerida podría llevar el correo y demás agregados a Monterrey (Nuevo León) y de ahí se mandaría a México. Calculaba tardaría 42 días. (4)

Evidentemente, las comunicaciones eran tan lentas y precarias que el consul-comerciante Thomas Oliver Larkin anunciaba, en 1842, como algo extraordinario, que entregaba correo de Monterrey, California en los estados de la costa atlántica de Estados Unidos en 75 días. (5)

El diputado Manuel Castañares, enviado por Micheltorena al Congreso mexicano,

decía en su informe a José María Tornel, ministro de Santa Anna, el 17 de julio de 1845, que cuando era administrador de la aduana marítima de Monterrey recogió en Mazatlán, en el año 1843, correo que databa de 1837. Agregó Castañares que: "Iturbide ya había muerto en Padilla cuando se le juró obediencia en California, como Emperador".<sup>(6)</sup>

En los documentos de Castañares también aparecen datos acerca de la nota de auxilio que el gobernador José Manuel Micheltoarena le envió, vía Mazatlán, en la fragata Savannah con un coronel Tellez, para que pidiera ayuda, al gobierno central, y él pudiera defenderse de los californios que se le habían sublevado: Alvarado, Pico, Castro, y demás. Dicho escrito estaba fechado el 12 de diciembre de 1844 en Monterrey y el remitente calculaba llegaría a México alrededor del 6 u 8 de enero de 1845. La contestación podría estar en Mazatlán para el 20 de enero de 1845 y él la recibiría en Monterrey después de cuarenta días de navegación.<sup>(7)</sup> En total, se calculaban 90 días para una comunicación urgente con la capital, de ida y vuelta.

El diputado Castañares indica, en otro de sus informes, que era muy difícil la comunicación por tierra y se necesitaban más presidios para defenderse de los indios bárbaros. Por aquellos días de 1845 sólo había cuatro en funcionamiento: Uno en San Diego, protegido por seis hombres; otro en Santa Bárbara que contaba con diez o doce soldados; el de Monterrey con una guarnición de unas quince personas y el de Sonoma, el mejor administrado, que estaba al mando de Mariano Guadalupe Vallejo,<sup>(8)</sup> quien mantenía, de su peculio, a la milicia acantonada en ese lugar cercano a San Francisco, donde vivía. La licencia en octubre de 1845, cansado de que el gobierno central no le pagara lo que le debía, ni hiciera caso de sus advertencias.<sup>(9)</sup>

El más transitado de los pasos terrestres a California se encontraba en el sur. En 1842 llegaron por allí 200 personas de Nuevo México que dijeron volverían a establecerse en ese territorio con sus familias. Habían viajado siguiendo el río Gila hasta la parte sur de Alta California y ya dentro de la zona se dirigieron hacia el norte hasta llegar a Monterrey.<sup>(10)</sup>

Existía un esquema repetido en la expansión norteamericana hacia el oeste. Los primeros pasos en los territorios inexplorados solían darlos cazadores y tramperos. Ellos descubrían los mejores caminos para llegar a algún lugar. Luego de ellos, llegaban los exploradores que marcaban y dibujaban las rutas para que se sirvieran de ellas los colonos que seguirían sus pasos. Con frecuencia, los topógrafos utilizaban directamente la experiencia de los tramperos y

cazadores. Esta era la clase de personas que abrieron las sendas terrestres para llegar a California norte, donde había tierras fértiles y agua.

El primero de los cazadores-tramperos norteamericanos de que se tiene noticia en la región parece que fue un tal Jedediah Strong Smith, calvinista estricto y abstemio que en 1826 se lanzó a buscar castores en compañía de diecisiete hombres. Atravesó las regiones deshabitadas del sur de los actuales estados de Utah, Nevada y Arizona. Cruzó el Desierto de Mojave, descendió por el Paso Cajón hasta las montañas de San Bernardino, merodeó por la llanura de Los Angeles y arribó a la misión de San Gabriel en noviembre de 1826. (11)

El gobernador José María Echeandía creyó que eran espías y les ordenó abandonaran el territorio, así que el grupo se dirigió al norte y traspuso los montes Tehachapi para llegar al valle de San Joaquín, donde encontró castores en abundancia. De allí volvieron a Utah por más tramperos y en ese recorrido efectuaron el primer viaje del hombre blanco por la Sierra Nevada. (12)

Nuevamente, Echeandía expulsó a Smith, de manera que el norteamericano no regresó sino hasta principios de 1828. Hizo el primer viaje por la costa noroeste hasta el Oregon. Allí los indios Umpqua mataron a todos los del grupo, excepto a Smith y otros dos, quienes llegaron a las instalaciones de la Compañía de la Bahía del Hudson en el Fuerte Vancouver a finales de 1828. Tres años más tarde, un comanche mató de un flechazo a Smith en el camino de Santa Fe. (13)

Otros tramperos-cazadores que abrieron nuevas rutas fueron Sylvester y James Ohio Pattie que eran padre e hijo. Cazaban siguiendo el curso del río Gila a fines de 1827 cuando llegaron al río Colorado. Se extraviaron y aparecieron en el norte de Baja California, donde los rescataron los frailes de una misión. Pero las autoridades se enteraron de su presencia y los encarcelaron. Allí en la cárcel murió el viejo Sylvester. Había una epidemia de viruela y James llevaba moneda para negociar su libertad: vacuna suficiente para veinte mil personas -entre cristianos e indios. El escritor R.H. Watkins considera apócrifos y fantasiosos los relatos de James Ohio Pattie. Sin embargo, juzga verdadero lo contado por Jedediah Smith y otros tramperos de la década de 1830, como Ewing Young, William Wolfskill -quien tuvo como aprendiz al sanguinario Christopher "Kit" Carson o Joseph Reddeford Walker (1830-1833). (14)

"Pegleg" (El Cojo) Smith y James P. Beckwourth utilizaban una ruta a través del desierto de Mojave para llegar al sur de California. Robaban caballos y usaban ese camino para alcanzar los hatos de los californios, realizar su



trabajo y regresar con los animales hurtados por el desierto, hasta Utah y Colorado, donde los vendían.

También los tramperos de la Compañía de la Bahía del Hudson bajaban siguiendo el curso del río Columbia hasta el valle del Sacramento. (15)

Al principio, buen número de los colonos deseaban llegar a Oregon porque existía un acuerdo con Gran Bretaña que les permitía habitarlo y muchos aspiraban a quedarse definitivamente en aquel territorio. Por eso, la mayoría de las rutas utilizadas para llegar a California, en la década de 1840, eran desviaciones de las de Oregon. Las principales eran 6:

1) La que iba a Oregon se desviaba en Red Bluff y Colusi para llegar a Nueva Helvecia (Fuerte Suter, actual Sacramento). De ahí a San Francisco.

2) La de Nevada. Cruzaba la Sierra Nevada, luego iba al lago Honey y de ahí al fuerte Suter y San Francisco.

3) Tras de salvar la sierra pasaba por el norte del lago Tahoe. De ahí se dirigía a Nueva Helvecia.

4) Otra ruta pasaba por Nevada, atravesaba la montaña por el sur, a la altura de Los Angeles. Luego volvía a dirigirse al norte hasta San Francisco, cruzando por el lago Fork (hoy seco).

5) La anterior, en vez de encaminarse hacia el norte seguía hasta Los Angeles.

La principal, la mas usada por los buscadores de oro fue la que:

6) Partía de Independence, Missouri y seguía el curso del río de este nombre hasta el Fuerte Kearny. De allí se dirigía al Fuerte Laramie en Kansas. Por el Paso del Sur llegaba al Fuerte Bridger, cerca del río Snake. Continuaba por el sur del Gran Lago Salado, en el actual Utah, de allí iba a traspasar la montaña para llegar al valle del Sacramento y a Nueva Helvecia. Esta ruta se llamaba de Lassen, en honor del explorador que la descubrió y que también bautizó un Parque Nacional en la Sierra, Peter Lassen.

6a) La anterior tenía una variante llamada del "Viejo emigrante Hastings" por Lansford Hastings, otro antiguo colono. Desde el Gran Lago Salado bajaba directamente por el río Humboldt hasta el lago Tahoe y de allí al Fuerte Suter. (16)

Completaremos la revisión de las exploraciones norteamericanas de California con las que tuvieron un carácter oficial. La primera fue la de Joseph R. Walker, en 1833. Actuó obedeciendo o contraviniendo las órdenes del Capitán Bonneville quien le había mandado a explorar el Lago Salado. Pero Walker se instaló en Monterrey para pasar el invierno. Su grupo, de alrededor de 40



personas, fue el segundo que cruzó la Sierra Nevada. Salieron del Lago Salado, siguieron el curso de los ríos Mary u Ogden y, probablemente, por allí llegaron al lago Walker y al nacimiento del río Merced. Walker volvió en 1834 por el paso que ahora lleva su nombre. (17)

En 1841 llegó Charles Wilkes con instrucciones específicas de su gobierno para que explorara el valle del Sacramento y la bahía de San Francisco. Era un teniente naval. (18)

El tercer explorador oficial fue John Charles Frémont, llamado el 'Conquistador de California' o el 'Descubridor de Rutas' (*Pathfinder*). John Walton Caughey dice que "era un comediante nato y su mejor autoagente de publicidad". Años después fue el primer candidato postulado a la presidencia de Estados Unidos por el naciente Partido Republicano, en 1856. Principalmente, gracias a sus "hazañas" en California. (19)

Efectuó su primera expedición al Oeste en 1842<sup>(20)</sup> pero no llegó hasta California, ni exploró ningún posible camino para allá. Con 22 compañeros francocanadienses que conocían la región, guiados por "Kit" Carson, siguió la ruta habitual -la número 6 de la página anterior- y después de Paso del Sur exploró la ladera occidental de las montañas del río Viento (*wind*) y ascendió, con sus acompañantes, a la más alta de esas cimas que hasta la fecha lleva su nombre. Volvieron por la misma senda y el teniente Frémont presentó su informe el 1º de marzo de 1843. Se editó por órdenes del Senado antes de que terminara ese año.

Para mediados de 1843 ya se encontraba en otro viaje, explorando por el Paso del Sur para hallar una conexión con lo descubierto por Wilkes en el río Columbia y así completar el camino transcontinental. Lo logró y en el viaje de regreso recorrió el Gran Lago Salado en un bote. Por el mismo medio, también, hizo un viaje de ida y vuelta al fuerte Vancouver, por el río Snake. Luego, quiso explorar el lago Klamath, o Tlamath, y seguir hacia el sureste para buscar el mítico río Buenaventura que se decía bajaba de las Rocallosas a la bahía de San Francisco. (21) Llegó al Klamath, el 10 de diciembre de 1843, decidió seguir hacia el sureste y tocó el lago Pirámide, en territorio mexicano, el 10 de enero de 1844. Después tomó el curso del río que ahora se llama Truckee y el 18 de enero decidió atravesar la sierra y llegar al valle del Sacramento porque sus animales estaban destrozados. Buscando un paso más adecuado les sorprendió la nieve. Tuvieron que abandonar un obús de bronce y regresaron al río Carson desde donde contemplaron a sus pies el lago de la Montaña, que ahora se llama Tahoe. Encontraron el paso más al norte, cerca de uno de

los afluentes del río Americana. Lo siguieron y llegaron al Fuerte Suter el 8 de marzo de 1844. Habían perdido 33 cabalgaduras y dos de los hombres tenían demencia temporal. (22)

Caughey se plantea diversas interrogantes porque parece que la fama del río Buenaventura procedía de que nadie lo había visto nunca: ¿Creería realmente Frémont que existía tal corriente fluvial? ¿Qué hacía un obús en el equipo de una expedición supuestamente científica? ¿La condición de sus animales era realmente tan desastrosa como para decidirlo a cruzar la sierra para llegar a California -aparentemente en busca de ayuda-? (23)

Frémont pensaba volver por el paso Walker y llegar al camino de Santa Fe. Parece que atravesaron por el paso Tehachapi, guiados por indios neófitos (cristianizados) y, cuando alcanzaron la ruta que llevaba a Nuevo México, la siguieron en dirección opuesta, hasta Las Vegas. De allí se dirigieron al lago Utah a donde llegaron el 24 de mayo y a principios de julio encontraron la fuente del río Kansas. El informe de esta expedición está fechado el 1º de marzo de 1845. (24)

Algunos autores, como Caughey y Victoriano Salado Alvarez se refieren a una misteriosa tercera expedición de Frémont. Supuestamente, se la dedicó a explorar el territorio entre Kansas y el río Columbia, siguiendo el río Arkansas, y habría comenzado por la época en que se presentó su segundo informe, que también publicó el Senado. Salado Alvarez indica que en este viaje Frémont descubrió oro. Posiblemente, de ahí el misterio. (25) Caughey, con sus preguntas respecto al segundo viaje del capitán Frémont -ya lo habían ascendido- hace suponer que estaba realizando algún tipo de espionaje o misión secreta para el gobierno de su país. Tal vez su suegro, el senador Benton, le había sugerido que esa sería una manera de hacer méritos y los estaba haciendo en forma privada. (26)

Lo que sí parece indudable es que su cuarta y última expedición fue directamente propiciada y ordenada por el presidente Polk y su Secretario de Estado, James Buchanan. El objetivo de este viaje siempre ha sido oscuro. Desde luego, no era científico. Algunos autores consideran que a Frémont se le dieron instrucciones para que intrigara y fomentara el descontento entre los colonos anglos ilegales. Su participación indirecta en la revuelta del Oso sugeriría que esta fue la razón de este regreso a California. Otros investigadores piensan que su misión era de espionaje y esto quedaría confirmado con el comunicado que envió, desde La Habana, al antiguo cónsul de Nueva Orleans, Francisco de Arrangoiz, el 20 de mayo de 1846. Dice que había advertido sobre Frémont desde

principios de ese año porque sabía de su expedición con cincuenta hombres por una papeleta confidencial que le había enviado desde Washington un amigo suyo. (27)

El caso es que nunca se han sabido cuales fueron las verdaderas instrucciones del gobierno norteamericano a John Charles Frémont, para este viaje de fines de 1845 que condujo a la conquista violenta de California, y echó por la borda la labor diplomática de Larkin y otros. Nunca se supo de que habló el enviado de Polk con el teniente Gillespie en el lago Klamath en mayo de 1846. Este tema será motivo de otros párrafos en el capítulo 2. De todas formas, la carrera de explorador y descubridor de rutas de Frémont había terminado.

Para finalizar el tema de las comunicaciones, a continuación se mencionan las rutas de los buscadores de oro en 1850: 1) Por mar hasta Panamá, cruzaban por tierra hasta el otro océano y navegaban hacia el norte por el Pacífico. A Panamá llegaban vía Cuba o Jamaica, por el Atlántico. 2) Viajaban a México, por mar o por tierra y de allí se dirigían a Mazatlán, Acapulco o Guaymas. Luego a Cabo San Lucas, San Diego y San Francisco en algún navío. 3) Unos seguían la ruta tradicional: Llegar hasta la punta de América, doblar el Cabo de Hornos y navegar hacia el norte. California parecía una posesión de ultramar. (28)

### c) Población.

#### 1) Los que ya estaban.

En vista de lo difícil que era acceder a ella, no es de extrañar que la provincia de Alta California, en los días de la Independencia fuera, a juicio de uno de sus habitantes, uno de los lugares más dichosos del mundo. Esta situación, dice Salado, perduró hasta la conquista americana. También nos informa que en 1825 habitaban el territorio unos 20,000 indios y 3,500 mexicanos "de razón". Las autoridades coloniales habían sido celosas respecto al ingreso de extranjeros en sus territorios y, tal vez, no estaban equivocadas. (29)

Leonard Pitt informa que en 1826 había alrededor de 8,000 gentes "de razón" y que vivían, principalmente, a lo largo de la costa de 500 millas (800 km.). Monterrey, la capital, contaba únicamente con 300 habitantes. (30)

La *Enciclopedia Británica* dice que había alrededor de 130,000 indios antes de la llegada de los misioneros, que se inició en 1769. Eusebio Kino sólo tocó brevemente la Alta California, en 1701, de paso para su trabajo con los indios de la Pimería. Los primitivos habitantes de California eran recolectores, más que agricultores. Gente pacífica y dócil, según indicaba el diputado Manuel Castañares en 1844. No sabían usar el fusil pero la invasión del Oregon por los yanquis, estaba empujando hacia California a indios bravos, originarios

de otros lugares, que podían azuzar y enseñar a usar las armas a los que eran inofensivos.<sup>(31)</sup> Los de esta comarca pertenecían, principalmente, a tres tribus distintas: costeños, eselenios y salineros que eran pacíficas y sencillas,<sup>(32)</sup> -en contraste con sus belicosos vecinos de las actuales Arizona, Utah o Nevada-. Salado Alvarez los describe tranquilos, ignorantes, cazadores-recolectores, monógamos. Los misioneros les enseñaron algo de moral, español, canto, música, lectura, escritura y cuentas, así como a cultivar la tierra y a cuidar el ganado.<sup>(33)</sup>

En general, el esquema para crear una misión consistía en, primero ganarse a los indios, luego buscar un lugar adecuado para el edificio religioso, donde se les enseñaba y cristianizaba. Habitualmente, cerca de estas casas se construyeron los presidios y se extendieron los pueblos.

En la Alta California, los indígenas se agrupaban alrededor de las veintuna misiones que fundaron los franciscanos a partir de 1769 -San Diego-, hasta 1823 -Sonoma-. Eran un total de 18,653 almas en 1835,<sup>(34)</sup> un año antes de que comenzara la secularización de estas instituciones religiosas. Esta medida inició la dispersión de las comunidades de indios, llamados "neófitos" cuando estaban bautizados. A partir de ese momento comenzaron a emplearse como peones, principalmente. Habitaban rancherías o se marcharon a otros lugares porque lo que los cohesionaba y unía era la misión. Se dice que muchos de ellos volvieron al paganismo y se aliaron, nuevamente, a las tribus bárbaras.

La colonización de esas regiones se hizo, en gran medida, con el dinero procedente del Fondo Piadoso de las Californias, creado en 1697 por la esposa del Virrey Moctezuma y otras personas acaudaladas, que querían hacer cristianos a los nativos de la parte más septentrional de la Nueva España. Así mismo, la virreina obtuvo para los jesuitas una cédula que prácticamente les daba el monopolio de todo el extenso territorio, porque en ella se especificaba que los capitanes y soldados de la provincia debían obedecer a los religiosos. De manera que los miembros de la Compañía de Jesús se encargaron de la avanzada cristianizadora en ambas Californias a partir de principios del siglo XVIII. El primero que llegó a esas latitudes fue el padre Salvatierra.

Posteriormente, los jesuitas consiguieron que el gobierno virreinal les otorgara situados para los soldados y sínodo, vino, aceite, campana y ornamentos, para ellos. Entre 1739 y 1765, recibieron del gobierno, treinta y dos mil pesos anuales para su mantenimiento.<sup>(35)</sup>

También tenían lo que les mandaban los administradores del Fondo que en

1792 -ya en la época franciscana- ascendía a \$828,937 y producía cincuenta y cinco mil ciento setenta y tres pesos anuales. Este rédito llegó, en 1825, a ciento treinta y ocho mil pesos.<sup>(36)</sup>

La política de los jesuitas incidió en el bajo índice demográfico de ambas Californias porque eran muy celosos. No querían que sus neófitos se contaminaran y pretendían mantenerlos aislados, igual que en Paraguay. Por lo tanto, impedían la entrada de colonos a la comarca. Hacían su voluntad y provocaron muchas quejas de las autoridades civiles ante el rey y el virrey. Pero eran tan poderosos que, en 1734, cuando el gobernador de Sonora, Manuel Huidobro, fue a Baja California a someter a unos indios insurrectos dejó, al regresar a su lugar de residencia en 1737, encargado del nuevo presidio de Loreto al capitán Pedro Alvarez de Acevedo. Los jesuitas lo hostilizaron a tal grado que tuvo que marcharse de allí, al poco tiempo. Se amparaban en la cédula del virrey Moctezuma, expedida cuarenta años atrás, para cometer multitud de abusos.

En 1767, el rey Carlos III decretó la expulsión de esta orden religiosa de todos los territorios españoles. El éxodo se efectuó al año siguiente. Su actuación en Californias no logró establecer pueblos en el litoral del Pacífico para socorrer a la nao de Filipinas, como lo había deseado el rey.<sup>(37)</sup>

Los franciscanos fueron encargados de restablecer el funcionamiento de las misiones. Ellos fundaron las de Alta California, territorio que los jesuitas no tocaron, ni permitieron nadie tocara. Fray Junípero Serra inició su apostolado con la misión de San Diego, en 1769, que señaló el principio de la colonización blanca y mestiza en la región.

Se reanudaron las exploraciones. Para 1775 los marinos españoles Juan Francisco de la Bodega y Carlos Eceta llegaron hasta el río San Roque, afluente del Columbia, colindante con Oregon. Posteriormente fueron hasta la latitud 58° norte.

Monterrey se fundó en 1769 con una misión franciscana, después de la visita de don José de Gálvez y la expulsión de los jesuitas. Comenzaron los viajes regulares para 1792.<sup>(38)</sup> Definitivamente, la salida de la Compañía de Jesús determinó un proceso poblacional más dinámico en la región.

Para el final de la era colonial se inició el comercio con Nueva Inglaterra. Comenzaban a llegar extranjeros de otra religión.

Diversos investigadores dan la cifra de 3,500 mexicanos "de razón" para 1835, aunque Salado Alvarez indica que para ese año ya había 4,343 "californianos", que era como les gustaba ser llamados a los criollos y mestizos de esos lugares. No querían ser mexicanos porque sentían que el centro los tenía

abandonados en muchos aspectos. Tampoco acababan de dejar de considerarse españoles -y superiores a los mestizos- los que eran de ascendencia totalmente ibérica. Pero varios de ellos habían abrazado las ideas liberales y rechazaban las estructuras de la Madre Patria. Por eso preferían que se les llamara "californios". (39)

Carlos María de Bustamante compadece a este "pueblo infeliz", víctima de infinitas vejaciones. "(Gómez) Farías en 1833 en que gobernó, dió el primer ataque al fondo piadoso de Californias: mandó una colonia de léperos y prostitutas". Don Carlos María añadía que el territorio había sido oprimido por comandantes generales, que los presidentes de la República habían mandado... "tigres devoradores sedientos de la riqueza de los pueblos". (40)

El diputado Castañares, en carta de marzo de 1845 al ministro de Relaciones, Gobernación y Policía le dice que California ha estado en completo abandono desde la Independencia. En calidad de soldados había llevado cuerdas de presos. Agrega que, afortunadamente, la moral y abundancia del territorio había contrarrestado sus vicios. (41) Olvidó mencionar que su protector, Micheltorena, precisamente, llevó soldados, levados en los presidios de Guadalajara y otros lugares. Este fue uno de los hechos más repudiados por la sociedad "california".

Pitt califica a California de una especie de campo de concentración siberiano, al que se enviaban delincuentes y presos políticos: 18, en 1825; 200, en 1829; 130, en 1830. (42) Como sea, esta costumbre de enviar lejos a los indeseables era común en el siglo XIX. No sólo Rusia la practicaba sino que, por ejemplo, Australia, entre otros lugares, se pobló con delincuentes.

Los "californios" tenían razón en su irritación contra el centro que convertía a su departamento en basurero, en espacio de regeneración para ex-presidarios, según Castañares. Había tal animadversión contra México, por la clase de gente que enviaba, que fracasó la colonia Híjar-Padrés, promovida por Gómez Farías en 1834 y compuesta por artesanos, maestros, comerciantes y demás, que fueron expulsados de California violentamente, a los gritos de "Muera México" y "Maten a los mexicanos". (43) Nunca se pusieron a pensar que el centro también les daba y que, por medio del Fondo Piadoso y otras contribuciones habían recibido de éste, más de lo que podía haberles quitado.

También es posible que esta agresiva oposición la hayan fomentado grupos a los que podía perjudicar la llegada de más personas. Uno tal vez, el de los religiosos a quienes les secularizarían las misiones. Otro, los ya residentes que esperaban se les repartiera un pedazo de las tierras



eclesiales y, un tercero, el de los extranjeros que deseaban que la región cayera en manos de su país.

Los "californios" tenían por México un sentimiento ambivalente. Decimos esto porque cuando llegó la hora de las definiciones, cuando los yanquis estaban haciendo su invasión "... por su espíritu noble siguiern siendo mexicanos de corazón porque, cuando las cosas se pusieron duras, continuaron luchando bajo la bandera mexicana, sin declararse independientes".<sup>(44)</sup> Larkin indicó a su gobierno que todavía no estaban maduros para la independencia y posterior anexión. Posiblemente, sus propios intereses les indicaban que era mejor permanecer con un gobierno central distante pero al que ya conocían, que hablaba su lengua, tenía sus mismas costumbres y su misma religión. Esto último era un factor de suma importancia.

Salado Alvarez señala que había mestizaje entre las familias de México y España y que para principios del siglo XX quedaban unos 30 o 40 linajes. Algunos, como los Vallejo, tenían certificados de limpieza de sangre que en este caso se había expedido en Jalisco, en 1806, a petición de Juan José, hermano de Ignacio Vallejo, nacido en Zapotlanejo, población de esa provincia -y del actual estado llamado igual- que se hizo militar para llegar en 1774 a California. Fundó la descendencia de ese nombre en la lejana región y fue padre de Mariano Guadalupe, posiblemente el personaje más prominente de la época mexicana independiente. De manera que los Vallejo presumían de su sangre española pura.<sup>(45)</sup>

Salado Alvarez nos informa que para 1845 quedaban únicamente 6,000 indios y las "gentes de razón" habían aumentado a 6,200, de los que eran extranjeros 680. Es decir, había menos de 13,000 habitantes, cuando invadieron los anglosajones.<sup>(46)</sup>

En una comunicación de Mariano Guadalupe Vallejo, Comandante General de las Fuerzas Armadas de California para el Ministro de Guerra y Marina, fechada el 9 de diciembre de 1841, se informa que han llegado a la Alta California extranjeros sin pasaporte. Que esta región únicamente tiene 6,000 almas, a lo sumo, y que dos tercios de ellas se componen de mujeres, niños y ancianos, por lo que restarían 2,000 de armas tomar en caso de un ataque desde el exterior. También agrega que hay alrededor de 15,000 indios repartidos en poblaciones y ranchos.<sup>(47)</sup>

Eugenio Duflot de Mofras, en su famoso libro *Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies et de la Mer Vermeille*, publicado en París en 1844, proporciona el censo de 1842: Hay 4,000 californios "de razón" y 1,000 extranjeros, de los que el mayor porcentaje era de estadounidenses (360) e ingleses,

escoceses e irlandeses (300). También había 80 españoles, 90 mexicanos, 80 franceses y canadienses y 90 de otras nacionalidades diversas.<sup>(48)</sup> Aparte de ellos estaban los indios. Por lo tanto, la proporción de yanquis no era tan importante como para que éstos pretendieran repetir en California la historia de Texas. Indiquemos que tanto franceses como británicos tenían esperanzas de quedarse en el territorio, así que no iban a ayudar a los compatriotas de Polk.

En 1843, San José era una aldehuela de casas de adobe, con 600 a 800 habitantes. Abundaban las salas de juego. La capital, Los Angeles, tenía 1,250 pobladores y, según George Simpson, era una cueva de ladrones, borrachos y jugadores.<sup>(49)</sup>

Bancroft nos da los siguientes datos: En 1845 había, en el norte de California alrededor de 3,550 "de razón", cerca de 400 extranjeros y unos 1,300 neófitos (indios cristianizados). En el sur eran 6,900 "de razón", 3,180 indios y 680 extranjeros.<sup>(50)</sup> Para mediados de 1848 indica había entre 3 y 4 mil neófitos y otros tantos indios salvajes. Calcula alrededor de 7,500 hispanos y 6,500 anglos. De éstos, habían llegado 3,900 en los tres últimos años y 2,020 eran soldados.<sup>(51)</sup>

Por lo tanto, observamos que, en el mejor de los casos, la población de California llegaba a unos 23,000 habitantes para un territorio de 800,000 km<sup>2</sup>. En la actualidad, después del nacimiento de Utah y Nevada el estado de California tiene una superficie de 411,000 km<sup>2</sup>. Indudablemente, era preciso el crecimiento demográfico para que se explotaran debidamente sus múltiples riquezas naturales.

## 2) Los que llegaron, legal e ilegalmente.

A partir de 1824, un Congreso mexicano, bastante generoso, aprobó una resolución que prometía seguridad a cualquier persona y a la propiedad de los extranjeros que se establecieran en California y obedecieran sus leyes.

El comercio triangulado California-Asia-Nueva Inglaterra ya dejaba buenos dividendos a muchos desde fines del siglo XVIII. A los de Nueva Inglaterra les gustó esa perspectiva. Personas como Thomas Oliver Larkin, William Richardson, William Goodwin Dana, John R. Cooper y John Warner llegaron en las décadas de 1820 y 1830. Estos mercaderes e intermediarios fueron el único contacto que tuvieron los californios con los misterios del comercio y las finanzas. Proporcionaron capital, mercancías, sistemas de crédito y los medios para que los mexicanos de esa región comercializaran sus productos.

Aunque eran protestantes de corazón -ellos sí que eran de la herencia puritana de Nueva Inglaterra- muchos abrazaron el Catolicismo. Según un crítico, "dejaron sus conciencias en el Cabo de Hornos". Casaron con jóvenes de las familias californianas más prominentes y se naturalizaron mexicanos. Para 1840 eran parte integrante del escenario de la comarca.<sup>(52)</sup> Estos yanquis que llegaban por mar eran "gringos mexicanizados" como los llama Leonard Pitt.<sup>(53)</sup>

Otro tipo de norteamericanos llegaron por tierra, por el este, con sus desiertos y sus montañas escarpadas. Iban, generalmente, a cazar y atrapar castores en los valles de San Joaquín y el Sacramento. Eran los Jedediah Strong Smith, los Ohio Pattie, el "Cojo" Smith, Walker, Wilkes, Frémont y demás aventureros, cazadores y tramperos que descubrieron nuevas rutas y quedaron descritos en el inciso correspondiente a comunicaciones.

Luego, en la década de 1840 comenzaron a llegar los colonos de Estados Unidos, en sus carretas, desde el oriente. Eran agricultores que venían con sus esposas y familias. No se mezclaban con los hispanos. Seguían el esquema estructurado por los pobladores anglosajones de Norteamérica: 1) Primero, exploradores, cazadores y tramperos; 2) enseguida, agricultores que cultivaban un tiempo la tierra que antes estaba despoblada. Los indios o hispanos que pudieran ocuparla, no existían para los colonizadores norteamericanos. 3) Estos agricultores, calificados por Bancroft como inmigrantes profesionales, vendían su granja a uno que llegaba después de ellos y seguían corriendo la "frontera" hacia el Oeste; 4) los que venían después -y muchos que se quedaban- incrementaban la agricultura y la ganadería. A su vera aparecían comerciantes, mineros, gente de servicios diversos y, también, la pluralidad productiva. California, por ejemplo, se transformó en granero y emporio fruticultor cuando fallaron las minas. Tomando como base su riqueza agropecuaria fue construyendo sus industrias y su comercio marítimo.

De esta manera, los perpetuos colonos iban desplazando la frontera, palabra que para los estadounidenses contiene un significado especial porque es la idea de una línea eternamente flexible y cambiante, en expansión.

La presión demográfica obligaba a buscar nuevas tierras en el Oeste, aunque era raro que los recién llegados de Europa se convirtieran en colonos porque se necesitaba un pequeño capital para acondicionar una carreta, sufragar los gastos del traslado, de la instalación y otros. Generalmente, los nuevos emigrantes habían gastado mucho en su cruce transatlántico. Pero la ilusión de la abundancia de tierras, fertilidad, prosperidad, comida -a ellos que venían

de países que sufrían hambrunas- se transmitía a sus hijos y nietos que mantenían la esperanza de esos europeos y colonizaron el Oeste, ante la presión demográfica de más recién llegados del Viejo Continente que, generalmente, se quedaban a trabajar en la parte noreste de Estados Unidos. Los que hacían realidad lo de la Tierra de Promisión eran sus descendientes.

Bancroft calcula que en 1840 había alrededor de 360 extranjeros y que las carretas con colonos comenzaron a llegar de 1841 en adelante. Incitados éstos por los relatos que hacía Antoine Robidoux en el condado de Platte, en Missouri y sus alrededores. También las cartas del Dr. John Marsh y otras descripciones entusiasmaban a estos permanentes inmigrantes con las promesas de California.<sup>(54)</sup>

Así llegaron los grupos de Bidwell, Bartleson, Chiles y otros más pequeños. La corriente comenzó, propiamente, en 1841. Bancroft calcula que ese año llegaron alrededor de 200.<sup>(55)</sup>

El comandante Vallejo informó de la llegada de intrusos de Missouri en noviembre de 1841. Era el grupo Bidwell-Bartleson. Todos eran hombres. Treinta y tres en total. Iban armados y la mayoría sin pasaporte. Víctor Prudón, el francés naturalizado mexicano, que llegó con la compañía Híjar-Padrés, en 1833-34, se convirtió en fiador de estos ilegales el 17 de noviembre de 1841.<sup>(56)</sup>

La avalancha de yanquis se intensificó en 1842 y en gran parte estaba instigada por el artículo de John J. Warner titulado: "California y Oregon: la difusión (dispersión o expansión) de la raza anglo-sajona y un nuevo camino de China a Boston". Apareció en el número de junio de 1841 de la *Revista Colonial* del periódico *New York Journal*. Warner también dió muchas conferencias sobre el tema en diversos estados del noreste de Estados Unidos. Despertó en multitud de personas un enorme interés por ir a colonizar el Oeste.<sup>(57)</sup>

No todas las caravanas que arribaban a California permanecían allí. Ni todos los grupos eran muy numerosos. Bancroft nos informa que en 1843 y 1844 hubo dos caravanas grandes, una en cada uno de esos años. La primera llegó de Oregon y la otra cruzando la sierra.<sup>(58)</sup>

El año de 1842 fue difícil para los inmigrantes por las restricciones oficiales, que se incrementaron después del incidente del comodoro Thomas ap. Jones. El ministro mexicano en Washington, Juan Nepomuceno Almonte, hizo publicar en los diarios estadounidenses una advertencia para que no se fuera a California porque su gobierno no quería colonos extranjeros en esa parte de su territorio.<sup>(59)</sup> No se deseaba que otras partes de la nación corrieran la misma suerte de Texas.

En cuanto al asunto del comodoro Jones, parece que lo provocaron las noticias de diarios norteamericanos que hablaban del peligro de guerra entre México y Estados Unidos, después de la expedición del general mexicano Adrián Woll a San Antonio, Texas, a principios de 1842. Woll había hecho prisioneros y los había llevado a México. (En el capítulo 2 se tocará más detalladamente lo relativo al incidente del comodoro Jones).

De todas formas, siguieron yendo extranjeros a California y para 1845 había más de 1,000 en todo el territorio.<sup>(60)</sup> En ese número se incluyen todos, hasta los que no eran yanquis. Un despacho oficial nos informa que en 1842 llegaron a California, desde Nuevo México, 200 hombres de ese territorio. Habían cruzado por el sur y luego se habían dirigido hacia el norte, hasta Monterrey. Iban a comerciar pero California les había gustado para establecerse, así que prometieron ir por sus familias para regresar con ellas a radicarse allí definitivamente.<sup>(61)</sup>

Era evidente que estaba aumentando la inmigración porque Manuel Payno, que visitó el departamento en 1845, nos dice que vio "carabanas" (*sic*) de más de 60 carros con 300 o más emigrados que cruzaban las praderas de Nuevo México, Oregon y California.<sup>(62)</sup>

Los distintos gobernadores y comisionados de las Californias siempre estuvieron pidiendo colonos para esas regiones. Gómez Farías envió un grupo para Alta California en 1833 pero se desorganizó en Mazatlán y sólo llegaron a su destino unos cuantos.<sup>(63)</sup> Luego fue el intento de Híjar-Padrés.

El diputado Manuel Castañares pidió, en julio de 1845, que enviaran colonos mexicanos. Dijo que nadie del centro quería ir a California, entre otros motivos por la empleomanía. Sugería la inmigración extranjera reglamentada para que no resultara lo que en Texas. Debían llevar españoles, de preferencia, y si no, suizos o alemanes (seguramente, cuando propuso lo anterior pensaba en Suter que era gente de Micheltorena, como él). El diputado opinaba que no debían permitirse norteamericanos a ningún precio porque los que eran respetables se casaban con mexicanas y comenzaban a elogiar a su país de origen y minaban las relaciones con México. Iban predisponiendo gente a favor de los yanquis. Los estadounidenses de esta clase, que eran gente de trabajo, fue minoría. La mayoría estaba formada por aventureros, personas que entraban con un fusil por única posesión o desertores de los barcos. Castañares también pedía colonos militares.<sup>(64)</sup>

Por último, mencionaremos dos grupos de colonizadores de los que se habló

mucho en los últimos días de la Alta California mexicana: los irlandeses del padre Mac Namara y los mormones. Los primeros, nunca llegaron. Los segundos sí, pero después de que se había efectuado la invasión norteamericana.

Comenzaremos por los primeros. El padre católico irlandés Eugenio Mac Namara pidió al presidente José Joaquín Herrera, en la primavera de 1845, le hiciera una concesión de tierras en California para fundar allí una colonia de irlandeses católicos. De esta manera se defendería a la religión de los "lobos metodistas" y se ayudaría a los pobres irlandeses famélicos. Propuso fundar la primera colonia cerca de San Francisco; la segunda, tiempo después, cerca de Monterrey y, una tercera, en Santa Bárbara. También solicitaba exenciones de impuestos, al principio, para que se les ayudara a progresar.<sup>(65)</sup>

El gobierno no resolvió nada pero en enero de 1846 el "misionero apostólico" Mac Namara tuvo noticias del ministro José María del Castillo y Lanzas, miembro del nuevo gabinete de Mariano Paredes Arrillaga, de que su oferta se veía con simpatía. De manera que el sacerdote se marchó para California y el 1º de julio estaba presentando la propuesta, por escrito, al gobernador Pío Pico, en Los Angeles, la capital de entonces.

Mac Namara iba recomendado por el arzobispo de México y planteaba llevar dos mil familias irlandesas, es decir alrededor de diez mil almas<sup>(66)</sup> a la tierra que había seleccionado y que era una extensión de 3,000 leguas cuadradas<sup>(67)</sup> entre el río San Joaquín y la Sierra Nevada, desde el río Consumnes, por el norte, hasta el Tulares en el sur, cerca de San Gabriel. El gobernador envió la propuesta del padre Mac Namara a la Asamblea del Departamento con documentos relativos al proyecto y su aprobación personal. En la sesión del 6 de julio se discutió el asunto y se pasó a un comité formado únicamente por Santiago Argüello y Juan Bandini, miembros de la Asamblea, quienes aprobaron la oferta del irlandés con ciertas modificaciones. Por ejemplo, se daría tierra de acuerdo al número de colonos, que podría aumentarse hasta llegar a tres mil familias. Así mismo, se tramitarían sus exenciones de impuestos.<sup>(68)</sup>

La concesión estaba fechada en Santa Bárbara el 4 de julio de 1846, aunque el comité se había reunido el 6. Cuando los norteamericanos revisaron el documento, lo invalidaron, porque ellos habían invadido el 7 y supusieron que Pico no había podido firmar antes del 12, cuando ya no tenía autoridad.

Mac Namara, de todos modos, viajó a Monterrey, aunque sabía que los yanquis ya lo estaban ocupando. Se entrevistó con el cónsul Larkin quien le informó que el gobernador no podía otorgar más de 11 leguas por título.<sup>(69)</sup> Al

parecer, Mac Namara no insistió más sobre la colonia, ni sobre el título de propiedad otorgado por Pío Pico.

Muchos mexicanos estaban de acuerdo con la colonización con irlandeses católicos. Entre ellos, José Fernando Ramírez, en una carta fechada en junio de 1846 y dirigida a Santa Anna, le indica pida a Inglaterra compre Texas y la pueble con católicos irlandeses. Decía que esa sería "nuestra tabla de salvación" y una barrera efectiva entre los dos países. "Así Inglaterra no transiría sobre el Oregon y salvaríamos las Californias". Decía Ramírez que podía entregarse el territorio como estaba, sin comprometerse a pacificarlo. Si no aceptaban esto, entregar Texas a la primera victoria mexicana.<sup>(70)</sup> En la fecha de esta carta, los norteamericanos ya habían declarado la guerra e invadido México.

Ignacio M. Covarrubias, enviado por Pío Pico para pedir ayuda ante la inminencia del ataque yanqui, durante su estancia en la capital aprueba, en su informe de abril de 1846, la colonización por familias europeas, que puede ser importante, y menciona a las tres mil familias irlandesas autorizadas por el Gobierno Central para colonizar California.<sup>(71)</sup>

En el mismo expediente se encuentra una comunicación del gobernador Pico en la que dice le han informado de la próxima llegada de diez mil "mormonitas" (mormones) procedentes de Estados Unidos, que van a tomar California por ser la tierra que Dios les prometió en las escrituras. Termina diciendo que no le han confirmado la noticia.<sup>(72)</sup>

Los mormones continuaron su éxodo hacia el oeste en la primavera de 1846, desde Nauvoo, Illinois, por tierra,<sup>(73)</sup> mientras el "Anciano" (Elder) Sam Brannan, junto con 200 adeptos viajaba por mar, doblando el Cabo de Hornos.<sup>(74)</sup> La meta era California. Al final, después de llegar a esta región, en la que pensaban estarían libres de la persecución puritana yanqui, tuvieron que volver a huir de ella y otros prejuicios, de los vicios acarreados por la fiebre del oro, de la hostilidad, las amenazas y la discriminación. Se retiraron a Utah, donde se asentaron a orillas del Gran Lago Salado, desde mediados del siglo XIX.

Llegaron a California cuando la guerra contra México estaba en curso. El gobierno norteamericano no les ayudó a defenderse del hostigamiento de sus vecinos de Missouri e Illinois que los obligaron a abandonar sus pertenencias y reiniciar su éxodo. Fundamentalmente, se les rechazaba por su poligamia. Se decía que Washington les ayudaría a trasladarse al oeste a cambio de trabajo en caminos y otras obras federales. Por eso, algunos dirigentes mormones buscaron un contacto con el gobierno. Jesse C. Little viajó a la capital de Estados

Unidos, donde logró entrevistarse con el presidente Polk en junio de 1846.<sup>(75)</sup> según quedó registrado en el diario del mandatario. Durante la reunión se habló del territorio de Oregon y Polk les pidió ayuda para la guerra contra México.<sup>(76)</sup> En principio, enviarían a California mil hombres por tierra y mil por mar pero, a la postre, únicamente se organizó un batallón de 500 soldados en Monte Pisgah, Iowa, uno de los principales asentamientos mormones.<sup>(77)</sup> El cuerpo se comenzó a formar el 1º de julio y, posteriormente, se unió a las fuerzas del coronel Stephen B. Kearny (Kearnay en textos mexicanos de la época) en el fuerte Leavenworth, Kansas. El 20 de octubre cruzaron el Gila y llegaron, por fin, a California.<sup>(78)</sup>

A pesar de sus principios, que exaltaban la no violencia y la protección a la familia, junto con una vida ascética dedicada a Dios, sacrificaron sus ideas y se arriesgaron a abandonar a sus familias por un tiempo, con el objeto de salvar del exterminio a sus hermanos amenazados, que vivían en el noreste de Estados Unidos. Iban a buscar una tierra más apropiada para asentar sus hogares y desarrollar su forma de vida y su fe. Irónicamente, tantas claudicaciones no los llevaron a la "Tierra Prometida".

El factor demográfico fue de primordial importancia para el desarrollo de California. La codicia por el oro aumentó rápidamente su población y adquirió la categoría de estado el 9 de septiembre de 1850, cuando el presidente Millard Fillmore firmó su admisión a la Unión, porque contaba ya con más de cien mil habitantes, requisito para dejar de ser territorio.

En vísperas del hallazgo aureo, únicamente contaba con alrededor de 15,000 habitantes. Más de la mitad eran hispanos. San Francisco era una aldea de 810 pobladores. Luego, llegaron los gambusinos y se presentó el "gold rush" (auge del oro) que hizo que para 1849 la población llegara a las 100,000 personas, aproximadamente. La Enciclopedia Británica dice que en 1852 ya tenía el doble.<sup>(79)</sup> Otras fuentes dan 93,000 habitantes para 1850. De todas maneras, en dos años casi se habían quintuplicado sus pobladores. Esto, gracias al oro. La siguiente quintuplicación de población no ocurrió sino casi veinte años después, un lapso que tampoco es demasiado largo pero que nos permite apreciar la celeridad del crecimiento demográfico entre 1848 y 1852. El censo de 1860 arrojó un número de 380,000 californianos y el de 1870, 560,000.<sup>(80)</sup>

#### d) Economía de la época.

Después de la secularización de las misiones y del reparto de su ganado,



surgieron en California haciendas y ranchos de gran extensión. Algunas tierras se otorgaron a extranjeros naturalizados mexicanos, como el suizo Juan Augusto Suter, a quien se la donó el gobernador Juan Bautista Alvarado, por servicios recibidos.

A partir de 1836 se inició la formación de una nueva clase social, la de los terratenientes. Poco más de 800 personas obtuvieron alrededor de 200,000 hectáreas, hasta 1845. (81) Si había 6,200 "gentes de razón" en 1845, y las dos terceras partes de ellos eran mujeres, niños y ancianos -según vimos en páginas anteriores- el resto de la población, menos de dos mil "de armas tomar" deben haber recibido tierras. Por lo menos, la habían obtenido casi todas las familias, si pensamos que en cada una de ellas debe haber habido más de un varón, en promedio.

La producción estaba concentrada en la explotación de ganado vacuno y muchos rancheros también criaban borregos y caballos, indispensables para el traslado en esas latitudes. La abundancia de reses era tal, que Vallejo pedía a unos visitantes que si tenían hambre mataran algún animal para comérselo, pero que le dejaran el cuero colgado en alguna parte porque ese era su negocio. (82)

Algunos hacendados y rancheros también cultivaban cereales y frutas. Por ejemplo, el Dr. Juan Marsh, médico egresado de Harvard, que había llegado a California en la década de 1830, tenía una propiedad cerca de la confluencia de los ríos Sacramento y San Joaquín y en 1837 comenzó a plantar higos, peras, manzanas, duraznos. Dice en una carta al senador Cass, fechada en julio de 1845, que la región es perfecta para el cultivo de la vid, el olivo y las almendras. Añadía que sus cosechas de frutas habían sido excelentes, que en el sur se daban los naranjos en abundancia y que comenzaba a sembrar, con buenos resultados, algodón, cáñamo, lino y tabaco. (83)

Todos los años, Vallejo vendía trigo a los rusos. Estos viajaban desde Alaska para adquirirlo. También Suter cultivaba ese cereal. (84)

La base del comercio californio lo constituían el sebo y los cueros que se vendían, principalmente, a los comerciantes marinos de Nueva Inglaterra. Únicamente elaboraban el jabón, el vino y las telas. Casi no había productos terminados.

Ya dijimos que las poblaciones y misiones se hallaban cerca de las costas y de los mejores puertos. Las embarcaciones eran verdaderas tiendas ambulantes que recogían cueros y sebos para trasladarlos a Lima y a la costa atlántica de

Norte América. Era un comercio de cabotaje, informó Andrés Castelleros en 1837.<sup>(85)</sup> Indicaba que ese tipo de navegación, en la que se tocaban todos los puntos de un litoral, propiciaba el contrabando. Sugería que se prohibiera dicho intercambio y se armaran barcos mexicanos para que hubiera mayor seguridad frente a los bárbaros y a los estadounidenses.

El otro comisionado, Francisco Castillo Negrete, señalaba en un comunicado de agosto de 1837, que los únicos que hacían comercio con los productos de peletería eran los angloamericanos.<sup>(86)</sup>

El talento de los de Nueva Inglaterra para los negocios fue restringido por los ingleses, en cierta medida, pero al quedar liberados de Gran Bretaña, floreció en todo su esplendor y en 1784 principió su mercado chino, cuando el barco *Emperatriz de China* viajó de Nueva York a Cantón.<sup>(87)</sup> A los nobles y funcionarios de aquél país oriental les agradaban las pieles en sumo grado, sobre todo las de foca y nutria que procedían, primordialmente, de las costas del sur de Alaska, del noroeste del Canadá y de California. El capitán inglés James Cook había descubierto la abundancia de estos animalitos en esas latitudes. Pero los británicos no pudieron sacar provecho al hallazgo, a causa de las guerras napoleónicas, y a pesar de que ya había hecho renunciar a España a sus derechos de exclusividad sobre el Pacífico noroeste mediante el Tratado de Nootka, firmado en 1790. Fueron los recién independizados estadounidenses quienes aprovecharon los arreglos de los ingleses y su dominio comercial de la región empezó con los viajes de los barcos *Lady Washington* y *Columbia Rediviva* en 1788. Cinco años después habían establecido el comercio regular.<sup>(88)</sup>

Los barcos de Boston doblaban el Cabo de Hornos, llegaban al noroeste del Pacífico a buscar pieles, partían hacia las islas Sandwich (Hawai), donde recogían provisiones y sándalo. Entonces, viajaban a Cantón para intercambiar las pieles y el sándalo. A los funcionarios chinos se les tenía que dar como obsequio. Estos, correspondían regalando té, sedas, especias y porcelana. Con esta carga volvían a Nueva Inglaterra por el estrecho de la Sonda, la isla de Francia (Mauritania), Madagascar y el cabo de Buena Esperanza. O sea, daban la vuelta al mundo, en periplos que duraban dos o más años, pero que redituaban miles de dólares.

Las poblaciones de focas y nutrias del norte se fueron agotando. Los cazadores se desplazaron hacia las costas de California que, por ser más templadas, alojaban a millones de esos preciados animalitos. Aprovecharon que los californios se hacían disimulados ante las restricciones comerciales de los

españoles, si les proporcionaban artículos considerados "de lujo" en el territorio: artefactos de metal, herramientas, zapatos y otras prendas de vestir. (89)

Este comercio dio a Estados Unidos su primer contacto con California. La primera descripción de la región la hizo William Shaler, quien la visitó en 1803, en el *Lelia Byrd*.

La independencia de México intensificó el crecimiento del comercio del cuero y del sebo en la década de 1820 y la de 1830. Entonces, los yanquis quisieron mostrar a los nativos que habían desperdiciado otros recursos, como la madera y el pescado, pero a los californios no les interesaban esos dos rubros. Opinaban que en California nadie moría de hambre. Muchos vivían con bastante boato, gracias a que los barcos norteamericanos, sobre todo, les llevaban los artículos de lujo de otros países, que ellos pagaban con pieles, sebo y esquilmos. (90)

Luego de que en 1824 el gobierno mexicano les dio seguridades, llegaron los comerciantes novoingleses, único contacto de los californios con el exterior, con el comercio y las finanzas. Acudieron mercaderes, intermediarios, banqueros, prestamistas, importadores y exportadores. En algún texto se les acusa de contrabandistas. Eran los Larkin, Stearns, Robinson, Goodwin Dana y demás, que se establecieron en las poblaciones costeras, generalmente, y se relacionaron con los hispanos. (91)

La economía estaba centralizada en estos dos sectores sociales: el de los comerciantes de Nueva Inglaterra -principalmente- y el de los hacendados y rancheros californianos.

Es preciso mencionar que desde fines del siglo XVIII, los rusos habían iniciado la explotación de esa zona y su comercio. Establecieron un puesto en Sitka, Alaska, en 1804 y luego pidieron permiso para instalar pesquerías en California. Así nacieron, en 1812, las pequeñas factorías de Fuerte Ross y Bodega, que no tuvieron mucho éxito y que se vendieron, posteriormente, en 1840-41, una, al suizo naturalizado mexicano Juan Augusto Suter y la otra a un yanqui, don Estevan Smitt -así aparece en los documentos mexicanos. Seguramente el nombre de pila es una mezcla de Steve y Esteban-, a quien se acusaba de conspirar y de tratar de promover la independencia de las Californias. Justamente, era sospechoso por haber adquirido la instalación de los rusos en el puerto de Bodega. El súbdito inglés Enrique Kisby denunció ante el capitán José María Flores que se sospechaba que Smitt fuera agente del gobierno de Estados Unidos porque había llegado de Boston a México y partido para California el 19 de

marzo de 1845. Estaba encargado de hacer desembarcar en Bodega un cargamento de armas de una nave.<sup>(92)</sup>

A partir de la intensificación del comercio con los yanquis, se incrementó la vigilancia de sus navíos sobre nuestras costas. Castillo Negrete se quejaba en 1837, de que "hay continuamente dos buques de guerra armados frente a nuestro litoral, burlándose de nuestra bandera".<sup>(93)</sup>

En la economía californiana fue de especial interés la explotación de los placeres de oro. Manuel Castañares, el diputado del departamento, informó al Congreso, en la ciudad de México, que habían hallado oro en 1842 y que a su salida de Los Angeles, en diciembre de 1843, ya pasaban de 2,000 onzas lo que se había extraído. Indica que la mayor parte de ese oro se había vendido a Estados Unidos. También informa que los placeres de oro tenía más de 30 leguas de extensión (entre 120 y 150 km.)<sup>(94)</sup> Seguramente, Castañares se refería a los yacimientos del Cañón de Santa Feliciano del Valle de San Fernando, descubiertos el 9 de marzo de 1842, seis meses antes de que el comodoro Thomas ap. Jones "creyera que había estallado la guerra entre México y Estados Unidos" y se dejara ir más de 10,000 km. desde el puerto de Callao, en Perú, hasta Monterrey, California. Dice Rodolfo Acuña: "... el descubrimiento de oro por Francisco López en el Cañón San Feliciano, al sur de California en 1842, atrajo la atención pública sobre un hecho ya conocido por los mexicanos: la existencia de oro en California"<sup>(95)</sup>

A Leonard Pitt le intriga que los españoles y los mexicanos no hayan encontrado oro. Gabriel Moraga, con sus 46 expediciones anteriores a 1820, no halló el precioso metal, se le escapó la veta madre. Lo del sur de California era poca cosa.<sup>(96)</sup>

De haberse descubierto oro en mayor cantidad, la historia de California posiblemente habría sido distinta. Un mineral desarrollado, como los de Zacatecas, Guanajuato o San Luis, indudablemente habría estado poblado y defendido, opina Pitt. Pero cree que, de todos modos, era irremediable que a la larga el litoral del Pacífico noroeste cayera en manos de Estados Unidos.

También pudo no caer, si la guerra con México se prolonga y el gobierno norteamericano no recibe más préstamos o el Congreso de su país hace que las tropas se retiren, como en Vietnam. O si no se hubiera arreglado lo de Oregon y hubieran intervenido los ingleses... no caben las elucubraciones sobre lo que pudo ser, si hubieran descubierto la veta madre los españoles o los mexicanos. De hecho, encontraron oro. Es cierto lo que dice Pitt cuando afirma que no

demonstraron demasiado interés por el metal cuando se habían asentado en la producción agropecuaria. La despreocupación se podría explicar de diversas maneras. Pudo deberse, en primer lugar, a que las riquezas del subsuelo siempre pertenecieron al Estado. Antes, eran de la Corona, luego del gobierno republicano. Se tenía que pagar el diezmo o el quinto por la concesión de explotarlás.

Las inversiones para minería siempre fueron cuantiosas y muchos que aventuraron sus haberes en este negocio, quebraron. Esto era conocimiento común para los mexicanos. Muchos ya no querían correr ese riesgo.

Además, debían internarse lejos de la costa donde podían atacarlos los indios bravos. Había poca población, grandes distancias y dificultades topográficas. No era muy estimulante, precisamente, ponerse a buscar metales preciosos cuando el ganado les dejaba tan buenos rendimientos.

A los aventureros gambusinos aglosajones que se dejaron ir desde el este, el oro sí les entusiasmó porque dieron con los grandes yacimientos que no tenían en su territorio, a pesar de ser calvinistas elegidos de Dios. La ley inglesa, además, consideraban que el dueño de la superficie de un terreno también lo era de lo que se encontraba en su subsuelo. Exactamente lo contrario de lo que decían las leyes españolas, que disponían que el gobierno ganara con la explotación de metales y que el empresario fuera el que arriesgara y perdiera, si tenía mala suerte. Probablemente por éso a los californios les interesó poco la búsqueda de minerales preciosos.

El diputado Castañares, en su informe al ministro Tornel acerca del oro, también le participaba que en California había plata y carbón de piedra, que ya había comenzado a extraerse para fines de 1843, fecha en la que él partió para México. (97)

Las exportaciones del año 1846 fueron estimadas por Larkin en: 80,000 pieles; 60,000 arrobas de sebo; pieles por valor de \$20,000; jabón por valor de \$10,000; 1,000 barriles de vino y brandy; 200 onzas de oro (todavía los anglos no lo descubrían) y 1.000,000 de pies de madera. (98)

Acotemos que la madera y las pieles frecuentemente se obtenían de los indios y que también los tramperos proveían de su mercancía a los navieros. No era, propiamente, negocio de los californios.

Así mismo, los barcos extranjeros explotaban la pesca. Por ejemplo los rusos, en Ross y Bodega, así lo hacían. La Compañía de la Bahía del Hudson tenía instalaciones en Monterrey y Nevin señala que la flota ballenera

norteamericana del Pacífico contaba con 650 naves en esas aguas. Por eso les interesaba tanto el puerto de San Francisco. (99)

1847 fue un año de ocupación militar en el que no ocurrieron cambios significativos porque el Tratado de Guadalupe Hidalgo no se firmó sino hasta febrero de 1848. De modo que los reglamentos mexicanos prosiguieron vigentes en casi todos los aspectos. Por ejemplo, las aduanas continuaron con las antiguas disposiciones aunque las autoridades de ocupación habían expedido otras distintas, como la de reducción del sueldo a las autoridades de los puertos de entrada y la rebaja de los impuestos aduanales, que fue muy aplaudida, aunque ya el Gobernador Pico había abolido, en marzo de 1846, el impuesto anual de \$600 por barco. (100)

Sin embargo, en octubre de 1847, Washington decidió aumentar los impuestos aduanales, en forma notable, para que sirvieran como contribución de guerra y se ejerciera presión sobre el gobierno mexicano para que firmara los tratados de paz. La medida, por absurda, pronto fue abolida por el gobernador militar, Coronel Richard Mason. (101)

Todos los acontecimientos del año de ocupación se reflejaron en los negocios y Larkin escribía a Washington, en agosto de 1847, que el comercio de la región había trastabillado durante un año. Que los mercaderes habituales se habían retirado y efectuaban, en esos días, sus operaciones a través de las Islas Sandwich (Hawai), Sudamérica y los Estados Unidos. (102)

En agosto de 1848 se recibió la noticia de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo y se tomaron medidas para eliminar los impuestos a los barcos norteamericanos y para ajustar los de las mercancías extranjeras que entraban al territorio. (103) San Francisco se convirtió en el principal puerto de entrada. Indudablemente, tenía más actividad que el resto de los puertos californianos juntos. Amenazaba la supremacía de Honolulu como primer fondeadero del Pacífico. En el último trimestre de 1847 pasaron por allí \$49,598 de mercancías de exportación, \$30,354 de las cuales eran productos de California. También entraron, en ese mismo período, \$53,590 de importaciones, de las que \$31,741 correspondían a productos de las islas Sandwich y representaban el 8% del total de las exportaciones de dicho archipiélago. (104)

#### e) Sociedad.

California fue una provincia esencialmente clerical y siguió siéndolo hasta varios años después de la Independencia. Conservó el esquema español de cuatro rezos diarios, misas y demás. Pero, para 1847, sólo iban a misa las

mujeres, los niños y los indios neófitos, porque los hombres se habían vuelto liberales, al igual que tantos criollos hispanoamericanos de ese siglo. (105)  
A pesar de todo, continuaban siendo católicos de nombre y celebraban las fiestas religiosas con mucho entusiasmo.

El régimen franciscano había permitido la entrada de algunos colonos, sobre todo militares, y la secularización de las misiones, que se decretó en 1831, pero que comenzó seriamente en 1839 y se completó en 1845, creó una nueva casta de ricos terratenientes. (106)

Las concesiones de tierras del gobernador nacido en California, Juan Bautista Alvarado, a partir de 1836, promovieron el ascenso social de californios de primera y segunda generación, cuyos padres o abuelos eran los primeros que habían llegado al territorio, muchos como militares que luego se habían convertido en colonos.

Larkin dice, en una de sus cartas, que para 1846 había cuarenta y seis hombres de gran poder y mucho dinero y que ellos eran los que gobernaban California. Eran autodidactas que no habían heredado nada. Lo que tenían lo habían hecho ellos mismos. Casi todos eran latifundistas. (107)

De manera que el departamento comenzó a adquirir un régimen de clases privilegiadas, semifeudal, con peones acasillados en un sistema similar al de las tiendas de "raya". Mariano Vallejo comentaba que en la época española, en que no se conocía la igualdad, existía más que en la época republicana en que todos los hombres se gloriaban de ser iguales. (108) A medida que había mayores fortunas se veían más diferencias sociales.

Como la riqueza provenía del campo, la vida del rancho o hacienda tendió a eclipsar la vida de pueblo. Había muchos indios que trabajaran, así que el blanco o el mestizo nunca llegaron a ser jornaleros. Entre la gente de "razón" nunca hubo peones.

Los anglosajones racistas decían que los peones californios, con familias de 10 a 15 miembros, dormían en el piso de tierra de sus chozas en un "dormitorio promiscuo". Agregaban: "cuanto más juntos están, menos cobijas necesitan". (109)

Tan mal como los peones californianos o peor dormían sus contemporáneos, los obreros ingleses descritos por Federico Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. (110)

Pero los yanquis también se sorprendían ante el lujo de los californios ricos: "Dos mil caballos, quince mil cabezas de ganado y veinte mil ovejas es lo que debe tener un granjero habilidoso antes de pensar en matar o vender",

escribió Walter Colton, un hispanófilo.<sup>(111)</sup> Los colonos norteamericanos miraban con codicia esos bienes, esperando el momento de asestar el zarpazo y apoderarse de ellos.

La estructura social era típicamente hispánica, con un núcleo central familiar. En los pueblos ibéricos era básico el concepto de una familia fuerte y unida que propiciara una mayoría de edad tardía, de los 25 años en adelante. De ahí se desprendía una dependencia duradera de los padres. Se ambicionaba tener muchos hijos, que serían la prueba de la virilidad masculina y de la capacidad procreadora de la mujer, además de la "bendición de Dios" que perpetuaba la familia y proporcionaba medios para que el clan ascendiera socialmente. Se creaban mayorazgos para no dividir las fortunas pero, al mismo tiempo, el hermano mayor tenía la obligación de ayudar a los menores. Se extendía este compromiso a los parientes pobres que merecían un puesto de trabajo en el negocio familiar y también alojamiento y comida en la casa. El orgullo de la estirpe, profundo e intenso, quedó reflejado en una antigua divisa castellana: "Antes de Dios fuera Dios/ y los peñascos, peñascos/ los Quirós ya eran Quirós/ y los Velascos, Velascos".<sup>(112)</sup>

En zonas distantes de su hogar donde no había familiares, el hombre era desconfiado y únicamente contaba con la amistad y la religión. Por eso, solamente era confiado cuando estaba en su pueblo. El nepotismo era aceptado como algo común y la lealtad y confianza se preferían a la eficiencia y el talento. Por eso, los buenos amigos eran considerados parte de la enorme familia. Con los empleados, se daba un tipo de relación patriarcal: la atención que el servidor daba a la familia se correspondía cuidándolo toda la vida.

Lo anterior es parte del esquema social del hombre colonial hispánico descrito por Guillermo Céspedes y que, según él, persistió hasta el siglo XIX, cuando las lealtades comenzaron a transferirse a otras instituciones sociales, económicas y políticas.<sup>(113)</sup> El modelo se ajusta, como un guante, a la forma de conducir de los californios.

Hay otros rasgos importantes en esa sociedad: A los amigos se les atendía con una de las formas de hospitalidad más delicadas que haya inventado cualquier civilización. Incluso, desde el visitante ocasional hasta el bufón y el parásito, eran tolerados, cuando no bienvenidos, porque "dar era señorío, recibir, servidumbre". La hospitalidad generosa contribuía a dar lustre a la familia.<sup>(114)</sup>

Lo expresado en los párrafos anteriores se corresponde con lo que han comentado de los californios diversos observadores norteamericanos. Margaret Mead, por ejemplo, considera que "ser hispanoamericano es pertenecer a una



familia". La familia más importante de California era la de los rancheros. Todas las líneas de dependencia irradiaban de su casa y abarcaban a sus hijos, parientes políticos, otros parientes, huérfanos, montones de sirvientes indios y, a veces, también a los residentes del pueblo más cercano. (115)

El rancharo heredó todos los atributos del patrón, excepto la cantidad de peones. Legalmente, podía azotar con látigo a sus hijos casados y padres de familia. En las casas más tradicionales de Santa Bárbara, los jóvenes se arrodillaban solemnemente y besaban la mano del padre antes de ir a la cama por la noche. Un hijo de sesenta años no se atrevía a fumar o a quedarse cubierto con el sombrero ante su padre, sin antes pedirle permiso. (116)

Mariano Guadalupe Vallejo podría tipificar al señor semi-feudal colonial hispánico. La ficha que el cónsul Larkin elaboró acerca de él, en 1843, lo registra como teniente coronel de treinta y seis años, hijo de un sargento español (para nosotros sería criollo), nacido en Zapotlanejo, Jalisco. "Muy estudioso... Ha sido formal, duro, presuntuoso y exigente con sus compatriotas y extranjeros de clases media y baja... hospitalario con aquellos que respeta o los que le recomiendan... Es ostentoso..." También decía la ficha que poseía inmensas extensiones de tierra en la región de Sonoma, hatos de ganado, caballos y grandes casas. (117) Don Mariano declaró en una ocasión que "en el pecho de los antiguos californianos era más fuerte el amor por la familia que el interés egoísta y vil". Este amor se extendía a los ancianos, que eran muy respetados. (118)

La sociedad californiana era patriarcal, paternalista, aristocratizante, grupal, como correspondía a las sociedades rurales semif feudales. Llamaba mucho la atención a los anglosajones, desarraigados de su tierra de origen en Europa, y que eran individualistas, egoístas, independientes; republicanos, posiblemente a causa de su pobreza; avaros, por su formación puritana que no les permitía más goce que la acumulación de dinero y propiedades. No comprendían a estos californios que, al igual que los demás hispanos, hacían que la economía girara alrededor del hombre y no el hombre alrededor de la economía. Werner Sombart conforma esta idea cuando dice que el hombre precapitalista era un hombre natural que concebía la actividad económica como la simple provisión de sus necesidades naturales; y que en épocas precapitalistas "en el centro de todo esfuerzo y de todo cuidado estaba el hombre viviente: él es la medida de todas las cosas. Por contraposición, el hombre capitalista desarraiga al hombre natural con su concepción primitiva y originaria: 'trastorna todos los valores de la vida', ve en el amasar capital el motivo dominante de actividad económica y, con una actitud de fría racionalidad y los métodos de un preciso cálculo cuantitativo,

subordina a este fin todos los aspectos de la vida". (119)

El californio precapitalista manifestaba la tendencia de todos los latinoamericanos -también precapitalistas- de hacer de la diversión la finalidad principal del trabajo. Los hombres no se preparaban para el futuro. Trabajaban duro cuando era preciso y les enorgullecía hacerlo, porque les ilusionaba más la diversión que tendrían al terminar la jornada, que prever un futuro distante. Vivían el presente y tenían la vieja costumbre del "mañana", como decía don Eugenio Plummer. (120)

Casi todos sus entretenimientos eran formales y comunitarios. Los días del santo y otras festividades religiosas se preparaban con mucha anticipación. Pero en la mayor parte de los pueblos raramente pasaba un día sin que, espontáneamente, se organizara un baile, un fandango, una tardeada con canto o una guitarreada, una pelea de gallos, toros, caza de oso o alguna carrera de caballos, como parte de la rutina diaria. Se consumían cantidades pantagruélicas de comida y bebida. (121)

Pero los californianos estaban encantados con su forma de vida. Tenían todo lo necesario para mantener su sistema de valores: tierra, clima, mano de obra india barata y esto producía riqueza, diversión, orgullo familiar, influencia en el gobierno y cierto refinamiento aristocrático, que ya se manifestaba desde antes del reparto de las misiones, y que después tuvo mayor auge. "Una elegancia rural que no existía en las demás regiones periféricas de América Hispana". (122) Probablemente, sus peleas eran parte de las distracciones en esa tierra tan aislada.

Esos señores generosos, cuya hospitalidad para con los extranjeros es repetidamente señalada por autores como Bancroft, fueron criticados por muchos de los norteamericanos a los que sirvieron de anfitriones. Lo que sucedía era que las costumbres de unos y otros eran totalmente distintas, dice Pitt. Cabría pensar en la envidia como una explicación de la cauda de escritos hispanofobos sobre la California de esa época. Envidia mezclada con codicia, porque parece que les interesaba mostrar únicamente los lados negros de los californios, para incitar más a los anglos a apoderarse de todo lo que había en esa comarca.

Para James Clyman, los californianos eran hombres orgullosos e indolentes que llevaban rebaños de un lado a otro sin ningún fin aparente y George Simpson decía que en California la naturaleza hacía todo y el hombre, nada. También opinaba que explotaban a sus sirvientes indios. (123) Alfred Robinson, casado

con una californiana de la familia De la Guerra, dijo que los hombres eran "generosamente indolentes y adictos a muchos vicios, les importa poco el bienestar de sus hijos que crecen, como ellos, para ser miembros indignos de la sociedad". Y Richard H. Dana opinaba que "las mujeres tenían poca virtud... (pero) los celos de sus esposos eran extremados y la venganza casi segura y mortal..." (124)

En aquella época apareció una tendencia para hacer apetecibles a las mexicanas y despreciables a sus hombres. Ellas sólomente esperaban la llegada de los gallardos y salvadores yanquis. La raza mejoraría y la mexicanidad se extinguiría mediante la unión de los norteamericanos y las mexicanas, como se manifestaba en diversos escritos, incluso poemas. Viajeros como Kendall y Sage, quedaron prendados de las mexicanas que les presentaban un sorprendente contraste con sus paisanos.

Pitt señala que el testimonio de muchos de los más prominentes residentes norteamericanos indicaba que California no era un lugar de verdaderos hombres apoyados en sus tradiciones, instituciones y aspiraciones. Construyeron una estructura imaginaria. Algunos de ellos, como Robinson, sabían que esa imagen era falsa pero permitieron que prevalecieran motivos inconfesables porque, desesperadamente, deseaban la anexión. (125)

Unos pocos, como Walter Colton en su *Diario*, decían que los californianos eran indolentes pero alegres; pobres de cuerpo pero felices de espíritu; inocentes y no decadentes. No habían sido corrompidos por la civilización y estaban cerca de la naturaleza. Eran como niños, generosos, hermanables y socialmente agradables, no adoraban al falso ídolo del oro. (126) Y Thomas Oliver Larkin, el que más intrigó y ayudó a su país a anexarse California, confesó a su amigo, Abel Stearns, en carta del 27 de abril de 1846, que a él le gustaba como se vivía en California. Diez años después declaraba nostálgicamente que: "... los tiempos anteriores a julio de 1846 y sus placeres honestos, su vida regalada, fueron Días Edénicos (Haycyon Days). Nunca volveremos a tener nada semejante". (127)

En cuanto a la opinión yanqui respecto a las damas californianas, no se ha encontrado que ninguna de ellas haya protagonizado ningún escándalo. Las que se casaron con estadounidenses, los "mexicanizaron" e hicieron católicos. Eran respetadas por ellos y se las consideraba parejas apetecibles.

En general, la esposa hispana era directora y administradora del hogar. Tierna y enérgica supervisora de los hijos, a los que educaba y en quienes, muchas veces, depositaba todo su afecto. Ella era el símbolo y centro de la familia. En ellas florecía la religiosidad española de sus antepasadas europeas,

que inculcaban a sus hijos, parientes cercanos y servidumbre.

Posiblemente, Robinson criticaba el desprecio del padre varón respecto a los hijos porque todavía no comprendía el mundo ibérico, en el que la mujer era (todavía lo es, en gran medida) la educadora de los hijos. En un mundo de predominio masculino, donde todavía la vida femenina y la del hombre se desarrollan separadamente, excepto en los sectores más modernos, la madre es la encargada de los hijos, por lo menos hasta cierta edad.

La mujer hispana colonial y postcolonial aceptaba la superioridad patriarcal del marido y la respetaba, de puertas afuera. Mandaba, pretendiendo estar obedeciendo, con tacto, paciencia y diplomacia sobrehumanas.<sup>(128)</sup> En la actualidad continúa siendo "abnegada".

La lealtad monogámica pétrea de la Península Ibérica se relajó en América porque los conquistadores llegaron sin mujeres. Desde fines del siglo XV se admitieron, en el mundo hispanoamericano, los hijos naturales y las concubinas. No se habla de este fenómeno en los anales de California. Posiblemente, la sociedad de allá era más conservadora de las costumbres españolas y más cerrada, por su aislamiento. Aunque sí se menciona a las señoras de vida "alegre" -sobre todo después del hallazgo del oro-. Recordemos que a los de la Compañía Híjar-Padrés se les acusaba de llevar prostitutas.

Volviendo a la vida familiar, las concubinas nunca tuvieron el lugar de la esposa legítima que se apoyó en la Iglesia y le dio todo su respaldo a dicha institución para proteger su propio lugar. Permitían las aventurillas y hasta la otra familia del esposo, con la que, casi siempre, se mostraban magnánimas. A cambio de esto, cuando los tiempos eran mejores, se volvían consumidoras furiosas y despilfarradoras, como la señora Sepúlveda que apostaba en las carreras, regalaba \$50 dólares a cada uno de sus sirvientes, de lo que había ganado, y llevaba en el pañuelo una fortuna en pepitas de oro. A su parienta, Pilar Sepúlveda, le prepararon una boda que duró cinco días con sus correspondientes noches. Antes tuvo que viajar doce horas, desde San Pedro, con un ejército de sirvientes, colchones y baules repletos de ropa fina y joyas.<sup>(129)</sup> Era evidente que las damas californianas imitaban a las mexicanas de la capital, que eran tan afectas a la ropa fina, alhajas, carruajes y ostentación, según nos relatan escritores de la época, como Guillermo Prieto en sus *Memorias* y el propio Lucas Alamán lo menciona en su *Historia de México*.

También la sociedad mexicana era afectada al baile y la diversión. Igual que la de los excelentes cabalistas californianos, a la que se integraron los

norteamericanos comerciantes -y algunas veces, contrabandistas-, los "gringos mexicanizados". (130)

Los estadounidenses que llegaron por las montañas del este, en carretas, muchos con sus familias, agricultores, cazadores o tramperos, no aceptaron esa sociedad. Probablemente, ese sentimiento era mutuo y ellos parecían inaceptables a la sociedad californiana.

Esos pioneros protestantes, tal vez de herencia puritana, rechazaban el catolicismo -cosa del diablo-, el ocio relajante de los mexicanos; el gasto para darse buena vida, que les parecía despilfarro; lo aristocratizante de los ganaderos. Ellos eran republicanos, racistas, portadores de la superioridad anglosajona, temerosa de mezclarse con seres inferiores que no merecían la fortuna que tenían, por lo que había que quitársela. Sólo aguardaban el momento oportuno para hacerlo.

Lo paradójico es que los que sí habían llegado de Nueva Inglaterra y eran de herencia puritana, de verdad, eran quienes se habían casado con las mexicanas ricas y hasta se habían convertido al catolicismo.

A los viajeros anglosajones que se sorprendían por los escasos ropajes de las mujeres mexicanas, cuya belleza admiraban, se les olvidaba que una vestimenta más tupida y cerrada en un clima tan cálido, era antihigiénica. Por otra parte, es casi seguro que las "damas" que conocían en México, no eran precisamente de la clase de las que se habían casado con Leese, Stearns, Cooper y demás, sino de las que servían de distracción a los señores.

De esa sociedad no participaban los indios. Casi todos eran mansos pero se fueron volviendo bravos durante los años de la guerra. Posiblemente, por su contacto con otras tribus guerreras cercanas o que llegaban desplazadas de otras regiones más distantes. Muchos "neófitos" abandonaron el catolicismo y lo que habían aprendido de lectura, escritura, cuentas, canto y música, tras el cierre de las misiones. Algunos volvieron a la vida salvaje, lanzando ataques, tanto a los yanquis como a los mexicanos. Los que continuaron civilizados, generalmente se empleaban como peones o sirvientes de los hacendados, aunque alguno también consiguió obtener un rancho propio.

Junto con la Independencia de México, apareció el liberalismo en California, como ya se mencionó antes. Además, la posibilidad de hacer política. La que allí se dio fue muy provincialista, más parecida a las controversias entre primos o a las querellas con vecinos. Característica que se presenta frecuentemente en los lugares en los que hay poca población y mucha competencia entre los residentes. El siguiente inciso hará una descripción somera de esta

complicada actividad "política", previa a la invasión estadounidense.

f) Política.

California se hizo provincialista, casi seguramente por estar tan aislada del resto del país, tan lejana del centro y por ser el extremo de la colonia. Rechazaba a los gobernadores enviados por el Supremo Gobierno desde la ciudad de México. Y con bastante razón porque casi siempre se les mandó gente que únicamente iba a enriquecerse, a abusar de su puesto y a explotar a los nativos. Además de que, por otra parte, muchos se hicieron acompañar por cuerpos de defensa formados con cuerdas de ex-convictos a los que sólo se les había colocado el uniforme para convertirlos en soldados y que llegaban a la región a delinquir y robar.

Así que los californios tenían motivos justificados cuando exigían gobiernos propios. Se hicieron costumbre los "pronunciamientos", cuando no estaban de acuerdo con algo. Moda que les llegaba de la metrópoli, sin duda. Salado Alvarez nos informa que, entre 1821 y 1847, el departamento tuvo 11 gobernadores.<sup>(131)</sup>

Si a este "pueblo chico con infierno grande", agregamos a las injusticias del centro, la insidia norteamericana que, en su tiempo y lugar tipificara tan bien Joel Poinsett, el autor del "divide y vencerás" en el México recién republicano, podremos imaginar un caldo de cultivo ideal para separaciones y confrontaciones en una población tan poco numerosa.

El diputado Manuel Castañares comenta en un informe de marzo de 1845, dirigido al Congreso y Ministros, que los yanquis de vida normal, casados con mexicanas, incitaban a los nativos a proclamar su independencia de México y a unirse a ellos.<sup>(132)</sup> Su objetivo, sin duda, era repetir el juego texano.

También es indudable que la propia inestabilidad política de México contribuía a crear ese estado de eferescencia en California.

En 1831, José María Echeandía, el primer gobernador enviado por el centro, que se había quedado a residir en California, se reunió con Pío Pico, comerciante de los Angeles, y Juan Bandini, un chileno residente en el sur del departamento desde muchos años antes. Juntos hicieron un pronunciamento contra el teniente coronel Manuel Victoria, que había sido nombrado gobernador por el Gobierno Central, y era un hombre estricto que quería conducir su jurisdicción como lo marcaba la ley. Además, Victoria se oponía a la secularización de las misiones, cuyas tierras esperaban muchos residentes para convertirse en propietarios y hacer progresar a la comarca y a ellos mismos. Un ejército de

voluntarios tomó San Diego y Los Angeles. A Victoria lo hirieron en una escaramuza en Paso Cahuenga el 4 de diciembre de 1831. México se asustó y lo llamó. Echeandía quedó como gobernador interino. (133)

José Figueroa, gobernador enviado desde México, reemplazó a Echeandía en 1833. Fue el mejor gobernador que tuvo la región en toda su época mexicana, según atestiguan diversos autores como Carlos María Bustamante, Bancroft, Augusta Fink, Salado Alvarez y otros. Tomó medidas inteligentes, como amnistiar a los rebeldes de 1831, nombrar únicamente a californios como Vallejo o Pío Pico para administrar, respectivamente, las tierras de las misiones del norte y del sur que se estaban secularizando. El sí llevó a cabo el programa de laicización de los dominios del clero pero, desgraciadamente, falleció en 1835 y México envió a Nicolás Gutiérrez para sustituirlo. (134) Volvió la racha de pronunciamientos, iniciada en 1831. En noviembre de 1836, Juan Bautista Alvarado reunió una fuerza para deponerlo. Gutiérrez se rindió y huyó a México con sus oficiales.

En 1836, California se convirtió en departamento. Esto resultaba de la instalación del Centralismo y la expulsión del gobernador Gutiérrez. Se otorgó a California cierta autonomía para sus asuntos internos. Alvarado, nombrado gobernador por la diputación local, declaró capital a Monterrey, su pueblo natal, y eligió un subgobernador para el sur del departamento, cuya capital sería Los Angeles. A su tío, Mariano Guadalupe Vallejo, le dió el puesto de Comandante Militar de todas las fuerzas mexicanas en California.

El Supremo Gobierno de México se tuvo que tragar esta purga a disgusto y confirmó a Alvarado como gobernador en 1837. (135)

Entre 1837 y 1842, los californianos disfrutaron una era de paz, pero en este último año el Supremo Gobierno quiso recobrar el control de la comarca y mandó a Manuel Micheltoarena con un ejército de 300 "cholos" -soldados ex-convictos- a San Diego, donde éste anunció su nombramiento como nuevo gobernador. Luego partió a instalarse en la capital, Monterrey. (136)

Podemos imaginar la antipatía que suscitó el nuevo dirigente, impuesto por el gobierno central y acompañado por una caterva de delincuentes, rechazados por todos los californios. Se les había condonado la pena respectiva, estaban mal vestidos y alimentados y asaltaban con frecuencia las tierras de los hacendados.

Juan Bautista Alvarado y Mariano Guadalupe Vallejo, su tío, entregaron sus respectivos mandos al general Micheltoarena con bastante alivio, porque parece se la habían pasado discutiendo durante los cinco años de "paz". No habían

existido pronunciamientos pero sí desacuerdos. Aparentemente, uno de los asuntos en que habían discrepado los dos, fue en el nombramiento del emigrante suizo Juan Augusto Suter, como "encargado de Justicia y representante del gobierno en las fronteras del río de Sacramento". Suter se complacía en pasar por alto la autoridad de Vallejo, siempre que podía. (137)

Precisamente, este era el plan de Alvarado. Mantener en pugna a los californios y apoyarse en extranjeros nacionalizados para protegerse de las intrigas de sus compatriotas, algunos de los cuales, inclusive, eran parientes suyos, como su tío, Mariano Guadalupe, considerado el californio más rico, influyente y respetado. Quería mermar su poder, seguramente porque lo envidiaba.

El jueguito pueblerino de Alvarado le costó muy caro a México porque si el fuerte Suter y el suizo no hubieran contado con cierta anuencia por parte del gobernador -más tarde también se hizo amigo de Micheltorena- los ilegales anglos que se colaban por las montañas no habrían tenido un refugio al que llegar. Ese paso no habría existido para los tramperos "de fusil" como los calificaba Castañares.

Alvarado ya había recurrido, con anterioridad, a los servicios de Issac Graham, que conspiró contra el gobierno mexicano en 1840, y también había empleado a varios ex-cazadores norteamericanos a quienes utilizó para derrocar al gobernador Nicolás Gutiérrez en 1836. Algunos de ellos dieron problemas posteriormente. (138) Alvarado, con sus intrigas contra los otros californios poderosos, cayó en el típico caso de perder lo más a cambio de lo menos.

Micheltorena duró en su puesto de Gobernador hasta febrero de 1845, cuando su tropa de harapientos se enfrentó a un ejército de californios, encabezados por Alvarado y José Castro, en Paso Cahuenga. Los derrotaron e hicieron huir a México. Entonces, se nombró a Pío Pico gobernador del territorio, con capital en Los Angeles y a José Castro, que representaba los intereses de los "arribeños" -así se llamaba a los del norte-, se le hizo comandante militar con sede en Monterrey. (139)

Entre los defectos de Micheltorena, parece que existía el muy común de quedarse con los bienes del erario. Debía \$24,303.25. (140) Es decir, había sido uno de esos comandantes generales, enviados por el Presidente de la República, que se habían comportado como los procónsules romanos, "tigres devoradores de la riqueza de los pueblos", según la opinión de Carlos María Bustamante. (141)

Micheltorena pidió ayuda al centro por medio de Manuel Castañares, el diputado que lo representaba. La rebelión comenzó el 14 de noviembre de 1844 con unas trescientas personas dirigidas por Alvarado, Castro, Vallejo y Pico. A



los angeleños los habían levantado José María Villa y Jesús Pico. El gobernador mandó una carta informando de los acontecimientos en el barco *Guiúzcoa*, con el sobrecargo de la nave, Juan Everett. La embarcación partió de San Diego el 2 de diciembre de 1844.<sup>(142)</sup> Es evidente que este comunicado no llegó a tiempo, pero la existencia del conflicto sirvió al diputado californio para externar su temor de que: "En las tablillas del gabinete de Washington está escrita, hace muchos años, la agregación a aquella república de Tejas, parte de Chihuahua, Nuevo México y Californias, siendo este último departamento el que por su posición geográfica interesa hoy más a las dos naciones que se disputan el cetro de los mares y por consiguiente el del comercio". Este escrito está fechado el 23 de enero de 1845. Relaciona los disturbios internos con la interferencia de extranjeros, que no tenían nada que ver en el asunto. Castañares estaba haciendo méritos -varios autores, Bancroft entre otros, sugieren que aspiraba a la gubernatura del departamento- y, a la vez, defendía a su jefe Micheltorena. Aprovechaba la coyuntura política del momento. Dijo que el Congreso de Estados Unidos había aprobado la anexión de Texas el mes anterior, diciembre de 1844. Hablaba de usurpación de soberanía. Esgrimía este argumento, que no había tenido nada que ver en el levantamiento de los californios, en la comunicación a la que se hizo referencia arriba.<sup>(143)</sup>

El gobierno central confirmó a Pío Pico como gobernador y los dieciocho meses que mediaron entre su toma de posesión y la llegada de los conquistadores, se caracterizaron por una constante pugna entre el sur y el norte. Abajeños -así se llamaba a los del sur- contra arribeños. Pico *versus* Castro.

Valdría la pena reflexionar acerca de la coincidencia de fechas entre los vaivenes políticos de California y los del Supremo Gobierno Central de México. En 1831, cuando los californios se rebelaron contra su gobernador Victoria, ya había ocurrido el problema entre Guerrero y Gómez Pedraza, los pronunciamientos de Santa Anna y era presidente Anastasio Bustamante. Pero se había violado la legitimidad de las elecciones. Existía mucha ebullición.

En 1836, cuando los californios se levantaron contra el gobernador Gutiérrez y adquirieron cierta autonomía del centro, Texas se acababa de declarar independiente. En 1844 se derrocó a Santa Anna, se desenterró su sagrada pierna y se le desterró. Su representante en California, Micheltorena, ya no contaba con respaldo y se tambaleaba en su puesto, principalmente, por ser un funcionario corrupto.

Pío Pico descendía de un comerciante sinaloense que había llegado a California en la década de 1770. Se hizo leal al presidente Herrera, después de su

confirmación en el puesto, dada el 3 de septiembre de 1845. Continuó siéndolo tras la asonada de Paredes, de quien se declararon partidarios Castro y los del norte.

Cuando los californianos discutieron sobre la posibilidad de ser independientes o de buscar un protectorado extranjero, Pico y los del sur se inclinaron por Inglaterra y Vallejo, Castro y los del norte eran pro-yanquis, en general. Observemos las incongruencias y contradicciones causadas, probablemente, por la distancia del centro ¿Cómo podía ser Vallejo, el liberal, republicano, admirador de la democracia norteamericana, partidario del monarquista y belicoso Paredes, que exigía la guerra contra Estados Unidos y que volvió contra el presidente Herrera el ejército que éste le había armado con muchos sacrificios, sólo porque el primer mandatario buscaba arreglos diplomáticos con los texanos?

En la aislada región pesaba más el nombramiento de un sureño, Pío Pico, como gobernador, y la rivalidad entre "primos" -como los califica algún autor- que la línea ideológica. Debemos pensar que ésta aún era muy tenue, inclusive en la capital del país. Pocos tenían un pensamiento político consistente. Esta es una característica de la época.

En medio de toda esa confusión, lo lógico era que 'todos' los californianos fueran partidarios de un arreglo pacífico y del reconocimiento de la independencia de Texas. Eso evitaría la pérdida de más territorio, es decir, del suyo propio. Ellos no habrían sido despojados de sus propiedades por los invasores que luego hicieron leyes, como los romanos, para respaldar sus expoliaciones. Pero intuitivamente, "de corazón permanecieron mexicanos, a pesar de las vejaciones sufridas por los atropellos del centro. No podían abandonar a su Madre Patria en un momento de necesidad", opina Leonard Pitt.<sup>(144)</sup> ¿Presentirían que el régimen de linchamientos y despojos, posterior a 1846, sería peor que el de los mexicanos? Como sea, cuando invadieron los norteamericanos fue cuando se dieron cuenta de lo que habían perdido.

Volviendo a los años 1844-46, cada mes de diciembre vio un presidente distinto en México. Respectivamente, Herrera, Paredes y Santa Anna. Esto se reflejaba en los acontecimientos de California. Hubo pronunciamientos de mexicanos y rebeliones de extranjeros, de las que se dará cuenta en capítulos posteriores.

En cuanto a los "pronunciamientos", posiblemente uno de los últimos fue el que Pío Pico notificó al Supremo Gobierno en despacho fechado en Los Angeles el 30 de noviembre de 1845. El gobernador informaba de la conspiración acaudillada

por José Antonio Carrillo, que sedujo a muchos de Los Angeles y Santa Bárbara. El golpe de Los Angeles se impidió pero los de Santa Bárbara hicieron su pronunciamiento y encarcelaron al Subprefecto y al Alcalde. Desde Los Angeles se enviaron doscientos hombres que hicieron rendir a los rebeldes, a quienes pusieron a la disposición de las autoridades. La causa que se abrió determinó la culpabilidad de Carrillo. No declaró por tener fuero militar. Otro caudillo de esta asonada fue Hilario Barelas.

Pico añade que la noticia de la llegada de la expedición de Ignacio Iniesta, que se había pedido al gobierno de México, contuvo a muchos sediciosos. Lo cierto fue que el barco de lastre que llevaría al grupo temió salir de Mazatlán por lo que Castro fue enviado a recogerlo. Pico añade que, después del pronunciamiento de Carrillo había "quietud pública inalterable".<sup>(145)</sup>

Los acontecimientos de 1845, que comenzaron con la anexión de Texas a la Unión Americana, la ruptura de relaciones entre México y Estados Unidos, el golpe de Paredes Arrillaga contra el gobierno de Herrera, eran lo suficientemente graves como para alborotar el avispero californiano, tan lejano y abandonado por el gobierno de México. Otro factor de inquietud era la disputa por el Oregon, que sostenían Gran Bretaña y Estados Unidos, porque esa región limitaba con California. Frémont amenazaba con sus incursiones ilegales desde principios de 1846. La situación era muy perturbadora, sobre todo para los residentes del norte, porque el problema de la invasión ilegal se les estaba presentando a ellos.

La reacción de Pío Pico, el gobernador, fue ignorar el peligro extranjero y concentrarse en los pequeños resentimientos internos. A principios de marzo de 1846, envió al general José Castro, una comisión de conciliación. Parece que el objetivo era concretar la realización de una conferencia que planeaba celebrar en Santa Bárbara y a la que se había titulado, provisoriamente, "Consejo General de Pueblos Unidos de la Alta California". Se pensaba llevar delegados de todos los distritos del Departamento porque había muchos desencuentros que propiciaban el caos. No tenían dinero. El gobierno era un desastre, ya que cada quien actuaba por su lado. Por otra parte, el gobernador había mandado a Ignacio María Covarrubias a México, el 14 de febrero de 1846, en el barco *Juanita*, para que informara al Supremo Gobierno acerca de la situación y para que pidiera ayuda, principalmente contra Frémont.<sup>(146)</sup> Evidentemente, Pico jugaba a dos puntas y posiblemente la ayuda que recibiera del centro iba a usarla contra los del norte de su departamento.

El general José Castro no aceptó la rama de olivo de Pico, a quien envió informes sobre la gravedad del asunto Frémont y le invitó a una junta de militares que se iniciaría a fines de ese mes de marzo en Monterrey. Le indicó que se preparaban para defenderse del invasor y que si él no acudía, procedería con instrucciones de México. Así mismo, le señalaba que tenía conocimiento del regreso de Carrillo, el que se había sublevado a fines de 1845, y suplía al primer funcionario de California, dejara el proceso contra el rebelde para más adelante porque era un militar apto que podía ayudar en esos momentos tan difíciles. (147)

La junta de Monterrey -que duró varios días- comenzó a efectuarse el 27 de marzo de 1846 en la casa del cónsul norteamericano Thomas Oliver Larkin. (148) A éste no le convenían las acciones de Frémont, que echarían por la borda su paciente labor para hacer independiente a California, mediante un insistente convencimiento a los californios. De esa forma, la anexión a Estados Unidos se haría en forma pacífica.

No está claro si las reuniones continuaron celebrándose en casa de Larkin. Sí que éste llegó a reconocer que aún no se daban las condiciones ideales para una declaración de independencia de México. Parece que surgieron otras opciones, como la de convertir al Departamento en protectorado inglés o francés. Bancroft considera que la mayoría habría votado por permanecer leales a México. (149) También opina, el mismo autor, que las juntas no se realizaron en casa de Larkin porque no existe constancia de ese hecho en los papeles del ex-cónsul.

El gobernador Pío Pico, Juan Bandini y los otros abajeños estaban indignados. Era más importante procesar a Carrillo que enfrentar a Frémont. Pensaban que el verdadero objetivo de la junta de Monterrey era impugnar el nombramiento de Pico, derrocarlo y apresararlo. Tenían miedo. Bandini, exaltado, dijo que Castro abusaba de su poder y que era preciso que Pico le contestara con firmeza. El gobernador, entonces, escribió una carta llena de absurdas sospechas y ambigüedades. (150)

Por lo tanto, los del sur no fueron a la junta de militares de Monterrey en la que participaban Mariano G. Vallejo, Juan B. Alvarado, Víctor Prudón, José Antonio Carrillo, Manuel Castro y el general José Castro, quien la presidía. Reconocieron al nuevo presidente, Mariano Paredes Arrillaga, y desconocieron los actos del expresidente Herrera en California. Entre las medidas que había tomado la antigua administración se encontraban los nombramientos de Pico, como gobernador, y el del prefecto Manuel Castro, por lo que éste no votó

en favor del repudio a Herrera porque era como ir contra su puesto. (151)

En dicha asamblea, así mismo, parece que los asistentes declararon si sus simpatías eran monárquicas o republicanas y manifestaron sus preferencias por el país extranjero que podría acogerlos. Dicen que la mayoría estuvo por continuar con México. La segunda opción era la independencia total. Acogerse a la protección británica, francesa o anexarse a Estados Unidos, vendrían como algo incómodo, por lo que habría que decidirse si no había otro camino.

Al parecer, el francés Prudón convenció a casi todos los asistentes de lo mala que era la monarquía. Actitud lógica después de las recientes vicisitudes monárquico-republicanas de su país natal. José Castro prefería a los europeos y la monarquía, igual que Alvarado (152) y los sureños que no habían asistido a la reunión, entre los que se contaba Pío Pico.

Para el 11 de abril de 1846, la junta de militares de Monterrey había llegado a las siguientes conclusiones: 1) la presencia del general José Castro era indispensable en el norte, cuyas ciudades debían ser fortificadas y defendidas; 2) Era preciso invitar a Pío Pico a Monterrey para que participara en la salvación del Departamento; 3) Si Pico declinaba la invitación, cosa muy improbable, el general Castro podría actuar como le conviniera e instalar su cuartel general en Santa Clara; 4) El acuerdo estaría vigente hasta que se recibieran las instrucciones de México, que había ido a solicitar Andrés Castillero, (153) despachado a la capital por Castro, a principios de abril, en el *Don Quijote*, para que informara al gobierno central y éste diera órdenes y ayuda. Nunca se supo si Castillero llegó a su destino. (154)

Pico, desde Los Angeles, consideró que la junta de Monterrey sólo pretendía derrocarlo, paralizar la administración y perturbar la paz. Escribió a don Mariano Guadalupe Vallejo, recriminándole por haber participado en un acto tan ruinoso para el país. Lo halagó al declarar que él debía haber presidido las reuniones del norte e hizo el intento de sobornarlo cuando le insinuó que podía darle más tierras con el reparto de las misiones. (155)

Vallejo respondió la misiva, amablemente. Le dijo que sus sospechas sobre Castro eran totalmente infundadas, que la junta había actuado de buena fe, que nadie se había excedido en sus atribuciones y que el peligro de una invasión extranjera era real y casi inminente. Vallejo indicó a Pico, en forma amable, pero firme, que sus disputas con Castro le había hecho asumir una actitud irrazonable y prejuiciada. (156)

Antes del regaño de Vallejo a Pico, José Castro había escrito una carta

al último y se la había mandado con Pablo de la Guerra. Allí explicaba la situación de los del norte a Los Angeles. Demandaba una reunión con él en San Luis Obispo. Esta comunicación de Castro se leyó en la Asamblea de la capital californiana el 11 de mayo y sus resultados fueron que el chileno Bandini, miembro de la Asamblea, denunció airadamente a Castro y se revivió el agonizante proyecto de la conferencia en Santa Bárbara que había sido un tanto relegado.<sup>(157)</sup> No podían ser menos que los del norte. Con la junta en el sur se demostraría quién mandaba. Era preciso poner bajo el control del gobernador Pico la defensa de California.

El 13 de mayo, por medio de un decreto, se convocó formalmente para dicha reunión, que se llevaría a cabo en Santa Bárbara el 15 de junio y sería presidida por Pío Pico. Tendría dieciocho delegados que se elegirían el 30 de mayo. Cuatro de Los Angeles, cuatro de Santa Bárbara y cuatro de Monterrey; dos de San Diego y dos de San José; uno de Sonoma y otro de San Francisco; además estarían los seis vocales de la Asamblea de Los Angeles. A los del norte no les gustó el plan porque quedaban en minoría y se negaron a asistir, aunque fueron electos.<sup>(158)</sup> El consejo nunca se efectuó. Se dice que, entre otras cosas, iba a discutirse si el departamento se independizaba de México.<sup>(159)</sup>

Los del sur no creyeron en el peligro que representaba Frémont y consideraron que la ausencia de los norteros en el fallido Consejo, junto con su reconocimiento de Paredes Arrillaga, representaba una especie de declaración de guerra. Creían que las tropas que Castro estaba reuniendo eran para lanzarlas contra ellos. De manera que Pico también se puso a formar un ejército. Pidió ayuda a visitantes neomexicanos y sonorenses, así como a Juan Bandini, para su sagrada causa patriótica. El 16 de junio salió de la capital, Los Angeles, con una fuerza militar de ochenta hombres y esperaba se le unieran treinta más, tres días después.<sup>(160)</sup> Dos días antes, justamente el 14, los rebeldes de la Bandera del Oso estaban asaltando la casa de Vallejo en Sonoma y habían llevado preso al general y otras personas, al fuerte Suter. Pico se enteró de esta noticia el 21. El despilfarro de energías, su ceguera y obstinación para considerar más importante lo que Carrillo que lo de Frémont, su propia ambición y soberbia, lo convirtieron en enemigo y atacante de José Castro en el momento que más debieron estar unidos. Este antagonismo favoreció, sin querer, la causa de los de Estados Unidos.

En cuanto a Castro, estaba muy molesto con Pico y el 8 de junio declaró estado de sitio en California. Los del sur se lo tomaron muy a mal.<sup>(161)</sup> Desde el 20 de junio se recibieron falsas alarmas acerca de que Castro se

dirigía hacia el sur con un ejército. Después de conocer su declaración de ley marcial, se reunió la Asamblea de Los Angeles para convocar a una junta de ciudadanos del lugar, que condenó las arbitrarias disposiciones del militar norteno que quería convertirse en dictador, según ellos. Así que le opondrían todas sus fuerzas para salvaguardar sus libertades y comenzaron a fortificar su ciudad.<sup>(162)</sup> Lo cierto es que Castro andaba muy ocupado con los de la Bandera del Oso.

La "política" californiana, verdadera olla de grillos, ayudó a preparar el camino para la entrada de los invasores anglos. Menos mal que la posterior reacción popular y la de los propios políticos salvaría el honor de la California mexicana.

## NOTAS TEXTUALES Y DE APOYO.

### Capítulo 1.

- 1) O'GORMAN, Edmundo. *Cuadro histórico de las divisiones territoriales de México*. México. Secretaría de Educación Pública (193), 1948. pp. 22, 23, 32, 47, 55, 56, 67, 68, 72, 76.
- 2) VARGAS REA (ed). *Papeles de las Californias*. México. Biblioteca de aportación histórica. 1944. Papeles núm. 2 p. 13.
- 3) *Ibidem*. Papeles núm. 3. p. 19.
- 4) COVARRUBIAS, Ignacio M. *Informe al Ministro de Relaciones exteriores, gobernación y policía*. México, abril de 1846 f. 23 adscrito a exp. 24 de Archivo General de la Nación, México. (AGNM). Ramo: Gobernación (G), Caja 315, Documentos para la Historia de Baja California (DHBC), pp. 4,4v.
- 5) SOTO, Miguel. "Los intereses particulares en la conquista de California" en *Anuario de Historia*. México, UNAM, 1983. (vol. XI) p. 134.
- 6) CASTAÑARES, Manuel. *Informe al Ministro José María Tornel*. México, 17 de julio de 1845 en "Documentos relativos al Departamento de California publicados por el Ciudadano Manuel Castañares, Diputado al Congreso General por aquél departamento. México. Imprenta La Voz del Pueblo, 1845" en Antología de David Weber *Northern Mexico on the Eve of U.S. Invasion*. New York. Arno Press. The New York Times Co. 1976. (Col. The Chicano Heritage) p. s/n.
- 7) *Ibidem*.
- 8) *Ibidem*.
- 9) BROWN EMPARAN, Madie. *The Vallejos of California*. San Francisco. The Gleeson Library Associates. University of San Francisco, 1968. p. 26.
- 10) ALVARADO, Juan Bautista. *Informe al Supremo Gobierno*. Monterrey, 8 de agosto de 1842, en exp. 25 de AGNM, Ramo: G, Caja 315, DHBC, pp. 1,1v.
- 11) WATKINS, T.H. *California: An Illustrated History*. New York. America Legacy Press (The Great West Series), 1a. Ed. 1973. Updated edition (edición puesta al día) 1983. p. 53.
- 12) WATKINS, T.H. *Op. cit.* p. 53.
- 13) *Ibidem*. p. 54.
- 14) BANCROFT, Hubert Howe. *History of California*. vol. IV en *The Complete Works of H.H.B.* San Francisco. The History Company Publishers. 1866. (vol. XXI) p. 263.



- 15) WATKINS, T.H. *Op. cit.* p. 53.
- 16) *Ibidem.* p. 54.
- 17) BANCROFT, *Op. cit.* pp. 264 y 434.
- 18) *Ibidem.* p. 257.
- 19) CAUGHEY, John Walton. *California, a remarkable state life's history.* Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, Inc. 1970. p. 162.
- 20) BANCROFT, *Op. cit.* pp. 434, 435. John Charles Frémont nació en Savannah, Georgia en 1813. Hijo de un emigrante francés y de una señorita virgiana de familia acomodada. A los 20 años de edad lo expulsaron de su universidad en Charleston por un lío de faldas. Después de esto se puso a enseñar y en calidad de profesor de matemáticas sirvió durante dos años en el barco de guerra *Natchez*. Luego realizó varias exploraciones militares en Georgia, Tennessee y las Carolinas. En 1838 obtuvo el grado de teniente del cuerpo de ingenieros topógrafos del ejército de Estados Unidos. En 1841 casó con la hija del senador Thomas Hart Benton, prominente político y furioso expansionista.
- 21) *Ibidem.* pp. 435, 437.
- 22) *Ibidem.* pp. 437, 438.
- 23) CAUGHEY, *Op. cit.* pp. 164.
- 24) BANCROFT. *Op. cit.* pp. 439, 440.
- 25) SALADO ALVAREZ, Victoriano. *Cómo perdimos California y salvamos Tehuantepec.* México, Editorial Jus. 1968. p. 36.
- 26) CAUGHEY. *Op. cit.* p. 166.
- 27) ARRANGOIZ, Francisco de. *Comunicado al Gobierno desde La Habana el 8 de mayo de 1846, en exp. 27 de AGNM, Ramo: G. Caja 315, DHBC, f. 66.* mayo 20/846. p. 3.
- 28) CAUGHEY. *Op. cit.* p. 20.
- 29) SALADO ALVAREZ. *Op. cit.* p. 10.
- 30) PITT, Leonard. *The Decline of the Californios.* Berkeley, Los Angeles, London. University of California Press. 1971. p. 2.
- 31) CASTAÑARES, Manuel. *Informe al Ministro... Op. cit.* p. s/n.
- 32) FINK, Augusta. *Monterrey.* San Francisco. Chronicle Books. 1972. p. 15.
- 33) SALADO ALVAREZ. *Op. cit.* pp. 5, 6.
- 34) *Ibidem.* p. 10.

- 35) VELAZQUEZ, María del Carmen en "Política hispana en la primera mitad del siglo XVIII", en Tomo 9, *Historia de México*. Querétaro, Salvat Mexicana de Ediciones 1986. pp. 1492, 1493.
- 36) SALADO ALVAREZ. *Op. cit.* p. 10.
- 37) VELAZQUEZ, María del Carmen. *Op. cit.* pp. 1493, 1494.
- 38) PAYNO, Manuel. *Revista científica y Literaria*. Tomo I. Mayo 1845, p. 82 en Antología de David Weber *Northern Mexico on the eve of ... Op. cit.*
- 39) PITT. *Op. cit.* p. 7.
- 40) BUSTAMANTE, Carlos María. *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea Historia de la invasión de los Anglo-Americanos en México* compuesta en 1847. México. Secretaría de Educación Pública. 1949. p. 204.
- 41) CASTAÑARES. *Informe al ministro Tornel. Op. cit.* p. s/n.
- 42) PITT, *Op. cit.*
- 43) *Ibidem.* p. 7.
- 44) *Ibidem.* p. 25.
- 45) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 756.
- 46) SALADO ALVAREZ. *Op. cit.* p. 10.
- 47) VARGAS REA (ed.) *Op. cit.* Papeles núm. 7 pp. 9 a 14.
- 48) DUFLOT de MOFRAS, Eugenio, citado por Fayette Robinson en *California and its gold mines*. New York. Arno Press. 1973. (Antología). (El libro de Robinson, *California and its gold regions* se publicó en Nueva York en 1849 y éste es copia de una reimpresión hecha por la State Historical Society of Wisconsin Library).
- 49) SIMPSON, George. *Viaje alrededor del mundo*, citado por Salado Alvarez en *Op. cit.* p. 11.
- 50) BANCROFT. *Op. cit.* vol. IV p. 649.
- 51) *Ibidem.* Vol. V. p. 525.
- 52) WATKINS. *Op. cit.* p. 52.
- 53) PITT. *Op. cit.* p. 19.
- 54) BANCROFT. *Op. cit.* vol. IV. pp. 265, 266.
- 55) *Ibidem.* p. 279.
- 56) VARGAS REA (ed.) *Op. cit.* Papeles núm. 7, pp. 15 a 22.
- 57) BANCROFT, *Op. cit.* vol. III. p. 222.
- 58) *Ibidem.* vol. IV. p. 434.
- 59) *Ibidem.* p. 379.

- 60) BANCROFT y DUFLOT de MOFRAS coinciden en la misma cifra de poco más de 1,000 en todo el territorio, incluidos los no estadounidenses. Serían de 360 yanquis, ingleses, escoceses e irlandeses; 80 españoles; 80 franceses y canadienses; 90 mexicanos y 90 de otras nacionalidades. La presión demográfica que generaban los inmigrantes europeos era muy relativa porque el territorio era inmenso, aún sin las adquisiciones de Texas, Nuevo México, parte de Sonora, California y Oregon. Esta zona del suroeste actual de Estados Unidos, continúa siendo de bajo índice demográfico y la prueba es que muchos de los estados de la región siguieron siendo territorios hasta este siglo porque no tenían suficiente población. Hay un requerimiento mínimo de habitantes para convertirse en estado de Estados Unidos. A mediados del siglo XIX se precisaba tener cien mil.
- 61) ALVARADO, Juan Bautista. *Al Supremo Gobierno*, dado en Monterrey el 3 de junio de 1842, en exp. 25 de AGNM. Ramo: G, Caja 316 DHBC, pp. 1, 1v.
- 62) PAYNO, *Op. cit.* p. 83.
- 63) *Ibidem.* p. 83.
- 64) CASTAÑARES en Weber, David. *Op. cit.* p. s/n
- 65) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 216.
- 66) *Ibidem.* p. 217.
- 67) Una legua cuadrada equivale a 31.05 kilómetros cuadrados. Así que tres mil leguas serían 93,150 kilómetros cuadrados.
- 68) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 216.
- 69) *Ibidem.* p. 217.
- 70) RAMIREZ, José Fernando. *México durante su guerra con los Estados Unidos*. México. Imprenta Ignacio Cumplido. 1853. p. 17.
- 71) COVARRUBIAS. *Informe cit.* exp. 24 AGNM. Ramo: G. Caja 316. f. 23. p. 5.
- 72) *Ibidem.* f. 67. p. 2.
- 73) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 469.
- 74) CAUGHEY. *Op. cit.* p. 147.
- 75) BANCROFT. Vol. V. *Op. cit.* pp. 470, 471.
- 76) POLK, James Knox. *Diario 1845-1848* (Trad. y recop. Luis Cabrera de la. ed. de M.M. Quai-fe) 2 vols. México. Robledo. 1948. vol. 1. pp. 85, 86.
- 77) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. pp. 473, 474.
- 78) NEVIN, David. *The Mexican War* (Series of the Old West) Alexandria, Virginia. Time-Life Books. 1978. p. 104.

- 79) ENCYCLOPEDIA BRITANNICA, *The New*, (*British Encyclopedia*), Chicago, 1980. 15th. Edition. (*Macropedia* vol. 3) p. 615.
- 80) FAY, James S. *California Almanac 1986-87*. Novato, Cal. Presidio Press and Pacific Data Resources. 1987. p. s/n.
- 81) PITT. *Op. cit.* p. 10. Dice repartieron 8 millones de acres. Un acre equivale a cuarenta áreas con cuarenta y siete centiáreas.
- 82) BROWN, *Op. cit.* p. 46.
- 83) *Ibidem.* p. 17.
- 84) *Ibidem.* p. 20.
- 85) VARGAS REA, (ed.) *Op. cit.* Papeles núm. 2. pp. 9, 10.
- 86) *Ibidem.* Papeles núm. 3, p. 9.
- 87) WATKINS. *Op. cit.* p. 51.
- 88) *Ibidem.* p. 51.
- 89) *Ibidem.* p. 51.
- 90) PITT. *Op. cit.* p. 12.
- 91) WATKINS. *Op. cit.* p. 52.
- 92) CASTANARES. *Informe sobre la comisión de Estevan Smitt para promover la independencia de California* dado ante la Diputación de México el 3 de abril de 1845. exp. 84 de AGNM. Ramo: G. Caja 315. DHBC. f. s/n. p. 1.
- 93) VARGAS REA, (ed.) *Op. cit.* Papeles núm. 3. p. 9.
- 94) CASTANARES. *Informe al ministro Tornel* fechado en México, 28 de febrero de 1845 en Weber. *Op. cit.* p. s/n.
- 95) ACUÑA, Rodolfo. *América ocupada*. México. Era. 1976. (Primera edición en inglés de Harper y Row, 1972). p. 131.
- 96) PITT. *Op. cit.* p. 48.
- 97) CASTANARES. *Informe cit.* en Weber. *Op. cit.* p. s/n.
- 98) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 570.
- 99) NEVIN. *Op. cit.* p. 102.
- 100) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. pp. 570 a 572.
- 101) *Ibidem.* pp. 572, 573.
- 102) *Ibidem.* p. 571.
- 103) *Ibidem.* pp. 574, 575.
- 104) *Ibidem.* pp. 570, 571.
- 105) PITT. *Op. cit.* pp. 2, 3.
- 106) *Ibidem.* p. 7.
- 107) *Ibidem.* p. 10.

- 108) WEBER, David. *La Frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana.* México, Fondo de Cultura Económica. 1988. (Primera ed. en inglés, 1982) p. 285.
- 109) NEVIN. *Op. cit.* p. 102.
- 110) ENGELS, Federico. *La situación de la clase obrera en Inglaterra.* México. Ediciones de Cultura Popular, 1975. segunda reimpresión, agosto de 1984. En este libro, catálogo de la miseria obrera, pueden leerse estos cuadros en casi todas sus páginas. Vemos en la 59: En "la proximidad del Drury Lane Theater -segundo de Londres- se encuentran algunas de las peores calles... en Westminster vivían, en 1840... 5,466 familias de obreros en 5,294 habitaciones... Hombres, mujeres y niños, todos juntos, sin miramientos por la edad y el sexo, 26,830 individuos..." En la página 62, describe los alojamientos públicos (lodging houses). "La casa está repleta de camas, de arriba abajo: cuatro, seis lechos en una pieza... En cada lecho se ubican cuatro, cinco, seis personas a la par... enfermos y sanos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, borrachos y hambrientos, todos amontonados, como vengas". Huelga el comentario. Los peones de California por lo menos tenían aire puro que respirar.
- 111) NEVIN, *Op. cit.* p. 102.
- 112) CESPEDES, Guillermo. *América latina colonial hasta 1650.* México. Secretaría de Educación Pública, 1976 (Sepseteentas núm. 260), pp. 100 y 101.
- 113) *Ibidem.* p. 108.
- 114) *Ibidem.* p. 103.
- 115) PITT, *Op. cit.* p. 11.
- 116) *Ibidem.* p. 11, 12.
- 117) BROWN E. *Op. cit.* pp. 24, 25.
- 118) PITT, *Op. cit.* p. 12.
- 119) SOMBART, Werner, citado por Maurice Dobb en *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.* Madrid. Siglo XXI, 1971. 15a. ed. en español, 1984. p. 19.
- 120) PITT, *Op. cit.* p. 12.
- 121) *Ibidem.* p. 13.
- 122) *Ibidem.* p. 13.
- 123) *Ibidem.* p. 15, 16.

- 124) *Ibidem.* p. 15.
- 125) PITT. *Op. cit.* p. 17.
- 126) *Ibidem.* p. 18.
- 127) *Ibidem.* p. 14.
- 128) CESPEDES. *Op. cit.* p. 100.
- 129) PITT, *Op. cit.* pp. 128, 129.
- 130) *Ibidem.* p. 19.
- 131) SALADO ALVAREZ. *Op. cit.* p. 8.
- 132) CASTAÑARES, Manuel. *Informe al Congreso y Ministros de marzo 30 de 1845 en Weber, Antología, Northern... Op. cit.* p. s/n
- 133) WATKINS, T.H. *Op. cit.* p. 49.
- 134) *Ibidem.* p. 49, 50.
- 135) *Ibidem.* p. 50.
- 136) *Ibidem.* p. 51. Nota. En *Papeles de las Californias* núm. 7. p. 31, aparece la carta dirigida al Excelentísimo señor Ministro de Guerra y Marina, General de División José María Tornel y Mendivil, de fecha 10 de febrero de 1842 por José Manuel Micheltoarena. En ella agradece al Benemérito Santa Anna su nombramiento como comandante General Inspector y Gobernador del Departamento de Californias.
- 137) BROWN E. *Op. cit.* p. 14.
- 138) WATKINS, T.H. *Op. cit.* p. 34.
- 139) *Ibidem.* p. 51.
- 140) COVARRUBIAS, Ignacio M. *Informe al Ministro de Relaciones exteriores, gobernación y policía.* México, abril 5 de 1846. adicionado a exp. 24 de AGNM. Ramo: G, Caja 315, DHBC. Fs. 15. p. 5v.
- 141) BUSTAMANTE, Carlos María. *Op. cit.* p. 204.
- 142) CASTAÑARES, Manuel. *Informe al ministro José María Tornel* de fecha 23 de enero de 1845, en Weber, *Antología, Northern... Op. cit.* p. s/n.
- 143) *Ibidem.* Nota. - Juan Bautista Alvarado fue nombrado diputado pero nunca llegó a México por lo que Castañares continuó en el puesto.
- 144) PITT. *Op. cit.* p. 25.
- 145) PICO, Pfo. *Comunicado al Supremo Gobierno* fechado en Los Angeles el 30 de noviembre de 1845. Adscrito a exp. 24 AGNM. Ramo: G, Caja 315, DHBC. fs. 67. pp. 1, 1v.
- 146) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. pp. 32 y 38.
- 147) *Ibidem.* p. 39.
- 148) BROWN E. *Op. cit.* p. 23.

- 149) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 66.  
150) *Ibidem.* p. 39.  
151) *Ibidem.* p. 41.  
152) BROWN, E. *Op. cit.* p. 23.  
153) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 42.  
154) *Ibidem.* p. 32.  
155) *Ibidem.* p. 43.  
156) *Ibidem.* p. 43.  
157) *Ibidem.* p. 45.  
158) *Ibidem.* p. 45. Nota.- En el preámbulo del bando con el que Pío Pico convocaba a la Asamblea para el 13 de mayo se sugería debían discutirse dos posibilidades: 1) ¿Con qué medios de defensa se contaba contra una invasión extranjera? y 2) Si llegaran tropas de México a defenderlos, sin provisiones ¿cuáles serían las consecuencias para los californianos?  
159) *Ibidem.* p. 47.  
160) *Ibidem.* p. 48.  
161) *Ibidem.* p. 52.  
162) *Ibidem.* p. 50.

## CAPITULO 2.

### EL EXPANSIONISMO NORTEAMERICANO.

Aunque los colonos ingleses ambicionaban nuestro territorio, el impulso expansionista de los Estados Unidos se concretó en el momento en que "alcanzó madurez nacional y adquirió noción histórica de sí mismo, como país económicamente formado y jurídicamente constituido".<sup>(1)</sup>

Ya en un mensaje del Conde de Aranda, dirigido en 1783 al rey Carlos III, se hacía notar que las colonias de Inglaterra en Norteamérica habían quedado independientes y eso causaba recelo y dolor al autor de la comunicación. Indicaba Aranda que la república federal había nacido "pigmea", auxiliada por España y Francia, y que cuando consolidara su constitución se convertiría en un coloso irresistible en aquellas regiones y se olvidaría de los favores recibidos de aquellas potencias europeas que la habían ayudado.

Añadía que su libertad religiosa y la facilidad que daba a los colonos europeos iban a hacerla grande y cuando lo fuera "debemos creer que sus miras primeras se dirijan a la posesión entera de las Floridas para dominar el seno mexicano".<sup>(2)</sup> Esto causaría trastornos al comercio con México y seguramente "aspirará a apoderarse de ese vasto imperio "que sería difícil defender desde Europa".<sup>(3)</sup>

Enseguida, el Conde de Aranda daba a Carlos III algunas ideas para defender a España de tal posibilidad: deshacerse del Imperio, quedarse únicamente con Puerto Rico y Cuba, formar tres reinos y colocar en cada uno de ellos a tres infantes españoles, que le pagarían anualidades por la cesión. Los soberanos de esas tierras americanas divididas deberían casarse siempre con infantes de España o de la familia real hispana y los de España con príncipes o infantes americanos para que subsistiera la unión indisoluble entre las cuatro coronas. También sugería mantener estrechas alianzas comerciales, comprar a Francia lo que España no pudiese proveer y cerrar los mercados a Inglaterra. De esa manera, se engrandecería la América Hispana y no la anglosajona recién independizada.<sup>(4)</sup>

Observemos que desde el principio de Estados Unidos como país independiente había quien recelara y temiera su crecimiento.

Según los autores de los *Apuntes...* "... los norteamericanos... quisieron desde un principio extender sus dominios de tal suerte que quedasen de señores absolutos de casi todo este continente. A dos se pueden reducir sus ideas



dominantes...: una, sujetar a sus leyes y dominación a toda la América hasta el istmo de Panamá; otra, abrirse paso por tierra para el mar Pacífico..."(5)

Esos designios se corroborarían en menos de setenta y cinco años: los Estados Unidos habían adquirido territorios que originalmente eran de Gran Bretaña, Francia, España y México, empleando todos los medios para lograrlo: compra, usurpación, astucia, fuerza. Nada los detuvo. Cayeron en su poder, sucesivamente, la Luisiana, las Floridas, el Oregon, Texas, y tenían asegurada la posesión de las Californias, Nuevo México y gran parte de otros estados y territorios de la República Mexicana. (6)

En efecto, con la firma del Tratado de París, en 1763, los Estados Unidos adquirieron el valle del Ohio, colindante con la Luisiana. Por ese mismo tratado, España obtendría la absoluta propiedad de las dos Floridas, oriental y occidental, hasta la margen izquierda del Mississippi. También era dueña de la isla Amalia y de Nueva Orleans por la cesión de Francia en 1764.

Para 1790, los colonos del Ohio ya enviaban sus productos por el río Mississippi hasta Nueva Orleans y comenzaron las dificultades, mismas que se zanjaron en 1795, con el tratado de San Lorenzo, celebrado entre España y los Estados Unidos. Estos lograron los suelos más feraces de ambas Floridas, al conseguir se les diera un grado más en toda la extensión de la línea divisoria. Obtuvieron los ríos que bajan de Georgia y del Mississippi, el importante punto de Natchez y otros fuertes de gran utilidad para su defensa. Aseguraron estas ventajas en una nueva convención celebrada en 1802. (7)

En 1800, España volvió a ceder la Luisiana a Francia por medio del tratado de San Ildefonso. A cambio, se le daría más territorio en Italia al infante, duque de Parma. Por lo tanto, la Luisiana volvió a ser francesa. En 1803, Napoleón, primer cónsul, vendió este territorio a Estados Unidos por la suma de sesenta millones de francos. No se marcaron los límites de esa provincia porque se habían fijado en el tratado de París, de 1763. Esta negligencia produjo posteriormente graves problemas. (8)

En 1805, el presidente Thomas Jefferson que como buen fisiócrata veía la tierra como la mayor bendición del cielo, envió a los exploradores Lewis y Clark a un viaje de reconocimiento. Estos llegaron hasta el Pacífico y reclamaron el territorio del Oregon, que posteriormente tuvieron que disputar a Inglaterra.

Tres años después, España sufría la invasión napoleónica. Estaba extremadamente débil y era más lógico atacarla a ella. De manera que los norteamericanos, constantes en sus planes de absorción, "tendieron sus redes a la vez al

resto de las Floridas y a la provincia de Texas, países ambos que permanecían aún bajo la dominación española".<sup>(9)</sup> Sin que España les hubiera dado ningún motivo de queja, en medio de la paz, sin previa declaración de guerra, las autoridades norteamericanas ocuparon en 1810 el distrito de Baton Rouge, en la Florida occidental, y en 1812, el de Mobila. Luego, el general Andrew Jackson llegó hasta Panzacola. Otras tropas penetraron en la Florida oriental. Se ocupó la isla Amalia, los castillos de San Marcos y Barrancas. Todo eso, sin declarar la guerra, cuyos males "se agravaron por la crueldad que en esas campañas desplegó el general Jackson contra los infelices indígenas".<sup>(10)</sup>

Las superficies, hasta el río Perdido, iban siendo incorporadas al territorio estadounidense por medio de leyes del Congreso. La opinión de España no valía para nada. Esto juzgaba, en 1812, Luis de Onís, el diplomático español a quien le tocaba resolver parte de este conflicto. Pensó que cada día se confirmaban las ambiciones y miras hostiles de Estados Unidos hacia España. Le pasmaba que propusieran fijar su frontera siguiendo el curso del río Bravo hasta el grado 31; de ahí trazar una línea recta hasta el Pacífico. Esto les daría las provincias de Texas, Nuevo Santander, Coahuila, Nuevo México, parte de Nueva Vizcaya y Sonora. Señalaba que aunque aquello causara asombro, también tenían el propósito de apoderarse de Cuba.<sup>(11)</sup>

Recordemos que en 1812 todavía no se había dado permiso a los colonos anglosajones para entrar en Texas. Esto no sucedió sino hasta 1820-1823.

Onís comentó que los yanquis utilizaban los mismos medios que Bonaparte y la República romana para sus conquistas: seducción, intriga, emisarios que sembraban y alimentaban disensiones en el interior del Imperio español de América favoreciendo las guerras civiles, proporcionando armas y municiones a los insurgentes. Intrigaron en la Florida occidental para que esta se rebelase, quisieron corromper al gobernador y a otros jefes de la Florida oriental. En la primera, hicieron se declarara una constitución y luego entraron sus tropas, só pretexto de que los españoles no podrían apaciguar a los insurrectos. En la segunda, corrompieron a tropa y habitantes, "ofreciendo cincuenta fanegadas de tierra a los que se declarasen por este gobierno, pagarles sus deudas y conservarles su sueldo".<sup>(12)</sup>

El diplomático hispano notificaba al virrey Venegas que los yanquis seguían fomentando y apoyando toda clase de revueltas en los territorios de España. Igual estaba haciendo Napoleón. Onís consideraba que no había parte del continente en que no se encontraran operando agentes sediciosos de esos dos países.

Tanto en Buenos Aires, como en Caracas o Colombia. Esperaba que la próxima guerra con Inglaterra-que estalló en 1812-calmaría un poco a los norteamericanos. (13)

Resulta interesante comentar las observaciones de Luis de Onís porque diversos autores han señalado que, desde que México se hizo independiente, los estadounidenses no cesaron de fomentar las divisiones entre los mexicanos. Joel Poinsett, el primer ministro que enviaron a México, prácticamente salió expulsado. Lo malo es que eso sucedió después de que ya había formado la logia masónica de York, que enfrentó a la escocesa original. Apareció la horrosa pugna entre Gómez Pedraza y Guerrero y de allí se siguió un largo período de guerras civiles, que llevaron a México a un debilitamiento todavía mayor que el que existía tras la larga contienda de independencia. Las intrigas de Poinsett no fueron el factor único, sino que aprovechó situaciones anteriores para fomentar enfrentamientos.

A. Cary Coolidge, prominente internacionalista norteamericano, declaró que a las naciones siempre les ha gustado tener como vecinos inmediatos, estados menos fuertes que ellos mismos, porque la proximidad de uno igual es una amenaza. Toribio Esquivel comenta lo dicho por Coolidge: "Esta observación está fundada en los humanos; los Estados Unidos nunca dejarán pasar la oportunidad de aumentar las dificultades interiores de México para debilitarlo y en aquella ocasión que México era más grande y los Estados Unidos no eran la mitad de lo que son ahora, la política de dividir a México para debilitarlo era el preliminar necesario..."(14)

Con anterioridad a Poinsett, en 1822, el primer representante mexicano en Washington, enviado de Iturbide, José Manuel Zozaya, indicó que los norteamericanos juzgaban a los latinos como inferiores y aconsejaba se les tratara como enemigos jurados de México. (15) La afirmación de Zozaya ha sido reiteradamente confirmada a lo largo de más de siglo y medio.

Volviendo a Luis de Onís, las negociaciones para la compra de Florida oriental comenzaron en 1817 y terminaron dos años después con el tratado Adams-Onís, llamado por los estadounidenses tratado de Transcontinentalidad porque les dio derecho a seguir por el paralelo 42° norte hasta el mar del Sur (Pacífico). El gobierno español también les cedió el territorio en disputa situado entre Arroyo Hondo y el río Sabina. Quedó bien claro que Texas pertenecía a Nueva España y esto causó protestas en el congreso de Estados Unidos. Pero un año y medio después, los colonos anglosajones obtuvieron permiso para colonizar Texas.

Cuando Adams tomó posesión, en 1825, trató de corregir aquella frontera del tratado Adams-Onís y dio instrucciones al ministro Poinsett para que ofreciera precios proporcionales por la rectificación de los límites. A mayor cantidad de territorio, más dinero. México no quiso oír nada del asunto. Su patrimonio no estaba en venta.

Luego vino el problema con los colonos anglosajones, a los que se habían otorgado toda clase de facilidades para que se establecieran en el territorio texano, en forma gratuita. En 1836, siendo presidente el sureño Andrew Jackson, se declararon independientes de México. El pretexto fue que el centralismo-sistema que había sustituido al federalismo-afectaría la autonomía de las provincias y ellos, supuestamente, ya no podrían tener esclavos, a los que necesitaban para su producción agrícola. "Un acto semejante hubiera dado lugar a la secesión y hasta a la revolución, aún en el caso de que los texanos hubieran vivido en Ohio en lugar de en el estado mexicano de Coahuila y Texas" dice Samuel Flagg Bemis, al comentar la transición mexicana al centralismo.<sup>(16)</sup>

Páginas más adelante, en el mismo libro, Bemis aplaude al norte antiesclavista, cuando se refiere a la Guerra de Secesión. Tras afirmar que su triunfo había salvado a la nación, declara que; "La victoria de la unión norteamericana significaba la victoria de la doctrina Monroe".<sup>(17)</sup> La división de Estados Unidos habría traído consigo un equilibrio de países en América y todos habrían tenido una mayor relación con Europa y otros continentes.

Bemis razona igual que muchos otros historiadores norteamericanos. La esclavitud estaba bien para Texas pero mal para los Estados Confederados. Texas sí tenía derecho a separarse de México, pero los estados del Sur no podían romper sus lazos con la Unión, a pesar de que habían entrado a ella voluntariamente, eran habitantes de su suelo siglos atrás y los de Texas eran totalmente recién llegados y les había costado poco ir allí.

En lo de la Guerra de Secesión, cabría hacer una reflexión acerca de la autodeterminación de los pueblos. Mirada con ecuanimidad, fue un atropello del Norte hacia el Sur, aunque odiamos la esclavitud y admiremos a Lincoln.

Bemis también insiste en la absoluta neutralidad yanqui en la guerra de Texas, aunque se ha comprobado ampliamente lo contrario. Dice que gracias a ese "respeto irrestricto de la neutralidad", Jackson creyó que finalmente podría obtener la venta de Texas, tras la victoria de los insurrectos, cuando Santa Anna, desterrado, se hallaba en Washington, al igual que William H. Whar-ton, enviado del gobierno texano 'de facto'. Gestionaba la anexión de ese

territorio a la Unión. Jackson le dijo que para que no hubiera oposición a esa incorporación en el congreso norteamericano, debía reclamar la posesión de todo el territorio, hasta el Pacífico. En una carta, Wharton refirió esa conversación, estrictamente confidencial, que había tenido con Jackson: "El general Jackson dice que Texas tiene que reclamar las Californias sobre el Pacífico con objeto de paralizar la oposición del norte y del sur a la anexión (de Texas) "... intereses pesqueros del norte y del este desean disponer de un puerto en el Pacífico... demanda de las Californias... hará que desaparezca su oposición a la anexión". Esto debió suceder a fines de 1836 o principios de 1837.<sup>(18)</sup> La agregación no se logró y Jackson reconoció la independencia de Texas el 1º de marzo de 1837, poco antes de abandonar la presidencia.

Es interesante señalar que ya desde aquel momento los Estados Unidos tenían interés en extenderse hasta el Pacífico y que la contienda con México (1846-48) tenía como objetivo apoderarse de esos territorios, como de demuestra Glenn Price en su excelente libro, *Los orígenes de la guerra con México*.<sup>(19)</sup> Polk buscó el enfrentamiento bélico porque le interesaba llegar hasta el Pacífico y convertir en realidad el sueño yanqui de más de veinte años. Desde su mensaje de 1847 al Congreso, dice que para México será una bendición que le quiten esas tierras donde sólo merodean indios salvajes.<sup>(20)</sup> Y en el de 1848 señala la importancia comercial de esa costa, el oro, sus potenciales mineros y agrícolas.<sup>(21)</sup> Quería defenderse del alto costo de la guerra, en vidas y dinero, que le echaban en cara la mayor parte de los "Whigs", sus oponentes políticos, quienes consideraban que ese territorio era un elefante blanco.

La codicia por las tierras ajenas y la determinación para apoderarse de ellas tenían un sustento ideológico que revisaremos a continuación.

#### a) El Destino Manifiesto.

La frase "Destino Manifiesto" fue inventada por el periodista John L. Sullivan en 1845, un momento en que esa ideología, impulso, o como quiera llamar-sele, estaba en pleno apogeo. Apareció, por primera vez, en la edición de julio-agosto de 1845 de la *Democratic Review*, en un artículo sobre Texas donde se justificaba la desmembración de México en nombre de ese 'Manifest Destiny'.<sup>(22)</sup> Tuvo éxito y aceptación inmediatos porque expresaba la maravilla "ese conglomerado vago de ideas y sentimientos que justificaban el expansionismo norteamericano".<sup>(23)</sup> Era el momento culminante de esa movimiento y designaba algo que "estaba en el aire y cuyo significado comprendían a la perfección los estadistas

norteamericanos; algo que el pueblo percibía intuitivamente desde la época de la compra de la Luisiana; en realidad era algo tan viejo como el movimiento hacia el oeste de los colonos norteamericanos".<sup>(24)</sup>

En apariencia, era una agitación popular, pero estaba bien apoyada y fomentada por los dirigentes yanquis que veían el territorio de América del norte semipoblado por indios y consideraban que era una reserva para expandirse en el futuro. Jefferson se pronunció sobre el particular cuando dijo: "... nuestra rápida multiplicación cubrirá todo el norte... si no es que también el sur del continente".<sup>(25)</sup> Y John Quincy Adams se manifestó diciendo: "... el mundo debería familiarizarse con la idea de considerar el continente americano como nuestro dominio natural...".<sup>(26)</sup>

Parece que los orígenes de esta actitud colectiva se remontan a los tiempos de la Reforma y son de germen puritano. Por lo menos, se encuentra la idea dentro de la doctrina de dicho grupo. La iglesia puritana, de procedencia calvinista, alimentó ideológicamente a varios de los fundadores de la nación norteamericana: Benjamín Franklin, Alexander Hamilton, Jefferson, que son los pensadores, y a algunos otros más.

La calvinista era la estricta congregación de la que habían brotado todas y cada una de las luchas religiosas y culturales de los pueblos más avanzados, en lo económico, de la Europa de los siglos XVI y XVIII. Su "dogma" característico consiste en la "predestinación", aunque se ha discutido si éste es el principal tema de esta iglesia reformada o si se le considera un agregado de segundo plano.<sup>(27)</sup> La disputa sobre este principio llevó a enfrentamientos en sínodos y, en el seno de la iglesia Anglicana, surgieron diferencias insalvables durante el reinado de Jacobo I porque se consideraba que ese credo, en ese punto, era antiestatal. Entonces vino la separación de los puritanos que se marcharon a América.<sup>(28)</sup> La rama anglicana se había vuelto racional y la puritana seguía considerando más importante la revelación divina.

Para el calvinismo, al caer en el pecado, el hombre había perdido la capacidad para encauzarse hacia el bien espiritual y la obtención de la máxima felicidad. Le era imposible convertirse o prepararse para recibir la gracia. Sólo el mandato imperecedero de Dios había predestinado a algunos hombres para la vida eterna -evidentemente a los calvinistas- y había condenado a otros para la muerte eterna -los papistas católicos eran de este grupo-. La voluntad de Dios no se podía discutir, ni alterar. Los humanos estamos demasiado lejos de Él para interpretarlo.<sup>(29)</sup>

Para Calvino era un hecho incontestable que únicamente un número reducido

de hombres estaba destinado a salvarse. No se les daba la oportunidad de redimirse mediante las buenas obras, la oración, la penitencia, como en el catolicismo, el luteranismo u otras líneas protestantes.<sup>(30)</sup>

La doctrina calvinista deja totalmente desamparado al hombre frente a Dios y lo hace juguete del inmutable e inescrutable decreto divino.<sup>(31)</sup> Max Weber se asombra de que esta tesis haya sido aceptada en una época en que lo que más preocupaba era la salvación del alma. "¿Soy parte integrante del círculo de los elegidos? y ¿cómo sabré que me asiste la seguridad de que lo soy?" Estas interrogantes hacían que todo lo mundano pasara a un segundo plano.<sup>(32)</sup>

El calvinismo resolvió la duda torturante declarando que la duda era producto del diablo y que era un mandato divino considerarse elegido. Para asegurarse de que los fieles calvinistas no tuvieran tiempo para ocios intelectuales, "en segundo término, como el mejor modo de lograr la pretendida seguridad de la gracia (divina) en cada quien, se procedió a la persuasión de tenerse que valer del trabajo profesional permanente, única medida eficiente para apartar de sí la duda religiosa y conseguir el indubitable estado de gracia propio".<sup>(33)</sup> Así que la ocupación profesional, para el calvinista, terminó considerándose un mandato divino, un "calling" (llamado), palabra que expresa mejor la idea que la alemana "beruf" (profesión), según Weber.<sup>(34)</sup>

El cumplimiento del deber se expresa en el protestantismo desde Lutero quien consideraba que la contemplación de las órdenes monacales impedía se cumpliera la obligación para con el mundo. La concepción de Lutero era de orden espiritual, no utilitaria. Fue adoptada por todas las denominaciones reformistas.<sup>(35)</sup> De ahí a que algunas, como el calvinismo, consideraran importante el beneficio material, sólo había un paso.

Con la predestinación, de hecho queda inoperante el libre albedrío, nos dice el doctor Juan Ortega, y añade que Santo Tomás de Aquino decía que "cuando el hombre abandona a Dios cae en la adoración de las riquezas". Por lo tanto, para algunos protestantes, quedaron eliminados muchos de los frenos y obstáculos éticos tradicionales del Medievo. Ahora se podía aceptar la usura; se eliminaba la teoría y práctica del precio y salario justos y se podía actuar con entera y egoísta independencia sobre el mundo. "El puritanismo pudo así alimentar el viejo apetito humano de riquezas... con fines estrictamente individuales... La riqueza se convierte... en prueba de salvación; el éxito secular transparenta la santidad mundana del electo".<sup>(36)</sup>

Pero los puritanos y demás calvinistas que llegaron al norte de América tenían que someterse a un cierto tipo de vida para justificar su calidad de

elegidos de Dios. Debían ser honestos, frugales, castos. Su ascetismo se manifestaba por medio del trabajo constante. Esta práctica y ejercicio de la vida espiritual (ascetismo) se debía llevar a cabo con un método racional -de ahí que se aplique el nombre de "metodistas" a los partidarios del magno y postrer renacimiento de las ideas puritanas en el siglo XVIII-.<sup>(37)</sup> Era para lo único que usaban el racionalismo.

El ascetismo puritano racional quería hombres que estuvieran alertas, permanentemente, para que la vida se pudiera llevar clara y conscientemente, razón por la que era imperativo exterminar de raíz el goce indiferenciado de la espontaneidad vital. La forma más adecuada para llegar a este fin era establecer un orden en el comportamiento diario.<sup>(38)</sup>

Desde Lutero, las iglesias protestantes rechazaron el ascetismo del monje que se retiraba del mundo, como ya se señaló. Era preciso trabajar en el siglo. Pero el calvinismo aportó algo más efectivo: la idea de que es menester verificar la fe en la vida profesional.<sup>(39)</sup> Así mismo, cabe indicar que los fundadores de estas diferentes denominaciones, incluso Calvino, no eran proclives al mammonismo. La acumulación de capital sólo estaba justificada en función del beneficio social. Pero el tiempo va cambiando y modificando muchas ideas.

Richard Baxter, apologeta del sínodo de Westminster en el siglo XVII, destaca entre los representantes del puritanismo inglés y nos da a conocer la ética puritana en obras como el *Christian Directory* o *La eterna paz del santo* ("santos" eran los que pertenecían a estas congregaciones).

Dice Baxter que el trabajo es el medio ascético más efectivo, tanto en Oriente como en Occidente, desde hace mucho tiempo.<sup>(40)</sup> Igualmente, se refiere al ascetismo sexual: la unión sólo es permitida dentro del matrimonio y con sus limitaciones. El trabajo es la finalidad vital de la existencia, por mandato de Dios. Cada uno es libre de compaginar distintas vocaciones ("callings") y para determinar cuál es la profesión que más complace a Dios se deben tomar en cuenta: primero, los criterios éticos; segundo, el beneficio que representa para la comunidad y tercero, la ganancia económica que reditúa al "santo" o elegido. "Si Dios os señala una senda que habrá de proporcionaros más riqueza que la que pudierais conseguir por otra senda distinta (sin detrimento de vuestra alma ni la de los demás) y la deseáis para emprender el camino por la que os enriquecerá menos, ponéis trabas a uno de los propósitos de vuestra vocación y os rehusáis a fungir como administradores ('steward') de Dios y a recibir sus dones para valeros de ellos en su servicio y en el momento que Él



os lo demandase. Se os está permitido trabajar para enriqueceros, pero no para aplicar enseguida la riqueza a la disposición de vuestra sensualidad y pecados, antes bien para glorificar con ella a Dios".<sup>(41)</sup>

Los puritanos rechazaban todo goce y lujo; toda superstición -incluso remembranzas de origen mágico, como el árbol de Navidad-. Condenaban el teatro, el arte y la literatura en que entraran lo erótico o los desnudos. Su vestimenta y ornato implicaban sus ideales fundamentados en el repudio a la "idolatría".<sup>(42)</sup>

Adoptaron a la Biblia como guía para su comportamiento ascético. Se apoyaban mucho en pasajes del Viejo Testamento e incorporaron a su vida "aquellos elementos de la piedad hebráica hacia los cuales se sentía más atraído el carácter ascético del propio calvinismo..."<sup>(43)</sup> Albert K. Weinberg nos ilustra acerca de la vigencia de esta deuda calvinista con la Biblia, al referirse al discurso de toma de posesión de Jefferson, en 1805: "... Dios había guiado a nuestros ancestros como guió a Israel en el pasado..."<sup>(44)</sup> En esta frase vemos expresada la predestinación, el pueblo elegido, igual que el de Israel. Por cierto, el dogma y práctica religiosos, calvinista-puritano, recuerdan mucho al de la secta ortodoxa hebrea de los esenios, de la que apenas se comienza a saber algo con la interpretación de los rollos hallados en Qumram, junto al Mar Muerto, en 1945.

La Regla de esta Comunidad (IQS) dice: "... identificarse con los planes de Dios... amar a todos los hijos de la luz... aborrecer a todos los hijos de las tinieblas... aportar a la comunidad de Dios todos sus conocimientos, sus fuerzas y sus bienes... No habrán de dar ni un solo paso fuera de los mandatos de Dios". "Todos los que ingresen en la regla de la comunidad pasarán a formar parte del Pacto en presencia de Dios comprometiéndose a hacer todo lo que Él ha ordenado y a no desistir de seguirlo por causa de cualquier temor, terror o prueba..."<sup>(45)</sup> Bastan las frases anteriores para comprobar la similitud de dos grupos ortodoxos, ascéticos, seguidores del Antiguo Testamento, que aparecieron en muy distantes lugares geográficos con más de mil quinientos años de diferencia.

Prosiguiendo con los fundamentos de la doctrina calvinista puritana que llevan hasta el Destino Manifiesto, señalaremos que los primeros colonizadores de Estados Unidos llegaron con un espíritu misionero, al igual que los españoles, que se aposentaron en las tierras más al sur del mismo continente.

Quería evangelizar a los indios paganos. Incorporarlos a la verdadera religión, hacerlos "santos". Era parte del cumplimiento de su "calling". El

pueblo elegido debía regenerar, poner en orden, en el camino de la salvación, a todos los réprobos. Para eso había que instruirlos en la "verdadera fe" -incluso a los papistas católicos-.

Todo esto era parte del triple pacto establecido con el Ser Supremo. Este convenio les daba la gracia, la seguridad de que tenían la verdadera religión y la prosperidad en la vida civil. La nación elegida es la que tiene impresa la salud, prosperidad y felicidad aprobadas por Dios.<sup>(46)</sup> Tienen derecho a todo -sin importar los medios- porque "Cristo únicamente murió por los elegidos", destinados por Dios desde la eternidad para ofrecerle el sacrificio de su vida.<sup>(47)</sup> Los elegidos se sentían predestinados a llegar a ser los "amos del mundo".

Esta doctrina, creída ciegamente, sirvió para justificar los actos de rapiña de los colonos ingleses en la Norteamérica colonial, que fueron incrementándose con el correr del tiempo y más cuando las trece colonias originales se independizaron.

Utilizaban pasajes de la Biblia para justificar sus "mandatos divinos". Para el puritano siempre fue de primordial importancia pagar o tener una justificación. Tenía que mantenerse en los límites de la corrección formal, con un comportamiento ético irreprochable, con la firme seguridad de que la gracia conferida por Dios perseguía fines secretos.<sup>(48)</sup>

Tenían especial interés en la transformación del mundo para la mayor gloria de Dios.<sup>(49)</sup> Por eso, siguiendo el mandato bíblico de que hay que cultivar y henchir la tierra de frutos, fueron despojando de sus tierras a los indios. Ellos decían que porque no las cultivaban bien, ni les sacaban el máximo provecho posible, lo cual es totalmente falso porque el sabio francés Herriot aprendió a cultivar el maíz con los pieles rojas, quienes abonaban sus suelos con pescado.<sup>(50)</sup> Otro argumento fue que los indígenas eran haraganes, que no trabajaban de sol a sol y que no merecían tener heredades. Por eso se quedaban con ellas. La acusación de pereza era para hacerlos trabajar más intensamente, en beneficio de los blancos. Así la mano de obra india rendiría al máximo. Paradójicamente, les quitaban la propiedad porque no sabían trabajarla y luego los ponían a laborarla porque los hacían rendir resultados magníficos. No se respetaban las normas éticas de no explotar al trabajador. Lo mismo hicieron con los californios y otros antiguos mexicanos. Primero realizaron el acto de justicia divina de despojarlos de sus heredades, porque eran unos perezosos, y luego los pusieron a trabajar en ellas porque les daban excelentes rendimientos como mano de obra barata.

Un tercer pretexto utilizado para apoderarse de las tierras que no les pertenecían era decir que ellos, los puritanos, habían evangelizado imperfectamente y a los indios les faltaba mucho para llegar a la gracia. De modo que, siguiendo el mandato del Apocalipsis que dice que los justos heredarán la tierra, se las quitaban -posiblemente después de un apocalíptico exterminio- para seguir siendo bíblicos-. Se apoyaban con expresiones como la de M. Edward Hayes (o Haies), cronista de la expedición conquistadora de sir Humphrey Gilbert a Terranova en 1583 quien afirmaba que había llegado la postrera edad del mundo. (51)

Todavía en 1830 se obligó a los indios cheroquis civilizados a abandonar sus tierras y poblados para que se fueran al otro lado del Mississippi y se las dejaran a los violentos colonos blancos: "los hombres más groseros y sin ley que uno pueda imaginarse y como jamás se haya visto", dice Brandon. (52) Parece que constituían una masa humana prodigiosa y corrompida como nunca antes se había congregado en ninguna parte del mundo y, a pesar de la resolución de la Suprema Corte en favor de los indígenas, las autoridades de Georgia, apoyadas por el presidente Jackson, los expulsaron, aunque cultivaban sus propiedades en forma excelente. La Providencia Divina había revelado al gobernador, George M. Treup que los cultivadores no debían ser indios cristianizados sino blancos cristianos. (53) Sorprenden los poderes del político de Georgia que se podía comunicar con Dios. Pudo hacer un gran bien a la humanidad si le hubiera legado el procedimiento para ser interlocutor del Ser Supremo.

Otro alegato de los expansionistas yanquis fue el "derecho a la seguridad" que continúan esgrimiendo en nuestros días. El miedo, justificado durante los siglos XVI y la primera mitad del XVII, se desvaneció paulatinamente. Ya no había razones para temer a España y la seguridad de Inglaterra estaba consolidada para fines del siglo XVII; además, se siguió haciendo más firme durante la centuria siguiente. (54) Pero en 1803 se declaró, en el *New York Times*, que el derecho a la seguridad era uno de los naturales al hombre. "Toda nación, como todo hombre, tiene por eso... un derecho... es a saber el derecho de protegerse de todo daño... autopreservación de todo mal. Es lo que se llama 'derecho de seguridad'". (55)

De modo que los estadounidenses, para protegerse, se vieron 'obligados' a comprar la Louisiana, a invadir Florida occidental y a apoyar a los colonos insurrectos de Texas para posteriormente apoderarse de Nuevo México y California, con el fin de que no fueran a caer en manos europeas, (56) las que podrían establecer un "muy peligroso" equilibrio continental en América, como el que había

surgido en Europa después de la paz de Westfalia. Manuel Crescencio Rejón comentó el derecho a la seguridad diciendo a Wilson Shannon que "la intranquilidad de la nación norteamericana por su seguridad la llevaría a la asimilación de todo el Continente Americano". (57)

Ese 'derecho a la seguridad', que en la actualidad se manifiesta en el temor ante un par de millones de pobres y mal nutridos nicaragüenses, que van a agredir a un gigante multimillonario de más de 200 millones de ciudadanos, no es más que la herencia del expansionismo inglés que comenzó con unos barcos piratas, respaldados por Isabel Tudor, que robaban a las flotas españolas, para obtener el oro que no habían hallado en las regiones septentrionales del continente, colonizadas por ellos. Es un hecho indudable que buscaban metales preciosos, tanto como los españoles. Si no, ¿para qué lo robaban a los galeones ibéricos? Este deseo inglés lo confirmó el pseudo-hallazgo de oro en la isla Baffin, hecho por Martin Probisher, que en 1578 llevó a la bancarrota a muchos inversionistas ingleses, e incluso la misma reina Isabel perdió en esta aventura una buena suma. Ralph Lane, gobernador de la primera colonia de Virginia, señala en carta a Richard Haklyut que esperaba la merced divina les premiara con alguna rica mina que atrajera gente. Pero las tierras del norte no les dieron ese regalo y tuvieron que dedicarse a trabajos agrícolas y pesqueros, suscitando las burlas y el desprecio de los habitantes de la Nueva España, como refiere Thomas Gage. (58) El oro era un señuelo tan poderoso para los ingleses como para los españoles, papistas satánicos. Prueba de que los puritanos y sus descendientes no eran inmunes al dorado metal, es la fiebre de oro que se desató en California cuando se descubrió la veta madre, en 1848. En ese momento, ya era conocida por un sector de yanquis la existencia de minerales preciosos en aquellas regiones. Posiblemente, algunos de ellos se involucraron en la conquista del territorio para ayudar un poco a que la Providencia puritana se le manifestara a su pueblo elegido.

La Divinidad también mostraba su predilección cuando impedía que Francia se apoderara de algunas regiones americanas, promoviendo en Europa guerras de religión y constantes disputas con España. Inglaterra, la elegida, no intervenía. Tenía estabilidad y paz, como lo proclamaba Hayes. También, desde el siglo XVI, las situaciones políticas inestables han sido otro de los argumentos anglosajones para despojar a algún país de su territorio. Lo usaron con los pieles rojas, con los franceses, con los españoles y con los mexicanos. Ellos llevaban la ley y el orden. Este recurso, tan manido ya empieza a oler rancio, después de tres siglos. (59)

Paralela a ese concepto se halla la invocación de que se interviene para regenerar. La regeneración comenzó cuando los ingleses quisieron llevarla a cabo con los indios, pueblo considerado inferior, igual que el de los mexicanos, negros, hispanoamericanos y mestizos de todas las razas (mongrels), como los galo-hispano-indios, a quienes quisieron hacer el favor de redimir después de los indios. Por lo tanto, el Destino Manifiesto tiene sobre todo el continente americano misión regeneradora, libertaria, democrática y republicana.<sup>(60)</sup> Sus sustentadores jamás oyeron hablar de los Derechos a la autodeterminación, a la propia cultura y otros.

Albert Weinberg opina que "expresa su dogma de autoconfianza y ambición supremas, la idea de que la incorporación a Estados Unidos de todas las regiones adyacentes constituía la realización virtualmente inevitable de una misión moral asignada a la nación por la Providencia misma". Continúa diciendo que había una enorme avidez de tierras -la llamada 'codicia agraria' por J. Randolph- y que había que justificarla.<sup>(61)</sup>

Ya dijimos que para el puritano no era correcta la acción sin ética. Sus principios morales se reflejan en las máximas de Benjamín Franklin: 1) el tiempo es dinero; 2) el crédito es dinero; 3) el buen pagador es amo de la bolsa de cualquiera. Estaban ideadas para evitar la ociosidad, fomentar la honradez, la contracción al trabajo y demás.<sup>(62)</sup> Ya dijimos que con el tiempo se fueron retorciendo conceptos para ajustarlos a propósitos torcidos. Así pasó con las máximas de Franklin.

Cabría hacer algunas consideraciones sobre la gente que hizo realidad el Destino Manifiesto. José C. Valadés dice que en los años anteriores a la anexión de Texas y bastante después, la llamada "maquinaria política" de Estados Unidos estaba dirigida "por irlandeses o escoceses o de ascendencia escocesa o irlandesa".<sup>(63)</sup>

Sabemos que la inmigración a Estados Unidos en aquella época procedía en un alto porcentaje, de Alemania y de Irlanda. ¿Cómo es posible que católicos y luteranos hayan aceptado con tanta celeridad los postulados protestantes de los puritanos, "el pueblo elegido"?

Dice Weber: "Es bien sabido que tanto los católicos como los luteranos aborrecen por igual al calvinismo: la razón está en el cariz ético que a éste caracteriza. Por más ligera que sea la investigación, aparece enseguida, que la vida religiosa y la manera de obrar en el mundo por parte de los calvinistas guarda una relación de índole fundamental distinta a la que es peculiar de los católicos y de los luteranos".<sup>(64)</sup>

Las condiciones de pobreza y servilismo en que vivía gran parte de la población europea en pleno siglo XIX ha sido descrita en innumerables textos. Los irlandeses habían sido despojados de sus propiedades, casi en su totalidad. Eran víctimas de los terratenientes británicos. Pasaron por frecuentes y graves hambrunas. En muchas partes de Alemania, todavía sin unificar, prevalecía la servidumbre y los latifundistas "junkers".

La tercera corriente mayoritaria de inmigrantes a Estados Unidos, procedía de Gran Bretaña, ya en plena Revolución Industrial. Los ingleses no tenían que obligarse a aceptar una ideología extraña puesto que el calvinismo era parte de su religión. Tal vez no con el mismo purismo, pero los conceptos eran conocidos por ellos. La industrialización había hecho caer al pueblo de Inglaterra en extremos de miseria que se reflejaban hasta en las novelas.<sup>(65)</sup> Posiblemente, vinieron a América para repetir lo que los poderosos les habían hecho en su país. No en balde dicen que el hombre es un animal de imitación. Con frecuencia reproduce modelos de comportamiento ajenos, que han quedado impresos en su subconsciente. En este continente había exceso de tierras en mano de razas inferiores -indios y latinoamericanos-. Bastaría con que hicieran lo mismo que los nobles ingleses. En Europa ellos habían sido víctimas, en América serían victimarios.

La codicia agraria vino como anillo al dedo a las ambiciones expansionistas de los políticos norteamericanos. Otro factor en su favor era que, en aquel tiempo, se tenía la idea de que la tierra proporcionaba 'status'. De la ambición por tener propiedades surgió el apoyo popular al Destino Manifiesto o Destino Revelado. Hicieron a un lado la fe católica o la luterana ante la perspectiva de llegar a poseer un suelo fértil, una Tierra de Promisión, aunque vagaran por ese rumbo bastantes tribus de indios salvajes.

Se calcula que en 1830, la población de México era de siete y medio millones de habitantes, mientras que Estados Unidos tenía, en esa fecha, diez millones y medio de pobladores blancos. Para 1845, México contaba con ocho millones de personas y Estados Unidos con diecisiete millones y cuarto.<sup>(66)</sup> Estas cifras nos muestran la intensidad de la inmigración europea en esos años.

El propósito de los expansionistas norteamericanos, al traer tantos inmigrantes, era que "veinte millones de europeos americanizados" pelearan contra un débil "país de seis y medio millones de habitantes, de los cuales, cerca de cuatro millones todavía correspondientes a la infrapoblación estaban de hecho eximidos de las armas... México estaba inerme y pobre".<sup>(67)</sup> Es la tajante

afirmación de Valadés.

Los europeos, hambrientos poco ha, formaron el ejército invasor. Ellos, además de recibir tierras, obtuvieron el premio de ser aceptados como "americanos". Los Estados Unidos se apropiaron hasta el nombre del continente.

Otra razón para apoyarse en los recién llegados era que no todos los estadounidenses estaban de acuerdo con tanto expansionismo. Tampoco todos los sureños buscaban más tierras. Había partidarios del no ensanchamiento del territorio, tanto en el norte como en el sur.

La facción antiesclavista no expansionista consiguió que las cámaras aprobaran, en 1820, lo que se llamó el Arreglo de Missouri, que "... mereció a su autor el nombre de 'Clay, el pacificador'". El compromiso fue que "todo el territorio al Oeste del Mississippi y al norte de los 36°30' de latitud sería para siempre libre sin que jamás pudiera haber en él institución alguna servil". (68)

Era necesario conservar un equilibrio entre los estados esclavistas y no esclavistas y el "Arreglo" funcionó bastante bien. Sus dos primeros artículos estipulaban que Missouri entraría como estado esclavista y Maine, para preservar el equilibrio, sería un estado libre nortño.

Cuando adquirieron más territorio, después de la guerra con México, persistían las mismas dificultades de los antiesclavistas contra los esclavistas que, a la larga, culminarían con la Guerra de Secesión o Civil.

Al filo de la contienda con México, se propuso otro acuerdo que el Congreso no aprobó: la cláusula Wilmot *Wilmot proviso* en la que se estipulaba que no habría esclavitud, ni servidumbre involuntaria en cualquier territorio de México que adquiriera Estados Unidos. Este proyecto de David Wilmot produjo grandes debates en ambas Cámaras porque, naturalmente, los sureños querían hacer respetar el acuerdo de Missouri, dado que buena parte de los territorios que estaban disputando a México quedaban al sur del paralelo 36°30'

El partido "whig", con pocas excepciones, se opuso a la guerra con México y a la adquisición de nuevos territorios. Varios de sus miembros proclamaron, desde el principio, que esa contienda era injusta y agresiva. Cada día se volvió peor. Impugnaron la adquisición de California y Nuevo México porque ya su nación era demasiado grande. La población mexicana de esos territorios era indeseable, mestiza, holgazana -los mismos argumentos puritanos de siempre-. Además, los métodos para apoderarse de esas extensiones habían sido totalmente irregulares. Buscaban todo tipo de argumentos para detener la bola de nieve de la esclavitud que se les venía encima. Tanto para los "whigs" del sur como para Daniel Webster y otros conservadores del norte, la esclavitud era el

problema principal de su nación. (69)

No era absurdo pensar que ya Estados Unidos era extenso en exceso. Antes de la anexión de Texas, tenía más de cuatro millones y medio de kilómetros cuadrados de territorio para 10 millones y medio de habitantes blancos, en 1830, y 17 millones y medio de blancos, en 1845. (70) Estas cifras del crecimiento demográfico nos hacen comprender lo que era la inmigración europea, aunque hubiera, así mismo, un alto índice de nacimientos.

Respecto a la expansión norteamericana, comentaba Carlos María Bustamante, en 1845, que no creía que los yanquis necesitaran Texas. En su actual territorio, decía, "cabén 15 o 20 millones más de habitantes de los que actualmente tienen y todavía quieren California y tres departamentos más". (71) Achaca esta ambición al carácter de la raza inglesa y manifiesta su alarma por el peligro que representaban los vecinos del norte para el futuro de su país. (72)

Para México fue una desgracia contar con un territorio de más de cinco millones de kilómetros cuadrados (5.090,460 km<sup>2</sup>) en 1821, al consumarse la Independencia. (73) Lamentable, por tener un vecino tan voraz. Al sur del continente todavía quedan países con enormes extensiones deshabitadas, de las mismas o mayores proporciones de las que perdió la República Mexicana, y no han sido mutilados, por no tener vecinos codiciosos y poderosos.

Además de lo enorme de su territorio, ya se comentó que México tenía muy poca población. Después de la separación de las repúblicas de Centroamérica quedaban, todavía, alrededor de cuatro y medio millones de kilómetros cuadrados para 7 millones de habitantes. Tampoco este país necesitaba tanto territorio... entonces. En la actualidad, suenan proféticas las palabras del presidente interino Valentín Canalizo, ante el Congreso, aparecidas en el *Diario del Gobierno* correspondiente a la segunda quincena de enero de 1844, cuando se refiere a Texas y dice: "... ese hermoso Departamento que el Ser Supremo destinó para morada de los mexicanos..." (74) Si hubieran dado tiempo, no habría sido necesaria la importación de europeos. La reproducción natural mexicana habría poblado esas tierras, como lo hace en la actualidad, violando esa línea divisoria que parece nació para ser transgredida. Antes de 1848, desde el norte y desde el este. Después de esa fecha, desde el sur. La frontera de marras ha sido invisible, desde que existe, ante ciertas demandas naturales.

El caso es que se tuvo que "vender" para serenar la hipócrita moral puritana que se empeñaba en pagar para tranquilizar su conciencia -¿la tenían?-. Por cierto, esa ética era el escudo tras el que se ocultaban muchos no puritanos. La maquinaria política que había detrás de la rapiña no estaba,



mayoritariamente, dirigida por ellos. Por cierto que el editorial del *Diario del Gobierno* del 18 de junio de 1847 juzgaba la transacción comercial de esta manera: "Me vendes o te asesino, lenguaje del salteador", refiriéndose a la propuesta de Trist.<sup>(75)</sup>

Además, se "vendió" por menos de lo que se había ofrecido en un principio. El secretario de Estado, James Buchanan, dió a John Slidell las instrucciones para que negociara con México, con fecha de noviembre de 1845. Se refería a los territorios mexicanos que les serían "cedidos" después de la guerra. Buchanan autorizó al representante norteamericano que ofreciera a México 25 millones de dólares.<sup>(76)</sup> Sin embargo, después de la cruenta contienda, únicamente dieron al perdedor, 15 millones, de los que se descontaron 3 para las reclamaciones de los particulares yanquis contra este país. Demandas, por otra parte, de origen bastante obscuro en su mayor parte. De esos 12 millones que quedaron, se pagaron 3 millones al contado y el resto a plazos.<sup>(77)</sup>

Jan Bazant menciona un detalle curioso respecto al segundo pago: "... el gobierno de los Estados Unidos se negó a pagar el certificado, alegando que el tratado lo obligaba a pagar la indemnización en la ciudad de México". Manuel Payno había llevado el documento a Londres para negociar la conversión de ese año de 1850. Como sea, esto nos da un indicio sobre la no tan floreciente situación financiera de los Estados Unidos que especulaban con un dinero que debían pagar. Más tiempo con ellos, más les producía. Querían "comprar" pero pagaron a plazos. No tenían efectivo.<sup>(78)</sup>

En diciembre de 1848 había mucha excitación en las Cámaras norteamericanas por el hallazgo del oro en California. Así mismo, continuaba preocupando el problema de la esclavitud en los nuevos territorios y los "whigs", opositores del presidente Polk, seguían muy disgustados por el enorme costo de la guerra con México -100 a 150 millones de dólares y miles de vidas- y no veían la utilidad de esas inmensas y apartadas regiones. En una ocasión de ese período de sesiones, el comité de la mayoría aprobó una resolución para devolver a México el nuevo territorio. Ellos retendrían solamente San Francisco, a cambio de la suma de 3 millones que se había pagado inicialmente.<sup>(79)</sup> También se mencionó una oferta de un grupo de empresarios particulares que pagarían el costo de la guerra y se quedarían con la comarca. Los problemas eran, tanto financieros como políticos, porque no se podía proveer de un gobierno estable a las tierras adquiridas recientemente. Era difícil salir de ellas después del descubrimiento áureo y, por fin, la solución se halló cuando se propuso hacer estado a California.<sup>(80)</sup>

De manera que, después de muchas luchas camarales, California y Nuevo México quedaron en la Unión. Este último como territorio. Roa Bárcena, en su libro escrito en la década de 1870, nos dice que el negocio de México costó ríos de oro a Estados Unidos pero "... ¡cuánto tiempo no llevan de haberle reembolsado sus ciento setenta millones de duros solamente las minas inagotables de oro y plata en los Estados nuestros por él adquiridos, y el puerto de San Francisco de California, que es ya, acaso, el primero del mundo después de Nueva York!".<sup>(81)</sup>

La otra cara de la moneda la menciona Carlos María Bustamante: ¿Y quién paga a México los veinte millones de derechos marítimos que ha perdido en el año, los gastos cuantiosos que también ha hecho para armar tropas, los daños de sus ciudadanos pacíficos, hambre, destrucción, miseria, ocupación ¿con qué se paga?"<sup>(82)</sup>

Probablemente, los norteamericanos deben haber pensado que la compensación para los mexicanos no había sido en dinero, en alguna otra ventaja de tipo económico, sino que el país se benefició con el "orden" que le trajeron los partidarios del Destino Manifiesto, dado que organizaron la "desorganizada situación política del pueblo mexicano", a que se refería Edward Channing,<sup>(83)</sup> y frenaron las incursiones de los indios bravos, tal y como se previó en el artículo XI del tratado de Guadalupe Hidalgo, de manera que éstos siguieron penetrando al territorio mexicano<sup>(84)</sup> hasta la década de 1880 y a puntos tan distantes de la nueva frontera como Zacatecas.

Por otra parte, también deben haber creído que aquí se cumplía la misión regeneradora calvinista: "civilizaron; cristianizaron y levantaron de la anarquía a un pueblo de lo más ignorante, indolente, malvado y desgraciado", amables palabras de un lector del periódico *Daily Union* de Washington que expresaba el consenso de sus compatriotas en 1848. Algo parecido sentía el senador Reverdy Johnson, que en febrero de 1848 consideraba que el cielo les había designado para "llevar la luz de la civilización a ese ignorante país, incluso por medio del fuego, de la espada y del degüello".<sup>(85)</sup>

#### b) Algunas reflexiones sobre la Doctrina Monroe.

La Doctrina Monroe ha servido de apoyo a la política exterior estadounidense, desde hace más de siglo y medio, en diversas instancias y figura en forma muy prominente en el caso de la adquisición de California. Repetidamente, el cónsul Larkin escribió al presidente Polk y al secretario Buchanan que se

pensaba ceder el territorio a Inglaterra. Afirmación bastante exagerada, según la opinión de diversos investigadores. Pero, al presidente Polk le inquietaron esos informes y decidió apresurarse a invadir la región para que no se la quitaran, porque "América era para los americanos".<sup>(86)</sup>

Lo cierto en la Doctrina Monroe es que ha sido manipulada hasta el extremo. Se le han querido ver intenciones que posiblemente no cruzaron por la mente de sus autores y se le dieron giros e interpretaciones que convenían a un determinado momento histórico. La realidad es que es un documento de una ambigüedad y una redacción perfectas. Dice y no dice.

Por ejemplo, al principio se quiso ver en ella una declaración de defensa, por parte de Estados Unidos, a los demás países del continente, ante la intervención de los europeos. Así mismo, que impediría la instalación de regímenes no republicanos en América.

Así que poco después de ser conocida la Doctrina, en 1828, Argentina preguntó a Estados Unidos si la ayudaría a defenderse en su guerra contra Brasil porque a este país lo respaldaba una potencia europea. John Quincy Adams, redactor de ese documento y a la sazón presidente de su país (1825-29), contestó a la nación del cono sur que la declaración la había hecho Monroe de '*motu proprio*' y que no constituía ninguna garantía u obligación. Únicamente el Congreso podría decidir en cada caso si se podría intervenir para defender a otro país americano ante la agresión de una extracontinental"... aunque poca duda podría abrigarse de que el sentimiento que dictó el mensaje sería aún el del pueblo y gobierno de los Estados Unidos.<sup>(87)</sup> Seguían las ambigüedades de Adams. Se consideró que la declaración era antimonárquica, pero fueron los primeros en reconocer la autoridad imperial de don Pedro de Brasil y de Iturbide, en México. Además, más de la mitad de América del Norte estaba bajo el cetro de la Gran Bretaña y Rusia.<sup>(88)</sup> R.H. Dana declaró lo anterior y añadía que la Doctrina Monroe jamás fue sancionada por una ley o por el Congreso, ni tenía la fuerza de una real orden en una monarquía europea"... siempre que se ha tratado de confirmar la Doctrina Monroe, el intento ha fallado en ambas cámaras del Congreso".<sup>(89)</sup>

A continuación, se hará una breve revisión de los orígenes y contenido de la famosa Doctrina Monroe. Se emitió en el informe anual dado al Congreso de Estados Unidos por su presidente, James Monroe, el 2 de diciembre de 1823. Motivó su aparición, el peligro que representaba el que la Santa Alianza ayudara a Fernando VII a recuperar sus antiguas posesiones americanas.

La Santa Alianza, vencedora de Napoleón, había dividido a Europa en liberales y conservadores. Los primeros sólo tenían poder en Inglaterra. Por eso

George Canning, primer ministro inglés, se acercó a América Latina y se puso en contacto con los norteamericanos.<sup>(90)</sup> Después de 1812, Gran Bretaña perdió sus ambiciones territoriales sobre América. Lo único que le interesaba en ese continente era el dominio comercial. Así que no interfirió con el Destino Manifiesto.<sup>(91)</sup> Pero, al mismo tiempo, tampoco quería que España, Francia o Rusia se extendieran por ese hemisferio.<sup>(92)</sup>

Toribio Esquivel Obregón da otra versión y dice que Canning, primer ministro inglés, no se oponía a que España recuperara sus antiguas colonias -no simpatizaba con los gobiernos republicanos- pero no quería que éstas pasaran a manos de otra potencia europea. Así que se acercó a Richard Rush, el embajador norteamericano en Inglaterra, para preguntarle si su gobierno estaría dispuesto a secundar a los ingleses en su propósito de no oponerse a que España tratara de recobrar sus antiguas colonias americanas, siempre y cuando España les otorgara algunos privilegios comerciales, posteriormente.<sup>(93)</sup>

John Quincy Adams, secretario de Estado de James Monroe, recibió el mensaje de Rush, fechado el 19 de agosto de 1823, y se lo comunicó a su presidente, quien envió copia del mismo a cada uno de sus ministros y también a sus asesores, los ex-presidentes Jefferson y James Madison, para que lo estudiaran.

Thomas Jefferson le contestó en una célebre carta, el 24 de octubre de 1823. Consideró que la propuesta de Canning era la más importante desde la Independencia, porque señalaba a su país el camino a seguir. La nación que más los había obstruido les ofrecía apoyo, ayuda y dirección. Manifestó que si tuvieran que ir a alguna guerra, no sería a favor de los ingleses, sino de ellos porque les daría la ocasión de "introducir y establecer el 'sistema americano'" y de ahuyentar a todas las naciones extrañas. Jefferson avizora la posibilidad de dividir a las potencias europeas y sueña con hacerse de alguna ex-colonia española. Le gustaba Cuba.<sup>(94)</sup>

La propuesta inglesa también se discutió en el gabinete estadounidense. El presidente Monroe y John C. Calhoun se inclinaban por contestar afirmativamente a Gran Bretaña pero Adams temía que Canning buscara limitar la expansión norteamericana, entre otras cosas. Pensaba que Rusia podía apoderarse de California, Perú y Chile; Francia de México y Buenos Aires y, en ese caso, Inglaterra podría verse obligada a tomar Cuba. Eso pondría en peligro la seguridad de Estados Unidos.<sup>(95)</sup> Al final, Estados Unidos se decidió por lanzar la proclama en forma unilateral, sin la participación británica. No era prudente hacer la declaración para frenar a la Santa Alianza conjuntamente con Inglaterra. Carlos Bosch G., inclusive, dice que la Doctrina Monroe se emitió para

poner coto a los ingleses. (96)

El documento fue redactado por Adams y leído por James Monroe, como ya se dijo antes. De esta manera, se procedía independientemente en el campo internacional, con un lenguaje cuidadosamente elegido, en el que los estadistas norteamericanos desplegaron una extrema habilidad y reserva. (97)

Comienza declarando su amistad por las naciones europeas a las que desea prosperidad. Se refiere, directamente, en primer lugar, a Rusia, luego a España y Portugal. Después dice que nunca han intervenido en las guerras de los europeos, ni en sus asuntos. Sólo cuando les afectaba en forma directa. Necesariamente, se sentían más ligados a lo que ocurría en este continente. Los sistemas políticos europeos eran esencialmente distintos que los que regían en América, por lo que "debemos considerar cualquier esfuerzo que estas (potencias europeas) hagan para extender su sistema a cualquier parte de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad". (98) Declaró que no le interesaba inmiscuirse con las colonias europeas que ya estaban en América, pero que si alguna potencia europea tocara a los países ya independientes se consideraría como una "demostración de sentimientos poco amistosos hacia los Estados Unidos". (99)

Es patente el principio puritano de la misión en los párrafos anteriores. Ellos se sentirían ofendidos, agredidos. Ellos iban a salvar. Esto causó una magnífica impresión en los gobiernos americanos porque ya tenían un aliado que les ayudaría a mantener su independencia. (100)

Todavía no se comprende porque era nocivo el sistema europeo para América Hispana. La Doctrina Monroe sí parece estar diciendo que no desea en este continente otro sistema que el republicano. Si uno se fija bien, verá que no lo dice en ningún momento, sino que los sistemas políticos europeos eran esencialmente distintos y podían ser amenazantes para la paz y seguridad de los yanquis. Las monarquías no los ponían en peligro. Ya las habían tenido cerca, en Brasil y México, sin ningún problema. Sólo una monarquía respaldada por la Santa Alianza podía representar inconvenientes para Estados Unidos, porque habría frenado sus ambiciones expansionistas y eso era lo que tenía que evitarse. Además, se corría el peligro de que no se seccionara totalmente el cordón umbilical con los europeos, que eran el villano de la historia para muchos de los norte e hispanoamericanos, en la primera mitad del siglo XIX.

A Estados Unidos le convenía aislar a las naciones iberoamericanas de sus Madres Patrias. Una forma de hacerlo era fomentar el sistema de gobierno republicano y federal.

A pesar de las advertencias de voces doctas, como la de Fray Servando Teresa de Mier en sus "Profecías sobre la Federación", se imitó el sistema de gobierno norteamericano, adecuado para un pueblo como el suyo, acostumbrado a elegir, desde sus pastores espirituales. Totalmente inaceptable para nuestras naciones heterogéneas e incultas. Estando unidos, nos federamos para dividirnos y atraernos males. (101)

Así que un aspecto de la cuestión era aislar a los americanos de los europeos y "lo extraño es que los países de la América Ibérica, contra todo sentido común y de propia conservación se hayan dejado inducir a una conducta que los pone a merced exclusiva de una potencia que, no por estar en el mismo continente, tiene con ello más vínculos naturales de carácter y tendencias que otros pueblos de Europa". (102)

Otro factor para implantar el 'sistema americano', al que se refería Jefferson, era que el sistema europeo era el del equilibrio entre las naciones de ese continente, que se instauró después de la paz de Westfalia, en el siglo XVII, cuando se hallaban en su apogeo las guerras de religión. Menospreciado por los estadounidenses por anticuado y porque a él se había debido "... que en Europa no se ve un caso de estupendo y desigual engrandecimiento de un solo país, como sucede en América..." (103)

A continuación, el texto de la Doctrina Monroe señaló que Estados Unidos "ha mantenido y seguirá manteniendo su neutralidad". Se refería a las independencias americanas. Ya se sabe que no hizo nada para ayudar. Únicamente reconoció a los nuevos países y siempre les estuvo recordando el favor.

Lo de la neutralidad también ha sido usado según el momento. Por ejemplo, fueron neutrales cuando Isidro Barradas quiso reconquistar México, a pesar de que lo enviaba una potencia europea; no lo fueron cuando mandaron las tropas del general Gains (o Gaines) a Texas en marzo de 1836, para que se fingieran desertores e intervinieran en la batalla de San Jacinto. El mismo Adams protestó ante su Congreso por esta intervención en los asuntos de Texas (104) y el ministro Manuel Eduardo de Gorostiza lo hizo desde principios de 1836, en innumerables ocasiones. (105)

Luego, la Doctrina Monroe dice que España y Portugal seguían revueltas y que por eso las naciones aliadas intervenían en los asuntos internos de la primera, cosa que preocupaba mucho al gobierno yanqui. Es decir, Monroe estaba por la no intervención. Las actuaciones posteriores de su país, fueron todo lo contrario, aunque invocaran la Doctrina.

Tras de volver a afirmar que serían neutrales y no intervencionistas en Europa, dicen que reconocerán a los gobiernos 'de facto' y que procurarán mantener relaciones cordiales y permanentes con todos. Finalizó reiterando que el sistema europeo no tenía cabida en América y que creían sus hermanos del sur también lo rechazarían. Que España no debía intentar volver a sojuzgarlos y que ellos se opondrían a cualquier intromisión europea. Es aquí donde brilla ese deseo de ser los dueños de todo el Continente. Se enfrentaban a Inglaterra para ver quien se quedaba con los despojos del Imperio Español, aunque ya Canning había declarado, en una carta del 31 de marzo de 1823, que su país no deseaba apoderarse de la más mínima porción de los ex-territorios españoles.<sup>(106)</sup> Ya se dijo antes que el interés británico se centraba en el predominio económico. Lo tuvo en gran parte del continente -con o sin Doctrina Monroe- hasta los años de la Segunda Guerra Mundial. En la época de Monroe ya era una potencia industrial, mientras que Estados Unidos todavía era un país eminentemente agrícola que no podía competir con su antigua metrópoli. Necesitaba más territorio porque su base eran los cultivos.

Por eso, como dice Bemis, la Doctrina Monroe no era el prototipo de la abnegación. Los estadistas que la formularon no iban a negar a su nación el derecho a extenderse por las regiones contiguas del antiguo Imperio Español, en Norteamérica y Cuba. Precisamente, la declaración no se expidió conjuntamente con Inglaterra para no sacrificar los derechos de Estados Unidos a esas tierras.<sup>(107)</sup> El señor Bemis nunca aclara de dónde salieron esos derechos. Sí nos dice que la expansión jamás pensó hacerse por medios que no fueran pacíficos y que los pasos dados por John Quincy Adams, al firmar los tratados con Gran Bretaña y con España, en 1818 y 1819, respectivamente, habían sido deliberadamente dados, para su expansión transcontinental hasta el Pacífico.<sup>(108)</sup>

Ya se comentó la preocupación por separar a América Latina de sus antiguos lazos europeos, para poner en práctica la máxima de "divide y vencerás". Objetivo que se logró plenamente merced a la ingenuidad de los iberoamericanos.

Respecto a la preocupación por su seguridad, el mismo Bemis afirma que: "Después de 1823 no podemos seguir explicando la política latinoamericana por las necesidades de la seguridad nacional... tenemos que interpretarla en función del 'destino manifiesto' de una república continental" y sus problemas de seguridad.<sup>(109)</sup> Es decir, ya no peligraban en sus territorios originales. Entonces, los amenazarían los peligros que hallaran en las tierras que estaban en su mira y los accidentes naturales que hallarían al pretender extenderse a ellos.

Mencionamos las dos últimas contradicciones de la Doctrina. A pesar de que reconocía que España estaba débil e intervenida, consideraba que sus recursos eran mayores que los que poseían los nuevos gobiernos independizados por lo que no debía sojuzgarlos. Se consideraba que la fuerza del país europeo provenía de la Santa Alianza.

La última recomendación de la Doctrina: "Los Estados Unidos sustentan como su verdadera política la de dejar que las partes interesadas resuelvan sus propios asuntos, confiando en que otras potencias imitarán ese proceder". A-sombroso... sin comentario. Es increíble que se invoque constantemente esta doctrina para justificar el intervencionismo. Seguramente, los que lo han hecho o son ignorantes de su contenido, o hipócritas pérfidos. La auténtica verdad es que es un documento con principios y declaraciones de lo más sanos y que, no en balde, sedujo y entusiasmó a gran parte de sus contemporáneos. No debemos reprobarla sino admirarla. Reprobables son los que le han dado un uso mezquino. Ciertamente es que su redacción se presta, por su ambigüedad excepcional y maquiavélica. Verdadera obra maestra de la diplomacia.

En el caso concreto de California, se utilizaron los postulados de la Doctrina Monroe con una amplitud mucho mayor que en los casos de los otros territorios perdidos por México.

Polk siempre se escuchó tras los informes de Larkin y otras personas que mostraban, supuestamente, un interés excesivo de Inglaterra por adquirir ese departamento. Bancroft opina, en repetidas ocasiones, que siempre se exageró desproporcionadamente la actitud británica.<sup>(110)</sup> Este autor considera, también, que Rusia había renunciado a sus pretensiones sobre la región mucho tiempo antes. De no ser así, no habría vendido sus establecimientos pesqueros de Bodega y Ross a Suter y (don-Estevan) Smitt.

Francia aspiraba quedarse con esa tierra aduciendo afinidades de religión, costumbres y amistad, promovida por un innato desagrado a los anglosajones y su modo de ser.<sup>(111)</sup> Parece que el viaje de Eugenio Duflot de Mofras tenía un fin exploratorio, para observar y considerar los pros y contras de la provincia para su país. Es decir, actuaba como agente de su gobierno. Mofras señaló a todos los franceses que vivían en California, los que eran dignos de su confianza. Había entre los tramperos muchos francocanadienses y el mismo Suter se consideraba francés cuando le convenía. Mofras opinaba que un Protectorado Católico francés sería lo más adecuado para esa jurisdicción, cuando dejara de pertenecer a México.<sup>(112)</sup>



Las pretensiones de Francia eran bastante ilusorias. Eran más viables las inglesas porque se hablaba de pagar su deuda, o parte de ella, con territorio californiano.

El incidente de la invasión de Monterrey por el comodoro Jones, en 1842, fue provocado porque éste creyó que la súbita partida de Callao, Perú, de tres barcos de guerra británicos, era para tomar posesión de California, cedida a Inglaterra por 7 millones, según informaba un diario de Boston.<sup>(113)</sup> Los defensores del comodoro adujeron que ese viaje, de más de diez mil kilómetros, se había realizado para salvaguardar los principios de la Doctrina Monroe. Bancroft considera que esto es totalmente inaceptable.<sup>(114)</sup> También se escucharon tras la Doctrina, los insurrectos de la Bandera del Oso, quienes declararon que se habían sublevado para impedir que Inglaterra, a través del padre Mac Namara, tomara posesión de California.<sup>(115)</sup>

Ya se ha mencionado, también, que había surgido un grupo de importantes californios pro-británicos, que favorecía un protectorado de ese país. Los proyectos o pseudo-proyectos europeos exigían poner en práctica la Doctrina Monroe.

Esta había sido impetrada de tal forma en el ánimo de los latinoamericanos que Mariano Guadalupe Vallejo recordaba las visitas de sir George Simpson, gobernador de la India, la del gobernador Douglas y la de un señor Mc Laughlin, hechas en 1838 y 1841, respectivamente. En ellas le consultaron sobre lo que opinaba acerca de un protectorado británico para California y él contestó que lo colgaran si aceptaba que una potencia europea gobernara ese territorio. Otro tanto dijo al cónsul francés Hascet, "Pertenece al continente americano y nos oponemos a las cabezas europeas". Vallejo fue el primer californio que respaldó públicamente la Doctrina Monroe.<sup>(116)</sup> Y, sin embargo, América Latina pronto se dio cuenta de que no podía confiar en ella.

El cónsul Larkin pensaba que había cuatro caminos para anexarse ese territorio: 1) Compra; 2) Inmigración continua de colonos para que se procediera igual que en Texas; 3) Entrada de mormones que harían suyo el estado y luego lo adherirían a la Unión y 4) Conquista.<sup>(117)</sup> Se descarta la tercera opción dado que los mormones llegaron cuando ya se había consumado la invasión. Anotaremos otro procedimiento: el convencimiento insistente, entre los californios, para que se rebelaran e independizaran -violenta o pacíficamente-. Luego podían anexarse a Estados Unidos. Este medio no servía porque los californios, en el fondo, según siendo leales a México. A continuación revisaremos las otras tres vías de Larkin.

c) Proposiciones de compra por la vía diplomática.

Ya se vió que en 1836, el presidente Jackson pedía al representante texano, Wharton, que exigiera el territorio hasta el Pacífico para ablandar a los anti-esclavistas norteros y lograr que el Congreso aprobara la anexión de su tierra a la Unión. No era la primera vez que el dignatario norteamericano había intentado comprar. Hizo su primera oferta por San Francisco, junto con Texas, en 1835, por medio de su ministro, Anthony Butler,<sup>(118)</sup> quien "recibió instrucciones para ofrecer una cantidad razonable por una frontera que fuera por el río Grande hasta los 37° norte y de allí se tirara una línea recta hasta el Pacífico para que San Francisco quedara dentro de Estados Unidos."<sup>(119)</sup> Para Jackson, Alta California era "parte del destino de la grandeza americana".<sup>(120)</sup>

Al recibir la negativa de México, Butler se dedicó a juntar datos para las reclamaciones de los estadounidenses que habían sido dañados durante las frecuentes revueltas en México. La cuantiosa suma, de más de 20 millones, que logró juntar, sirvió a sus sucesores para presionar a México.<sup>(121)</sup> Respecto a la forma en que el plenipotenciario norteamericano aumentó las reclamaciones de sus compatriotas pondremos un botón de muestra: Los mil ciento sesenta y cuatro dólares que se debían en 1831 a Lewis Daniell, constituían el 62.5% de la deuda total de México al Banco de Estados Unidos.<sup>(122)</sup> La inflación hasta esa astronómica cantidad nos deja ver la catadura moral de Butler, que era calificado como de lo más zafio y vulgar. Parece que Esteban Austin dijo de él que nunca había conocido un hombre más canalla.<sup>(123)</sup> Trató de estafar medio millón al presidente Jackson para sobornar, según él, al confesor de la hermana de Santa Anna, con el fin de que éste influyera en favor de los proyectos estadounidenses.<sup>(124)</sup> Llegó a México en diciembre de 1829 para sustituir al casi expulsado Joel Poinsett y se quedó hasta fines de 1835. Lo reemplazó Powhattan Ellis, nombrado el 29 de enero de 1836, que fue quien presentó la monstruosa reclamación por veinte millones con papeles reunidos por Butler. La deuda se fue ajustando y comprobando y para 1839 había quedado en seis millones trescientos mil. México sólo reconoció dos millones y, posteriormente, para evitar dificultades, novecientos mil más.<sup>(125)</sup> Es decir, la deuda quedó en alrededor de tres millones. Mencionamos el problema de lo que se debía porque fue una de las armas de Estados Unidos y, al final, el principal argumento para invadir el país, en 1846.

Parece que Ellis también propuso comprar Alta California. De ser cierto, la propuesta debió hacerse en 1839, después de los intentos de Butler.<sup>(126)</sup>

El ministro mexicano en Washington, Gorostiza, protestó por la ayuda que se prestaba a los texanos y pidió sus pasaportes en octubre de 1836.<sup>(127)</sup> Ellis tuvo que hacer lo mismo, cinco días más tarde, y no regresó hasta abril de 1839 porque las relaciones entre los dos países se interrumpieron. Por eso es que difícilmente pudo proponerlo antes de volver a México.

John Tyler era el vicepresidente y a la muerte, en 1841, del mandatario William H. Harrison, asumió la presidencia de Estados Unidos. Como era un "whig" del norte y poco popular, trató de congraciarse con el pueblo. Lo hizo anexando Texas a la Unión, pocos días antes de la terminación de su mandato, en 1845. También intentó comprar Alta California. En 1842 nombró a Waddy Thompson embajador en México, en sustitución de Ellis. Su secretario de Estado era otro 'whig', Daniel Webster, también norteamericano, que se oponía a la anexión de Texas pero quería conseguir la de California.

Así que Tyler ideó un plan tripartito, Estados Unidos-México-Gran Bretaña, para combinar los asuntos de Texas-Oregon-California. Inglaterra obtendría Oregon hasta el río Columbia, excepto la península Olímpica; Estados Unidos compraría California a México y éste pagaría con ese dinero a Inglaterra, así como las reclamaciones de los norteamericanos. A Webster le gustó la idea de Tyler y se la planteó, de manera informal, a Lord Ashburton, de quien obtuvo una respuesta favorable. Webster renunció a su cargo para poder ir a Londres, a negociar esa propuesta que no se realizó.<sup>(128)</sup>

El asunto de California continuó siendo de gran importancia para Webster. Escribió a Thompson acerca de lo primordial de un camino y un territorio en esas latitudes. El departamento no tenía valor para México, ni en el presente, ni en el futuro. Sólo tenía tres mil habitantes y era improbable que aumentara su población. Pidió al general Waddy Thompson sondeara al gobierno mexicano y le sugiriera que "debería reconocer Texas y dejarles la Alta California". La carta tenía fecha de 30 de diciembre de 1842.<sup>(129)</sup>

También el presidente Tyler escribió a su ministro indicándole que: "La adquisición de California es un asunto de primera importancia para la opinión pública".<sup>(130)</sup>

Waddy Thompson estaba mejor colocado que sus antecesores para proponer la venta de California, cosa que hizo desde el primer momento en que llegó a México. La razón era que había participado en las convenciones para el arreglo de la deuda mexicana. En la tercera convención, del 20 de noviembre de 1843, Thompson ajustó la cantidad en tres millones, junto con Bocanegra y Trigueros.<sup>(131)</sup>

A Thompson le urgía comprar el departamento del norte porque, como comunicaba a su gobierno, ya en julio de 1842, México trataba de hipotecar California a Inglaterra por quince millones de pesos.<sup>(132)</sup> Seguramente, de este tipo de informes surgiría la idea del plan tripartito del presidente Tyler.

Al describir California, Thompson decía que: "El azúcar, el arroz y el algodón tienen allí un clima que les es perfectamente propio" y que los mismos móviles que produjeron las 'escenas desarrolladas en Texas' promoverían que en California se representaran episodios idénticos.<sup>(133)</sup>

Thompson dejó su puesto de ministro en abril de 1844 cuando comenzaba la crisis por la anexión de Texas. Lo sustituyó, interinamente, Benjamin Green, quien tuvo que enfrentarse a Almonte y a Rejón, a partir de agosto de 1844.<sup>(134)</sup> Le tocó recibir las protestas de José Crescencio Rejón por los pasos para la anexión de Texas. Partió de México cuando ésta se efectuó. Lo despidió el nuevo ministro de Relaciones, Luis G. Cuevas, el 28 de marzo de 1845. Provisionalmente se encargaría de los asuntos norteamericanos en México, William Parrot,<sup>(135)</sup> cuya misión sería secreta.

Cuevas fue relevado por Manuel de la Peña y Peña en el Ministerio de Relaciones, en la segunda mitad de 1845. De la Peña entró en conversaciones con el cónsul John Black con el objeto de arreglar las dificultades entre los dos países. Estas pláticas produjeron la visita de John Slidell, enviado por el presidente Polk y el secretario de Estado, James Buchanan, en misión de paz.

Slidell traía las últimas propuestas conocidas para la compra de California, además de otras instrucciones, como la de contrarrestar la influencia de las potencias europeas en México, restaurar las relaciones, pacíficas y armoniosas, que existían antes y recordar al gobierno mexicano que Estados Unidos había sido el primero en reconocerlo. En fin, la misma retahíla de siempre, aunque era difícil lograr resultados después de la anexión de Texas. Todos sabemos que Slidell no fue recibido, ni por Herrera, ni por Paredes, que derrocó a este y asumió el gobierno en enero de 1846.

De todas maneras, en las instrucciones que Buchanan dió a Slidell, fechadas en Washington el 10 de noviembre de 1845, se le recuerda lo de la deuda y se señala que el presidente Polk deseaba tratar a México con generosidad, por lo que ofrecía, por una línea fronteriza que contuviera a Nuevo México, cinco millones, más todas las reclamaciones de los norteamericanos. Para dicha frontera se consideraría el curso del río Grande, desde su desembocadura. Cuando este doblara hacia el norte se le seguiría hasta sus fuentes. De allí se trazaría una línea recta hasta llegar al paralelo 42° norte.<sup>(136)</sup> Gran parte del

rfo quedaba al sur de Texas.

Pero si conseguía California, ambicionada por franceses e ingleses, si lograba vencer la resistencia mexicana, Polk estaba dispuesto a ofrecer veinticinco millones de dólares si la línea partiera del extremo sur de Nuevo México -se entiende que ya se habría cedido previamente- y llegara hasta el Océano Pacífico, quedando dentro Monterrey. Daría veinte millones, si no se pudiera obtener Monterrey, por una frontera que comenzara en cualquier punto de la frontera occidental de Nuevo México - se entiende que ya norteamericano- y siguiera hasta el Pacífico, siempre y cuando quedara incluida la Bahía con su puerto de San Francisco. "Mientras más extenso sea el territorio al sur de la bahía, será mejor".<sup>(147)</sup> "La posesión de la Bahía y del Puerto de San Francisco es muy importante para los Estados Unidos", dijo Buchanan a Slidell y agregó que haría un inmenso servicio a su patria, si obtuviera la venta de ese territorio.<sup>(183)</sup>

Por lo anterior, Polk o Buchanan, o los dos, andaban flojos en geografía. Monterrey queda al sur de San Francisco y es absurdo que se ofrezca más por menos tierra: veinticinco hasta Monterrey -que queda al sur de San Francisco- y veinte millones si únicamente se llegaba hasta San Francisco -que está al norte de Monterrey-.

Las sumas de cinco, veinte y veinticinco millones deberían ser consideradas como máximas. Además, el gobierno yanqui se encargaría de cubrir las reclamaciones de sus compatriotas contra México.<sup>(1939)</sup> Como se expresó en páginas anteriores, a la hora de pagar se hizo una reducción considerable en la indemnización, aparte de todos los daños sufridos por México durante todos los meses de guerra en su suelo.

Slidell pudo haber llegado a un arreglo con Herrera y de la Peña y Peña, que eran pacifistas y comprendían que la obstinación de no reconocer la independencia de Texas podría llevarlos a perder más territorio y conducirlos a una guerra que no podían ganar.

Lamentablemente, Slidell llegó a México en diciembre de 1845. Se le esperaba en la capital para el 4 de ese mes y el día anterior, el periódico *La voz del Pueblo* alertaba sobre su llegada y decía que iba a comprar Texas, Nuevo México y California. La opinión pública se indignó. Era difícil recibirlo oficialmente en esas condiciones y además se adujo que había llegado como Ministro Plenipotenciario en vez de llegar como Ministro *'ad hoc'*.

Para empeorar la situación, el general Paredes y Arrillaga, se pronunció

contra ese gobierno débil y al que juzgaba traidor, el 15 de diciembre. El sí quería la guerra contra Estados Unidos. Para enero de 1846 ya se encontraba en la ciudad de México y el 4 de ese mes se hizo cargo de la Presidencia.

Slidell decidió esperar y ver si lo recibía Paredes. Tampoco Castillo y Lanzas, nuevo ministro de Relaciones, se atrevió a hacerlo. Utilizó las mismas excusas que el gobierno de Herrera.

El enviado norteamericano, pacientemente, haciendo numerosas gestiones, procuró llevar su misión a feliz término. Diariamente crecían los rumores de guerra. Cansado y comprendiendo que nada lograría, pidió instrucciones a su gobierno y éste le autorizó a recoger sus pasaportes, cosa que hizo el 15 de marzo de 1846. Como tardaran en devolvérselos, salió del país en abril de ese año, mismo mes en que se suscitó el incidente de los ríos Nueces-Bravo, motivo directo de la iniciación de la guerra. El 11 de mayo, Polk pidió a las Cámaras la declaración bélica a México, cosa que se hizo, tras una votación mayoritaria en ambas cámaras, dos días después, el 13 de mayo de 1846. Se había perdido la última oportunidad de salvar a California porque Polk dijo, claramente, que quería territorio para resarcirse de los gastos de guerra y de las bajas. Funcionó la ética puritana y también la lógica.

México fue provocado hasta que contestó el ataque. Entonces se le acusó de agresor. A un incidente fronterizo lo convirtieron en una sangrienta conflagración que duró más de un año y medio. Para lavar su honor y la sangre derramada de norteamericanos, se derramó la de muchos más y también la de mexicanos, muchos inocentes, niños, mujeres y ancianos que no podían, ni sabían defenderse. El general Ulises Grant dijo en sus *Memorias*: "Habíamos sido empleados para provocar la guerra pero era esencial que México la comenzara". (140)

En algunos sectores norteamericanos no fue popular la guerra contra México. Después de ver los muertos y heridos y el costo, muchos deben haberla repudiado. Por lo menos, Polk ni siquiera volvió a ser candidato presidencial, para las elecciones de 1848 y falleció en 1849. Ya se vio que para muchos, los territorios adquiridos eran elefantes blancos. Posiblemente, el hallazgo del oro cambió la forma en que algunos consideraban a California. Para otro sector, la adquisición de más territorios seguía echando leña al enfrentamiento entre esclavistas y antiesclavistas. Ese conflicto, al que el propio general Winfield Scott calificó de guerra "desnaturalizada", (141) acabó siendo poco popular, aunque la mayoría de los norteamericanos se sintieron muy satisfechos ante la realización del 'destino manifiesto'.

d) Maquinaciones para anexar California en forma pacífica.

Los caminos para que este departamento ingresara en la Unión Americana en forma no violenta eran, esencialmente, dos, dado que no había una mayoría de extranjeros en el territorio. Esto no era Texas, donde una mayoría anglosajona había impuesto la independencia, apoyada por su país de origen y por los múltiples voluntarios yanquis que acudieron a ayudar. "Recordemos el Álamo". De los 183 hombres que lo defendían, únicamente 32 eran colonos. (142)

Por lo tanto, para California, con una mayoría india e hispánica sólo quedaba: 1) Tratar de ir convenciendo a la "gente de razón" importante de la región de lo conveniente que les resultaría anexarse a Estados Unidos, donde serían recibidos con los brazos abiertos. 2) Fomentar la entrada al territorio de muchos miles de colonos anglos para que se sobrepasara a la población hispana e india.

Examinemos la primera opción. Se podía ir ganando californios para la causa de su independencia y posterior ingreso a la federación norteamericana, magnificando la conducta errática del gobierno de México, sus frecuentes cambios, su inestabilidad. Para esto, podría aprovecharse la belicosidad de grupos que, como el de 1836, depuso al gobernador enviado por el Centro, lo cambió por un californio y, de hecho, se habían declarado autónomos, hasta cierto punto. También podían utilizarse las frecuentes querellas entre el norte y el sur del departamento. Fomentar su rivalidad. Había muchas posibilidades. Frente a la anarquía mexicana se podía ofrecer el contraste del orden y progreso yanquis. Únicamente había que dar los pasos cuidándose de la intromisión de las potencias europeas.

Se encargó de ejecutar este plan a un comerciante nacido en Massachussetts, llamado Thomas Oliver Larkin, que había llegado a Monterrey en 1832 para ayudar con la contabilidad a su medio hermano Juan B. Cooper -casado con una Vallejo- que era dueño de un negocio. Al año siguiente, Larkin, con sus ahorros, instaló una pequeña tienda de ramos generales. Tuvo mucho éxito como comerciante. Luego amplió la gama de sus empresas. Se hizo muy rico.

Jamás se nacionalizó mexicano, ni se casó con una californiana, ni se convirtió al catolicismo. Nunca intervino abiertamente en política, aunque apoyó solapadamente la rebelión de Alvarado, en 1836. Era un residente norteamericano sumamente respetado y su país le nombró cónsul en Monterrey el 1º de mayo de 1843. México expidió su beneplácito el 2 de diciembre del mismo año.

Washington se lo remitió el 3 de febrero de 1844 y él tomó posesión de su cargo el 2 de abril de 1844.<sup>(143)</sup> A fines de 1845 le nombraron, oficialmente, agente secreto y confidencial de su gobierno. Probablemente porque sus informes eran exactos, puntuales y responsables. Era un buen patriota, defensor de los inmigrantes anglosajones, rechazaba a los piratas, era amigo de los californios y estaba firmemente convencido de que se podía persuadir a la gente del lugar, con tacto y con tiempo, para que se incorporara a Estados Unidos.

Vigilaba todos los movimientos de los ingleses y mandaba sus observaciones, reproducía rumores, era un verdadero sabueso y de corazón creía que California podía incorporarse a la Unión en forma pacífica. Bancroft juzga exagerados los informes de Larkin respecto a los movimientos de los ingleses, en ocasiones.

Además de las acciones de los europeos, el cónsul debía dar reseñas frecuentes y completas sobre la región, sus recursos y condiciones. Acerca del carácter, influencia y disposición política de sus ciudadanos más prominentes.<sup>(144)</sup> Poseía un archivo secreto en el que iba haciendo anotaciones sobre los californios importantes: breves fichas biográficas que su secretario, William F. Swasey, escribía por triplicado. Una copia era para James Buchanan, el secretario de Estado; otra era para el comodoro Stockton y la tercera para el archivo de Larkin.<sup>(145)</sup>

Tenía la obligación de satanizar la interferencia europea para impedir los sentimientos de simpatía hacia el Viejo Continente y ponderar las enormes virtudes de los Estados Unidos, verdaderamente interesados en el bienestar de los californios, en su libertad, que sería verdadera bajo la bandera de las barras y las estrellas. Ese don podrían obtenerlo si se separaban de México. Serían recibidos como una república hermana o como parte integrante de la gran Unión.

Cuando Larkin fue nombrado agente secreto y confidencial, dejó sus negocios en manos de Talbot H. Green, el 1º de enero de 1846, y se dedicó totalmente al trabajo consular, exteriormente, y al de espionaje, por el que le pagarían 6 dólares diarios. El año anterior había ganado más de sesenta mil, con sus negocios.<sup>(146)</sup> Esta incongruencia podría retratar al personaje: Amaba a su patria, amaba a California, amaba la paz. Cuando el comodoro Sloat ocupó Monterrey e izó la bandera de las barras y las estrellas, el cónsul le convenció de que no usara la violencia, sino la amabilidad. Luego, cuando Sloat fue sustituido por Robert Stockton, también procuró que éste evitara el derramamiento de sangre y quiso acompañarlo al sur para convencer a Castro y



Pico de que se rindieran sin resistencia. Quería recordarles el asunto del comodoro Jones en 1842, cuando no había pasado nada y los rumores de guerra habían sido infundados. Pero Stockton -como veremos más adelante, en detalle- hizo fracasar el plan de don Tomás, dice Bancroft, lo cuál no es deshonoroso para Larkin, y añade que la trayectoria moral de aquél "es merecedora de todas las alabanzas y su sentido político incomparablemente superior al de los conquistadores de California que parecían haber surgido de la Opera Cómica".<sup>(147)</sup>

Larkin era muy respetado por la "gente de razón". Llegó a ser banquero y a prestar dinero al gobierno local. Seguramente, por el ascendiente que tenía fue que se celebró en su casa la junta de militares del 27 de marzo de 1846 y de la que ya se habló antes,<sup>(148)</sup> y aunque Bancroft declara no haber hallado relación de la misma en los papeles de Larkin. Sin embargo, aunque no haya sido más que un rumor, demostraría el lugar del ex-cónsul dentro de la sociedad de California.

La labor de Larkin estaba por concluir con la conquista violenta que él siempre quiso impedir. Frémont, los de la Bandera del Oso y, más adelante, Stockton y sus hombres echaron a perder su paciente trabajo de años que todavía no había madurado porque, aunque se hablara de la inquietud por el futuro del departamento, de la anexión de Texas, del golpe de Paredes a Herrera, del alud de inmigrantes anglos por las sierras, de que todos presentían que habría un cambio, que éste era inminente y que, tal vez, México no podría retener la provincia, las lealtades estaban con la Madre Patria. Por la afinidad de raza, religión y lengua, todavía muy potentes, los ciudadanos estaban con México.<sup>(149)</sup>

Cuando las cabezas del departamento hablaban de anexión a otro país, lo hacían porque veían que posiblemente no habría otro camino. Por eso, no había llegado a su punto culminante el trabajo de Larkin. Necesitaba más tiempo porque de estar en su punto, no habría sido necesaria la intervención militar en California. Se habría producido su independencia y separación, como en Texas.

En cuanto a la segunda opción para que California se anexara pacíficamente a Estados Unidos, repitiendo el modelo texano, con la entrada de miles de anglosajones que sobrepasarán numéricamente a los hispanos e indios, observaremos someramente lo que se hizo al respecto.

Había que incitar a la gente para que se fuera al Oeste, a California. Con ese propósito y desde hacía muchos años, existía una permanente campaña de propaganda, realizada por diversos viajeros, en libros, revistas, periódicos y hasta conferencias, en todos los Estados Unidos. Se ponderaban y magnificaban

las maravillas de la región. Sus potencialidades, su riqueza natural. Se hacía hincapié en el abandono en que se encontraba y en su lejanía de su centro político.

La inmigración a California, por las sierras y desiertos, comenzó a hacerse notable a partir de la década de 1840, después de la declaración de independencia de Texas y su subsecuente guerra. El éxito obtenido por los anglosajones en este conflicto hacía esperar algo similar a los que se aventuraban por esa difícil geografía. A pesar de las restricciones impuestas por las autoridades mexicanas, en diversas oportunidades, precisamente por lo ocurrido en Texas, seguían llegando caravanas por el noroeste. Era la invasión silenciosa de los indocumentados del siglo XIX. A pesar de las medidas tomadas para impedir su llegada, los californios eran muy hospitalarios y estos migrantes jamás sintieron lo duro de las prohibiciones. Nunca se les maltrató, dice Bancroft. Más bien se les ayudaba con verdadero espíritu cristiano (católico). De todas maneras, ya se ha dicho que, antes de 1848, no sobrepasaron a la población indohispana, numéricamente. (150)

El entusiasmo de esos colonos que atravesaban sierras, desiertos, territorios con indios y demás, había sido despertado por escritos como: Un primer artículo que apareció, describiendo la región, en 1808, en el *American Register*, o *General Repository of History*\*. Se llamaba "Diario de un viaje entre China y la costa noroeste de América" y su autor era el capitán William Shaler, que había viajado por esos rumbos en 1803, a bordo del *Lelia Byrd*. Además de narrar las dificultades para comerciar en San Diego y de su encuentro con las autoridades españolas, hizo observaciones políticas y militares de la mayor importancia. Según él, California no necesitaba más que un buen gobierno para aumentar rápidamente su riqueza e importancia. Con poco esfuerzo podía caer en manos de cualquiera y luego, sería tan sencillo conservarla como quitársela a los españoles. (151)

Cronológicamente, le siguió un libro del capitán Federico W. Beeckey, quien visitó California a su regreso de una expedición al Ártico comandada por sir John Franklin, en 1826-27. Esta obra, que apareció en 1831, indicaba que California "debía despertar o caer en nuestras manos" porque eran unas lindas tierras abandonadas. (152)

Hizo época el escrito que se convirtió en clásico, obra de Richard Henry Dana, jr., *Two Years Before the Mast*\*\* , publicado en 1835, según Bancroft, y en

\* *Registro Americano o Depósito General de historia.*

\*\* *Dos años ante el mástil.*

1840, según Pitt. El primero lo define como el mejor informe sobre el comercio de las pieles, desde un barco.<sup>(153)</sup> Dana vivió en California durante un tiempo, con su tío, William Goodwin Dana, uno de los más prominentes residentes yanquis. Era hispanóphobo, hipercrítico de la sociedad californiana.

Una publicación de gran éxito popular fue la que narraba las aventuras del trampero James Ohio Pattie, hijo. Aunque casi todo lo relatado era producto de la imaginación, según Watkins. Este texto, que salió a la luz en 1831, *The Personal Narrative of James O. Pattie\** estimuló la imaginación de muchos que soñaron con y se atrevieron a cruzar ese desierto y esas montañas para ir en búsqueda de aquellas tierras fértiles sin dueño.<sup>(154)</sup>

A medida de que corría el tiempo, proliferaban los artículos y relatos sobre esa Tierra de Promisión que aguardaba la llegada de los anglo-normandos para quienes estaba destinada.

A los ingleses resultó muy instructiva la *History of California\*\** de Alexander Forbes, publicada en 1835 y que contenía un capítulo denominado: "La Alta California considerada como campo para la colonización extranjera"\*\*\*<sup>(155)</sup>

Francia envió al científico Eugenio Duflot de Mofras a un viaje exploratorio y, en 1840, el ministro Gorostiza dió permiso a dicho explorador y geógrafo, para que pasara por Guaimas (*sic*), San Blas y California.<sup>(156)</sup> Resultado de su viaje, que también tenía motivos políticos, fue la obra aparecida en París en 1844: *Exploration du territoire de l'Oregon, des Californies et de la Mer Vermelle:\*\*\*\** Bancroft considera que los franceses no tenían demasiada esperanza de adquirir estas tierras pero que esperaban un milagro producido por la afinidad de raza y religión. En efecto, Mofras sugería un protectorado francés católico.<sup>(157)</sup>

Las opiniones de estos viajeros escritores agujoneaban a sus compatriotas a acudir a esa apartada y privilegiada comarca deshabitada y desaprovechada. Pitt comenta que el testimonio de los principales estadounidenses coincidía en afirmar que los personajes se movían sin tener un objetivo en la vida, en un paisaje agradable, dedicados a la fiesta y la indolencia. Los norteamericanos construyeron estructuras ficticias porque deseaban apropiarse del territorio, desesperadamente. Uno de los mitos era que las mexicanas sólo esperaban la llegada de los gallardos anglosajones. Estas mentiras eran

\* *Narraciones personales de James O. Pattie.*

\*\* *Historia de California.*

\*\*\* "Upper California considered as a field for foreign colonization"

\*\*\*\* *Exploración del territorio del Oregon, las Californias y la Mar Bermeja.*

apoyadas por gente como Alfred Robinson, un antiguo residente casado con una hija de Pablo de la Guerra, en su libro *Life in California*\* que apareció en 1846.

Aprovechaban la amistad de los californios, su hospitalidad, les iban volviendo americanófilos y luego les criticaban, como Dana a Juan Bandini, a quien llama Bandino. O su crítica de las mujeres que eran ligeras pero sus maridos extremadamente celosos no las dejaban expresarse (ver p.39 )

En general, la opinión yanqui era que los californios eran indolentes, tontos, frívolos y que estaban esperando que les fueran a quitar lo suyo. Reacción bastante común ante la generosidad. Al que da, muchos le consideran tonto.

También hubo testimonios hispanófilos. Curiosamente, uno es de Larkin (ver p.39 ), pero no tuvieron trascendencia o fueron muy tardíos, como el del pastor Walter Colton, aparecido en 1850 (ver p. 39)

Más bien, en esa década de 1840, se reimprimieron textos como el diario de John Bidwell, que llegó a California en 1841. Se escuchaba a viajeros que alababan las cualidades del territorio, como Antoine Robidoux o Lansford S. Hastings que animaban a la gente a ir a California.

Fueron de considerable importancia las cartas del Dr. John Marsh. (158) Una de ellas, sobre todo, enviada al Senador por Michigan, Lewis Cass, por su sugerencia que hizo T. Larkin, el 8 de julio de 1845. Pocas semanas después, Marsh escribió a su antiguo compañero y amigo de Harvard, el senador, y le relató su viaje a México, en 1835. Había entrado en California por la parte sur, en la confluencia de los ríos Grande y Gila. Luego se había dirigido al norte y residía cerca de San Francisco, en una finca ubicada en la confluencia de los ríos Sacramento y San Joaquín. En su misiva indicaba que no creía que a sus poseedores de entonces les fuera posible conservar mucho tiempo esa región, de tanta riqueza. Ponderó sus posibilidades agrícolas y ganaderas. Le informó que el comercio exterior estaba, casi exclusivamente, en manos de barcos norteamericanos, la mayoría de Boston. "Aunque nominalmente California pertenece a México, es casi tan independiente como Texas y correrá su misma suerte antes de mucho..." Luego, hace un breve recuento de los conflictos políticos internos y de la concomitante inestabilidad del departamento. Cuando el senador Cass recibió la carta, la entregó a la prensa para que se diera a conocer en todo su país. Dicen que su contenido llamó la atención de Polk y fue uno de los factores determinantes para decidirlo a arrebatar ese territorio a México. (159)

\* *Vida en California.*

Ya se mencionó al propagandista más importante y difundido, John J. Warner, (ver p. ) y únicamente se acostumbra hablar de los más conocidos pero existía la información de boca a boca, los relatos a pequeños grupos. Esto lo hacían, inclusive, personas interesadas en llevar una caravana y cobrar por ello.

También fueron importantes los informes de los dos primeros viajes del explorador John Charles Frémont, a los que ya nos referimos anteriormente (ver p. 15 y 16 ), porque explicaban las rutas y tenían mapas.

La avalancha por la sierra comenzó en 1842 pero Bancroft indica que en 1844 sólo hubo dos grupos de inmigrantes, igual que el año anterior.<sup>(160)</sup> Según la misma fuente, la población de extranjeros varones blancos, no hispanicos, era en 1830 de 150; en 1835, 300; en 1840, 380 y en 1845, en vísperas de la invasión, sólo 680. Para mediados de 1848 calcula había unos 6,500 frente a 7,500 hispanos y alrededor de 3 a 4 mil neófitos.<sup>(161)</sup>

Posiblemente, si esas personas de espíritu aventurero no hubieran tenido un puerto de llegada, jamás se habrían arriesgado a cruzar desiertos y montañas. Sin un refugio, la conquista habría sido muy difícil. Pero la base existía. En 1841, el gobernador Juan Bautista Alvarado, para contrarrestar la influencia de unos anglos de mal vivir, a los que había utilizado en la rebelión de 1836, otorgó a otro extranjero, Johann Augustus Suter (luego Sutter),<sup>(162)</sup> una concesión de 11 leguas cuadradas de tierra (alrededor de 35 hectáreas. 1 legua<sup>2</sup> = 3.105 y media de hectárea) en la confluencia de los ríos Sacramento y Americana, bajando de la montaña. Esta propiedad se encuentra, en la actualidad, en la calle L de la capital del estado de California, Sacramento.

Suter emigró a América de Suiza, su país natal, en 1834, a los 31 años, después de quebrar en una tienda. Se quedaron su esposa y cinco hijos. En el nuevo continente, se dirigió a Missouri y también le fue mal en un hotel que estableció. Viajó hasta las islas Sandwich, en 1838, y llegó a California vía Alaska, en 1839. Se hizo amigo de Alvarado, se nacionalizó mexicano para poder recibir la heredad y en 1841 comenzó a construir allí un fuerte que se llamaría Suter. A la propiedad la nombró *Nueva Helvecia*. Su situación era sumamente estratégica. Tenía embarcadero propio en la parte navegable del río Sacramento. El fuerte tenía un muro de cinco a seis metros de alto, unos 110 metros de largo y en su interior había cuartos para algunos trabajadores y huéspedes. Era un establecimiento autosuficiente con panadería, molino, herrería, talleres para textiles y cuero, destilería, corral, se fabricaban velas. Suter decía que el muro era para protegerse de los indios. En el fondo era el

límite de su propio castillo, para él, un individuo producto de su época: aventurero, inescrupuloso, con el propósito de crearse su propio Imperio. Si Napoleón lo había logrado, ¿por qué no, él? En este mismo trabajo veremos personajes con una psicología similar, con delirio de grandeza. Era muy propio de esa época el espíritu épico. Un repaso a la historia nos confirmaría este hecho.

Suter pretendía haber sido Guardia Real suizo de Carlos X y seducía a la gente con su conversación y modales finos pero luego les daba la puñalada por la espalda. Era un hombre de suerte y sin capacidad para los negocios. Sólo supo manejar a los indios y un lejano puesto de trueque. No se encuentran en él rastros de principios, honor o respeto para los derechos de los demás... adoptaba, de inmediato, el lado que más convenía a sus intereses... la nacionalidad, religión, amistad, obligación, consistencia, no significaban nada... casi no existió nadie con quien no disputara... de quien no abusara rotundamente. Recibió múltiples favores de los californios y no dudó en volverse contra ellos... armó extranjeros e indios en su contra, cuando estimó que eso podía producirle algún beneficio. (163)

Su propiedad le comenzó a reeditar en 1841-42 y entonces decidió adquirir las instalaciones pesqueras rusas en Bodega y Ross. Hizo un trato con Don Dionicio Zarembo, vice-gobernador de la compañía rusa de Bodega. Con los 12 cañones de Ross y Bodega, armó la defensa de su fuerte.

Alvarado, durante su gestión como gobernador, lo nombró "encargado de Justicia y representante del gobierno en las fronteras del río Sacramento". En su autobiografía, Suter relata que: "... Vallejo y los otros californios contra quienes más que contra los indios tenía en orden mi fuerte y sus armas... envidiaban mi establecimiento. Dí pasaportes a los que entraban al país y no les gustó. Yo era amigo de los emigrantes... alenté la inmigración mientras que ellos la desalentaban. Yo simpatizaba con los norteamericanos y ellos los odiaban". (164)

Parece que Alvarado pensó que la presencia de Suter, en el Valle del Sacramento, impediría las incursiones de los tramperos y ayudaría a domesticar a los indios de la región. Además diluiría el poder de Vallejo, tío del gobernador. En páginas anteriores ya se mencionó que el nombramiento de Suter era causa de fricción entre esos dos californios.

Suter hacía negocio con los inmigrantes que cruzaban el desierto y la montaña. Era más interés que amor, el que les tenía. Algunos le pagaron con dinero sus servicios de alojamiento y comida. Otros cubrían sus gastos con tra-

bajo. Decían que tenía agentes de propaganda en Missouri para que entusiasmaran a los colonos que buscaban tierras, para que se fueran a California por la vía del fuerte Suter. Luego -él mismo lo dice- hasta pasaportes les daba. Asombra que algunos le hayan convertido en héroe. Cruzaba los ilegales anglos del siglo XIX, en California. En la jerga actual se le habría calificado de "pollero".

Las autoridades californias informaron, con frecuencia, del comportamiento irregular de Suter. En despacho firmado por Mariano G. Vallejo el 17 de noviembre de 1841, se dice que el Capitán Suter "se ha fortificado en el Río Sacramento y recibe a todos los extranjeros sin pasaporte, sin distinción de país". A continuación, Vallejo comentó las pretensiones descaradas de los Estados Unidos respecto al territorio mexicano, publicadas en mayo de ese año en diarios e insertos de la República Mexicana. (165)

Pío Pico en comunicación fechada en Los Angeles el 13 de febrero de 1846 encarece el envío de ayuda, al Supremo Gobierno, por la "continua emigración de carabanas (sic) y partidas de cazadores que llegaban al río Sacramento". Más de 50 carros desde el año anterior... en la fortaleza Suter, donde invernaría, ya se encontraba el científico Frimon (sic) con sesenta hombres armados... (166)

El prefecto Miguel Castro -no confundirlo con el general José Castro- también informaba que Frémont se hallaba en el fuerte Suter con hombres armados, en mayo de 1846. Pensó querían repetir lo de Texas. (167)

E Ignacio M. Covarrubias, que entregó todos los despachos anteriores en la ciudad de México, en su propio informe de fecha 5 de abril de 1846, dado en la capital, opinó debían detenerse los desmanes y abusos de Suter que vendía armas a los indios, daba tierra a cualquiera, realizaba matrimonios de indios, protegía a los aventureros yanquis ilegales. "La hospitalidad de Suter en el Río Sacramento, en su granja de Nueva Helvecia debe terminar. Esto se debe ocupar militarmente por México, antes de que lleguen más extranjeros". (168)

Llama la atención, en efecto, que ni las autoridades departamentales, ni las nacionales, hubieran tomado alguna medida para frenar al suizo. Puesto que se le había dado la concesión de la tierra, también se le podía retirar. Posiblemente, sus juegos de posición con los gobernadores Alvarado y Micheltoarena, le defendieron. En los últimos días de la soberanía mexicana se hablaba de que el fuerte Suter pasaría a poder del gobierno mexicano mediante el pago de cierta suma. El decía que por cien mil pesos, pero el gobierno mexicano tenía medios para obtener la propiedad más barata, entendiéndose con los rusos, acreedo-

res de Suter. (169)

Covarrubias entregó en México la copia del convenio celebrado el 26 de enero de 1846, para el pago del adeudo, que databa de 1842, cuando la Compañía Ruso-Americana evacuó Ross, con el consentimiento del Zar, y cedió a Suter tres establecimientos en las costas, Nueva Albión, Puerto Bodega, y al norte, Ross. Por esto pagaría Suter treinta mil pesos en anualidades con esquilmos, trigo, jabón seco, sebo, y otras cosas. Los rusos mandarían un barco desde Sitka a recoger el pago.

Cuando Suter firmó este convenio de 1846, con don Pedro Castromitino, dejó en garantía su propiedad de "Nueva Helvecia" (donde estaba el fuerte) y los ranchos Chiebnikoff y Tehernich. La deuda también dejaba obligados a los herederos de Juan Augusto. (170)

Pero José Castro había realizado otro convenio con Dionicio Zarembo, vice gobernador de la compañía rusa de Bodega, en Yerbabuena (San Francisco), el 24 de noviembre de 1845. El ruso pedía al gobierno mexicano la cantidad que le debía Suter, cuyo contrato original con ellos databa del 13 de diciembre de 1841 y no les había dado nada. Castro pedía a las autoridades mexicanas la compra de Bodega y Ross a los rusos para deshacerse de Suter y del peligro que implicaba el que tuviera dos fuertes (Suter y Ross). (171)

El norteamericano, don Estevan Smitt, había tomado posesión del puerto de Bodega en 1844. También era fortificación y su bloqueo, junto con el de Bodega, cortarían la comunicación con el centro, por vía marítima, informa Covarrubias, y añade que el Fuerte Suter, en la confluencia de los ríos Americana y Sacramento podría servir de base para apoderarse de todas las poblaciones de Alta California, sin resistencia. (172)

Micheltorena, el último gobernador protector de Suter, había sido derrocado y era la oportunidad para desbaratar el poder del suizo, representado en Nueva Helvecia con su fuerte. Desgraciadamente, Covarrubias se encontraba alertando al gobierno central en la capital cuando ya el fortín estaba sirviendo a los conspiradores del estandarte del Oso y al capitán Frémont.

Es muy probable que el suizo-alemán quisiera congraciarse con los nuevos jefes del departamento. Así que en abril o mayo de 1846, envió un mensaje a José Castro, máxima autoridad en el norte de California, informándole de los manejos de un recién llegado, Archibald Gillespie, a quien consideraba agente secreto norteamericano. Recomendaba, también, se redoblara la vigilancia con una guarnición respetable antes de septiembre, cuando se esperaba llegaran mu-



chos inmigrantes de Estados Unidos. Agregaba que como parecía que el gobierno mexicano iba a comprar su finca, pensaba poner todo en orden. Dijo que estaba construyendo un tercer piso en el que podrían alojarse de doscientos a trescientos soldados. Bancroft comenta que era la primera vez que cumplía su obligación como mexicano.<sup>(173)</sup> Posteriormente, Suter dijo que no había querido vender sus instalaciones a México porque quería seguir ayudando a los inmigrantes norteamericanos (ilegales).

El resultado de este juego a dos puntas fue que el suizo perdió todo. Para empezar, James W. Marshall, su empleado, halló la gran veta de oro en una de sus propiedades, en febrero de 1848. Se acusa al suizo de haber fomentado la llegada de la avalancha de buscadores de oro porque pensaba hacer negocio con ellos vendiendo tierras, mercancía de su negocio, dándoles comida y alojamiento. Pero su heredad fue una de las más depredadas y no pudo quedarse con lo que no estaba estropeado porque no había quien trabajara. Todos se habían ido a extraer oro. Cuando llegó el proceso de la confirmación de los títulos de propiedad otorgados por las autoridades mexicanas, le aceptaron la que Alvarado le había donado en 1841. Era la más destruida por los gambusinos que se apropiaban de las tierras con metal aureo a la fuerza, sin pagar por ellas. El rancho que Micheltorena le dió en 1845, no le fue reconocido, a pesar de que insistía en recordar todo lo que había ayudado a los yanquis. Estos dijeron que era demasiado amigo de los mexicanos y que, además, era ciudadano mexicano.<sup>(174)</sup> Únicamente le quedó la pequeña propiedad del rancho Hock, después de vender lo que restaba del fuerte en siete mil dólares, a fines de 1849. A Hock se fue a vivir con su esposa Anna, que llegó de Suiza, junto con sus hijos, en 1850. En 1865, se le quemó el rancho que estaba cercano a Marysville. Entonces decidió ir a Washington para tratar de cobrar cuentas viejas de los pioneros, que llegaban a la suma de cincuenta mil dólares. Se estableció en Pennsylvania en 1871, para estar más cerca de la capital. El 16 de junio de 1880 entró en receso el Congreso sin haber aprobado su petición y el murió dos días más tarde. Previamente, en 1864, la legislatura de California le otorgó una pensión de doscientos cincuenta dólares mensuales -fue miembro del congreso constitutivo del estado- pero se la retiraron en 1868.<sup>(175)</sup>

De no haber existido un fuerte Suter, la historia se habría escrito de otra forma porque no habrían entrado por allí tantos ilegales. Los rebeldes de la bandera del Oso no habrían tenido un cuartel general tan apropiado. Frémont no se podría haber parapetado en ninguna parte. La conquista tendría que haber sido desde el sur, con tropas como las de Kearny y con la armada norteamericana

bloqueando todos los puertos de la costa. ¿Habrían tolerado esto los ingleses? Recordemos que no querían más expansión norteamericana.

Lo más seguro es que sin el fuerte Suter la guerra habría sido más larga y a lo mejor esa prolongación habría dado tiempo a que los opositores políticos de Polk llevaran adelante su plan pacifista. Quien sabe cuándo se habría descubierto el oro y cuándo se habría comenzado a poblar y explotar en serio toda la región. En fin, dicen que el tiempo "habría" no existe en Historia, pero en este caso debemos reconocer un factor aislado que implicó una diferencia notable en el proceso histórico: el fuerte Suter.

e) Intentos para apoderarse de California violentamente.

1) La conspiración de Graham.

Los disturbios internos de 1836 propiciaron la entrada de inmigrantes extranjeros apoyados por el gobernador californiano, Juan Bautista Alvarado. Bancroft dice que esos anglos eran personas turbulentas e indeseables, desertores de barcos que tenían el "espejismo de Texas" y esperaban que en California sucedería lo mismo.<sup>(176)</sup> Entre estos recién llegados se encontraba Isaac Graham que hacía trabajos de carpintería y tenía una destilería a donde iban a beber grupos de malvivientes.

Era uno de los "que sólo llevaban un fusil", como los calificaba el diputado Castañares. Un ex-trampero contratado por el gobernador Alvarado cuando se levantaron, él y otros de la región, contra el mandatario impuesto por el centro, Nicolás Gutiérrez.<sup>(177)</sup>

A principios de abril de 1840, el Padre Suárez del Real, de San Carlos, advirtió al gobernador Alvarado de una conspiración de residentes extranjeros. Se había enterado porque uno de ellos, agonizante, le había revelado el secreto pidiéndole lo hiciera público.<sup>(178)</sup> El día 3 de abril, uno de los conjurados, William R. Goner, confirmó ante la junta lo dicho al padre Suárez por el moribundo. Mariano Guadalupe Vallejo, jefe militar, que ya para fines de 1840 estaba poniendo muchas trabas a la inmigración extranjera, comenzó a arrestar a los demás conspiradores entre el 7 y el 11 de abril. Entre ellos, al capitán de rifleros norteamericano, Isaac Graham, aparente jefe del movimiento. Junto con otras treinta y nueve personas se le llevó al barco *Joven Guipuzcoana* y les enviaron a San Blas, a donde llegaron el 4 de mayo. De ahí fueron a la cárcel de Tepic. Eran, en total, cuarenta y siete ingleses y estadounidenses.<sup>(179)</sup>

Para julio de 1841 ya estaban de vuelta en Monterrey porque a Alvarado le faltaron pruebas contra ellos. Larkin viajó a México para pedir el perdón al presidente.<sup>(180)</sup> Curiosamente, a José Castro lo juzgaron por el sucedido pues se le acusó de malos tratos a los anglosajones.

Hay diversas opiniones respecto al origen de esta abortada conspiración. Algunos dicen que Graham y su grupo se rebelaron porque odiaban las formas militares del centro.<sup>(181)</sup> Caughey considera que la revuelta era una manera de presionar la venta de territorio mexicano, que entonces gestionaban Thompson, Powhattan Ellis y Duff Green.<sup>(182)</sup> También se dijo que Castro había azuzado a Graham porque quería desplazar a Vallejo. Otros opinaron que Larkin y Spine habían promovido el alzamiento.<sup>(183)</sup> Bancroft señala que entre los californios era tradicional la conseja de que a Graham "alguien" le había dado una suma muy alta por su acto sedicioso. Compró el rancho *Sayonte*, cerca de Santa Cruz. Se hablaba de un premio de treinta y seis mil dólares. Al volver de México, Isaac se acercó mucho a Suter y creó una pandilla de ebrios alborotadores en la destilería que instaló.

## 2) La "invasión" del comodoro Jones.

El 19 de octubre de 1842, a las cinco de la tarde, en Monterrey, se avisaron dos buques mayores de guerra con pabellón inglés, el que bajaron cuando echaron anclas para poner al norteamericano. Mandaron un pliego de rendición a la plaza, que debía devolverse al comodoro Thomas ap. Jones, en un término perentorio de doce horas, para no ser bombardeada y saqueada. El pequeño vecindario de 1,500 almas estaba consternado. El comandante, capitán Mariano Silva, sólo tenía veintinueve hombres mal armados que no podían resistir, así que Jones pasó a la población donde izó el pabellón de Estados Unidos.

El 22 de octubre, Jones repuso la bandera mexicana y dijo respondería por sus actos a México. Que todo se había tratado de un error porque pensó que los dos países se hallaban en guerra y que, creyendo servir a su país, zarpó desde el puerto de el Callao (Perú) y llegó a California.<sup>(184)</sup> El viaje representaba más de doce mil kilómetros.

Ya en Monterrey se había enterado de que no había tal guerra, lo lamentaba y daría satisfacciones.

Cuando el gobierno mexicano reclamó, el de Estados Unidos contestó que el comodoro Jones había actuado por su propia cuenta.<sup>(185)</sup> Pero hasta los periódicos de Estados Unidos comentaron desfavorablemente el incidente.

Coincidentemente, en esos mismos días, el capitán de un buque mercante norteamericano, el *Alerta*, llegó al puerto de San Diego y mandó clavar la artillería de tierra y echar en el fondeadero, para inutilizarlo, el lastre de su barco. Explicó su conducta diciendo que se había enterado de lo sucedido en Monterrey y tenía miedo de que no lo dejaran salir de San Diego. (186)

Volviendo a Thomas ap. Jones, parece que efectivamente se enteró de que había un clima tenso entre México y Estados Unidos por un periódico que le envió John Parrot, el cónsul en Mazatlán, y que recibió el 22 de junio de 1842. *El Cosmopolita* del 4 de ese mes, publicaba la violenta correspondencia entre Bocanegra y Webster. Jones también recibió el *N.O. Advertiser* de Boston del 19 de abril en el que se aseguraba que México había cedido las Californias a Inglaterra por siete millones. (187)

Seguramente, la información de *El Cosmopolita* se debía a la circular que Bocanegra envió al cuerpo diplomático acreditado en la capital de México, dando a conocer las agresiones de Estados Unidos en Texas, contrarias al derecho internacional. Esta comunicación era del 31 de mayo de 1842. (188)

Es evidente que Jones, quien había asumido el puesto de comandante de la flota del Pacífico en marzo de 1841, tenía instrucciones, aunque no escritas, de su gobierno, para el caso de que se presentaran ciertas circunstancias. De otra manera, es absurda su disparada a California. Le alarmó que poco antes de su llegada a Callao hubiera partido de Valparaíso, Chile, una numerosa flota francesa con destino desconocido. Se suponía iba a California. Jones lamentó no haberse hallado en Sudamérica para esa fecha, pues realmente habría presionado a los franceses. (189)

Así que cuando el 3 de septiembre, repentinamente, zarpó de Callao el contraalmirante inglés Thomas con tres barcos de guerra, Jones supuso que iba a tomar California, en vista de lo que había leído en los periódicos que le llegaron en junio. Y, para salvaguardar la Doctrina Monroe, partió con tres naves, el 13 de septiembre: eran el *United States*, el *Cyane* y el *Dale*. La última se apartó a medio camino para llegar a Panamá y enviar a Washington un informe sobre lo que ocurría. (190)

Jones llegó a California el 18 de octubre, sin tocar ningún puerto, desde Callao. Su viaje había tardado más de un mes. Costeó y llegó a Punta Pinos la mañana siguiente. Entonces sucedió lo que se relató al principio de este inciso.

La manera de obrar de Jones es bastante tramposa. Primero, puso bandera inglesa en sus barcos. Luego, detuvo al barco *Joven Guipuzcoana* cuyo capitán,

llamado Snook, le dijo no sabía nada de declaraciones de guerra. Además, en la comunicación que envió al secretario de Marina dice que: "Si estoy en lo correcto (de lo cual puede haber poca duda) al atribuir a México la actitud de una nación que ha declarado una guerra condicional, entonces, bajo cualquier circunstancia, México es el agresor..."<sup>(191)</sup> Por todas partes se ve la conducta puritana de querer culpar a los otros. No podían equivocarse, eran los justos, la ley y el orden. Ellos eran los agresores pero la culpa era del contrario. Siguen igual.

Una vez que hubo tomado posesión, después de la capitulación, que tardó dos horas en concertarse, y que abarcaba al territorio comprendido entre San Luis Obispo y la misión de San Juan, se publicó una proclama en la que se garantizaban vidas y propiedades a los habitantes, mientras no hicieran ningún acto contra las autoridades norteamericanas.<sup>(192)</sup>

Tanto por Larkin, que sirvió como traductor, como por otras personas y por los papeles oficiales hallados en las oficinas gubernamentales, se enteró Jones de que no había hostilidades entre los dos países y que era infundado el rumor de la cesión a Inglaterra, por lo que decidió retirarse el 21 de octubre. Por la tarde, arrió su bandera, la guarnición norteamericana subió a sus barcos y desde ellos dispararon salvas en honor de la bandera mexicana. Todo había quedado igual que el día 18.<sup>(193)</sup>

Jones permaneció con sus navíos en las aguas del norte hasta fines de ese año. Es sobresaliente el celo que mostraban los norteamericanos para salvaguardar la Doctrina Monroe y, sobre todo, por defender a California. A no ser que este acontecimiento de octubre de 1842 haya tenido relación con otro que sucedió en marzo de ese mismo año y que aparece en la Cronología de Watkins:<sup>(194)</sup>

"1842. Marzo 9 - Placer de oro descubierto en el Cañón de Santa Feliciana, Valle de San Fernando; Oct. 19: Thomas ap. Catesby Jones, USN, toma Monterrey e iza la bandera norteamericana creyendo que México y Estados Unidos estaban en guerra. Dos días más tarde se disculpó, regresó a Monterrey y partió a toda prisa".

Son los dos únicos hechos registrados ese año. Ya supimos que ese oro se comercializaba en Estados Unidos. ¿Estaban los dos acontecimientos relacionados o fue pura coincidencia? Haría falta una investigación más profunda para esclarecer este interrogante.

El amago de invasión había terminado. Aún faltaban casi cuatro años para que se concretara la conquista de California por Estados Unidos.

### 3) El zarpazo de los Osos.

La cuarta expedición del ingeniero topógrafo y capitán del ejército norteamericano, John Charles Frémont, se inició en la primavera de 1845. Iba acompañado por sesenta y dos hombres en dirección al Gran Lago Salado y el valle Humboldt. Para diciembre de ese año se encontraba en California, sin permiso de las autoridades mexicanas, y en enero de 1846 apareció en el fuerte Suter porque llegaba el invierno fuerte.

¿Cuál era el verdadero objetivo de este viaje? Polk ya era presidente y Texas estaba anexada. Slidell se encontraba en México gestionando la compra de California. ¿Intentaría simultáneamente el astuto mandatario estadounidense, un arreglo diplomático y un despojo fuera de todos los cauces del derecho internacional?

Se dijo que Frémont había actuado por su propia cuenta. Pero, cuando después de realizar múltiples desacatos, salió por fin de territorio de California y lo fue a buscar el teniente Archibald Gillespie hasta el lago Klamath, en la frontera con Oregon, sorpresivamente decidió regresar a territorio mexicano dispuesto a encabezar rebeliones. El verdadero estado de guerra -que aún no se conocía- acababa de declararse.

El teniente Archibald Gillespie era un enviado del ejecutivo norteamericano. En el *Diario* de Polk, figuran bajo la fecha de viernes 24 de octubre de 1845, sus comentarios acerca de Frémont, la misión de Gillespie, el río Sacramento y demás. En lo escrito el 30 de octubre de 1845 consigna que tuvo una conversación confidencial con el teniente de la Marina, Gillespie, alrededor de las ocho de la noche, acerca de la misión secreta que iba a efectuar en California. "Sus instrucciones secretas y la carta para el señor Larkin, cónsul de Estados Unidos en Monterrey, que le darán en el Departamento de Estado, explicarán el objeto de su misión". (195)

Estos detalles, anotados en su *Diario* por el propio presidente, corroborarían lo declarado por Frémont en el sentido de que, cuando regresó a California, después de encontrarse con Gillespie, a fines de mayo de 1846, lo había hecho con base en las instrucciones verbales del teniente que, junto con la carta de su suegro, el senador Thomas Hart Benton, reforzarían las órdenes que le habían dado antes de su partida para esa cuarta expedición "científica".

Sin descartar su "misión oficial" secreta, muchos autores califican a Frémont de filibustero, aventurero y oportunista. Era un hombre joven con delirio de grandeza que había llegado a los círculos del poder de los Estados Unidos

por su matrimonio y que, acicateado por su propia ambición, la de su esposa Jessie y la de su suegro, el furioso expansionista sureño Benton, consideró había llegado su momento: la gloria había tocado a sus puertas y se convertiría en el Napoleón de California. Parece que padecía del mismo "delirio de grandeza" que vimos en Suter. El gran corso era el arquetipo de ese tiempo, el modelo a imitar. No es difícil que Frémont, hijo de un francés, haya sido admirador de las hazañas napoleónicas y decidiera emularlas.

Lo cierto es que nunca se ha aclarado, plenamente, si Polk dió o no, las instrucciones para que se tomara California con violencia. Las acciones de Frémont, desde luego, arruinaron la paciente labor de Larkin, que esperaba conseguir una anexión pacífica del territorio. También a él llevaba instrucciones Gillespie, pidiéndole sus habituales informes, que protegiera a los ilegales y llevara las cosas por la paz. Resulta bastante contradictorio, aunque la misión para Larkin era de James Buchanan, el secretario de Estado. (196)

Gillespie también llevó una carta del secretario de la Marina, George Bancroft, para el comodoro John D. Sloat, jefe naval del Pacífico norte, donde se le decía que se mantuviera alerta y obedeciera las instrucciones que se le habían dado con anterioridad. Estas eran invadir California, en caso de guerra con Inglaterra (por lo de Oregon) o con México. Posteriormente revisaremos la actuación de Sloat. Sólo se quiso hacer notar que Polk jugaba a muchas puntas a la vez. Estaba dispuesto a todo con tal de apoderarse del territorio mexicano. Principalmente le interesaba el puerto de Yerbabuena, en la bahía de San Francisco. En 1846, Estados Unidos tenía 650 barcos balleneros con una tripulación de diecisiete mil hombres en el Pacífico. (197)

Por otra parte, a las autoridades californianas se les había ordenado que endurecieran su actitud con los inmigrantes ilegales. Se les pedía comenzaran a expulsarlos. Claro que no les proporcionaban todos los medios para llevar a cabo esta orden. (198)

Ya relatamos que los astutos colonos acostumbraban cruzar con sus carretas hacia el otoño para que no los echaran en la temporada inclemente del invierno. Acabamos de ver que Suter recordaba a Castro que debía reforzar la guarnición para septiembre. También mencionamos que Frémont había cruzado por la sierra en diciembre y en enero se hallaba en Nueva Helvecia. Con él llegaron doscientos hombres armados y varias familias. Ya había en el fuerte otras setenta personas, informa el prefecto Miguel Castro, (199) en un documento presentado en México por el enviado de Pío Pico, Ignacio María Covarrubias en abril de 1846. Este, además, declaró que se ignoraba cuál sería "el verdadero objeto de la

comisión del capitán M. Frémont. No es posible resolver con seguridad... llegó con fuerza armada... manifestó ser comisionado del Departamento de Guerra de Estados Unidos para investigar una buena comunicación directa con el Pacífico siendo tan extraño como sospechoso que estando situado el Puerto de San Francisco a los 37°49' de latitud boreal, la línea directa de comunicación se extravíase por lo menos cuatro grados, si fuere de buena fé la dirección para encontrar el distrito del Oregon 'que comienza más allá del grado 42 que es la línea limítrofe de nuestro territorio por la parte del noroeste'. Siendo de todos modos un atentado su introducción sin conocimiento del Gobierno Supremo ni de las autoridades de aquél Departamento, asegurando ser capitán de Ingenieros topográficos del Ejército de los Estados Unidos como se titula al firmarse". (200)

Covarrubias comenta que, al parecer, Frémont había llegado con una partida de cincuenta hombres, "ignorándose la verdad". Decían las noticias que "había encontrado un camino llano, directo, provisto de pastos y agua y para colmo de la fortuna de estos aventureros pasó las montañas pedregosas por una abra (sic) que destruye los obstáculos de un dique escabroso y dificultoso antes y ahora fácil para la emigración". También indicaba que el informe de la ruta hallada por Frémont se había publicado "desde el año pasado en el "National Intelligencer", el "Express", el "Herald" y otros periódicos de Estados Unidos y también de las islas Sandwich". Los habitantes de Missouri, sobre todo, habían aprovechado esos datos para trasladarse a California. (201)

Covarrubias recomendaba deshacerse de Suter. Frémont había llegado a su fortín en el río Sacramento, al igual que muchos extranjeros. Aportó los documentos para entenderse con los rusos, acreedores del suizo, como se estudió anteriormente.

La realidad de lo sucedido con Frémont es la siguiente:

El grupo que le acompañaba constaba de 15 hombres y entró a California por lo que actualmente se conoce como el camino Truckee que se halla entre los condados de Fresno y Kern. Se dirigió al fuerte Suter para comprar víveres para los otros compañeros, a quienes suponía en King's River. Lo estaban esperando en el río Kern, después de cruzar por el Owens y el Paso Walker. Iban dirigidos por Talbot, Kern y Walker. (202) Estos "científicos" se internaron ilegalmente, sin el conocimiento de las autoridades mexicanas.

Walker no apareció en el punto en que habían quedado, así que Frémont fue a buscarlo con las provisiones el 7 de enero de 1846. Para el 15 de ese mes ya habían vuelto al fuerte Suter y el 19 partió Frémont hacia la bahía de San



Francisco con 19 hombres. Visitó San José y la nueva mina de Almadén. Regresó a Nueva Helvecia y el 24 de enero, acompañado por Leidesdorff. Volvió a visitar San José y llegó hasta Monterrey, donde se entrevistó con su cónsul, Thomas Larkin, el día 27. Iba en paz porque, seguramente, tenía instrucciones de ayudar a la anexión sin violencia. (203)

Los ires y venires de Frémont eran públicos y notorios, así que el prefecto Miguel Castro dirigió una nota al cónsul Larkin el 29 de enero de 1846, preguntándole qué hacían tropas de Estados Unidos, con su superior, en Monterrey. Frémont contestó, por medio de Larkin, que estaba buscando una ruta fácil al Pacífico por orden de su gobierno. Tenía una compañía de cincuenta hombres, que no eran soldados, descansando en la frontera y había ido por provisiones para todos a Monterrey. En cuanto lo hiciera se marcharían a Oregon. (204)

Según dicen, Frémont en persona dio la explicación al comandante José Castro y a Alvarado. Ellos aceptaron la disculpa e informaron al gobernador Pío Pico del asunto. Tanto Larkin como Frémont adujeron, más tarde, que consideraron que la excusa aceptada constituía un permiso tácito de los funcionarios, para que Frémont permaneciera en California. (205)

Los mexicanos les indicaron que podían pasar el invierno en el valle del San Joaquín, hasta que fuera oportuno irse, pero que no saldrían de allí. Larkin dijo, en carta del 10 de febrero, que "quedaba bien entendido que volvería cuando juntara a sus hombres" (Frémont). Bancroft considera muy dudoso que las autoridades mexicanas supieran esto. (206)

Como sea, la otra mitad del grupo de Frémont, dirigida por Walker y otros, fueron a buscar a Frémont y encontraron a un montañés que les informó que su dirigente estaba en San José. Allí se reunieron las dos partidas, después de que la mandada por Walker se había perdido durante dos meses. Pocos días más tarde, también se les unió el grupo que estaba cazando. Entonces ya eran entre sesenta y sesenta y dos hombres armados, acampando en un lugar cercano al campo al que se ha llamado de la batalla de Santa Teresa, (207) entre San José y Santa Cruz. Días más tarde, todos se fueron juntos para las montañas de Santa Cruz por Los Gatos. El 25 de febrero bajaron hasta la costa, cerca de Santa Cruz. Luego siguieron por la orilla del océano y llegaron hasta Santa Clara. Habían roto el compromiso verbal con Castro: no se quedaron en el valle San Joaquín y andaban merodeando por el litoral.

Cuando las autoridades se enteraron, los conminaron a salir. Frémont se indignó pero ya para el 3 de marzo se había retirado del litoral, (208) y con sus hombres acampó en terrenos del rancho de un E.P. Hartnell, en el valle Sa-

linas. Esa misma noche de su llegada, lo fue a buscar un teniente Chávez para entregarle un comunicado de Castro en el que se exigía, a él y sus hombres, salieran sin dilación de California, por órdenes del Supremo Gobierno. Bancroft duda de la comunicación de México a Castro pero considera que éste actuaba correctamente. También se le informó que dicho despacho se había puesto a disposición del cónsul Larkin y del gobierno de Estados Unidos. (209)

Castro escribió a su gobierno indicándole que Frémont había estado visitando puestos militares y midiendo elevaciones. Se le había intimado para que evacuara con fuerza militar. El topógrafo norteamericano contestó con amenazas e insultos. Huyó por la noche a la sierra del Gabilan (*sic*). (210)

Larkin respondió pidiendo prudencia a los dos Castro, el general y el prefecto, para que no hubiera conflicto porque todo podía ser un malentendido. Pero dos días después, el 8 de marzo, Castro, el militar, le contestó diciendo que no había error en el desmán de Frémont, que ellos actuaban por instrucciones de México y le aconsejaba que, en vez de defenderlo, presionara para que se fuera el topógrafo quien, aparentemente, había comunicado a su cónsul, antes de partir para el Pico del Gavilán, que pensaba ir al rancho de Hartnell, cerca del río Salinas, alrededor del 5 de marzo. Esto sucedería antes que a Larkin le llegara la nota de Castro. (211)

Así que después de recibir la comunicación de Castro, Larkin mandó a Frémont este comunicado, junto con una carta suya en la que le indicaba que iban a mandarle una fuerza de no menos de doscientos hombres para desalojarlo y añadía que su actitud podría resultar perjudicial para los residentes yanquis, porque estaba causando muchas tensiones. Le pidió procurara arreglar su asunto con el prefecto, si le era imposible dejar California de inmediato. El cónsul mandó tres copias de esta carta. Dos a Frémont, una con un californio y otra con un correo norteamericano. La tercera se envió al cónsul en Mazatlán, John Parrot, con una nota en la que se le pedía enviara a California un barco de guerra, a la mayor brevedad. (212) Además, mandó otro despacho informando de todo al secretario Buchanan.

La respuesta a la misiva enviada a Mazatlán fue que el comodoro Sloat mandó la fragata *Portsmouth*, al mando del comandante John B. Montgomery, a aguas californianas.

Frémont estaba fortificado en el Pico del Gavilán. Allí había izado la bandera norteamericana. Estaba en pie de guerra desde el 6 de marzo. Todavía faltaba un mes y medio para el incidente del río Nueces, causal de la guerra entre México y Estados Unidos. De topógrafo, explorador de nuevas rutas,

se había convertido en conquistador. Claro que únicamente se quedó en el Pico tres días porque cuando vió que las fuerzas de Castro eran tres veces más grandes que la suya, desapareció por la noche, sin hacer ruido, el 9 de marzo. Iba rumbo a Oregon. Para principios de mayo, puesto que se había movido con cautela, se hallaba en la zona del lago Klamath donde lo encontró el enviado de Polk, Gillespie.

Gillespie partió para California en noviembre de 1845. En diciembre se encontraba en Veracruz y de ahí, por tierra, viajó a Mazatlán. Usó su nombre pero se hacía pasar por comerciante que estaba inválido, enfermo. En Mazatlán abordó el *Cyane* que lo llevó a Monterrey. Era un barco de guerra pero no olvidemos que él era teniente de la marina. Aprendió de memoria los documentos que le habían dado en Washington y luego los destruyó, para ocultarlos a las autoridades mexicanas. También llevaba cartas de presentación de Buchanan para Larkin y Frémont y otras misivas para éste, del senador Benton y su hija, la esposa de John Charles. Nunca se supo mucho de las cartas del senador que, supuestamente en mensaje cifrado, daban la confirmación a Frémont para que procediera a provocar abiertamente a los mexicanos. (213)

Gillespie llegó a Monterrey el 17 de abril de 1846 y permaneció dos días allí. Se había hecho sospechoso. A David Spence, en Mazatlán, le habían advertido sobre las actividades de espionaje del teniente de navío, supuestamente enfermo y comerciante. Suter también sospechó de él y lo denunció a Castro, como ya se vió en páginas anteriores. Dicen que el marino escapó de un baile que se efectuaba en casa del gobernador Alvarado y huyó furtivamente hacia Oregon. Ya había entregado sus mensajes a Larkin y le faltaba cumplir con los de Frémont. (214)

Caughey acepta que Gillespie llevara instrucciones verbales más precisas del propio presidente Polk. Supone que Frémont ya estaba al tanto de lo que debía hacer. Regresó a California, al recibir la señal presidencial, a cumplir las órdenes que serían las de provocar a México, en el momento oportuno, para que los atacaran y estuviera justificado declarar la guerra y apoderarse de California. (215) Gillespie partió en noviembre de su país. En Mazatlán escuchó muchos rumores de guerra. Esta se estaba declarando en el preciso momento en que él y Frémont se encontraban en el lago Klamath. En aquellos distantes parajes era imposible que alguien lo supiera.

Así que el antiguo explorador volvió a California con su grupo de fusileros "científicos" para cumplir las órdenes presidenciales. O para seguir adelante con sus propios planes, si no se acepta que Polk estuviera detrás de este

esquema. Acampó en Marysville Buttes, unos sesenta kilómetros al norte del fuerte Suter.

En unos días, el campamento comenzó a infestarse con norteamericanos rifles. Caughey considera que estaban nerviosos por lo ocurrido con Graham en 1840, por lo del Pico del Gavilán y porque se rumoreaba la venta del fuerte Suter al gobierno mexicano.

Además, ya comenzaba a restringirse la entrada al territorio. En noviembre de 1845 se efectuó una audiencia en Sonoma para permitir que un grupo de ilegales anglos permaneciera en California, provisionalmente. Se les puso bajo la vigilancia del general Mariano G. Vallejo, quien debía renovar y revisar sus permisos de estancia cada tres meses. (216)

Se hablaba de impedir el ingreso de miles de inmigrantes que, según los rumores, cruzarían ese otoño por las montañas. Jamás se amenazó con expulsar a los que ya estaban allí. Los estadounidenses, ingleses y demás extranjeros eran bien tratados. Nunca se notificó a los llegados en 1845 que debían abandonar el país, como se había prometido previamente. Esto, a pesar del creciente prejuicio contra los extranjeros, tras lo sucedido en Texas. La tolerancia y la bondad de los californios eran notables y una de las razones que hacían confiar a Larkin en el éxito de sus gestiones de anexión pacífica. (217)

Pero el rumor de que empeoraría la situación de los ilegales, los desesperó y decidieron atacar. Frémont fomentó, aconsejó y sirvió de inspiración a este grupo que, posteriormente, se llamó de la Bandera del Oso. Él no juntó a la partida pero, más adelante, se adjudicó sus victorias y reclamó ser su jefe.

Los "Osos" realizaron, primeramente, un ataque por sorpresa contra los indios Klamath, porque se decía que los mexicanos los estaban azuzando en su contra. En una sola mañana, cincuenta hombres acabaron con ellos. (218)

Después, robaron los caballos que el comandante militar José Castro había mandado buscar a los ranchos de Vallejo y que no eran para impresionar al gobernador Pío Pico, sino para reforzar las fuerzas mexicanas ante el peligro anglo que se les venía encima.

Los colonos fusileros robaron ese hato el 10 de junio, cerca del río Consummes. De ahí, los llevaron al fuerte Suter. Este golpe lo realizó un grupo pequeño.

Mientras tanto, se conspiraba en Marysville Buttes. Uno de los rebeldes, William Brown Ide, relató en una carta al senador Wambaugh el "Plan de conquista neutral" de California propuesto por el capitán Frémont: "Primero, elegir una docena de hombres que no tuvieran nada que perder y sí mucho que ganar.

Segundo: instigarlos a que cometieran depredaciones contra el general Castro ya que, de esa manera, se conseguiría una dotación de caballos que permitiría a los del campamento viajar a Estados Unidos. Tercero: apresar a algunos de los ciudadanos más prominentes para provocar a Castro y que él 'diera el primer golpe' en una guerra contra Estados Unidos". (219)

El proyecto se realizó al pie de la letra. Habían robado los caballos y después, entre otras cosas para justificar el hurto, atacaron la guarnición militar de Sonoma, sin Frémont, y a sabiendas de que hacía meses que los soldados de esa plaza habían sido licenciados.

Frémont participó en contados ataques. Al grupo que fue a Sonoma, compuesto por alrededor de treinta hombres, lo dirigió: "... un hombre llamado Ezequiel Merritt. Era alto y delgado... no tenía miedo y era sencillo, le gustaba arriesgarse, era tratable y no hacía preguntas... lo hice mi teniente de campo... envié a Merritt a Sonoma para sorprender a la guarnición del lugar..." confiesa en sus *Memorias* el valiente "conquistador" Frémont. (220)

Designó a Merritt, un viejo montañés trampero, que no sabía leer ni escribir y a quien apodaban el "Tartamudo" -o sea, que tampoco sabía hablar-, pero que, además, bebía hasta caerse en cuanto tenía oportunidad, masticaba tabaco en exceso y vivía con una india (squaw), a pesar de que alardeaba con su hacha (tomahawk) que tenía más de cien marcas, una por cada indio que había exterminado, según decía. (221)

Semejante ejemplar, perfecto modelo de la raza elegida para el Destino Manifiesto, o Revelado, tenía que dirigir a los treinta arriesgados atacantes de la inerme Sonoma. Merritt tenía todas las cualidades que era preciso imponer al decadente, inferior y degenerado pueblo de los "greasers". En la cuadrilla de agresores, también estaban el antes citado Ide, John Bidwell, Granville Swift y el doctor Robert Semple, junto con otros cazadores y tramperos. La madrugada del 14 de junio de 1846 llegaron a la guarnición de Sonoma y se apoderaron de nueve cañones chicos, doscientos mosquetes viejos y un poco de parque. (222) En este momento, era imposible que allí se supiera de la declaración de guerra de Polk, del 13 de mayo. Lo que pasaba en Sonoma era otro acto de filibusterismo yanqui.

La plaza estaba desprotegida porque Mariano Guadalupe Vallejo, su comandante, había mantenido el puesto de su propio peculio, hasta el mes de octubre de 1845. En ese momento, cansado de que el gobierno mexicano no le pagara lo que le debía, licenció a los soldados y la mayor parte de ellos habían abandonado la población. Los atacantes conocían perfectamente esta situación. (223)

Luego, llegaron hasta la casa de Vallejo y, sin disparar un solo tiro, apresaron a don Mariano Guadalupe, a su hermano Salvador Vallejo, al teniente coronel Víctor Prudón y a Jacob P. Leese, respetable residente yanqui, cuñado de Vallejo por estar casado con su hermana Rosalía. Además, era el que servía de traductor, (224) por lo que preguntó cuál era la causa de su arresto. Quería hablar con el jefe del grupo. El doctor Semple le contestó que no tenían dirigente y que arrestaban a los oficiales mexicanos porque querían hacer a California libre e independiente. El general Vallejo era muy conocido, tenía gran influencia, muchas propiedades y armas. Dijo a los asaltantes que éstas últimas pertenecían al gobierno mexicano pero que se las daría si no molestaban a los particulares. Así mismo, les proporcionó cincuenta caballos de su propiedad. Luego, sirvieron el desayuno a los atacantes quienes tomaron algunas copas de vino y cognac. A continuación pidieron a Leese que informara al general Vallejo que debían llevarlos prisioneros al campamento de Frémont. Semple pensó que era más seguro llevarse a los oficiales californios porque varios de los anglos ya estaban ebrios. (225)

Así que la hospitalidad del caballero "greaser" Vallejo, general, multimillonario, latifundista y que, por otra parte, era proyanqui, fue agradecida por los del pueblo "elegido" con un calabozo y malos tratos. A su hermano Salvador, intentaron golpearlo; él quedó atado a una silla. Más tarde los llevaron al fuerte Suter, junto con Leese. Allí en Nueva Helvecia, se encontraba Frémont.

Pasaron muchas semanas en cautiverio. No les fue nada bien y los norteamericanos, de quienes eran simpatizantes, los liberaron en agosto, después de innumerables gestiones de personas prominentes como Thomas Larkin. El comodoro Sloat tuvo que expedir una orden personal, que Stockton hizo obedecer a la gente de Frémont. (226)

Ya se habían cumplido los puntos del "plan Frémont" pero José Castro continuaba sin atacar a Estados Unidos. Así que el grupo de rebeldes debía decidir su siguiente paso. Se inclinaron por fundar una nueva república. Efectuaron elecciones para elegir un jefe y el seleccionado fue Ide, que era maestro de escuela. Como una nación debe tener una bandera, se comisionó a William Todd para que la diseñara. (227) La enseña tenía un oso, una estrella y, abajo, las palabras República de California—muchos dijeron que el oso parecía cerdo—. La República duró muy pocos días. Del 15 de junio al 9 de julio de 1846. Ha sido conocida como la República de la Bandera del Oso (Bearflag) y a sus partidarios como los Osos. (Bearflaggers). (228)

Los "Osos" ignoraban que se había declarado la guerra a México así que posiblemente les decidió a obrar la amenaza de expulsión y los consejos de Frémont, que tampoco sabía de la iniciación de hostilidades entre los dos países pero que, evidentemente, era un agente provocador del gobierno de Estados Unidos.

Watkins considera que en la proclama de Ide, del 15 de junio, se decía que el primer objetivo de los rebeldes era defenderse porque los habían invitado a ese país -¿Quién?, pregunta Watkins- con una promesa de tierras para establecerse y que al llegar a California se les había negado hasta el privilegio de comprar o rentar las de sus amigos. (229)

Querían derrocar al gobierno que se había apoderado de las propiedades de las Misiones. Seguramente, los invasores anglosajones ignoraban que las tierras de las misiones habían sido donadas por el Gobierno de la Nueva España y que habían sido mantenidas desde finales del siglo XVII por el Fondo Piadoso de las Californias, con dinero enviado desde México -antes Nueva España-, producido en ese país. Después de la Independencia de España, el gobierno mexicano tenía derecho a disponer de las tierras que eran de las Misiones, porque antes se las había dado él mismo y podía donarlas o concesionarlas a quien le pareciera, porque nada había robado a los misioneros, como acusaban Ide y los suyos.

Seguramente, el Fondo Piadoso envió a California más dinero, a lo largo de ciento cincuenta años, que el que le fue pagado a México por la "compra", a punta de pistola, de ese territorio. Simplemente, por los situados para los soldados entre 1701 y 1765, se mandó cerca de un millón y medio de pesos (ver p. ) Los réditos del Fondo iban ascendiendo. Entre 1792 y 1825 da un promedio anual de cerca de ciento cincuenta mil pesos. En treinta y tres años debe haber producido más de nueve millones y medio. Esto, sin incluir el capital. Con esos datos, incompletos, se llega a una suma de catorce millones. A México le pagó Estados Unidos, como indemnización, después de la guerra, quince millones, a plazos. De eso, dedujo tres. Además, esa suma era por Nuevo México y California, donde estaban incluidos los actuales estados de Arizona, Colorado, Nevada y Utah.

Por otra parte, el gobierno no había otorgado la tierra a sus favoritos, cuando no eran mexicanos. No quería que pasara lo mismo que en Texas. Allí, los colonos anglos, al llegar, recibieron la tierra gratuitamente. A mayor número de miembros en la familia, más hectáreas.

Ese absurdo reclamo de tierras -no tenían derecho a ellas porque nadie los había invitado a ir- pudo ser la inspiración de los de la bandera del Oso, dice Watkins. Era una época en que todo valor se medía en términos de suelos. Esto era lógico tratándose de una sociedad agrícola, como lo era la norteamericana. En California había abundancia de terreno y pocos habitantes. En el norte de la región tenían AGUA. Luego descubrieron ORO. Por eso la zona septentrional sufrió más que el sur. Porque se buscaba campo con agua. Los invasores anglos estaban furiosos porque el gobernador Pío Pico acababa de otorgar alrededor de 95 mil hectáreas, a tan sólo ocho personas, en los primeros meses de 1846. (230).

A los yanquis recién llegados se les estaba escapando la tierra de las manos. El pretexto de que los iban a expulsar o el de que Inglaterra iba a apoderarse de la región, no están corroborados en ninguna parte, informa Bancroft, en diversas instancias. Así que, muy probablemente, fue la ambición de tierras, de "status", lo que promovió la revuelta del Oso, a la que luego azuzó Frémont, el enviado de Polk, que así echaba por tierra la paciente labor diplomática de Larkin. El plan de los "Osos" pudo resultar si no se hubiera declarado la guerra a México porque el grupo creció en pocos días a 100 miembros y llegó a 250 después de la emboscada en que sometieron a cincuenta hombres de Castro.

Frémont se unió abiertamente a ellos el 25 de junio, en Sonoma. Se impuso como jefe, porque tenía experiencia militar, aunque reducida. Llegó con sus sesenta "científicos" de fusil. Así que el pequeño ejército, al que luego se denominó Batallón de California, rebasaba los 300 miembros en menos de un mes. Era una fuerza respetable dado que a Castro le costaba trabajo reunir partidas de más de ciento cincuenta hombres. Watkins opina que, sin la guerra, tal vez habrían llegado a apoderarse del norte de California. (231)

La especulación anterior puede tomarse con cierta reserva, porque los "Osos" también pudieron correr la suerte de Graham y ser enviados a una cárcel en México. Cabe recordar que los californios reaccionaron y que la fuerza que reunió Flores pudo acabar con los anglos sublevados.

El caso es que el batallón de los yanquis comenzó a funcionar: asesinó gente, robó caballos. Hubo represalias y también convendría cavilar sobre lo que podía haber sucedido si la marina de Estados Unidos no hubiera atracado en suelo californiano.

Lo cierto es que el comodoro Sloat llegó a Monterrey el 7 de julio de 1846. Se había enterado de la declaración de guerra el 17 de mayo, en Mazatlán. Desembarcó en California, tomó posesión de ella, a nombre del gobierno de Estados



Unidos, y dijo a los habitantes del lugar que llegaba como amigo, al tiempo que izaba la bandera de las barras y las estrellas.

El día 9 de julio hizo lo mismo en Sonoma. Arrió la Bandera del Oso e izó la de Estados Unidos. Había terminado la República de California, a menos de un mes de instaurada. Así mismo, finalizó la revuelta de los "Osos", predecesora, según Watkins, de las de los invasores -"squatters"- o "paracaidistas" de tierras que proliferaron en la nación norteamericana a principios de la década de 1850. (232)

Con la llegada del comodoro Sloat había principiado la conquista oficial.

## NOTAS TEXTUALES Y DE APOYO

### Capítulo 2.

- 1) FUENTES DIAZ, Vicente. *La intervención norteamericana en México*. México. Imprenta Nuevo Mundo. 1947. p. 41.
- 2) CONDE DE ARANDA. *Dictamen reservado al rey Carlos III sobre la independencia de las colonias inglesas de América*. 1783 cit. en MATUTE, Alvaro. *México en el Siglo XIX. Antología de fuentes*. México. UNAM. 1984. p. 385.
- 3) *Ibidem*. p. 385.
- 4) *Loc. cit.*
- 5) ALCARAZ, Ramón, Guillermo Prieto, Manuel Payno, et al. *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. México. Tipografía de Manuel Payno, hijo. 1848. p. 2.
- 6) *Ibidem*. p. 3.
- 7) MOYANO PAHISSA, Angela. *México y Estados Unidos: Orígenes de una relación, 1819-1861*. México. Secretaría de Educación Pública. 1987. p. 192.
- 8) ALCARAZ et al. *Op. cit.* p. 5.
- 9) *Ibidem*. p. 6.
- 10) *Ibidem*. p. 7.
- 11) DE ONIS, Luis. *Informe acerca de la expansión territorial de Estados Unidos*. 1812. cit. en MATUTE, Alvaro. *Op. cit.* p. 387.
- 12) *Ibidem*. p. 388.
- 13) *Ibidem*. p. 390.
- 14) ESQUIVEL OBREGON, Toribio. *México y los Estados Unidos ante el derecho internacional*. México. 1a. ed. Herrero Hnos. Sucs. 1926, reeditado por Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones. 1985. p. 68. Nota.- El autor se refiere a la época de la salida de Poinsett y publica esta obra en un momento en que eran bastante difíciles las relaciones entre México y Estados Unidos, que ya cumplían un prolongado lapso de desencuentros.
- 15) BOSCH GARCIA, Carlos. *Historia de las Relaciones entre México y Estados Unidos. 1819-1848*. México. Secretaria de Relaciones Exteriores. 1985. p. 31.
- 16) BEMIS, Samuel Flagg. *La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina -Antecedentes de la Doctrina Monroe*. México. Fondo de Cultura Económica. 1944. p. 87.

- 17) *Ibidem*. p. 121.
- 18) WHARTON, William. cit. en Bemis. *Op. cit.* p. 89.
- 19) PRICE, Glenn W. *Los orígenes de la guerra con México*. (Trad. Angela Muller.) México. Fondo de Cultura Económica. 1974. (Col. Popular, núm. 124).
- 20) POLK, *Op. cit.* vol. I. pp. 460, 461.
- 21) *Ibidem*. pp. 480 a 484.
- 22) ORTEGA Y MEDINA, Juan. *Destino Manifiesto*. México. Secretaría de Educación Pública. (Sepsetentas). 1971. p. 153.
- 23) VAZQUEZ, Josefina Zoraida. *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*. México. Ateneo. 1977. p. 17.
- 24) BEMIS. *Op. cit.* pp. 83, 84.
- 25) JEFFERSON, Thomas. cit. en Ortega y Medina *Op. cit.* p. 130.
- 26) ADAMS, John Quincy. cit. en Bemis. *Op. cit.* p. 84.
- 27) WEBER, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. (Trad. José Chávez Martínez). 5a. ed. México. Premiá Editoria (Col. La red de Jonás). 1984. p. 68.
- 28) WEBER, Max. *Op. cit.* p. 61.
- 29) *Ibidem*. p. 61.
- 30) *Ibidem*. pp. 63, 64.
- 31) ORTEGA Y MEDINA, *Op. cit.* p. 97.
- 32) WEBER, Max. *Op. cit.* p. 68.
- 33) *Ibidem*. p. 69.
- 34) *Ibidem*. p. 47.
- 35) *Ibidem*. pp. 48, 49.
- 36) *Ibidem*. p. 98.
- 37) *Ibidem*. p. 73.
- 38) *Ibidem*. p. 74.
- 39) *Ibidem*. p. 75.
- 40) BAXTER, Richard, cit. en Weber. *Op. cit.* p. 96.
- 41) *Ibidem*. pp. 99, 100.
- 42) WEBER, Max. *Op. cit.* p. 104.
- 43) *Ibidem*. p. 77.
- 44) JEFFERSON. cit. en Ortega y Medina. *Op. cit.* p. 103.
- 45) GRINGOIRE, Pedro. *Los rollos de Qumram*. México, Edamex, 1970. pp. 146, 147.
- 46) ORTEGA Y MEDINA. *Op. cit.* p. 94.

- 47) WEBER, Max. *Op. cit.* p. 65.
- 48) *Ibidem.* p. 109.
- 49) *Ibidem.* p. 112.
- 50) ORTEGA Y MEDINA. *Op. cit.* p. 94.
- 51) *Ibidem.* p. 25.
- 52) BRANDON, W. cit. en Ortega. *Op. cit.* p. 121.
- 53) ORTEGA Y MEDINA. *Op. cit.* P. 122.
- 54) *Ibidem.* p. 143.
- 55) *Ibidem.* p. 143.
- 56) *New York Time.* cit. en Ortega. *Op. cit.* p. 143.
- 57) ORTEGA Y MEDINA. *Op. cit.* p. 142.
- 58) *Ibidem.* pp. 35 a 37.
- 59) ORTEGA Y MEDINA. *Op. cit.* pp. 44,45.
- 60) *Ibidem.* pp. 127a129.
- 61) WEINBERG, Albert. cit. en Moyano. *Op. cit.* p. 29.
- 62) WEBER, Max. *Op. cit.* p. 31.
- 63) VALADES, José C. "*Historia del pueblo de México*". cit. en Vázquez. *Op. cit.* p. 243.
- 64) WEBER, Max. *Op. cit.* p. 63.
- 65) Nota.- Los "inclosure acts" y los "settlement laws" descritos por Carlos Marx, junto con los "clearings of estates", en el capítulo XXIV de *El Capital* describen perfectamente los despojos de sus tierras sufridos por los campesinos ingleses a manos de sus señores. Con la industrialización, privados de sus propios medios de producción, se transforman en proletarios. En páginas anteriores vimos la forma en que vivían, relatada por Engels. Esta miseria también quedó plasmada en las novelas de Carlos Dickens, Honorato de Balzac y otros contemporáneos.
- 66) BULNES, Francisco. *Las grandes mentiras de nuestra historia.* México, París. Librería de la vida. de Ch. Bouret. 1904. p. 151.
- 67) VALADES, José C. cit. en Vázquez. *Op. cit.* p. 244.
- 68) BULNES. *Op. cit.* pp. 127, 128.
- 69) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. pp. 595,596.
- 70) BULNES. *Op. cit.* p. 151.
- 71) BUSTAMANTE. *Op. cit.* p. 14.
- 72) *Ibidem.* p. 12.

- 73) DE LA TORRE VILLAR, Ernesto. "México independiente. Organización constitucional y revolución" en *Historia Universal*. (tomo 11). Barcelona, Salvat Editores, 1980. p. 189.
- 74) OLAVARRIA, Enrique, Vicente Riva Palacio *et al.* *México a través de los siglos*. Tomo VIII. 2a. ed. México. Editorial Cumbre, S.A. 1984. p. 77.
- 75) VELASCO MARQUEZ, Jesús. *La opinión pública y la guerra del 47*. México, Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas 196) 1975. pp. 69, 70.
- 76) BUCHANAN, James. *Instrucciones a John Slidell de noviembre de 1845*. cit. en. MATUTE. *Op. cit.* p. 430.
- 77) *Tratado de Guadalupe Hidalgo*. cit. en MATUTE. *Op. cit.* p. 46.
- 78) BAZANT, Jan. *Historia de la deuda exterior de México*. México, El Colegio de México, 1968. 2a. ed. 1981. pp. 72, 73.
- 79) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. pp. 599, 600.
- 80) *Ibidem.* p. 600.
- 81) ROA BARCENA, José María. *Op. cit.* p. 54.
- 82) BUSTAMANTE, Carlos María de. *Op. cit.* p. 11.
- 83) ORTEGA Y MEDINA, Juan. *Op. cit.* p. 152.
- 84) MOYANO PAHISSA, Angela. *Op. cit.* p. 305.
- 85) JOHNSON, Reverdy. cit. en. Ortega y Medina. *Op. cit.* p. 135.
- 86) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 195.
- 87) CLAY, Henry cit. en. Esquivel O. *Op. cit.* p. 43.
- 88) R.H. Dana cit. en. Esquivel O. *Op. cit.* p. 38.
- 89) *Ibidem.* p. 44.
- 90) BOSCH GARCIA. *Op. cit.* p. 29.
- 91) *Ibidem.* p. 28.
- 92) MORRIS, Richard. *Documentos fundamentales de la historia de los Estados Unidos de América*. México, Editorial Libreros Mexicanos Unidos, 1962. pp. 157, 158.
- 93) ESQUIVEL O. *Op. cit.* p. 34.
- 94) JEFFERSON, Thomas, cit. en. Esquivel O. *Op. cit.* p. 35.
- 95) ESQUIVEL O. *Op. cit.* p. 36.
- 96) BOSCH GARCIA. *Op. cit.* p. 29.
- 97) ESQUIVEL O. *Op. cit.* p. 37.
- 98) *Doctrina Monroe* cit. en Morris. *Op. cit.* p. 160.
- 99) *Ibidem.* p. 161.
- 100) ESQUIVEL O. *Op. cit.* p. 42.

- 101) MIER, Fray Servando Teresa de, cit. en. MATUTE. Op. cit. pp. 244 a 257.
- 102) ESQUIVEL O. Op. cit. p. 45.
- 103) *Ibidem.* p. 30.
- 104) MOYANO. Op. cit. p. 82,83.
- 105) ESQUIVEL O. Op. cit. pp. 70 a 73.
- 106) BEMIS. Op. cit. p. 83.
- 107) *Ibidem.* p. 83.
- 108) Loc. cit.
- 109) Loc. cit.
- 110) BANCROFT. Op. cit. vol. V p. 222.
- 111) *Ibidem.* vol. IV. p. 298.
- 112) *Ibidem.* pp. 262, 263.
- 113) *Ibidem.* p. 302.
- 114) *Ibidem.* p. 304.
- 115) *Ibidem.* vol. V. p. 222.
- 116) BROWN E. Op. cit. p. 22.
- 117) SOTO. Op. cit. pp. 143, 144.
- 118) SALADO ALVAREZ. Op. cit. p. 26.
- 119) BEMIS, Op. cit. p. 87.
- 120) VALADES, José C. *Breve historia de la Guerra con Estados Unidos.* México. Patria, 1947. p. 105.
- 121) FUENTES DIAZ, Op. cit. p. 49.
- 122) ZEA PRADO, Irene. *Secretaría de Relaciones Exteriores, 1829-1836.* México. *Gestión diplomática de Anthony Butler en México, 1829-1836.* México. Secretaría de Relaciones Exteriores, 1982. p. 54.
- 123) MOYANO. Op. cit. p. 42.
- 124) PRICE. Op. cit. p. 48.
- 125) FUENTES DIAZ. Op. cit. p. 48.
- 126) *Ibidem.* Nota.- Dice que P. Ellis fue el primero que se propuso comprar pero ese dato es dudoso porque tuvo que salir de México a raíz de la invasión del general Gaines al territorio mexicano, lo cual provocó ruptura de relaciones. Salíó del territorio en 1836 y no volvió hasta 1839.
- 127) ESQUIVEL O. Op. cit. pp. 70 y 72.
- 128) BEMIS. Op. cit. p. 93.
- 129) PRICE. Op. cit. p. 51.
- 130) *Ibidem.* p. 52.
- 131) ALCARAZ, et al. Op. cit. p. 20.

- 132) MOYANO, *Op. cit.* p. 100.
- 133) JAY, William. "Causas y consecuencias de la guerra con México" cit. en Vázquez *Op. cit.* p. 107.
- 134) BOSCH GARCIA, Carlos. *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos*. México, UNAM. 1985. (Serie documental) vol. IV. "De las reclamaciones, la guerra y la paz". p. 330.
- 135) *Ibidem.* pp. 473, 474.
- 136) BUCHANAN cit. en MATUTE *Op. cit.* pp. 428 a 430.
- 137) *Ibidem.* p. 429.
- 138) *Ibidem.* p. 428
- 139) *Ibidem.* p. 430.
- 140) GRANT, Ulises, cit. en Fuentes Díaz. *Op. cit.* p. 57.
- 141) ROA BARCENA, *Op. cit.* p. 22.
- 142) ZORRILLA, Luis. *Historia de las Relaciones entre México y Estados Unidos*. 2 vols. México. Porrúa, 1962. vol. 1. p. 107.
- 143) BANCROFT. *Op.cit.* vol. IV. pp. 706, 707.
- 144) *Ibidem.* vol. V. p. 55.
- 145) BROWN. *Op. cit.* p. 23.
- 146) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 55.
- 147) *Ibidem.* vol. IV. p. 707.
- 148) BROWN. *Op.cit.* p. 23.
- 149) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 73.
- 150) *Ibidem.* p. 69.
- 151) WATKINS. *Op. cit.* p. 52.
- 152) SALADO ALVAREZ. *Op. cit.* p. 27.
- 153) BANCROFT. *Op.cit.* vol. III. p. 401.
- 154) WATKINS. *Op.cit.* p. 53.
- 155) BANCROFT. *Op. cit.* vol. III. p. 401.
- 156) DUFLOT DE MOFRAS, Eugenio por intermedio del Embajador de Francia en México solicita pasaporte para viajar a Californias, San Blas y Guaymas al Ministro de Gobernación con fecha 14 de mayo de 1840. Expediente 13 AGNM. Ramo: Gobernación. Caja 242. p. 1. v. marcada con núm. 0566. Sec. s.s.
- 157) BANCROFT, *Op. cit.* vol. IV. pp. 261, 262.
- 158) *Ibidem.* pp. 264, 265.
- 159) BROWN. *Op. cit.* pp. 16 a 18.

previsión de la guerra que buscaba Estados Unidos, prefiriendo aquellos medios menos francos y resueltos que pudieran hacer creer que partía de México la proyoación, el insulto y la perfidia.

- 186) ROA BARCENA. *Op. cit.* p. 239.
- 187) BANCROFT. *Op. cit.* vol. IV. p. 302.
- 188) ZORRILLA, Luis, *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos* cit. en Vázquez. *Op. cit.* p. 231.
- 189) BANCROFT, *Op. cit.* vol. IV. p. 301.
- 190) *Ibidem.* p. 303.
- 191) JONES, Thomas ap. cit. en Bancroft. *Op. cit.* vol. IV. p. 306.
- 192) GARCIA, Genaro. *El general Paredes y Arrillaga*. "Documentos inéditos o muy raros del archivo de el General Paredes y Arrillaga" - Tomo XXXII, México, Editor Ignacio del Castillo, 1910. p. 62.
- 193) BANCROFT. *Op. cit.* vol. IV. pp. 310, 311.
- 194) WATKINS, *Op. cit.* pp. 53, 54.
- 195) POLK. *Op. cit.* vol. 1. pp. 16, 17.
- 196) *Ibidem.* vol. 2. Apéndice B. pp. 17 a 21.
- 197) NEVIN. *Op. cit.* p. 102.
- 198) BROWN. *Op. cit.* pp. 18, 19.
- 199) CASTRO, Manuel. *Informe de la Comandancia de Monterrey al gobernador Pío Pico de enero de 1846, anexo a Informe de I.M. Covarrubias presentado en México en abril de 1846, en AGNM. Ramo: G. Caja 315 DHBC. Loc. cit. p. 2.*
- 200) COVARRUBIAS, Ignacio M. *Informe al Ministro de Relaciones... dado en México, abril de 1846... Loc. cit. p. 2.*
- 201) *Ibidem.* p. 2 v.
- 202) BANCROFT. *Op. cit.* col. V. p. 3.
- 203) *Ibidem.* p. 4.
- 204) *Ibidem.* p. 5.
- 205) *Ibidem.* p. 5.
- 206) *Ibidem.* p. 6.
- 207) *Ibidem.* pp. 6, 7.
- 208) *Ibidem.* p. 9.
- 209) *Ibidem.* p. 10.
- 210) CASTRO, Manuel. *Informe a Comandancia de Monterrey de mayo 6 de 1846, anexo a informe Covarrubias en AGNM. Ramo: G. Caja 315 DHBC. Loc. cit. p. 1, 1 v.*



- 211) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 12.
- 212) *Ibidem.* p. 13.
- 213) *Ibidem.* p. 26.
- 214) *Ibidem.* p. 26.
- 215) *Ibidem.* p. 165.
- 216) BROWN. *Op. cit.* p. 25.
- 217) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 76.
- 218) NEVIN. *Op. cit.* p. 104.
- 219) BROWN. *Op. cit.* p. 27.
- 220) FRÉMONT, John Charles. *Memorias cit. en Brown. Op. cit.* pp. 27, 28.
- 221) BROWN. *Op. cit.* p. 28.
- 222) WATKINS. *Op. cit.* p. 64.
- 223) BROWN. *Op. cit.* p. 26.
- 224) *Ibidem.* pp. 25, 26.
- 225) *Ibidem.* p. 28.
- 226) *Ibidem.* p. 29.
- 227) *Ibidem.* p. 41. Nota.- Dato curioso es que muchos historiadores norteamericanos señalan el hecho de que la tía de Todd, Mary, acababa de desposar al abogado de Illinois Abraham Lincoln.
- 228) NEVIN. *Op. cit.* p. 105.
- 229) WATKINS. *Op. cit.* p. 65.
- 230) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 561. Hace lista de las misiones vendidas por Pico en 1846. El 4 de mayo, S. Juan Bautista a O. Deleisoques en pago de una deuda; el 5 de mayo, San José a Andrés Pico y Juan B. Alvarado por 12 mil; 18 de mayo, San Luis Rey a Cot y José Antonio Pico por 2 mil quinientos; 8 de junio, San Rafael a Antonio Suñol y Andrés M. Pico por 8 mil; San Buenaventura a José Arnaz por 12 mil; San Diego a Santiago Argüello en pago a viejos servicios al gobierno y San Gabriel a Reid y Workman en pago de una deuda; el 10 de junio, Santa Bárbara a Richard Den por 7 mil quinientos; el 15 de junio, Santa Inés a Covarrubias y Joaquín Carrillo por 7 mil; el 17 de junio, San Fernando a Célis por 14 mil; el 30 de junio, el huerto de Santa Clara a Castañeda, Arenas y Díaz por mil doscientos; el 4 de julio, San Miguel a P. Ríos y William Reed y el 4 de junio, Soledad a Sobranes por ochocientos. Las tres que vendió en 1845 fueron, San Juan Capistrano a Forster y Mc Kinley por setecientos diez; Purísima a Temple por mil cien (escritura a J. Malo el 6 de diciembre); San Luis

Obispo a Scott, Wilson y Mc Kinley por quinientos. Alquiló Santa Bárbara a N.A. Don y Daniel Hill en mil doscientos; san Buenaventura a Arnaz y Botello en mil seiscientos treinta; Santa Inés a Covarrubias y Carrillo en quinientos ochenta y San Fernando a Pico y Manzo por mil ciento veinte. (Datos de 1845 en p. 55B).

231] WATKINS, *Op. cit.* p. 65.

232] *Ibidem.* p. 65.

### CAPITULO 3.

#### LAS POTENCIAS EUROPEAS ANTE EL CONFLICTO.

A pesar del interés que algunos países de Europa mostraron por California, en diversos momentos de la historia, nadie hizo nada concreto por apoderarse de la región o para ayudar a México, una nación tan débil, a retenerla, y así obtener alguna ventaja de orden comercial o estratégico.

Como dice Carlos María Bustamante: "México se halla en esta contienda absolutamente solo". Se refiere a la guerra de 1846-48 en toda su extensión y agregó que a España la ayudó Inglaterra en sus luchas contra Napoleón, haciendo ir al duque de Wellington. A Estados Unidos, en sus guerras de Independencia, Lafayette y los franceses. También apuntó que hubo una coalición de países europeos para vencer a Napoleón.<sup>(1)</sup> A México, nadie.

Entre las naciones europeas que pretendían a California se encontraban España, Rusia, Francia e Inglaterra. Además, estaba Estados Unidos.

España había sido la primera exploradora occidental de esas costas, desde 1534. En 1775, por medio de los marinos Eceta y Bodega, llegó hasta la desembocadura del río San Roque o Columbia, que se encuentra en el territorio de Oregon. De ahí prosiguieron hasta el paralelo 58°. Bodega dió su nombre al puerto que luego ocuparon los rusos, en 1812, para fundar un establecimiento pesquero. Gran Bretaña tenía intereses en ese litoral y en 1790, por medio del Tratado de El Escorial, España le cedió el territorio costero del norte del Pacífico, a partir del paralelo 48°.<sup>(2)</sup>

El capitán británico, James Cook, hizo un viaje de exploración por el estrecho de Nutka (Nootka) en 1778 y descubrió sus riquezas zoológicas. No se hizo gran cosa al respecto por culpa de las guerras napoleónicas. Pero, en 1789, cuando España, a causa de su comercio con Filipinas, comenzaba a instalarse más firmemente en la zona, Inglaterra la obligó a ceder y firmar el tratado mencionado en el párrafo anterior y al que los norteamericanos siempre han llamado Tratado del estrecho de Nootka.<sup>(3)</sup>

España no había perdido del todo las esperanzas de recuperar sus colonias americanas. En 1846, el general Flores, al frente de una expedición organizada desde España, apareció en las playas de Ecuador, en el Pacífico meridional. Otro intento hispano para restablecer el trono en México, se dió en 1846, cuando surgieron rumores de que los proyectos monarquistas de Paredes Arrillaga y Gutiérrez Estrada contemplaban la posibilidad de poner en el trono al infante Enrique<sup>(4)</sup> o al infante Carlos.

En carta del secretario de Estado, James Buchanan a John Slidell, que se encontraba en México, le dice al enviado que preste atención porque Washington se opondría a que potencias extranjeras erigieran un trono para un príncipe europeo sobre la ruinas de una república vecina.<sup>(5)</sup> Evidentemente, no importaba que ellos fueran, en gran medida, los causantes de la ruina. Había que aprovechar la oportunidad de culpar a otros, según la puritana costumbre.

Carlos Bustamante también se refirió a que habían habido comunicaciones con Europa, por esos días de 1846, y que en ellas se informaba que la ex-reina Cristina de España había pasado a París a solicitar una intervención de Francia y España en los asuntos de México y Estados Unidos. "España y Francia habían convenido con ella y (que) Inglaterra no la rehusa".<sup>(6)</sup>

Podemos darnos cuenta de que los planes de España andaban muy lejos de California. Veían la oportunidad en México, en la totalidad del país. Para ello necesitaban el concurso de Francia y Gran Bretaña, a los que no agradaba el expansionismo norteamericano, y que contemplaron la posibilidad de implantar una monarquía en América para frenar a los republicanos. No en balde la Doctrina Monroe declaró que "es imposible que las potencias aliadas extiendan su sistema político". A Estados Unidos le convenían repúblicas, para mantenerlas alejadas del Viejo Mundo. Serían débiles, porque desconocían esa forma de gobierno y carecían de experiencia para realizarse en el federalismo.

Es evidente que Rusia perdió el entusiasmo por extenderse hacia el sur del Pacífico, por lo menos desde la época en que vendió sus dos pesquerías californianas, en la década de 1840, a Suter y Estevan Smitt -escrito así en documentos mexicanos-.

Francia había poseído territorios en América del Norte. En 1763 cedió sus derechos sobre Canadá a Inglaterra y en 1803 vendió la Louisiana a Estados Unidos. Seguramente comenzaba a comprender la conveniencia de tener bases comerciales en la zona. Aparte de Inglaterra era la potencia europea más interesada en el asunto de California. Era evidente la inclinación gala por rehacer su Imperio. Pocos años después tuvieron su aventura mexicana. La atracción hacia California comenzó a traslucirse con el viaje de Eugenio Dufлот de Mofras quien prestó mucha atención al asunto de la posible pérdida del departamento por la República Mexicana. Estaba muy abandonado y era previsible su cambio de dueño. Señaló que la fallida rebelión de Graham se había realizado para acumular quejas contra el Centro. Así mismo, se ocupó de los rumores de cesión o hipoteca de parte del territorio a los británicos, acreedores mayoritarios de México, e indicaba que se habían comenzado las negociaciones con la casa Lizardi

de Londres.<sup>(7)</sup> La deuda era de 270 millones de francos y jamás podría ser pagada.<sup>(8)</sup> El geógrafo se tomó el trabajo de registrar el nombre y lugar de residencia de cada uno de los franceses de California. Subrayó la importancia de Nueva Helvecia y de su propietario, el suizo Suter que de declaraba francés cuando así le convenía. Sugiere Duflot que se envíen misioneros católicos a Nueva Helvecia.<sup>(9)</sup> Por otra parte, destacó la amistad de los californios hacia sus compatriotas, la identidad de la religión y el temperamento de ambos pueblos.

El gobernador Alvarado le ofreció varias hectáreas de terreno en Tulares, para una colonia de su país, porque creía que un protectorado francés ofrecería a California la mejor escapatoria de los peligros que amenazaban su futuro.<sup>(10)</sup> Era fácil apoderarse de la región con un barco de guerra y doscientos hombres, opinó Mofras.

Francia actuó por detrás de Inglaterra en todo este asunto y, cuando no, se declaró neutral y hasta opuesta a México, en el último momento. El barón de Cipayre, embajador francés, abandonó el país, justamente en septiembre de 1845, en un acto que provocó la ruptura de relaciones entre Francia y México.<sup>(11)</sup> Todo por un incidente personal con Santa Anna, en unos baños. El ministro inglés Pakenham había intentado arreglar esta disputa pero no lo consiguió y esto le hizo sospechar de las intenciones de los franceses.<sup>(12)</sup>

En la misiva fechada en Londres el 1º de octubre de 1845, Tomás Murphy, representante de México ante el gobierno inglés, comentaba que Francia había detenido el intento británico de ayuda en California porque estaba haciendo causa común con los norteamericanos aunque esto le llevase a contrariar los deseos de Inglaterra.<sup>(13)</sup>

De manera que la postura francesa era un tanto equívoca. Por una parte, se supone quería apoyar a los ingleses en sus reclamaciones sobre Oregon y la deuda mexicana. En otros momentos, parecía apoyar a los norteamericanos. Tal vez, los franceses pensaran que una solución intermedia podría ser la adecuada para California y que ésta consistiría en una monarquía o protectorado católico patrocinado por ellos; vendría bien por las afinidades de religión, costumbres, amistad y rechazo innato de los anglosajones.<sup>(14)</sup> Es posible que supusieran que ese coqueteo alternado, entre Gran Bretaña y Estados Unidos, podría colocarlos en mejor situación para lograr sus remotos fines.

La falta de decisión de Francia e Inglaterra se debió a diversos factores. Existía en Europa una situación inquietante que desembocó en las rebeliones de 1848, con años de hambre en toda la década de 1840. Los dos países estaban

comprometidos a extender su comercio por otras latitudes, como Asia. Específicamente, a China. Por último, tenían metidas las manos en el río de la Plata, Buenos Aires quedó bloqueada por la flota anglofrancesa en 1845. Los galos, sólo, ya habían cercado esa ciudad en diversas ocasiones, desde 1837, porque no lograban controlar a Juan Manuel de Rosas. La alianza de las dos potencias europeas se puso a prueba en Sudamérica y para 1849 ya daban señales de fatiga, por lo que prefirieron entablar negociaciones y llegaron a un acuerdo con los argentinos en 1849-1850.<sup>(15)</sup> Es decir, tenían intereses dispersos por todo el mundo y, aunque California era una presa muy apetitosa, podría significar una guerra con Estados Unidos que, definitivamente, no deseaban. Cabe subrayar, sin embargo, que ningún país europeo veía con buenos ojos el expansionismo norteamericano. Era una amenaza que todos deseaban detener. Eso, aunque Inglaterra había renunciado a dominios territoriales, poco a poco. Se dió cuenta de que era mucho más redituable ejercer un dominio comercial que uno territorial. Perdió el interés por adquirir tierras americanas después de la guerra contra Estados Unidos, en 1812. No le convenía que los norteamericanos interfirieran con sus planes de dominio mercantil mundial. Posiblemente por eso trató de intervenir en lo de Texas. Se había acercado mucho a América Latina con objetivos de intercambio.<sup>(16)</sup>

Stratford Canning declaró, en 1823, que Gran Bretaña no quería apoderarse de la más mínima porción de los ex-territorios españoles.<sup>(17)</sup> Posiblemente, por ese motivo comercial, los ingleses se avinieron a arreglar sin violencia el problema de Oregon. Este territorio, propiedad de Inglaterra, comenzó a ser invadido, desde principios del siglo XIX, por estadounidenses que llegaban desde el este. Naturalmente, se suscitaron fricciones entre los dos países y en 1829 firmaron un tratado para compartir esa región.

La gran migración norteamericana por la ruta hacia Oregon (en inglés, Oregon Trail) comenzó en la década de 1840. De ciento cincuenta norteamericanos que había originalmente, se fueron a más de trece mil para 1845.<sup>(18)</sup> Por eso, el lema de la campaña presidencial de James Knox Polk era "fifty four forty or fight", donde se aludía al paralelo 54°40' como límite de Estados Unidos, al norte, o la guerra. Dicha línea divisoria corre por el centro del Canadá.

México tenía esperanzas de que el asunto de Oregon llegara a un conflicto armado y, en ese caso, la ambición yanqui sobre California se vería frenada por la nación más poderosa de la época: Inglaterra.

des a sus naciones de origen. (22)

Don Manuel de la Peña, secretario de Relaciones Exteriores, dijo que no le sorprendía la frialdad del gobierno inglés que contrastaba con la actitud de los diarios, los cuales seguían arremetiendo y protestando, junto con otras publicaciones de todo el continente europeo, por el tratado de Oregon al que consideraron una trampa. Decían que, en cuanto Estados Unidos acabara con México, echaría a Inglaterra de la región situada más al norte del paralelo 49°. (23)

Los británicos mantuvieron inalterable la postura que sir Robert Peel había proclamado en la Cámara de los Comunes y Lord Aberdeen en la Cámara de los Lores en marzo de 1846. Se haría un esfuerzo por salvaguardar el honor nacional sin ir a la guerra, pero había que estar preparado por si ésta era inevitable. (24) Cuando se solucionó el problema de Oregon, México perdió su carta más fuerte y la última posibilidad de que lo ayudaran los países europeos. Las otras dos, mencionadas arriba, se habían puesto en práctica tardíamente. (25)

Desde la guerra de Texas, tanto Inglaterra como Francia, habían aconsejado a los mexicanos que aceptaran la independencia de ese territorio porque podía servir como colchón entre México y Estados Unidos. Sería una línea divisoria con posibilidades de volverse protectorado británico. En fin, tenía perspectivas muy positivas el reconocimiento que, de no hacerse, podría convertir a Texas en pretexto para una guerra en la que Estados Unidos adquiriera más territorio, por ejemplo California.

México ya había advertido a Estados Unidos que si se anexaba Texas a ese país habría, de hecho, un estado de guerra entre los dos. Cuando ocurrió la incorporación, Almonte, que era entonces el ministro mexicano en Washington, pidió sus pasaportes. Arrangoiz, cónsul en Nueva Orleans, hizo otro tanto. Pero México, pobre y destrozado, no declaró la guerra a su vecino del norte. No se hizo una declaración formal de estado de guerra hasta el 7 de julio de 1846. El artículo primero del decreto del Congreso mexicano mostraba el temor en su tono defensivo: "... el gobierno, en uso de la natural defensa de la nación, repelerá la agresión que los Estados Unidos de América han iniciado y sostienen contra la República Mexicana, habiéndola invadido y hostilizado en varios departamentos de su territorio". (26) Aunque los calificados por Bulnes de Pretorianos y algunos más, eran belicistas, posiblemente la mayoría de los mexicanos veía con miedo la guerra y la invasión. No se olvide que el pánico suele producir reacciones de fanfarronería y valor, caso que no debe haber estado

ausente de los mexicanos en ese tiempo. El asunto del belicismo o falta del mismo, cuando iba a tener lugar la Guerra de '47, sería tema para escribir muchas páginas. Aún no está claro.

Los ingleses previeron que el enfrentamiento directo entre México y Estados Unidos sería inevitable. Les disgustó la anexión de Texas pero dijeron que México, con sus imprudencias, jamás recuperaría ese territorio y que, además, se exponía a perder otros. No podía esperar ayuda inglesa o francesa si la amenaza se concretaba porque no hacía caso de sus recomendaciones. Una de ellas, muy importante, el reconocimiento de la independencia de Texas, le habría proporcionado defensa y apoyo en ese momento, dice Tomás Murphy en carta enviada desde Londres el 12 de diciembre de 1844. (27)

Por esas fechas, el 8 de diciembre, estalló una revolución contra Santa Anna y todo el mundo se olvidó de la reconquista de Texas. El gobierno interino de Herrera era más cauto en sus movimientos frente a Estados Unidos y el problema texano. Abandonó la idea de recuperar la región. Era el momento preciso para que los anglo-franceses insistieran en un arreglo que evitaría la anexión de Texas a Estados Unidos. Debió ocurrir en diciembre de 1844 porque la carta de Murphy, en la que se asienta esto, tiene fecha de 12 de enero de 1845. (28)

En ese importantísimo documento, también se anotó que Aberdeen había confesado a Murphy que Inglaterra había recibido proposiciones de habitantes mexicanos de California, relativos a que pedían a ese país que protegiera su colonización. La petición se había tomado en cuenta pero los británicos no excluían el peligro de que ese suelo cayera en otras manos. El ataque realizado por el comodoro Jones en 1842 era un indicador de lo que podría suceder si México se empeñaba en esa insensata guerra. Lord Aberdeen insistió en que se reconociera a Texas -era enero de 1845 cuando se escribió esta carta- y Murphy recalcó en que, a cambio del reconocimiento de su ex-provincia, México recibiría protección para la integridad de su territorio. Esta garantía la darían los ingleses, aún sin Francia, que se hallaba un tanto reticente y pacifista en los últimos tiempos. Para Gran Bretaña, la ganancia estaba en impedir el expansionismo yanqui.

Reforzó la propuesta de Aberdeen el que Francois Guizot, ministro francés, llegara a Londres en enero de 1845. El británico le propuso invitara a México a reconocer la independencia texana. (29)

Como ya se dijo anteriormente, todas estas negociaciones quedaron en nada. Llegaron con mucho retraso. La otra posibilidad, el conflicto por Oregon, su-



cedió simultáneamente con la promoción de terrenos baldíos, en venta o hipoteca, a los acreedores ingleses.

No era nueva la idea de vender baldíos para beneficiar al erario. La había expresado Francisco Arrillaga en su *Memoria* a la Secretaría de Hacienda del año 1823. El gobierno federal norteamericano había disminuído su deuda, entre 1837 y 1878, comerciando con tierras federales. Su deuda pública era de más de veintitrés millones en 1816 y la había reducido a sólo cuatro millones para 1840. México quiso imitar el ejemplo. (31)

Además, en ese mismo año de 1823, Lucas Alamán, Secretario de Relaciones Exteriores e Interiores, manifestaba que los baldíos podrían aprovecharse en beneficio de la seguridad de las fronteras nacionales. Es decir, habría un doble provecho con la venta de los terrenos.

Se calculaba que al norte había dos millones de kilómetros cuadrados, o sea, doscientos millones de hectáreas, que equivalían a 500 millones de acres. Si vendían cada acre a \$1.25 bastaría con desprenderse de entre la décima y la vigésima parte de ese suelo para amortizar la deuda exterior. (31)

México reciclaba su deuda inglesa periódicamente. Se había originado en 1822 y el reconocimiento de la independencia de Texas, por parte de Estados Unidos, proporcionó una oportunidad favorable para que se realizara uno de estos reajustes. Para entonces, la deuda ya era de alrededor de cincuenta millones.

En ese momento, México ideó un plan para recuperar la provincia perdida. y, también, para asegurar los territorios situados al oeste, mediante la colonización inglesa. El 4 de abril de 1837, el Congreso autorizó al Ejecutivo a colonizar tierras que "eran o debían ser" nacionales, mediante ventas, enfiteusis (arrendamientos a plazo largo) o hipotecas. El producto de estas operaciones se utilizaría para amortizar la deuda del país. De acuerdo con dicha autorización, el presidente interino, José Justo Corro, ordenó la emisión de inscripciones -títulos de tierras- en la porción norte del territorio mexicano, el 12 de abril de 1837. Su precio sería de 5 chelines por un acre. Es decir, de \$1.25 por acre, con un interés de 5% anual, desde la fecha de la emisión hasta la toma de posesión de la propiedad. (32)

Habría bastado con los baldíos del norte amenazado para rescatar la deuda inglesa. Sería suficiente la venta o hipoteca de alrededor de 125 millones de acres para ajustar la suma adeudada de cincuenta millones. También se consideró la posibilidad de utilizar a la Gran Bretaña para defenderse de los Estados Unidos, ofreciendo a los ingleses tierras que ya estaban en posesión de los mexicanos.

Junto con las inscripciones antes mencionadas, se emitirían en Londres, bonos nuevos con un rendimiento de 5% a partir del 1º de octubre de 1837. Se canjearían, por partes iguales, bonos e inscripciones por bonos Goldschmidt de 1824, Barclay de 1825 y de capitalización de 1831, así como cupones de intereses vencidos hasta el 1º de octubre de 1827. Con esta operación se amortizaría la mitad de la deuda externa -que era casi totalmente inglesa- de un golpe. Con terrenos totalmente improductivos hasta esa fecha o con tierras que ya estaban fuera del alcance del gobierno mexicano. (33)

La última propuesta fracasó porque podrían surgir enfrentamientos con los texanos. Varios periódicos ingleses, como el *Morning Chronicle* aconsejaban a los acreedores que no se inmiscuyeran en ese negocio, a pesar del atractivo descuento anual de 5% en su precio. (34)

Es importante mencionar que la conversión de 1837 estaba combinada con un plan de colonización que no tuvo éxito. Se desconfiaba de las propiedades en la República Mexicana porque no otorgaban suficientes garantías a las personas y propiedades de los extranjeros. Se recordaba el caso de las tierras del Marqués de San Miguel de Aguayo, en Parral, cuya venta a la casa Baring, en 1828, anuló el gobierno mexicano. (35)

Sin embargo, la idea de las 'inscripciones' no se desechó por completo. Podían comprarse baldíos con bonos diferidos, al precio autorizado por el decreto del 12 de abril de 1837. Si los tenedores de bonos no los compraban, los intereses de ese papel se empezarían a producir en 1847. (36)

En 1843 faltaba menos de la mitad del tiempo para que comenzaran a devengar esos intereses, pero algunos de los acreedores ingleses no veían muy claro y en agosto de ese año, Robert C. Wyllie, prominente miembro del Comité de tenedores de bonos de la deuda mexicana, escribió desde Tepic a Hartnell, una larga carta en la que le explicaba el asunto de los bonos diferidos. Previendo que México podría no pagar la tasa doble de interés ofrecida, consideraba ventajoso para ambas partes cancelar parte del adeudo con tierras. La mayoría de los tenedores de bonos prefería que éstas estuvieran en la costa atlántica pero Wyllie consideraba más provechosa la cesión de California, tanto para Gran Bretaña como para México. Pidió información sobre la región, a William Hartnell para poder exponer su situación al comité de acreedores. Pedía detalles sobre la tierra, sus productos, comercio, habitantes. Preguntaba si había orden en la población, paz y armonía ¿Sufrirían los colonos europeos que se establecieran allí? Se decía que el gobierno británico no daría protección a los que adoptaran la nacionalidad mexicana. Pedía a Hartnell que recomendara

lugares adecuados para instalarse. Le insistía en que Inglaterra no quería que esas tierras fueran sino de los mexicanos.

Cuando Wyllie llegó a Inglaterra, publicó para el consumo de "comerciantes, emigrantes y tenedores de bonos" un informe exhaustivo acerca de las finanzas mexicanas y, por otra parte, mandó una carta al Ministro de Relaciones Exteriores, José María Bocanegra, el 17 de octubre de 1843, en la que se refería a "las grandes ventajas que se derivarán para la República Mexicana con la colonización de sus tierras públicas". No sólo se pagaría la deuda y se desarrollarían industrias en la región, sino que habría mayor seguridad ante cualquier intento de agresión extranjera. (37)

En la carta a Bocanegra, Wyllie reconocía que el prejuicio contra los colonos estaba bien fundado por lo ocurrido en Texas, pero que la situación con emigrantes de una monarquía sería totalmente distinta porque llegarían de más lejos y serían más leales a la República Mexicana.

Existía un plan alternativo de colonización inglesa, elaborado por Alexander Forbes -que no era pariente del cónsul James Forbes- autor de la *Historia de California* publicada en 1835 (ver p. 96). El esquema consistía, básicamente, en cinco puntos: 1) el gobierno continuaría siendo mexicano; 2) todo quedaría en manos de una compañía extranjera; 3) únicamente los minerales se repartirían entre la compañía y el gobierno mexicano; 4) los nuevos colonos pagarían una renta a la compañía. También los que ya tenían concesiones de tierra; 5) habría libre comercio. Esto era primordial porque terminaría con los funcionarios aduanales corruptos. Forbes reconocía que su plan era un tanto utópico pero insistía en que se aplicara para que progresara una colonización en cualquier país hispanoamericano. Percibía las ambiciones yanquis y francesas y recomendaba que se adoptara un plan de colonización prudente porque si no, California dejaría de ser una provincia mexicana muy pronto. (38) Wyllie hizo conocer este proyecto junto con el informe sobre las finanzas de dicho país.

Los tenedores de bonos mexicanos se habían agrupado en el llamado comité Manning desde 1829. Desde entonces mantuvieron un representante permanente en México. El que fungía en 1831 realizó la primera negociación en dicha ciudad.

En 1845, el gobierno mexicano expidió una ley que fijaba como fecha límite para la liquidación y arreglo definitivo de la deuda de 1837, el 23 de abril de 1845. Una de las bases de este convenio especificaba que no debían enajenarse, ni hipotecarse, total o parcialmente, bienes nacionales del territorio de la república. (39)

Las negociaciones resultantes de esta ley culminaron el 4 de junio de 1846

con la firma, en Londres, de un convenio entre el ministro mexicano, Tomás Murphy y los tenedores de bonos ingleses, por el otro. Es así que cuando, después del tratado de Guadalupe Hidalgo, los británicos pretendieron se les pagara con parte de la indemnización dada por Estados Unidos, el doctor José María Luis Mora les contestó negativamente "... porque éstos habían renunciado espontáneamente, en 1846, a la hipoteca de los terrenos que se acababan de enajenar al gobierno americano". (40)

Es muy posible que los acreedores británicos hayan aceptado renunciar a las tierras. Al parecer, México había progresado en el período entre 1840 y 1845. De esto dieron testimonio visitantes como Brantz Mayer, Fanny Calderón de la Barca, John L. Stephens y Robert C. Wyllie, que entonces era el representante del Comité Manning de Tenedores de Bonos Hispanoamericanos, quien opinó: "Si México permanece en paz, con la mejora de la administración de sus asuntos, resultado del tiempo y la experiencia, sus recursos serán capaces de una expansión, gracias a la cual su deuda pública no pesará más que una pluma en su espalda. Lo único que necesita México es una dirección buena y honrada". (41)

En el libro de Bazant se indica que el gobierno de Anastasio Bustamante había avanzado en dos años, a partir de 1837, y el país había tenido un respiro que había sido interrumpido por la Guerra de los Pasteles. (42) La potencialidad de la nación era enorme y esta prodigalidad y abundancia deben haber sido parte de la razón para no querer vender territorio. No precisaban el dinero y, por otra parte, Estados Unidos todavía era un país deudor. Su "compra" de California y Nuevo México no fue de contado. Si se deseaba dinero fresco o saldar deuda, la elección tenía que caer en Inglaterra. El camino era hipotecarle tierras porque no quería más dominios territoriales. Buscaba la hegemonía económica. Además, como buen acreedor, quería ayudar a México.

Una de sus sugerencias fue convertir a California en estado independiente, en 1845, antes de que la población norteamericana sobrepasara en número a la hispana, para que Inglaterra y Francia pudieran garantizar su existencia, según comunicó Murphy al gobierno mexicano, desde la capital británica, en noviembre de ese año. (43)

Ya en carta fechada en Londres el 1º de octubre de 1845, el ministro mexicano ante la corte inglesa, informaba a su gobierno de las pláticas sostenidas con Aberdeen en días pasados. Era muy difícil para Gran Bretaña ayudar a México a contener a los yanquis sin que Francia apoyara la medida, porque se perdería la neutralidad. Pero había buena voluntad y el ministro le mencionó un proyecto de colonización que le había remitido el embajador Brankhead, a quien se lo

había mandado el cónsul Mackintosh, socio de Manning y Marshall. En el plan se pedía apoyo del gobierno inglés para solicitar al mexicano concesiones de terrenos baldíos durante veinte años, en California, con exención de impuestos y otras ventajas. A cambio, los beneficiarios entregarían a México diez millones de pesos en dos años.

Murphy consideró que la aceptación de este proyecto, por parte de México, justificaría la protección inglesa a sus colonos, pero Aberdeen contestó que el paso era tardío y sería comprometedor para su país porque parecería ideado con la intención de contener a Estados Unidos.

Todo sería distinto si François Guizot ayudara. Murphy sabía que los franceses eran pro-yanquis y, como Aberdeen tampoco aprobaba la propuesta de un señor Valdivieso de comprar California, Murphy llegó a la conclusión de que ni Inglaterra, ni Francia deseaban ver a California en manos norteamericanas pero que ninguna estaba dispuesta a ir a la guerra por impedirlo.<sup>(44)</sup>

Por la fecha de esta carta, se deduce que el proyecto de colonización al que se refería es al del padre católico irlandés Eugene Mac Namara, porque el 11 de agosto de 1845 el ministro Cuevas escribió a José María Híjar anunciándole que el sacerdote, altamente recomendado por el arzobispo y otras personas, iría a California con la expedición de Iniestra.<sup>(45)</sup>

Siempre se pensó que el proyecto del irlandés era parte del plan general de interferencia británica y Bancroft supone que una compañía de especuladores de Londres, que debió saber de las hipotecas de tierras por los tenedores de bonos o por ser parte de ellos, calculó que el suelo en California pronto aumentaría de valor y resolvió apoderarse de un pedazo, lo más grande posible. Enviaron a un sacerdote católico, para dar confianza, a proponer el establecimiento de una colonia irlandesa que, seguramente, dichos empresarios jamás tuvieron la intención de crear.<sup>(46)</sup> Posiblemente, Mac Namara sí actuaba de buena fe.

En México no faltaba quien creyera que los irlandeses estarían del lado anglosajón en caso de un conflicto. Bancroft cita al *Amigo del Pueblo* del 25 de octubre de 1845: "¿Todavía no se conoce que todo el que hable inglés ha de tener más simpatías hacia los rapaces yanquis que hacia nosotros?", comentó el diario ante la propuesta de Mac Namara.<sup>(47)</sup> El origen de la nota del diario es bastante dudoso. Pudo ser intriga de William Parrot, quien comentaba a James Buchanan, en carta del 11 de octubre de 1845, que había podido convencer a uno de los editores de la *Voz del Pueblo* de "lo tonto que sería lanzarse a una guerra contra nosotros".<sup>(48)</sup> Tal vez Parrot también convenció al mismo periodista sobre la

conveniencia de intrigar contra el sacerdote irlandés.

Otros mexicanos estaban francamente a favor de la colonización con irlandeses y creían que Gran Bretaña sí apoyaba el proyecto, pero que llegaron tarde. Bancroft dice no haber hallado rastros de la seriedad de ese plan. Por la carta de Murphy se vió que sí se trató oficialmente con el gobierno de la Gran Bretaña. Bancroft se inclinó por la posibilidad de que un grupo de especuladores buscara una inscripción grande para luego pedir la protección de su gobierno, pero suponía que esa administración no quería mezclarse. (49)

Efectivamente, la actitud del Estado inglés era bastante ambigua. Lord Palmerston emitió una circular en enero de 1848, respecto a los préstamos de los súbditos británicos a otros países: Los diplomáticos de Gran Bretaña podían representar a inversionistas ingleses, pero, únicamente, en forma estrictamente extraoficial porque "los gobiernos sucesivos de la Gran Bretaña no han considerado deseable que súbditos británicos inviertan su capital en empréstitos a gobiernos extranjeros, en vez de emplearlo en empresas útiles en su país... El gobierno británico ha pensado que las pérdidas de hombres imprudentes que han puesto su confianza equivocada en la buena fe de gobiernos extranjeros, servirán de saludable advertencia a otros..." (50)

Posiblemente, la tajante comunicación de Palmerston enfrió el entusiasmo de los representados por Mac Namara y por eso nunca se decidieron a hacer efectiva la concesión dada por Pío Pico el 4 de julio de 1846, al mismo tiempo que Sloat estaba por desembarcar en Monterrey. Las autoridades de ocupación norteamericanas nunca recibieron el documento de cesión. Larkin dijo a Mac Namara -quien viajó a Monterrey, expresamente- que no se podían dar más de once leguas cuadradas por título. De ahí, parece que el padre se marchó y presentó el documento de Pico en la Dirección de Colonización e Industrias, de la ciudad de México, donde le informaron que ese predio de Tulares valdría 71 millones, más o menos. (51) Lo fraudulento de la concesión, cuya fecha, casi seguramente, había sido alterada, el cambio de soberanía del territorio, la poca simpatía con que se veía a los ingleses, el débil apoyo del gobierno británico, se aumentaban a otra dificultad existente en esa tierra. Aunque fértil, estaba ocupada por tribus salvajes y pasaron muchos años para que se iniciaran los cultivos en ella, porque se encontraba muy alejada de la costa. El documento emitido por Pico no daba permiso para transferirla, para especular con ella. Con todo esto, seguramente que los inversionistas ingleses, asociados al padre Mac Namara -confesó a Larkin en su última visita que representaba a una compañía privada- desistie-

ron de proseguir con las reclamaciones por la propiedad. (52)

Frémont y sus "Osos" quisieron usar el proyecto Mac Namara como justificativo para su ataque filibustero. Lo hicieron por defender los principios de la Doctrina Monroe. Bancroft considera totalmente burda la excusa. En primer lugar, porque era imposible que se hubieran enterado de la concesión -aparentemente dada el 4 de julio y que, casi seguramente, se dió hacia el 12 o 13- antes del ataque a Sonoma, el 14 de junio. (53)

A propósito de la ambigüedad de Inglaterra, se ha mencionado que el cónsul de ese país, James Forbes, dió a entender en una conversación con Larkin que su gobierno le había llamado la atención por introducir tópicos políticos de California en sus comunicados. (54) Pero al contralmirante británico George Francis Seymour, comandante en jefe de la escuadra del Pacífico, se le habían dado instrucciones de ayudar a los californios, si declaraban su independencia de México y los atacaban los Estados Unidos. Los ingleses no debían intervenir, si estallaban las hostilidades entre México y Estados Unidos, a menos de que se amenazaran los intereses de los súbditos de su país. (55)

Es decir, Seymour sólo estaba autorizado para intervenir en dos instancias. Su principal tarea era vigilar estrechamente la flota norteamericana, que era muy numerosa, al igual que la británica, en esas aguas, en la primavera de 1846. En cumplimiento de sus órdenes, solo siguió al comodoro Sloat desde Mazatlán hasta Monterrey, aunque pudo llegar antes en su navío, el *Collingwood*, que era más veloz que el *Savannah* del comodoro yanqui. (56) Por otra parte, Sloat tardó excesivamente en llegar. Diversos investigadores le acusan de lentitud. Veremos esto en el siguiente capítulo.

Por esto es que suenan a fantasía los rumores de que los dos marinos efectuaban una carrera y la de que había una apuesta para ver quien recibía primero la confirmación del estado de guerra. El que la tuviera, debía partir de inmediato hacia California. (57) Otro cuento era el de que si Seymour hubiera llegado primero, no habría invadido Sloat, porque el británico iba a apoyar al pro-inglés gobernador Pío Pico, pero llegó tarde. (58)

Lo cierto es que Seymour cumplía sus órdenes. Vigilaba de cerca a la fuerza naval estadounidense. Por eso llegó a Monterrey, siete días después de Sloat, el 16 de julio, y permaneció allí hasta el 23 sin que se notara ninguna conducta anormal de su parte. Nada indicaba que tuviera órdenes de interferir en los asuntos de California. (59) Y así era, no tenía órdenes de defender los intereses mexicanos. Únicamente los ingleses y, entre ellos, estaría el de defender a los

californios si declaraban su independencia y los atacaban los estadounidenses.

Estos estaban nerviosos porque sabían que lo único que podía obstaculizar sus designios en California sería la interferencia de alguna potencia europea. Pero éstos no hicieron nada, a pesar de lo mucho que les disgustaba el expansionismo norteamericano y de las protestas de sus pueblos, reflejadas en lo que publicaban los periódicos de la época. Todos estaban con México, al que no ayudó ningún gobierno europeo. Actuaban con absoluta frialdad, como comentaba en carta del 27 de octubre de 1846, dirigida al embajador Murphy, don Manuel de la Peña.<sup>(60)</sup> Todo había quedado en manos de los mexicanos que deberían conservar con valor y patriotismo su territorio y nacionalidad, ante un enemigo más numeroso y más rico.



NOTAS TEXTUALES Y DE APOYO.

Capítulo 3.

- 1) BUSTAMANTE. *Op. cit.* p. 11.
- 2) PAYNO. en Weber. *Antología. Northern Mexico... Op. cit.* p. 82.
- 3) WATKINS. *Op. cit.* p. 51.
- 4) BUSTAMANTE. *Op. cit.* pp. 111, 112.
- 5) BOSCH GARCIA. *Documentos de la relación...* p. 684.
- 6) BUSTAMANTE. *Op. cit.* p. 301.
- 7) DUFLOT DE MOFRAS, cit. en Bancroft. *Op. cit.* vol. IV. p. 260.
- 8) Nota.- Esta es la opinión externada por Dufлот de Mofras, en el tomo II de su obra en su texto original. En pp. 61 y 62. Cit. en Bancroft. *Op. cit.* vol. IV. p. 260.
- 9) BANCROFT. *Op. cit.* vol. IV. p. 260.
- 10) *Ibidem.* p. 262.
- 11) BOSCH GARCIA. *Documentos de la ...* p. 135 (Docs. 201 y 206).
- 12) Nota.- Todos los detalles respecto al incidente del Barón de Cipay se encuentran en la correspondencia entre el representante norteamericano William Parrot y el secretario de Estado, James Buchanan. Consultar Bosch García. *Documentos de la ...* p. 105.
- 13) BOSCH GARCIA, Carlos. *Documentos de la ...* p. 137.
- 14) BANCROFT, *Op. cit.* vol. IV. p. 298.
- 15) HALPERIN DONGRI, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina.* Madrid-México. Alianza Editorial, 1983. pp. 201, 202.
- 16) BOSCH GARCIA. *Historia de las relaciones...* p. 29.
- 17) BEMIS, *Op. cit.* p. 78.
- 18) COLLIER ENCYCLOPEDIA. *Op. cit.* tomo 18 pp. 210, 214 y 215.
- 19) BOSCH GARCIA, Carlos. *Documentos de la ...* p. 153. (Doc. 245).
- 20) *Ibidem.* p. 155 (Doc. 248).
- 21) *Ibidem.* pp. 164, 165 (Doc. 270).
- 22) *Ibidem.* p. 164 (Doc. 270).
- 23) *Ibidem.* p. 180 (Doc. 296).
- 24) *Ibidem.* p. 164 (Doc. 267).
- 25) Nota.- Por ejemplo, no se logró que el presidente Herrera siguiera el consejo aglofrancés de entablar pláticas con los representantes texanos sino cuando ya se iba a hacer la anexión a Estados Unidos. La propuesta mexicana que avalarían Inglaterra y Francia llegó demasiado tarde.

- (Ver Bosch García. *Documentos de la ...* p. 108).
- 26) VAZQUEZ, Josefina Z., en "Los primeros tropiezos" en *Historia de México*, 3a. ed. México, El Colegio de México, 1981. vol. 2. p. 814.
  - 27) BOSCH GARCIA. *Documentos de la ...* p. 96 (Doc. 75).
  - 28) *Ibidem.* p. 99 (Doc. 81).
  - 29) *Ibidem.* p. 104 (Doc. 96).
  - 30) BAZANT. *Op. cit.* p. 51.
  - 31) *Ibidem.* p. 52.
  - 32) TURLINGTON en *Mexico and its foreign creditors*, cit. en Bazant. *Op. cit.* p. 50.
  - 33) BAZANT. *Op. cit.* p. 52.
  - 34) *Ibidem.* p. 53.
  - 35) *Ibidem.* p. 53.
  - 36) *Ibidem.* p. 53.
  - 37) BANCROFT. *Op. cit.* vol. IV. pp. 382, 383.
  - 38) *Ibidem.* p. 384.
  - 39) BAZANT, *Op. cit.* p. 64.
  - 40) *Ibidem.* p. 69.
  - 41) WYLLIE, Robert C. "A letter to G.R. Robinson" p. 11. cit. en Bazant. *Op. cit.* p. 63.
  - 42) SIERRA, Justo, cit. Bazant *Op. cit.* p. 50.
  - 43) BOSCH GARCIA, *Historia de las relaciones...* p. 174.
  - 44) BOSCH GARCIA, *Documentos de la ...* p. 137 (Doc. 209)
  - 45) BANCROFT, *Op. cit.* vol. V. p. 216.
  - 46) *Ibidem.* p. 221.
  - 47) *Ibidem.* p. 70.
  - 48) BOSCH G. *Documentos de la ...* p. 595 (Doc. 211)
  - 49) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. pp. 221, 222.
  - 50) BAZANT. *Op. cit.* p. 69.
  - 51) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 220.
  - 52) *Ibidem.* p. 221.
  - 53) *Ibidem.* p. 222.
  - 54) *Ibidem.* p. 70.
  - 55) GOUGH, Barry M. "H.M.S. America on the North Pacific Coast" en *Oregon Historical Quarterly*, 70, December, 1979. p. 298.
  - 56) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 207.

- 57) *Ibidem.* p. 207.
- 58) *Ibidem.* p. 207.
- 59) *Ibidem.* p. 213.
- 60) BOSCH GARCIA. *Documentos de la ...* p. 166 (Doc. 274).

## CAPITULO 4.

### LA OCUPACION MILITAR NORTEAMERICANA.

#### a) Una conquista vertiginosa.

El comodoro John D. Sloat se enteró de la declaración de guerra de Polk a México, cuatro días después de que el Congreso la aprobara. En esa fecha, 17 de mayo de 1846, se encontraba en Mazatlán y tomó su tiempo para no repetir el error que había cometido el comodoro Thomas ap. Catesby Jones en 1842. (ver p. 103)

El 24 de junio de 1845, después de la anexión de Texas, George Bancroft, secretario de la Marina, envió unas instrucciones confidenciales a Sloat, que era el jefe de la escuadra naval del Pacífico, en las que le indicaba que si tenía la seguridad de que México había declarado la guerra a Estados Unidos, debía tomar posesión, de inmediato, de San Francisco y, también, bloquear la mayor cantidad de puertos mexicanos de ese litoral que le fueran posibles. Le recomendaba mostrarse amistoso hacia los habitantes de esas costas y alentarlos hacia la neutralidad.<sup>(1)</sup>

De igual modo, James Buchanan giró instrucciones al cónsul Larkin, en octubre de 1845, participándole que si se declaraba la guerra entre México y Estados Unidos, California sería ocupada inmediatamente porque no se iba a permitir la intervención de ninguna potencia extranjera. Se le recomendaba ganarse a la gente y tratar de inducirla para que se declarara independiente y pidiera su anexión a la Unión. Bancroft opina que se dieron disposiciones similares a Frémont y a Gilléspe,<sup>(2)</sup> pero que este último informó a los agentes que visitó, cuáles eran los mandatos para Sloat -recordemos que aprendió de memoria sus órdenes-.

El comodoro Sloat realizó su travesía desde Mazatlán de manera extremadamente lenta. Primero, dudó sobre si zarpar o no zarpar. Sobre si sería cierto lo del general Zachary Taylor en Matamoras y si eso justificaría su entrada en California. Por la bitácora de su barco, se sabe que recibió la noticia de la invasión de México desde el 31 de mayo y el 5 de junio se enteró de la toma de Matamoras -Metamoras para el comodoro-. Por fin, venció su sentimiento hamletiano, ante la irritación de sus superiores, por sus dilaciones, y zarpó de Mazatlán el 8 de junio de 1846 y llegó a la bahía de Monterrey el 2 de julio.

Afortunadamente, había enviado el 18 de mayo la noticia de la declaración de guerra a México, que había recibido el día anterior, en el barco *Cyane* ca-

pitaneado por el oficial William Mervine. Este atracó el 20 de junio en California, informó a Larkin y allí se encontraba cuando, finalmente, Sloat llegó a esas costas. También el *Porthsmouth* -que había ido a Monterrey al mando del capitán John B. Montgomery, cuando Larkin informó de los desmanes de Frémont y pidió ayuda- se hallaba en ese puerto. (3)

Algunos autores han indicado que la razón de la tardanza de Sloat se debió -aparte de no querer repetir el error de Jones- a que quería eludir a la flota inglesa, escapar de la vigilancia de Seymour. Bancroft dice que en junio de 1846 los norteamericanos estaban seguros de que Inglaterra intentaba ocupar California y para corroborar esa idea había varios factores: la presencia de una flota británica muy numerosa; el asunto de la colonización de Mac Namara y el hecho de que Seymour llegara a Monterrey pocos días después de Sloat.

La imaginación, el nacionalismo y, posteriormente, las supuestas pretensiones de Gran Bretaña, usadas como pretexto para proteger a la Doctrina Monroe, inventaron la anécdota de la carrera entre el *Collingwood* y el *Savannah*. Según esta historia, Sloat no partió de inmediato para California porque quería eludir la vigilancia del almirante inglés. Se iba de Mazatlán y volvía. Después de varios regresos, simuló partir para las Islas Sandwich (Hawai) y por la noche cambió de curso y engañó al marino británico. Por eso, éste llegó una semana después a Monterrey. Esta conseja patrioterá acerca de la competencia en rapidez e ingenio, entre Sloat y Seymour, fue fomentada por el suegro de Frémont, Thomas Hart Benton, por el teniente Minor -que actuó en las reclamaciones del antiguo explorador de rutas- y por otras personas a quienes no interesaba la verdad, opina Bancroft. Se refiere a que el grupo pro-Frémont trataba de justificar las violencias cometidas antes de la llegada de Sloat, en aras de una pretendida defensa de la Doctrina Monroe. No les importaba inventar cuentos.

Lo cierto es que Seymour vigilaba el buque insignia norteamericano. Es falso que lo hayan desviado a Hawai, no hay constancia de que el *Collingwood* atracase allí en esas fechas. Definitivamente, vigilaba de cerca, obedecía sus órdenes, no intervenía. Por eso llegó a Monterrey el 16 de julio, intercambió con Sloat los habituales saludos de cortesía y se marchó. Ahora sí a Hawai, no sin antes mencionar que cuando partieron de Mazatlán, ellos dos, Seymour y Sloat, y unos cuantos funcionarios mexicanos eran los únicos que sabían de la declaración de guerra de Estados Unidos a México. (4)

Así que la tardanza de Sloat debe achacarse a lo que Bancroft califica de carácter congénitamente indeciso.<sup>(5)</sup> Un temperamento que Nevin considera se sintió fortalecido con el atrevimiento de Frémont y sus hombres. Lo sucedido en Sonoma debió hacer pensar al comodoro que Frémont tenía autoridad oficial y eso le animó a tomar Monterrey, el 7 de julio. El jefe de la plaza, Mariano Silva, se rindió al capitán William Mervine que fue con un pequeño grupo a solicitar su rendición.<sup>(6)</sup> Después de desembarcar, Sloat emitió una proclama amistosa, fechada el 8 a bordo del *Savannah*, en la que decía que México y Estados Unidos estaban en guerra, que izaría el pabellón norteamericano en Monterrey y luego lo llevaría por toda California. Declaró a los californios que no iba como enemigo, aunque llevaba una fuerza poderosa.<sup>(7)</sup> California sería un pedazo de la Unión Americana y sus pacíficos habitantes gozarían de los mismos derechos y privilegios que los ciudadanos de cualquiera otra porción del territorio estadounidense. Iban a ganar más dinero, sus tierras aumentaría de valor, en fin, era una proclama del tono más moderado posible.

Con más confianza en lo que hacía, Sloat mandó a Montgomery, el capitán del *Plymouth*, a tomar posesión de Yerbabuena (San Francisco), el 9 de julio, y el mismo día ordenó al teniente Joseph Warren Revere que fuera a Sonoma a izar la bandera de las barras y las estrellas.<sup>(8)</sup> Allí se hallaban los "Osos". Nevin supone que la llegada de Sloat debió tranquilizarlos, al igual que a su jefe, Frémont. Ya podían justificar sus acciones filibusteras.<sup>(9)</sup> El día 19 de julio el batallón se dirigió a Monterrey. Los habitantes del puerto se encerraron en sus casas, atrancaron los postigos y contemplaron por las rendijas a esa pandilla que tenía fama de ferocidad.<sup>(10)</sup>

Frémont, acompañado por el teniente Gillespie y su guardia de indios delaware, subió al *Savannah*, donde se enteró de la llegada del reemplazo de John Sloat, el comodoro Robert Field Stockton, que había llegado en la fragata *Congreso*.<sup>(11)</sup>

Watkins opina que si la ocupación de California se hubiera encomendado a norteamericanos inteligentes, había estupendas posibilidades de que su cambio de dueño se hubiera realizado sin fricciones. Pero, un puñado de personas mediocres, movidas por ambiciones mezquinas y personales, echaron a perder esa posibilidad y crearon una pequeña e insensata farsa amarga, para justificar que la historia les llamara conquistadores.<sup>(12)</sup> El primero de esos comediantes fue Frémont quien asesoró e incitó a los "Osos" pero no llegó a Sonoma sino hasta el 25 de junio, para allí -sin haber hecho nada- asumir el mando del grupo al que se llamó Batallón de California.

El otro fue Stockton, quien descendía de los padres fundadores y cuyo abuelo había firmado la declaración de Independencia. Su familia era una de las más ricas e influyentes de Nueva Jersey.<sup>(13)</sup> Era un marino competente, con una buena carrera naval. De enorme ambición, vanidoso, ampuloso, irritable y con excelentes contactos políticos. Contaba con cincuenta y un años de edad al serle encomendada la tarea de California, que era una perita en dulce para él. De inmediato, se hizo gran amigo de Frémont<sup>(14)</sup> -los identificó la similitud de su forma de ser-. Sloat le entregó el mando de las operaciones costeras, el 23 de julio, y se jubiló de su carrera militar el 29 de julio de 1846. Su lentitud en la travesía a California, también pudo deberse a que esperaba este retiro.

Rápidamente, Stockton puso a trabajar al Batallón de California. Nombró a Frémont comandante del grupo con el grado de mayor. Gillespie quedó como capitán y segundo en el mando. Al "tartamudo" Merrit se le dió el grado de mayor y se le recomendó para el puesto de intendente. Además, le obsequiaron 2 mil pesos mexicanos de plata, que se gastó en una de sus habituales francachelas. A todos asombró su nombramiento y su premio.<sup>(15)</sup>

El 26 de julio, Stockton ordenó que el Batallón, al mando de Frémont, abordara el *Gyane* y fuera a capturar San Diego. Él mismo se preparó para zarpar hacia el sur del territorio con 360 infantes de marina (marines). Desembarcaría en San Pedro, que está a unos 55 kilómetros (35 millas) de los Angeles.<sup>(16)</sup> Pensaba marchar hacia el sur, una vez en tierra, mientras que Frémont y sus hombres irían desde el sur, para atrapar a la capital de California entre dos fuegos. Stockton había jurado que destruiría a Castro -quien había hecho las paces con Pío Pico y se hallaba en la zona de Los Angeles- de un sólo golpe.<sup>(17)</sup>

Antes de partir a Monterrey, el comodoro Stockton emitió una proclama que aniquiló cualquier efecto conciliatorio que pudiera haber conseguido Sloat con la suya.<sup>(18)</sup> Bancroft indica que el documento no tiene fecha pero que algunos investigadores fijan ésta en el 23 de julio, otros en el 28, cuando dió copia de la misma al comodoro Sloat, que estaba a punto de partir. El manifiesto tiene fecha oficial de 29 de julio de 1846,<sup>(19)</sup> veintitrés días después del de Sloat. Este escribió al secretario George Bancroft comentándole que desaprobaba su contenido porque no respaldaba las razones por las que él había tomado posesión del territorio, ni sus intenciones hacia la región.<sup>(20)</sup> En el escrito de Stockton hay constantes alusiones al castigo de criminales, a los jefes abusadores, a los usurpadores que oprimían a los habitantes y que habían invocado su protección. No le interesaba incorporar el territorio a los Estados Unidos

para salvar las vidas y propiedades de sus ciudadanos. Su misión era vengar los agravios cometidos contra Frémont y su gente, reformar el gobierno local y castigar a los antiguos gobernantes.<sup>(21)</sup> Acusaba de depredaciones al general Castro y a sus hombres. Así que tenía que implantar la ley y el orden y terminar con el sufrimiento de los habitantes del sur de California, hacia donde se dirigía.<sup>(22)</sup>

Lo mismo de siempre, culpar a los otros. La perorata puritana estadounidense ha sido tan repetitiva que hasta sus enemigos siguen teniendo el mismo nombre: Castro.

Glenn Price comenta la actuación de Stockton en Texas, más a fondo. Lo califica de prototipo del nacionalista expansionista norteamericano de esa época y se refiere a un discurso que el chauvinista marino pronunció en 1844:

"En un pasaje que no se diferencia mucho de la mayor parte de la oratoria política que se escuchó en los Estados Unidos a mediados del siglo XX (cambiando sólo el nombre de la nación a la que se acusa de poner en peligro a los gobiernos libres) Stockton defendió el caso del expansionismo norteamericano:... (a) ser el único dique a la ambición de Gran Bretaña de mandar en el mundo entero... esa potencia (GB) orgullosa y ávida... ha plantado su bandera en todos los puestos del globo, y sigue progresando hacia el imperio universal..."<sup>(23)</sup>

Bancroft comentó que la proclama de Stockton en California debió llevar las firmas de Frémont y Gillespie, pero por el párrafo anterior nos damos cuenta de que el comodoro no necesitaba mucha asesoría en materia de destino manifiesto. Le convenía adoptar los puntos de vista de los "Osos" para magnificar su gloria, como dice Bancroft, pero ya era un experto político que cambiaba de partido cuando variaba la dirección del viento.<sup>(24)</sup> Sabía manejar sus cartas y sacarles el mayor provecho.

Después de dar a conocer su declaración, Stockton zarpó hacia San Pedro, a donde arribó el 6 de agosto. A la mañana siguiente, dos emisarios de José Castro llegaron a su campamento para ofrecerle la negociación de un arreglo pacífico. El comodoro se negó porque una conquista sin sangre no entraba en sus planes, opina Watkins.<sup>(25)</sup>

José Castro trató de reunir tropa para resistir a los "Osos" pero no tuvo mucho éxito y todavía Frémont se apoderó de considerable cantidad de sus armas y municiones, que quedaron en San Juan cuando el militar californio huyó hacia el sur.<sup>(26)</sup> Se suponía que Frémont lo estaba persiguiendo pero cuando llegó el comodoro Sloat, el explorador acampaba junto al río Americana.



Así que Castro pudo llegar a la zona de Los Angeles. No se conoce con exactitud cuáles fueron sus movimientos en junio de 1846. Resentía que Pico se negara a ayudarlo. Recordemos que el gobernador creía que los del norte querían derrocarlo.<sup>(27)</sup> (ver. p. 47-51).

El 30 de junio, José Castro se encontraba en Santa Clara tras de que sus hombres habían sufrido una derrota. Entonces decidió mandar al prefecto Manuel Castro al sur para que lo reconciliara con Pico. Posiblemente, en ese lugar recibieron la proclama de Sloat, el 7 de julio, y en seguida partió José Castro para San Juan, a donde llegó el 8. Al día siguiente contestó la comunicación del comodoro, negándose a rendirse. Con su exigua tropa marchó hacia el sur. Entre su gente se hallaba el ex-gobernador Juan Bautista Alvarado, que ya no ocupaba ningún cargo. Se calcula que la fuerza de Castro era de alrededor de ciento cincuenta hombres.<sup>(28)</sup>

El 11 de julio, en Los Ojitos, envió a Pío Pico la noticia de la invasión de Sloat. Todavía había tiempo de salvar al país, le comentó. Se dirigía a juntarse con él para que unieran fuerzas. El gobernador recibió la mala noticia en San Luis Obispo el mismo día 11 y, de inmediato, dió contraorden a Los Angeles para que sus soldados no marcharan hacia el norte, contra Castro. Ahora lo-primordial era defender la capital. Pico y Castro se encontraron en Santa Margarita el 12 e hicieron las paces.<sup>(29)</sup>

Se dirigieron a la capital por separado, porque los abajeños todavía desconfiaban de los arribeños, y viceversa. Al pasar por Santa Bárbara, el 16 de julio, el gobernador Pío Pico lanzó una proclama en la que arengaba a los californios a defender a su país contra el invasor y, además, convocaba a la asamblea legislativa para el 24 de julio.

Hay pocos informes sobre lo ocurrido en esos días, pero se puede colegir que no se vió entusiasmo popular. Los gobernantes de California no conmovían a su pueblo. Muchos de los poderosos veían con agrado la invasión que les sacaría del desorden y valorizaría sus tierras. Otros ricos se mantuvieron indiferentes, al margen, y muchos, sobre todo de las clases populares, detestaban a los yanquis y, aunque se daban cuenta de que su causa estaba perdida, tampoco tenían confianza en sus jefes.<sup>(30)</sup>

Los angeleños se habían organizado y los norteños de Castro se consideraban el ejército regular. Los primeros no llegaban a cien porque Pico había perdido popularidad en sus fallidas campañas contra los arribeños -del norte-. Así que reunieron alrededor de quinientos hombres, en total, y, para el momento en que enfrentaron a Stockton, se habían reducido a la mitad, aproximadamen-

te. No los vencieron porque fueran cobardes -según la conseja de los norteamericanos- sino que los enemigos eran numéricamente muy superiores. (31)

Castro instaló su campamento en el Campo de la Mesa, próximo a Los Angeles y allí le llegó la noticia de que Frémont había desembarcado en San Diego y, poco después, que Stockton lo había hecho en San Pedro, el 6 de agosto. En vista de la situación, Castro decidió enviarle dos comisionados: Pablo de la Guerra y José María Flores, quienes hicieron las gestiones para ser recibidos en el campamento norteamericano y allí presentaron al comodoro Stockton la misiva del general José Castro, comandante general de las fuerzas del departamento. En ella proponía parlamentar -como se dijo en líneas anteriores- para que no hubiera derramamiento de sangre, ni los desastres que acarrearán las guerras. El gobernador Pico aceptaba lo que se suponía sería una rendición pacífica. (32)

Stockton, en su informe de 1848, explicó que el rechazo a la proposición de Castro se debió a que no quería reconocer la autoridad del gobierno mexicano. Sobre todo, porque mediaban las concesiones de tierras hechas por el gobernador Pico. Bancroft consideró bastante asombrosa esta actitud: ¡No reconocer al gobernador legal de un territorio, no concederle facultades para reparar tierras...! (33)

Las gestiones realizadas por Larkin y otros agentes de Estados Unidos, la proclama del comodoro Sloat y otras negociaciones confidenciales, podían hacer creer que la propuesta de Castro iba a ser aceptada por Stockton. Inclusive, Larkin partió con él, en el barco *Congreso*, hacia el sur, con el propósito de tomar pacíficamente esta otra mitad de California. En cuanto el cónsul llegó a San Pedro, buscó a Abel Stearns, un residente norteamericano que también era sub-prefecto mexicano, y le presionó para que convenciera a Castro y a Pico de que declararan independiente a California y la pusieran bajo la protección de Estados Unidos. Evidentemente, Larkin amaba esa tierra y no quería verla sufrir. Insistía en que eran infundados los rumores de guerra con México y decía que en cuando todo se aclarase y los marinos norteamericanos se fueran, igual que lo había hecho el comodoro Jones en 1842, los californianos se volverían contra ellos y habría represalias. Por eso se obstinaba en conducir todo sin violencia. (34)

Posiblemente, esa actitud fue la que alentó a Castro a enviar a Stockton la proposición que fue tan insultantemente rechazada por el marino. (35)

Al día siguiente del repudio, 9 de agosto, después de un consejo militar, Castro notificó a Pico que abandonaría California. Sólo contaba con cien hombres, mal armados, mal aprovisionados y temía que no podrían pelear por su

extremada miseria. Iba a informar de lo sucedido al Supremo Gobierno. Pocos días después "en camino para Sonora" envió una despedida al pueblo de California, reprobando la usurpación yanqui, lamentando su partida y esperando volver a su tierra natal cuando los agravios a ella hubieran sido borrados. Llevaba a México una copia de la respuesta que había dado a Stockton, en la que decía que su honor le impedía rendirse -aunque pocos días antes había estado dispuesto a hacerlo-. (36)

Pico leyó lo escrito por Castro a la Asamblea, el 10 de agosto, y allí decidió hacer lo mismo. Es decir, partir. Elaboró su propia despedida al pueblo californiano, en los mismos términos que Castro, y ambos abandonaron Los Angeles ese mismo día 10, después de licenciar a su pequeño ejército. (37) La opinión, muy discutible, de Bancroft es que todavía les quedaba un resto de dignidad, al asumir esa actitud. Habían hecho mucho daño con sus pleitos -de comadres- y ahora seguían el camino mas correcto. Claro que, aunque huyeron el mismo día, lo hicieron por separado.

José Castro, con su secretario Francisco Arce y un pequeño grupo, siguió el curso del río Colorado y llegó a Altar, Sonora, el 7 de septiembre. Allí se comunicó con el gobernador Cuesta, para que se enviaran a la capital del país, informes sobre la situación de California y para que se pidiera ayuda. Sirvió como militar en Sinaloa hasta 1848, luego volvió a California, permaneciendo allí hasta 1853, cuando se retiró a vivir en Baja California, definitivamente. (38)

Pico se refugió, primeramente, en un rancho cercano a Los Angeles, esa noche. Al día siguiente viajó a San Juan Capistrano donde John Foster, su cuñado, lo ocultó durante un mes, aproximadamente, cerca de su rancho de Santa Margarita. Pico contaba, más adelante, que estuvo a punto de caer en manos de los norteamericanos en innumerables ocasiones. (39)

El 13 de agosto, los 360 marinos de Stockton, seguidos por el Batallón de California -muchos de cuyos miembros se habían mareado en el barco- entraron en Los Angeles, capital del departamento, sin oposición. Aparentemente había terminado la guerra. (40) Se había consumado totalmente la ocupación militar estadounidense. Su bandera ondeaba por toda la región.

Fue entonces que el gobernador fugitivo, Pfo Pico, decidió escapar a México. En su escondite se le unió su secretario, Matías Moreno, y juntos llegaron a Baja California el 7 de septiembre.

b) La sublevación de los californios.

El 17 de agosto, Stockton publicó su segunda proclama al pueblo, en la que le anunciaba que esa región pertenecía ahora a Estados Unidos y que pronto se instalaría un gobierno idóneo. Firmaba como Comandante en Jefe y Gobernador del territorio de California. Prometía libertad de conciencia, protección para vidas y haciendas de los que se adhieran al nuevo gobierno. A los demás no se les permitiría quedarse. Se castigaría con trabajos forzados a los ladrones y el Batallón de California continuaría existiendo para preservar la paz.<sup>(41)</sup>

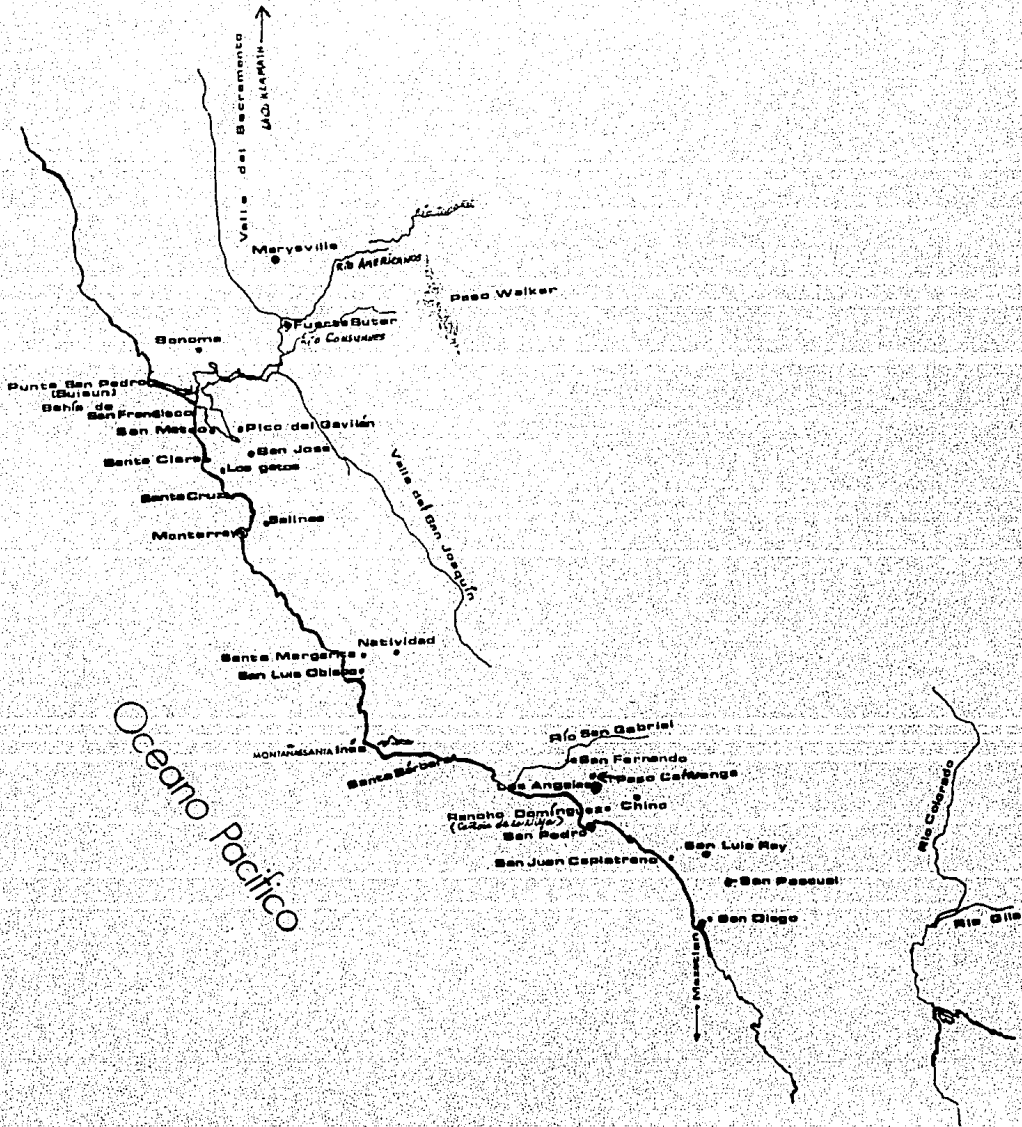
Dos días antes, el 15, había fijado la tarifa aduanal y el 19 proclamó que toda la costa mexicana, al sur de San Diego, quedaría estrechamente bloqueada, excepto para los navíos armados de las naciones neutrales. Tomó medidas en ese sentido, con los barcos que tenía, entre ellos el *Warren* que había llevado la confirmación de la declaración de guerra de Polk a México, cuando había atracado en San Pedro, el 17 de agosto.<sup>(42)</sup>

El 22 de agosto, el gobernador Stockton ordenó la elección de alcaldes y otros funcionarios municipales. Fue la única medida que tomó, como gobernador, para la formación de un gobierno civil. Los sueños para su futuro iban en otra dirección. Consideraba que la conquista de California ya estaba completa y planeaba reunir un ejército de mil hombres, en esa región, para llevarlos hasta Mazatlán o Acapulco, cruzar con ellos por tierra hasta las puertas de la ciudad de México y allí estrechar la mano del general Taylor.<sup>(43)</sup> Como vemos, el espíritu épico decimonónico no solamente se manifestaba en Frémont y Suter, sino que había otros infectados con el mismo virus.

Para poder realizar sus proyectos, Stockton pensaba dejar como gobernador a Frémont -cosa que hizo- y encomendar la plaza de Los Angeles a Archibald H. Gillespie. Luego marcharía al norte del territorio para reclutar el ejército para la conquista de México. Ordenó al mayor Frémont que aumentara a trescientos el número de miembros del Batallón de California, para que con ellos se pudieran dejar guarniciones en distintos puntos de California. De esta manera, él quedaría en libertad para retirar a sus marinos y llevarlos a México. Frémont tenía que ir al norte para cumplir con las órdenes del comodoro, con quien se debía reunir en San Francisco, un mes después. Es decir, el 25 de octubre, para dar los últimos toques al proyecto.

El 31 de agosto, Stockton nombró a Gillespie comandante del sur del departamento y le dió instrucciones para que mantuviera la ley marcial, pero

# ACCIONES BÉLICAS (1846-1847)



con tolerancia hacia las personas simpatizantes. El 2 de septiembre, último día que pasó en Los Angeles, creó el puesto de comandante militar del territorio, al que dividía en tres departamentos. Frémont fue designado para ocupar ese cargo.

El 3 de septiembre, Gillespie, con una compañía de cincuenta hombres, quedó a cargo de Los Angeles. Frémont dejó vigilancia en los pueblos más importantes del sur y marchó hacia el norte con los que le quedaban, para aumentar su número. Los marinos de Stockton, encargados previamente de las guarniciones, subieron a su barco y zarparon hacia el norte.<sup>(44)</sup>

Stockton nunca imaginó que el ex-espía y ex-mensajero Gillespie fuera la persona menos indicada para gobernar una población. Pronto tuvo que arrepentirse de su precipitada elección. Era el típico anglosajón racista y comenzó a abusar de los "greasers", a vejarnos.<sup>(45)</sup> Tanto él como sus hombres, consideraban inferiores a los californios. Para ellos eran unos cobardes que se habían rendido sin disparar un solo tiro.<sup>(46)</sup> Nunca consideraron que las fuerzas que tomaron Los Angeles estaban en una proporción de más de cuatro a uno sobre los soldados mexicanos.

Gillespie reforzó el toque de queda impuesto por Stockton y prohibió la portación de armas, las reuniones en casas y hasta que dos personas caminaran juntas por la calle. Sus soldados eran voluntarios indisciplinados y, además, no les gustaba el sur de departamento, cosa que les tenía descontentos.<sup>(47)</sup>

Así que ocurrió lo inevitable. El 23 de septiembre, veinte días después de que Gillespie estaba al mando, a las 3 de la madrugada, un joven turbulento, llamado Sérbulo Varela, acompañado de otros chicos irresponsables -según los juzga Bancroft- pero de buen corazón, atacaron el cuartel de adobe que habitaba la guarnición de Gillespie. Seguramente, sólo querían dar un susto, vengarse del tratamiento despótico del que eran objeto... jugar. Pero el marino consideró que era una rebelión, hubo disparos y uno de los asaltantes resultó herido en un pie.<sup>(48)</sup>

Esto convenció a los californianos del sur de que se habían reanudado las hostilidades y de que era preciso unirse contra el invasor. El grupo de Varela aumentó rápidamente. Había unos veinte californios y sonoreños en el primer ataque y pronto se les unió una fuerza que llegaba a alrededor de trescientos hombres; aparecieron armas que se habían ocultado. Los oficiales, que se rindieron al invasor que tomara Los Angeles, y que habían sido dejados en libertad, después de que dieron su palabra de honor de no volver

a empuñar las armas contra los norteamericanos, rompieron su juramento y se pusieron a la cabeza del pequeño ejército, aduciendo que Gillespie había reanudado la contienda y que eso los liberaba de su promesa. (49)

Casi todos los autores norteamericanos consideraban que Gillespie, con sus malos tratos y conclusiones erradas, produjo este conflicto. Si hubiera calificado lo de Varela como una travesura, nada habría sucedido. Si hubiera sido más tolerante con los angeleños, éstos no se habrían rebelado. Pero la revuelta estaba en marcha.

No era la primera vez que ocurrían incidentes por la falta de criterio de los yanquis. El primero de ellos sucedió el 28 de junio, cuando todavía no llegaba a las costas de Monterrey el comodoro Sloat. Ese día era domingo y Christopher "Kit" Carson y otros dos integrantes de los "Osos" fueron a interceptar un bote que bogaba por el río, con rumbo a San Pablo y que seguramente atacaría en San Pedro, donde había una misión y se decía misa. (50) Una patrulla de los sublevados "Osos" vigilaba la costa de la bahía Suisun y avistó el bote, ocupado por tres personas. Al mando del grupo estaba Frémont, a quien Carson preguntó si quería que apresaran a los que iban en la embarcación. El capitán le respondió que no tenía espacio para presos. Se les disparó desde unos cincuenta metros de distancia, a pesar de que iban desarmados. Primero murió Ramón de Haro, en cuanto bajó a tierra. Su hermano gemelo, Francisco, se arrojó sobre su cadáver y de inmediato se escuchó la orden: "Maten al otro hijo de perra", que se obedeció al instante. (51) Los jóvenes de alrededor de diecinueve años, acompañaban a su tío, el anciano José de los Reyes Berreyesa, dueño de un rancho cercano a Santa Clara y padre del alcalde de Sonoma, quien al ver muertos a sus dos sobrinos, dijo a los angloamericanos: "¿Es posible que matéis a estos dos jóvenes sin causa alguna? ¡Es mejor que me matéis a mí, que soy demasiado viejo!" (52) Los Osos le obedecieron al instante, fríamente.

Lo sucedido fue reconstruido por uno de los hijos de Berreyesa, entrevistando a varios testigos presenciales. Sus familiares no aparecían. En Sonoma se vio a un hombre que portaba la ropa de los muertos y, finalmente, se hallaron los cadáveres que habían sido sepultados por unos indios. Pitt comenta que este suceso tuvo mayor impacto sobre los californios que el arresto de don Mariano Guadalupe Vallejo. (53) Luego, se dijo que el asesinato de estas tres personas inermes había sido una venganza por lo que había sucedido días antes, el 18 o 19 de junio, a dos 'Osos'. Fowler y Cowie fueron a

buscar pólvora al rancho Fitch y en el camino los sorprendieron unos veinte a treinta jóvenes mexicanos audaces. Luego se dijo que uno de ellos, Bernardo García, los había torturado y mutilado. Pero se decía que esta versión no era muy fidedigna. Parece que murieron en un pleito o algo similar. (54) Lo acontecido con los dos hombres de Frémont fue utilizado por éste como disculpa del crimen a sangre fría de Berreyesa y los hermanos Haro. También adujo que el viejo llevaba un mensaje del general Jose Castro al sublevado Torre. (55)

Poco después, moría de tristeza el padre de los gemelos exterminados, al que siguió a la tumba su hermano. La estirpe de los Berreyesa fue completamente diezmada, víctima de las injusticias yanquis. (56) Para la década de 1850 ya eran 8 los miembros de esa familia a los que los norteamericanos "habían empujado repentinamente a aparecer ante el tribunal del Creador", decían los diarios de California *El Clamor Público*, el *San Francisco Herald*. (57)

De manera que los abusos, discriminaciones, actos de prepotencia y demás, eran comunes entre los anglosajones. La reacción de Sérbulo Varela fue mas violenta que otras o, tal vez, tuvo mayores consecuencias. "Fue la señal de alarma para todos los ciudadanos. El 24 de septiembre, puesto a la cabeza del pueblo el capitán del ejército D. Jose María Flores, estableció su campo a un cuarto de legua de la plaza enemiga", dicen en el libro compuesto por Payno, Guillermo Prieto, Alcaraz y demás. Allí se agrega, que al lugar acudían hombres y niños, con armas. También mujeres, modelo de valor y patriotismo, con sus hijos, hasta los más pequeños, listas para tomar las armas o para actuar como espías. "Todos, en fin, proclamaban la libertad e independencia de su patria dentro de la misma ciudad que ocupaba el enemigo". (58)

Los mexicanos operaban desde un lugar llamado Paredón Blanco que quedaba en las afueras de Los Angeles. Se nombró a José María Flores, comandante general; a Jose Antonio Carrillo se le dio rango de mayor general y quedó segundo en el mando y el capitán Andrés Pico se convirtió en comandante de escuadrón y tercero en autoridad.

Para el 25 de septiembre ya había quinientos californios, que estrecharon el sitio a Gillespie. El 26 venían refuerzos para los norteamericanos. Noventa de ellos, bien armados, fueron derrotados y hechos prisioneros, en el riachuelo del Chino, por la tropa que mandaban el capitán de auxiliares Sérbulo (o Cérvulo, aparece en otros textos) Varela y el teniente Diego Sepúlveda. (59) Los acompañaban Ramón Carrillo y un grupo de cincuenta hombres. Los yanquis eran una cuadrilla de reconocimiento encabezada por Beni-



to Wilson. Vigilaban los movimientos hostiles de los indios y el peligro de que Castro mandara fuerzas desde Sonora.<sup>(60)</sup>

Los mexicanos también habían apostado tropas de vigilancia en la zona. Su jefe era José del Carmen Lugo quien, junto con sus veinte subordinados, marchó a someter a la partida de Wilson, que se parapetó en el rancho de Isaac Williams, en Chino.<sup>(61)</sup> Ambos enemigos contaban con poco parque y los californios también iban mal armados, pero exigieron a los ocupantes del rancho que se rindieran, a lo que aquellos se negaron. Por lo tanto, al amanecer del 27, los mexicanos lanzaron un ataque sobre la casa. Bastantes de ellos iban a caballo. Se intercambiaron disparos y hubo un muerto y varios heridos. Luego, los californios incendiaron el techo de la casa. El dueño del rancho salió huyendo de ella con sus niños pequeños y pidió clemencia. Entre los atacantes se encontraban los tíos maternos de los chicos, los Lugo, quienes también intercedieron por ellos. Sérbulo Varela volvió a pedir la rendición a los de Estados Unidos prometiéndoles protección como prisioneros de guerra. Se rindieron. Sepúlveda los quería fusilar para vengar la muerte de un californio, pero Varela interpuso su autoridad y se entregaron a Flores. Únicamente permanecieron como prisioneros ocho o diez de los más prominentes del grupo y, se supone, que el resto se intercambió por mexicanos que Gillespie había apresado antes, pero esto no es seguro.<sup>(62)</sup>

Gillespie había tenido que huir del cuartel de adobe atacado por Varela y se había refugiado en un lugar aledaño, el Fuerte Hill, que reforzó con cañones. Se ignora si conservó a alguien en donde antes moraba su guarnición. Envió un mensajero al norte, Juan, "El Flaco", Brown para avisar a Stockton del predicamento en que se encontraba. Después de lo de Chino, continuaba parapetado en Hill e ignoraba si su enviado había cumplido con su misión. Su situación era muy difícil y tuvo que aceptar una oferta que Flores le hizo, por mediación de Wilson, el dueño del rancho en Chino. Le daba plenas garantías para que se fuera a San Pedro y allí embarcara hacia otra parte. Gillespie capituló a finales de septiembre -el ataque había sido el 23, así que aguantó poco tiempo parapetado en el fuerte Hill-. En San Pedro, se embarcó en el *Vandalia*, el 4 de octubre. No cumplió lo pactado, aunque llegaron indemnes a San Pedro. La artillería que había prometido entregar a los mexicanos, la dejaron clavada. Además, no se fueron de inmediato.<sup>(64)</sup> Permanecieron en el *Vandalia*, cerca de San Pedro, esperando a que Stockton fuera a rescatarlos.<sup>(65)</sup>

Había otras dos guarniciones importantes en el sur de California. La de Santa Bárbara, al mando de Theodore Talbot, contaba con nueve hombres que huyeron al aproximarse los californios con su jefe, Manuel Garfias. Después de muchas peripecias llegaron caminando a Monterrey, el 8 de noviembre. (66)

No había quedado tropa en San Diego pero comenzó a sentirse inquietud alrededor del 15 de septiembre, por lo que Gillespie envió allí al "Tartamudo" Merrit con una docena de hombres. Después del suceso de Chino, una fuerza de cincuenta hombres, al mando de Francisco Rico, fue a desalojarlos. También se hallaba en San Diego el grupo de Bidwell, acantonado previamente en San Luis Rey. Todos los norteamericanos huyeron al aproximarse los californianos y se refugiaron en un barco que estaba anclado en la bahía, el *Stonington*, un ballenero. Rico no llegó a San Diego pero los voluntarios yanquis no pudieron desembarcar porque constantemente aparecían en los cerros cercanos al océano, jinetes mexicanos que los vigilaban y les demostraban su odio. (67)

El sur de California estaba liberado. Su población masculina se hallaba totalmente en pie de guerra, aunque únicamente se conservaron alrededor de doscientos hombres para el servicio permanente. Salieron de sus escondites las armas enterradas. Se limpiaron, al igual que las que estaban ocultas. Del jardín de una anciana, Inocencia Reyes, sacaron un viejo cañón de cuatro libras que muchos años atrás se utilizaba para disparar salvas en las ocasiones festivas. Lo habían sepultado al aproximarse Stockton. Ahora, lo limpiaron y montaron en un par de ruedas de carreta. Iba a ser protagonista de una hazaña muy importante.

El 30 de septiembre, el mensajero de Gillespie, John Brown, el Flaco, llegó al norte, ante Stockton, seis días después de iniciado su peligroso y aventurado viaje. (69) Inmediatamente, el comodoro dispuso zarpar hacia el sublevado sur. Mandó por delante de él al capitán William Mervine en el *Savannah*, que llegó a San Pedro el 4 de octubre. Desembarcó y poco después se unieron a sus trescientos cincuenta hombres los de Gillespie, quienes bajaron del *Vandalia*, que ocupaban desde el 4 de octubre, como se recordará. Tenían la intención de reproducir la anterior marcha del comodoro Stockton sobre Los Angeles, hacia donde se dirigieron el 7 de octubre. Iban sin caballos -acababan de bajar de dos barcos- y al llegar la noche ocuparon el rancho Domínguez. Por el camino habían avistado jinetes de la fuerza de Carrillo. (70)

Por la noche, llegó Flores con sesenta hombres más para Carrillo y la pieza de artillería: "El Cañón de la Vieja", que dio nombre a este encuentro.

Durante la noche se escucharon disparos aislados. Por la mañana, Flores se retiró con veinte hombres, dejando instrucciones a Joaquín Carrillo. Pronto, un grupo compacto de norteamericanos avanzó por el centro mientras otros se desprendieron hacia izquierda y derecha para provocar escaramuzas. Carrillo dividió sus fuerzas en tres cuerpos de alrededor de cuarenta en cada flanco y diez en el centro, con el cañón. Cuando Mervine se acercaba, Ignacio Aguilar disparaba el cañón, al que de inmediato se arrastraba con reatas atadas a las sillas de algunos caballos para que fuera recargado en un sitio más seguro. Esta operación se repitió alrededor de una docena de veces, en menos de una hora. Las primeras descargas no hicieron daño porque utilizaban pólvora de fabricación casera. Los últimos disparos se afinaron e hicieron mucho daño a la columna compacta de Mervine, que ofrecía un blanco óptimo. Hubo seis muertos y múltiples heridos norteamericanos. Ni uno solo entre los mexicanos que, con su ingenio, habían logrado cortar la marcha de los marinos, que tuvieron que retirarse al barco *Savannah*. Era difícil que este personal, entrenado a toda prisa para la guerra a pie, venciera a jinetes espléndidos que desplegaban su única pieza de artillería en forma tan notable. <sup>(71)</sup>

Después de la Batalla del Cañón de la Vieja, a los californios sólo les quedó el trabajo de vigilar los barcos anclados frente a las costas. <sup>(72)</sup> Otra muestra de su ingenio era que desplazaban caballos por las cimas de los cerros cercanos al mar y hacían que, con las polvaredas levantadas por sus cascos, pareciera que eran muchos más de los que verdaderamente existían.

En octubre se reorganizó la Asamblea del Departamento, cuyas funciones habían sido interrumpidas por la invasión de las fuerzas estadounidenses. Quedaban en Los Angeles varios de sus antiguos miembros: José Figueroa, Narciso Botello, Pablo de la Guerra y Diego Olvera, quienes se reunieron, por primera vez, el 26 de octubre. Presidió Figueroa y Olvera quedó como secretario. Eligieron a Joaquín Carrillo, nuevo vocal suplente, y acordaron fusionar los mandos civil y militar. Para este puesto se nombró a José María Flores, que sería gobernador y comandante en jefe de la tropa. La región quedó bajo la ley marcial porque estaba en estado de sitio. Así mismo, se propusieron medios para reunir fondos para proseguir la guerra. Bancroft supone que la fecha del nombramiento de Flores fue entre el 26 y el 30 de

octubre. En los *Apuntes* de Payno, Ramírez *et al.*, dan el 29, aunque la notificación al pueblo no se hizo sino hasta el 1º de noviembre. Sin embargo, aparecen decretos firmados por Flores desde el 31 de octubre. (73)

Stockton partió de Monterrey el 19 de octubre y llegó a San Pedro el 23, a bordo del *Congreso*. Había mandado a Fremont por tierra, con el Batallón de California, seguramente para que no volvieran a marearse.

En San Pedro, Mervine lo puso al tanto del desastre ocurrido el 8. Stockton ordenó se retomara la plaza y para ello mandó a Gillespie con cincuenta hombres. La operación fracasó por lo que tuvo que recurrirse a los marinos, nuevamente. Con la ayuda de un cañón, ellos sí lograron volver a izar la bandera norteamericana en San Pedro. Esta acción se realizó el 26 de octubre y el 28 se agradeció a los marinos su intervención. (74)

Se suponía que las fuerzas mexicanas consistían en alrededor de ochocientos hombres y Stockton contaba con un número similar. Le era fácil retomar Los Angeles, pero el camino de San Pedro a la capital se había vuelto muy peligroso y el comodoro decidió retirarse hasta San Diego, para allí preparar su ofensiva. Ya no creía que los californios eran cobardes y se había vuelto cauteloso.

Los yanquis retomaron San Diego encomendado, inicialmente, a Sérbulo Varela y sus turbulentos amigos. La vigilancia de este puesto se fue debilitando por el mismo carácter inconsistente de su guarnición. Merrit y sus hombres continuaban en el ballenero *Stonington*, frente a la costa, en una situación difícil, de la que Mervine se enteró en San Pedro. Entonces, envió a una compañía al mando del teniente Minor quien, junto con los soldados del Batallón de California que allí quedaban, retomó la plaza, mal defendida por Varela, en una fecha no precisada. Pero para el 26 de octubre ya estaba en poder de los norteamericanos a quienes vigilaban, desde los cerros cercanos, los capitanes Leonardo Cota y Ramón Carrillo que levantaban polvaredas con sus caballos y ganado suelto para asustarlos y mantenerlos en tensión. (75)

El Prefecto Manuel Castro y otros oficiales huyeron de Monterrey cuando se enteraron del levantamiento encabezado por Flores. Rompieron la palabra de honor que dieron en su rendición incondicional. El 23 de octubre, Flores nombró a Manuel Castro jefe de operaciones militares en el norte y se dispuso que tuviera su cuartel general en San Luis Obispo. Tuvo que reclutar gente, reunir armas y demás. A su grupo se unieron Francisco Rico, Jesús Pico, Gabriel de la Torre y otros californios distinguidos. Se les

recomendó entrenarse para la guerra de guerrillas, que Flores trataba de generalizar por parecerle lo más adecuado, dadas las circunstancias.<sup>(76)</sup> La opinión de Flores la compartía y preconizaba Carlos María Bustamante.<sup>(77)</sup>

El equipo de Manuel Castro prendió el 16 de noviembre al cónsul Thomas Oliver Larkin, quien viajaba de Monterrey a Yerbabuena. Lo trataron bien y querían canjearlo por californios importantes que seguían detenidos en Monterrey, como Pablo de la Guerra y otros.<sup>(78)</sup> Al día siguiente, el 16, llegaron al rancho Natividad, donde encontraron a seis exploradores norteamericanos acompañados por varios indios. Se inició la batalla -Watkins las calificó de escaramuzas- que duró más de una hora y presenció Larkin.<sup>(79)</sup> En esta ocasión, los mexicanos eran numéricamente superiores y los mejores jinetes del mundo -en opinión del general Stephen Kearny-. Pero iban armados con una heterogénea colección de lanzas improvisadas, reatas, escopetas viejas e inservibles, pistolas y, por si fuera poco, tenían una pobre dotación de pólvora.

Los yanquis eran regulares caballistas pero estaban bien armados. Los dirigía un tal Burroughs, quien murió en la acción. Avanzaban con rapidez en el llano, hacían alto, descargaban sus rifles y de inmediato cargaban sobre el enemigo con gritos salvajes, en forma más acorde con el valor que con la disciplina. Cada quien tiraba por su lado.

Los de Castro les disparaban sus mosquetes desde lejos, sin hacerles daño. Simulaban huir cuando los yanquis cargaban contra ellos y, súbitamente, daban vuelta y atacaban a sus perseguidores que corrían a toda velocidad por el llano, armados con rifles descargados. Simultáneamente, unos veinte a treinta hombres aparecieron al fondo del huerto y atacaron a los yanquis por la retaguardia. En algunos lugares se comenzaron a desarrollar feroces luchas cuerpo a cuerpo que duraron entre diez y veinte minutos. Bancroft juzgó que eso era una exageración porque en ese tipo de pelea debieron sucumbir muchos más yanquis.<sup>(80)</sup> Estos se reagruparon y apretaron filas. Los de la retaguardia tuvieron tiempo de recargar sus fusiles y disparar contra los mexicanos que, a su vez, avanzaban matando e hiriendo a varios. Los de Castro volvieron a retirarse y quedaron a la vista del rancho hasta el anochecer, a una distancia prudente. Después, se fueron. Larkin contaba que habían ido desapareciendo en pequeños grupos. Lo hicieron porque se les agotó la pólvora y los estadounidenses se habían ocultado entre los árboles, donde era muy difícil acertarles. Los anglosajones huyeron del lugar y se refugiaron en ranchos cercanos. Tuvieron

cuatro o cinco muertos y cinco o seis heridos. Larkin calculaba que los californios habrían tenido un número similar de bajas. (81)

En tanto que eso ocurría, se acercaba a California el general Stephen Watts Kearny -conquistador de Nuevo México-, al frente de cien dragones. (82) Partió de Santa Fe con trescientos, el 25 de septiembre. Pero el 5 de octubre se cruzó en el camino con "Kit" Carson, el "Lobo", quien llevaba las cartas en las que Stockton y Frémont comunicaban la toma de California. Convenció al general de que todo se hallaba bajo control en ese territorio, así que Kearny decidió que regresaran doscientos dragones a Nuevo México, bajo el mando del capitán Sumner. Con él siguieron los restantes, bajo las órdenes del capitán Benjamín D. Moore. También conservó dos obuses (horwitzers) de montaña. Carson se unió al ejército como guía. Siguieron el curso del río Bravo hasta su confluencia con el Gila, alrededor de cuatrocientos kilómetros. Luego, continuaron por la orilla de esta corriente fluvial hasta encontrar el Colorado. En ese punto ya llevaban más de 1,000 km. (700 millas) desde Santa Fe. El grupo siguió bordeando el Colorado unos cincuenta kilómetros más y luego prosiguió por el desierto a lo largo de otros setenta kilómetros, aproximadamente. (83)

Kearny y sus hombres hicieron una pausa en la confluencia de los ríos Gila y Colorado porque habían avistado fuegos a lo lejos. El teniente William H. Emory fue a investigar de qué se trataba y encontró a una partida de veinte californios que llevaba caballos hasta Sonora. Encarcelaron a estos arrieros y les hallaron panfletos en los que se decía que el "detestable yugo anglo-yanqui" había sido expulsado de California. Esto debió suceder después del 20 de octubre y relató este hecho el doctor John S. Griffin, médico de la tropa de Kearny en su libro *A doctor comes to California* [Un médico viene a California]. (84) Cuando el general se enteró de lo que estaba sucediendo, se arrepintió de haber escuchado a Carson y lamentó haber regresado a los doscientos dragones a Nuevo México.

Su ejército llegó a una colonia en el límite con California, luego de una marcha de más de setenta días y de más de 1,250 km. (más de 800 millas). La tropa estaba agotada después de cruzar desiertos sin agua y vegetación. Debió ser maravilloso para los hombres desfallecidos y sus animales sedientos, alcanzar la cima de la cordillera Costera y contemplar abajo el verdor del valle de Agua Caliente. Pronto llegaron al rancho de John Warner, establecimiento parecido al que Suter tenía en el norte del departamento. Desde ese lugar, Kearny envió un mensaje al comodoro Stockton que se hallaba en San Diego, a unos 70 kilómetros de distancia. (85)

El día siguiente, 3, el comodoro Stockton mandó a Gillespie con treinta y nueve hombres y una pieza de campaña, a auxiliar al general. Se recibió esta ayuda el 5 de diciembre. Además, llevaron a Kearny una reseña de lo sucedido en el sur de California, durante los dos últimos meses, con la información de que Andrés Pico, con un destacamento de californios, acampaba en San Pascual, un pueblo indio cercano. Gillespie sugirió a Kearny que Stockton deseara limpiar ese lugar<sup>(86)</sup> Kearny volvió a cometer otro error imperdonable. Decidió seguir la insinuación de Gillespie, con sus hombres y cabalgaduras exhaustos, en vez de llegar hasta San Diego y reponerse en las instalaciones de Stockton.<sup>(87)</sup> Es posible que la reacción de Kearny se debiera a alguna pugna interna de autoridades norteamericanas. Tenía que demostrar que él era el enviado del presidente James Knox Polk, es decir, el de más alto mando en California. Robert Stockton ya era un héroe, un conquistador.

Desde el 22 de noviembre, Flores había enviado a Pico al sur para cortar la retirada de un grupo de yanquis que nunca apareció. Don Andrés, desde esa fecha, se quedó en el sur: Instaló su cuartel general en San Luis Rey y Santa Margarita y cooperaba con el capitán Cota en la vigilancia de la zona meridional, en espera del ataque de Stockton. Había llevado alrededor de cien hombres pero a principios de diciembre quedaban, por las licencias y demás, menos de ochenta. Supo del viaje de Gillespie, que suponía era para proveerse de ganado y caballos y pensaba cortar el regreso a San Diego.<sup>(88)</sup>

Antes de la noche del 5, los indios dijeron que habían visto una fuerza grande de norteamericanos. Pico sólo esperaba la partida poco numerosa de Gillespie porque, incluso, le habían confirmado que no eran muchos los que habían robado los equinos de un ranchero llamado Coronel. De manera que envió a pastar a sus monturas a una distancia de varios kilómetros. Le sorprendió el ruido de sables y el ladrido de perros que ocurrió el 5 de diciembre, alrededor de las once de la noche. Sus exploradores hallaron una manta con la marca U.S. Entonces, a toda prisa, mandó buscar los corceles y ordenó preparativos para la defensa.<sup>(89)</sup>

El enemigo anglosajón apareció en la madrugada del 6. En cuanto regresó el reconecedor nocturno, Thomas C. Hammond, partieron para San Pascual, a las dos de la mañana. La columna de Kearny marchó con el siguiente orden: la avanzada iba encabezada por el capitán Abraham R. Johnston, con doce dragones montados en los mejores caballos. Poco detrás iba el general con los tenientes William H. Emory y William H. Warner, del cuerpo de ingenieros, con cuatro o cinco de sus hombres. Seguían el capitán Moore y el teniente Hammond con unos

cincuenta dragones, muchos de ellos montados en mulas, seguidos por los capitanes Gillespie y Samuel Gibson con veinte voluntarios del Batallón de California. A continuación, el teniente John W. Davidson con los dos obuses tirados por mulas y pocos soldados para manejarlos. Por último, venía la retaguardia, de cincuenta a sesenta soldados, dirigidos por el mayor Swords, que protegían el equipaje y armamento de Gillespie.<sup>(90)</sup> Esta comitiva de hombres y animales, agotados y empapados por la pertinaz lluvia del amanecer, llegaron a su destino. Kearny, de inmediato, ordenó atacar a la vanguardia, así que Abraham R. Johnston y sus hombres galoparon a toda velocidad, pendiente abajo. Los californios cargaron los pocos mosquetes que tenían, aunque no era su táctica habitual, alistaron sus lanzas y pistolas y dispararon a los jinetes. Johnston cayó muerto con una bala en la cabeza, igual que otro de sus soldados.<sup>(91)</sup>

La avanzada quedó confundida e inerte cuando apareció el cuerpo principal, mandado por Kearny. Entonces, huyeron los hombres de Pico. El capitán Moore se entusiasmó ante la fuga y ordenó a su tropa que los persiguieran. Según el doctor Griffith, a los mexicanos no los vieron más de cincuenta de sus perseguidores, por la falta de rapidez de sus caballos. La carrera prosiguió durante casi un kilómetro. En ese momento, Pico ordenó a sus hombres dar la vuelta y lanzarse contra los norteamericanos, los que cansados, con malas cabalgaduras y sus armas descargadas porque las habían estado disparando al enemigo en retirada, tuvieron que enfrentar a las mortales y certeras lanzas de los hábiles californios, que portaban sables y usaban sus pistolas como macanas. La batalla duró unos diez minutos hasta que llegaron los obuses. Nuevamente, Andrés Pico y su caballería escaparon.<sup>(92)</sup> Los estadounidenses ya no podían perseguirlos, pero la mula que atrastraba uno de los obuses se espantó y corrió hacia los mexicanos, los que se apoderaron del arma y de su encargado.

Había terminado la batalla de San Pascual, la más famosa y sangrienta de la historia de California. Hubo dieciocho muertos yanquis y diecinueve heridos, de los cuales murieron tres. También, un desaparecido. Casi todas las heridas fueron producidas por lanza. Entre los lesionados estaban el propio general Kearny, Gillespie y Hammond. Habían hecho prisionero a un californio: Pablo Véjar, cuyo caballo había muerto durante la acción. Bandroft calcula que del lado mexicano debió haber alrededor de una docena de heridos y ningún difunto.<sup>(93)</sup>

Los de Estados Unidos se parapetaron en las alturas cercanas donde, por la aspereza del terreno, no pudo actuar la caballería de Pico, que los mantuvo en ese lugar durante cinco días.<sup>(94)</sup> Es posible que lo que quedó del ejército de



Estados Unidos anduviera merodeando por el lugar, curando a su heridos y enterrando a sus muertos, a sabiendas de que un intento por salir de allí habría sido sumamente peligroso y arriesgado. Emory los describió como el "destacamento más zaparrastoso y hambriento que Estados Unidos haya jamás cobijado bajo sus colores". Al atardecer del 7 hubo una escaramuza cerca del rancho San Bernardo. Pico atacó. Stockton no envió ayuda hasta el 11. Cuando llegó ese refuerzo, los mexicanos que continuaron amagando todos esos días a las fuerzas de Kearny, desaparecieron, a pesar de que habían llegado a apoyarlos alrededor de ciento cincuenta hombres de Cota y de que Ramón Carrillo fue desde Los Angeles con cincuenta jinetes más. Lógicamente, los californios se retiraron porque si atacaban cuesta arriba serían exterminados con facilidad.<sup>(95)</sup>

Se presentó una situación desafortunada que impidió a Flores acudir con más soldados a rematar a Kearny. Los prisioneros de guerra, encarcelados en Los Angeles, lograron seducir a algunos individuos y tropas para que conspiraran contra Flores.<sup>(96)</sup> El 3 de diciembre se rebelaron los presos de la batalla del rancho de Chino. Tomaron el cuartel general, ayudados por otros soldados, a los que lograron convencer de que el dinero que estaba juntando Flores no era para la guerra sino para llevárselo a México.<sup>(97)</sup> El orden se restableció a las cuarenta y ocho horas, pero se dispersaron parte de las fuerzas. Unos, porque habían participado en la conjura, otros, porque les disgustaban los desórdenes.<sup>(98)</sup>

Parece que Flores era un buen gobernante pero se intrigaba mucho contra él por ser de "la otra banda". Es decir, había nacido en Sinaloa y llegó a California bajo el mando del depuesto Micheltorena. Hubo una pequeña revuelta para rechazarlo por cobrar impuestos para la guerra y el que le seguía en autoridad, José Antonio Carrillo, intrigaba en su contra. Flores mandó pedir ayuda a México pero su mensajero regresó porque había norteamericanos en los alrededores. Entonces, Flores consiguió préstamos con Henry Dalton, un antiguo residente inglés, de quien era concuño.<sup>(99)</sup>

Durante el mes de diciembre de 1846, después de San Pascual, no pudo consolidarse la ventaja mexicana en el sur de California a causa de las habituales rivalidades y envidias entre los californios, quienes se fueron enfriando después de los triunfos en Chino, Natividad, San Pascual y demás. Los rancheos les comenzaron a ocultar sus caballos, armas y víveres. Tal vez pensaron que la resistencia era inútil porque no recibían ayuda de México y los yanquis estaban en San Diego, reponiéndose y preparándose.<sup>(100)</sup> Allí recibían, constantemente, a mexicanos que se rendían y les daban noticias de Flores y de

Frémont, que andaba perdido en el viaje a pie, cruzando toda California con su batallón. Había partido de la región de Monterrey el 28 de octubre y no se tenían noticias ciertas de él. (101)

En ese mes de diciembre de 1846 ocurrió el último levantamiento de los mexicanos. Esta vez se desarrolló en el norte, que siempre fue más dócil a la invasión y más inclinado a la anexión a Estados Unidos. Ya no resistían los abusos de los conquistadores. La paciencia de los "arribeños" estaba colmada. Los robos de animales, granos y demás artículos, continuaban, aunque ya no andaba por ahí el Batallón de California, ni los hombres de Stockton. Bancroft calificó de irresponsables a los saqueadores. (102) Colton consideró que eran personas que iban por delante de la ley y que cuando ésta llegaba a alguna parte, partían de nuevo a otra donde no hubiera justicia, para conservar sus privilegios abusivos. Eran montañeses que se habían internado desde las fronteras de los estados que daban al oeste. Representaban una calamidad que debían sufrir las personas que habían permanecido en paz en sus granjas. "Permitir que esos agricultores sean saqueados bajo la autoridad ladrona de nuestra bandera es un reproche a la nación". (103)

Alrededor del 8 de diciembre, el alcalde de Yerbabuena, teniente Washington A. Bartlett, con cinco hombres, partió a hacer una de sus requisas de costumbre.

Francisco Sánchez tenía un rancho por San Mateo y ya le había "comprado" caballos Weber, miembro del batallón California. Se sabía que ese cuerpo había marchado hacia el sur, así que Sánchez posiblemente vio la oportunidad para vengarse. Con un grupo pequeño apresó a Bartlett y su gente y los llevó a un campamento en el monte. (104)

El ataque espontáneo pronto reunió a más de cien partidarios. A algunos les impulsó la desesperación y las pérdidas de bienes. A otros, el miedo al castigo posterior. Probablemente, unos veinte pensaban unirse al ejército de Castro y quedaron merodeando por la sierra desde que éste se había ido al sur, después de la batalla de Navidad. Colton los describe como gente de lo mejor, apegados a la tierra y al trabajo, que no habían querido unirse a los alocados abajeños, ni pelear contra Estados Unidos. Con este acto buscaban comprometer formalmente a las autoridades norteamericanas para que hicieran cesar las depredaciones y protegieran sus propiedades. (105)

Nevin piensa que el secuestro de Bartlett era para canjearlo por el capitán Charles Weber, a quien nos referimos líneas más arriba como "comprador" de caballos.

A finales de diciembre se organizó una expedición para someter a Sánchez y sus rebeldes. La componían alrededor de cien marinos y voluntarios al mando del capitán de navío Ward Marston. Ambas fuerzas se encontraron en Santa Clara el 2 de enero de 1847. En la batalla murieron cuatro californios y fueron heridos cinco. También resultaron lesionados dos norteamericanos.<sup>(106)</sup> Había alrededor de ciento veinte californianos pero los diezmó un cañón que llevaron los anglosajones. Sánchez envió un mensajero con bandera blanca a conferenciar con Marston y, al día siguiente, 3 de enero, los jefes hispano y norteamericano se reunieron para concertar un armisticio en el que se daban seguridades de que jamás volverían a cometer abusos contra los mexicanos. (!!). El 7 llegó un teniente Grayson con la aprobación superior para el convenio que quedó conluido el 8. Sánchez devolvió sus prisioneros y sus armas. Marston volvió a Yerbabuena con su tropa. La guerra en el norte de California estaba concluida.<sup>(107)</sup>

En esta sección hemos visto como se defendieron los californios, con arrojo y bravura, a pesar de que los yanquis los juzgaban "cobardes". Algunos mexicanos creyeron poder triunfar con la ayuda de su Supremo Gobierno. Esto es muy dudoso porque Estados Unidos estaba más cerca, sobre todo de la costa, que ponía a su alcance su magnífica flota.

Sólo la intervención inglesa pudo cambiar el resultado final porque, por una parte, se hallaba la desmedida codicia norteamericana y, por la otra, la extremada debilidad de México que arrastraba años de enfrentamientos internos y externos. En ese preciso momento, su ya de por sí grave situación, estaba empeorada con la amenazante invasión de las tropas de Zachary Taylor. Sin embargo, a pesar de sus enormes problemas, respondió a las peticiones de auxilio y mandó la ayuda que pudo... y que nunca llegó a su destino.

#### c) La invisible ayuda de México.

El viernes 18 de julio de 1845, el diputado Manuel Castañares, quien tenía "californiados" a todos los miembros de las Cámaras de la ciudad de México, según Carlos María Bustamante, pidió al ministro de Guerra que informara al cuerpo legislativo de la clase de medidas tomadas por el gobierno para auxiliar a su departamento. El ministro, José María Tornel, acudió a informar que estaba preparándose una expedición, la más brillante, pero que no sabía el motivo de que no hubiera zarpado hacia su destino y que su buen éxito dependía de un secreto que no podía revelar. Indicó a los representantes populares que diría de que se trataba si ellos se lo pedían, pero éstos le contestaron que no lo

hiciera. (108)

A pesar del secreto del alto funcionario, William Parrot comunicaba al secretario de Estado, James Buchanan, el 5 de agosto de 1845, que en Acapulco embarcaban fuerzas destinadas a California y que el coronel Iniestra, militar educado en Francia, las seguiría. Personas bien enteradas decían que la influencia francesa entraría a California con él y que estaría dirigido por la legación del país galo en la ciudad de México. Parrot informaba que llevaba en su séquito un buen número de franceses. (109)

Pero Iniestra no llegó a California y Carlos María Bustamante nos proporciona la importante noticia de que el general Juan Alvarez, de mano armada, había tomado el armamento que el gobierno mandaba para California, cambiando fusiles y carabinas viejas por el armamento nuevo que (Alvarez) había repartido entre los indios para proseguir su propia guerra. Este comentario data del 8 de noviembre de 1845. En la sesión de la víspera, 7 de noviembre, se leyó en la Cámara la espantosa relación de los crímenes de los indios del sur de México, capitaneados por el general Juan Alvarez quien quería realizar el plan de la federación con crueles asesinatos. El gobierno era culpable de las fechorías de este hombre cuya fama había llegado hasta Francia. Bravo lo había protegido y en pago había quemado su hacienda. Los crímenes del general habían sido descritos por *El amigo del Pueblo*. (110) Bustamante pedía a la Cámara que se indemnizara a Chilapa, arrasada por "la indiada" de Alvarez y que separara a éste de su puesto. Lo exigía públicamente al ministro Riva Palacio, yerno de Guerrero y notorio amigo de Alvarez. (111)

Cuando llegó a México la noticia de la pérdida de California, el diputado Bustamante, justamente indignado, comentó que el golpe se esperaba desde que Alvarez robara a las expediciones que se preparaban en Acapulco. (112)

El enviado de Pío Pico, Covarrubias, pidió ayuda en la capital en abril de 1846. Rindió un informe escrito al ministro de Relaciones Exteriores, Gobernación y Policía, en el que solicitó "se sirvan resolver con la prontitud y actividad que el caso requiere, lo que sea más conducente para libertar aquél Departamento de los riesgos inminentes que le amenazan, asegurar la integridad de su territorio casi invadido ya por el ambicioso Gabinete de Washington (*sic*) y prevenir con tiempo las hostilidades que ya por mar, ya por tierra, puede poner en práctica con facilidad y provecho (*sic*) el Gobo, de los Estados Unidos para apoderarse de aquél fértil, ameno y codiciado territorio". Mencionó su premura por regresar dadas las circunstancias y se puso a las órdenes para ampliar verbalmente detalles a fin de que el Supremo Gobierno dictase las providencias ne-

cesarias. (113)

Evidentemente, se escuchó a Covarrubias y se procuró ayudarlo, con las limitaciones impuestas por las circunstancias. En ese mismo abril de 1846 enviaron a Mazatlán al coronel Rafael Téllez con un batallón que partiría de allí para Alta California. (114) Seguramente querían utilizar otro puerto, para evitar al general Juan Alvarez y sus depredaciones, pero los resultados fueron similares o peores que los de Acapulco. Al llegar a Sinaloa, el militar se dio cuenta de la corrupción existente en la aduana de Mazatlán y de las pingües ganancias que producía a su administradores. Así que se puso a conspirar con el coronel Bonanelli contra el presidente Paredes Arrillaga y el 7 de mayo se pronunció a favor de Santa Anna y se apoderó de la Comandancia General de Sinaloa, expulsando de ese puesto a D. Ignacio Gutiérrez. (115) "Durante ese período se recibían como amigos los buques de guerra americanos que venían al puerto, no obstante el bloqueo con el que estaban hostilizados los demás y principalmente los del golfo, y sin que sirviera de inconveniente al señor Téllez, ni la ocupación de la Alta California, ni las hostilidades rotas en las márgenes del Bravo". (116)

Téllez continuó en la Comandancia del puerto hasta el 7 de septiembre de 1846, pero siguió con el mando en Sinaloa. Los de Mazatlán estaban indignados y furiosos por su comportamiento y alistaron un grupo de seiscientos hombres para protegerse de sus desmanes. Los días 30 y 31 de octubre y 1º de noviembre de ese año, dieron testimonio de su patriotismo defendiendo a unas goletas que eran perseguidas por el enemigo. Por fin, a fines de diciembre, el general Ventura Mora sustituyó a Téllez pero siguieron los líos y pronunciamientos en Mazatlán. (117)

De esta forma, con uno de los principales puertos del Pacífico en manos de un traidor, era muy difícil avituallar las tropas californias, aunque sí se provisionaba a las norteamericanas. Todo en aras del beneficio pecuniario personal, lacra consuetudinaria de muchos funcionarios de todas las épocas, por lo visto.

Existieron otras peticiones de ayuda a México. Algunas sólo se expresaron. Los mensajeros nunca llegaron y, en ocasiones, ni siquiera pudieron salir de California. Es muy dramático el viaje para demandar auxilio que intentó Pfo Pico, acompañado por su secretario D. José Matías Moreno quienes, tras la caída de Los Angeles, salieron hacia México a pedir ayuda.

Moreno, en su relato de la intervención norteamericana en California, fechado en México el 28 de febrero de 1855, (AGNM) nos cuenta que en mayo de 1846

mucha gente de aquél departamento no quería resistir a los invasores anglosajones, por estar desarmada. Algunos pensaban que la región tendría un porvenir lisonjero y grande en manos de los Estados Unidos. Pero otros creían lo contrario y entre ellos se contaba el gobernador Pío Pico, quien en su proclama decía a los californianos: "La nación norteamericana, no puede jamás ser nuestra amiga: ella tiene leyes, religión, idioma y costumbres totalmente opuestas a las nuestras; ella faltando a la más leal amistad que Méjico le prodigara le ha robado el Departamento de Tejas y quiere hacer otro tanto con California". Don Matías relató que juraron darle muerte los malos mexicanos y los residentes norteamericanos porque consideraban que era uno de los principales obstáculos a su entrega a los yanquis.<sup>(118)</sup> Seguramente, esta apreciación de Moreno era exagerada.

El caso es que se reunió con su jefe en su escondite cercano a su rancho de Santa Margarita y partieron a principios de septiembre de 1846 hacia México (ver p. 153 y 154).

Según Bancroft, llegaron a Baja California el 7 de septiembre. Partieron rumbo a Sonora, por el río Colorado, y los interceptó la caballería de Frémont, por lo que se ocultaron 27 días. Luego, arribaron a San Diego y fueron perseguidos por los norteamericanos y los traidores Santiago E. Argüello y Pedro C. Carrillo hasta que llegaron a Baja California norte. Recorrieron trescientas leguas de un desierto fragoroso y llegaron a Mulegé. De ahí embarcaron hacia Guaymas en una pequeña lancha que corría graves peligros a causa de los muchos barcos de guerra que había en esas aguas. En Guaymas enfermó Pico de gravedad y comisionó a Moreno para que se acercara al Supremo Gobierno, comunicara lo ocurrido en Californias y pidiera auxilio.<sup>(119)</sup> Relata D. Matías: "Salí de Guaymas en un pequeño buque con escala en Mazatlán, el 4 de enero de 1847; arribé a San Blas con grandes peligros". Finalmente, alcanzó Tepic y se entrevistó con el general Anastasio Bustamante, jefe de la división de Occidente, que abarcaba los departamentos de Sonora, Sinaloa y las Californias. Bustamante ordenó que se le auxiliara en San Blas y envió los informes de la caída de California a la ciudad de México.

Moreno consideró que podría ser más útil en México y trató de alistarse en el ejército de Bustamante, sin conseguirlo, por lo que permaneció en Tepic oyendo el ruido de las batallas cercanas. Fueron y vinieron cartas pidiéndole que viajara a México, a informar personalmente. Los acontecimientos no lo permitieron y, finalmente, partió del actual Nayarit el 16 de junio de 1847, cuando ya el general Winifield Scott se encontraba en Puebla, preparando su ejército.

to para la embestida final contra la capital.

Moreno decidió volver a Guaymas, a donde llegó el 1º de julio. Todavía se encontraba allí Pío Pico, sin dinero, ni saber que hacer. Así que Moreno continuó solo hasta la California ocupada. Pero al pasar por Mulegé se encontró con que el Jefe Político y Comandante de esa plaza, coronel Francisco Palacio Miranda, la había entregado y rendido su persona, por lo que lo maldecían los habitantes de ese lugar. Entonces, José Matías Moreno convocó a una junta de notables, a quienes armaron las Comandancias Generales de Sonora y Sinaloa con cien fusiles, pólvora, plomo y un cañón. Así, se creó un batallón con civiles que seguían defendiendo Baja California cuando la ciudad de México ya estaba en poder de los estadounidenses. Esos patriotas bajacalifornianos, al mando de Moreno, querían defender la mayor cantidad posible de territorio porque aún no se firmaban los tratados de paz y eso daría a su patria una posición mejor en las negociaciones.<sup>(120)</sup> Queda con esto, demostrado el valor de los mexicanos que no se rindieron por cobardía sino porque su enemigo era más poderoso.

Roa da los siguientes datos: el Ejército del Oeste, a las órdenes del general Kearny, cuyo cuartel estaba en el fuerte Leavenworth, en Kansas, y que ocupó Nuevo México en primer lugar, había recibido hasta septiembre de 1847 los siguientes suministros: 459 caballos; 3,658 mulas; 1,556 carros y 516 monturas. Además, 14,909 reses para comer. Esto no incluía lo que se había ido adquiriendo por el camino. No era excesivo el consumo de este cuerpo de ejército de 2,000 hombres<sup>(121)</sup> si lo comparamos con el del Batallón de California, en su marcha a pie, del norte al sur de la provincia, iniciada en octubre de 1846: llevaban consigo un hato de reses y mataban diariamente trece animales para el consumo de cuatrocientas veintiocho personas. Un atónito observador comentó que comían alrededor de cinco kilogramos diarios por cabeza.<sup>(122)</sup>

Ya supimos que las tropas de Kearny permanecieron, en su mayoría, en Nuevo México. Pocos marcharon con él a California para reunirse con Stockton. También a éste le habían aumentado la flota. La marina de guerra de Estados Unidos, cuyo personal era de 7,500 hombres en tiempos normales, por una disposición del 10 de agosto de 1846, creció a 10,000. Stockton había recibido el incremento que le correspondía.<sup>(123)</sup> Para diciembre de 1846 contaba con unos quinientos hombres, que se unieron a los cien dragones de Kearny para el ataque final.<sup>(124)</sup>

El ejército del Oeste, bajo Kearny, tenía ocho compañías de dragones, nueve

de voluntarios a caballo, dos de voluntarios de artillería, mil ochocientos hombres de a pie con sus piezas respectivas.

Con el coronel Richard B. Mason, que llegó en febrero de 1847, iban doscientos cincuenta y cinco regulares y ochocientos tres voluntarios. También hay que contar a los miembros de dos Batallones: el de mormones y el de voluntarios de Nueva York. El primero participó muy al final de las hostilidades, los otros llegaron casi inmediatamente después de consumada la invasión. Era imposible ningún levantamiento posterior a enero de 1847.

Vimos lo difícil que era reunir voluntarios californianos, armas y demás. Lo mismo que en el resto del territorio mexicano, las fuerzas norteamericanas fueron abrumadoramente superiores en número, armamento, aprovisionamiento y demás. Recogían la frase de Napoleón Bonaparte de que las guerras se ganan con "... dinero, dinero y más dinero". Para la guerra comenzada en 1846 se alistaron 60,000 hombres y costó a Estados Unidos 150 millones de dólares. (125)

Polk quería que se le pagara esta suma con territorio, aunque él había provocado la conflagración. Lo logró.

Roa Bárcena cita unas declaraciones del famoso senador Thomas Hart Benton, el suegro de Frémont. Las reprodujo J.A. Spencer en su *Historia de los Estados Unidos*. Dijo Benton: "Por el territorio adquirido sólo se pagaron 20 millones de duros, mientras que los datos estadísticos demuestran que el total de gastos para el sostenimiento del ejército y la armada y las pensiones concedidas, no excedió de "ciento cincuenta millones"... Lo que más debe lamentarse es que tal guerra costara tanta sangre..." (126)

Este gasto y la pérdida de soldados hizo impopular a Polk ante la opinión pública de su país. El pueblo norteamericano era tan expansionista como su presidente. Pero comenzaron a rasgarse las vestiduras e hicieron a un lado su candidatura para las siguientes elecciones, a pesar de que había obtenido, para su nación, un territorio bastante más grande que el que dejaron los fundadores de Estados Unidos.

#### d) El imperio contraataca.

Dejamos a Kearny y sus hombres recibiendo el auxilio de Stockton tras su derrota en San Pascual, el 11 de diciembre. Al día siguiente llegaron a San Diego, donde se repusieron, curaron sus heridas y comenzaron a prepararse para la retoma de Los Angeles, al igual que los marinos del comodoro.

El 28 de diciembre, la tropa de alrededor de 600 hombres partió y avanzó sobre la capital de California. Llevaban en diez carretas de bueyes su equi-



paje que consistía, principalmente, en armas y municiones. Hacía frío y los soldados iban mal vestidos y peor calzados. Obtenían caballos y la mayor parte de su alimento por el camino. (126) El último día de 1846 acamparon en San Bernardo y las noches sucesivas en Buenavista, San Luis Rey y Las Flores. Recibieron noticias de que Frémont se aproximaba a Los Angeles desde el norte y que Andrés Pico, con seiscientos lanceros, había partido a su encuentro.

Al salir de Las Flores, el 4 de enero, encontraron a tres hombres con una bandera blanca y una comunicación del gobernador interino, general José María Flores. Este les pedía se aguardara la confirmación del rumor de que se había firmado el armisticio entre México y Estados Unidos, para evitar más derramamiento de sangre. Stockton se negó a tratar con él porque, según adujo, había roto su promesa de no atacarlos jamás, cuando se rindió en agosto. Era un hombre sin honor que sería fusilado como rebelde en cuanto lo atraparan. -Gillespie rompió la suya, exactamente igual, y no le pasaba nada-. Uno de los tres mensajeros se llamaba William Workman y había guiado al ejército de Estados Unidos hasta San Juan Capistrano porque quería tratar de convencer a Stockton de que ofreciera amnistía a todos los californios, con la condición de que Flores se rindiera y entregara. (128)

Los estadounidenses acamparon el 5 de enero en Los Alisos, el 6, en Santa Ana y el 7, en Los Coyotes, donde se recibieron informes acerca de Flores de quien no se había sabido nada en concreto. Los californios resistían en el río San Gabriel. Se avistaron algunos jinetes mexicanos haciendo demostraciones hostiles. La información de John Forster, explorador del ejército de Stockton, seguramente hizo que los anglos cambiaran su ruta. En lugar de atravesar por el vado más bajo, cruzaron la corriente por otro punto. Luego se supo que Ramón Carrillo, quien quería abandonar a Flores pero tenía miedo porque también había roto la promesa dada al ser liberado en agosto, informó que los californios estaban bien parapetados y colocados por el camino bajo. (129)

Con estos datos, Stockton prefirió llevarlos por el paso Bartolo. Se acercó después del mediodía al río San Gabriel y encontró al enemigo en la orilla opuesta, la noroeste. Flores apostó sus hombres, unos quinientos, en una altura de unos quince a veinte metros y a una distancia de unos cuatrocientos o seiscientos metros del agua. Emplazó sus dos cañones de cuatro kilos y estacionó a dos escuadrones de lanceros a la derecha. Estaban dirigidos, respectivamente, por Andrés Pico y Manuel Garfias. Unos metros al sureste había otro escuadrón comandado por José Antonio Carrillo, a mucha mayor distancia de la corriente fluvial.

El ejército de Stockton se detuvo a unos cuatrocientos metros del río para hacer sus últimos preparativos y, de inmediato, se arrojó contra los californios. El informe oficial del comodoro estuvo exagerado, como de costumbre, para Bancroft, porque dijo que sus fuerzas cruzaron la corriente de agua bajo un continuo tiroteo enemigo que no les hizo mella porque la pólvora era muy mala. Un ataque continuo habría arrojado muchas más bajas.<sup>(130)</sup> El enemigo abrió fuego cuando los yanquis se hallaban a mitad del río. Se ordenó que cruzara la artillería norteamericana para que se la colocara del mismo lado de la ribera en que estaban los mexicanos. Entonces, Stockton, de indudable valor personal, se lanzó gritando "Nueva Orleans", para recordar a sus soldados que ese día era el aniversario treinta y dos de la batalla de ese nombre, ganada por el gran héroe de los expansionistas: Andrew Jackson. Los estadounidenses llevaban una formación de cuadrado con vacío en el centro, que parece era la más conveniente para enfrentar jinetes tan diestros como los californios. Después de un par de rondas de tiros, los mexicanos corrieron hacia Los Angeles, en confusión. La batalla de San Gabriel había durado 90 minutos. Hubo dos muertos por bando y varios heridos.<sup>(131)</sup>

Las fuerzas de Flores estaban descorazonadas y no habían presentado una pelea brava. Sus cargas de caballería fueron menos violentas que en otras ocasiones. Existían muchas envidias y disensiones en las filas mexicanas y esto perjudicó los planes de Flores para conformar guerrillas que hostigaran a los norteamericanos. Las diferencias fueron enfriando el entusiasmo. La carta que Flores mandó a Stockton era una triquiñuela para ganar tiempo, dado que los californianos acantonados cerca de San Fernando, esperaban que Frémont llegara antes, desde el norte. Pero se enteraron del rápido avance de Stockton y Flores los apostó en la Jabonera, un sitio que dominaba el camino por donde debían pasar el comodoro y sus hombres. El 8 de enero, temprano, las avanzadas notificaron el desvío de los yanquis, con lo que se perdió la ventaja alcanzada. Ya sabemos que por culpa del delator Ramón Carrillo, por lo tanto, tuvieron que moverse hasta el Paso Bartolo, a donde llegaron poco antes que sus enemigos.<sup>(132)</sup> El desempeño de la gente de Flores fue desanimado, parecían vencidos de antemano y huyeron. Muchos aguantaron en la Cañada de Los Alisos, cerca del camino principal a Los Angeles, después del encuentro en el río San Gabriel. Bastantes de ellos habían desertado pero los que quedaron se avergonzaban de su pobre actuación y decidieron hacer frente de nuevo al ejército de Stockton, que reanudó su marcha hacia la capital del departamento el 9 de enero, a eso de las 9 de la mañana. Cuando se dió cuenta de que unos tres-

cientos hombres de Flores lo esperaban, tomó la llanura, en vez de irse por el camino principal. Los californianos lo alcanzaron y comenzaron a disparar su cañón. La artillería norteamericana respondió al fuego enemigo. Este duelo duró varias horas y la tropa de Stockton marchaba con suma dificultad. Continuaban avanzando con la formación de cuadro hueco, de modo que un par de ataques de la caballería mexicana volvió a dejarlos indemnes porque no lograron romper su columna.<sup>(133)</sup> Esta batalla, realizada en el campo de La Mesa, terminó alrededor de las cuatro de la tarde. Flores perdió un hombre y tuvo varios heridos. Stockton reportó cinco víctimas. Continuó hacia el río Los Angeles y acampó en su rivera derecha, a unos cinco kilómetros de la ciudad. A la mañana siguiente, 10 de enero, el mismo workman, que les había encaminado los días anteriores, acompañado por otros dos mexicanos, llegó con bandera blanca a interceder por los angeleños. Aseguraron a Stockton que no hallaría resistencia y se les prometió buen trato para la población civil. De todas formas, los yanquis se acercaron con cautela y entraron en Los Angeles alrededor del mediodía. Hallaron la ciudad con banderas de colores y música que les daba la bienvenida. Muchos granjeros se habían retirado a sus ranchos y algunos borrachos lanzaron insultos pero no hubo incidentes mayores.<sup>(134)</sup> Se premió a Gillespie dejándolo izar la bandera de las barras y las estrellas que se había arriado hacía casi cuatro meses, por sus errores. Los Angeles volvía a estar en manos de los norteamericanos. Esta vez, definitivamente. La paz regresó paulatinamente a la plaza. Sólo era turbada por los escándalos de algunos soldados-marinos ebrios. Poco a poco, retornaron del campo los habitantes de la capital.<sup>(135)</sup>

Frémont había partido de Monterrey con su batallón de cuatrocientos veintiocho miembros, a principios de octubre. No había llegado porque quiso llevarlos por la Cuesta de Santa Inés, al parecer para evitar al enemigo -que era casi inexistente- Sus críticos le reprochaban haber elegido esta ruta en vez de ir por el Paso Gaviota, que era menos espectacular. En Santa Inés encontraron un clima execrable, los caballos resbalaban y muchos se ahogaron en los torrentes que bajaban desde la altura.<sup>(136)</sup> El día de Navidad de 1846, llegaron a la cima de las montañas que bordean Santa Bárbara y descendieron allí, en medio de una tormenta que cegaba a hombres y bestias. Frémont comentó, tiempo después, que con ese diluvio se borró todo rastro de la senda. Como sea, logró llegar a Santa Bárbara, a la que tomó sin disparar un tiro<sup>(137)</sup> y donde descansó alrededor de una semana. El 3 de enero partió de esa población para reunirse con Stockton y ayudarlo en la reconquista de Los Angeles,

desde el norte. (138) Pero llegó tarde para el ataque y el 14 de enero entraba en Los Angeles con cuatrocientos de los integrantes del Batallón de California, bajo una tupida lluvia y con la sorpresa, para Stockton y Kearny, de un Tratado de Paz que había firmado con los californios el día anterior, en Cahuenga. (193)

La lentitud de la marcha de Frémont resulto ser un factor que se tornó en su favor. No en balde, Bancroft lo calificaba de hombre con suerte. Llegó a San Fernando el día siguiente de la retoma de Los Angeles, es decir, el 11 de enero. Cuando pasaba por el llano encontró a dos californios que le informaron de la derrota de Flores y la caída de Los Angeles, el día anterior. Mas adelante, se cruzó con un francés que le llevaba una nota enviada por Kearny. A mediodía, ocupó la misión de San Fernando y por la noche de ese día 11 llegó al lugar Jesús Pico, uno de los oficiales de Flores. Parece que se le arrestó pero, pocas horas después, se le envió al campamento de lo que quedaba del ejército de Flores. (140)

Después de la batalla de La Mesa, el 9 de enero, muchos californianos se dispersaron. Flores puso en libertad a Larkin y otros yanquis antes de partir de Los Angeles. La resistencia había terminado y los mexicanos combatientes se hallaban en los ranchos de San Pascual y el de Los Verdugos. En este último se reunieron alrededor de cien de ellos el día 11, para decidir qué harían. Por eso mandaron a Pico con Frémont. Allí mismo se acordó que Flores abandonara California y partiera rumbo a Sonora esa misma noche. Antes de marchar, delegó su mando en Andrés Pico. (141) La cabeza que Stockton quería era la de Flores y no faltaría un traidor que lo entregara, así que era mejor que regresara a Mexico.

En seguida, Jesús Pico, acompañado por Francisco de la Guerra y Francisco Rico, fue a ver a Frémont para establecer las condiciones de las pláticas. Se les recibió bien. Los mexicanos sabían que sería mucho más fácil entenderse con Frémont que con Stockton. Se resolvió que las negociaciones se llevaran a cabo en Cahuenga, el 13 de enero. Por el lado mexicano fueron comisionados José Antonio Carrillo y Agustín Olvera y por el norteamericano, el mayor P.B. Reading, el mayor William H. Russell y el capitán Louis Mac Lane. Los términos del tratado se redactaron en inglés y español antes del 12 por la noche. La mañana del 13 firmaron el documento Frémont y Andrés Pico. De inmediato, Russell partió con el escrito y una carta para el general Kearny, a Los Angeles. (142)

El tratado estipulaba la capitulación de los californianos, a los que

se otorgaba el perdón por sus actividades hostiles del pasado. Quedaban en libertad para volver a casa, luego de entregar sus armas públicas -dos cañones y seis mosquetes- y de prometer que nunca volverían a rebelarse. Se les garantizó protección y todos los privilegios de los ciudadanos norteamericanos, sin que tuvieran que hacer un juramento de lealtad. Bancroft opinó que hasta Flores pudo acogerse a esta amnistía. (143)

Al parecer, a Stockton le hizo poca gracia que Frémont realizara el tratado y pretendió desaprobado las condiciones, por lo que, supuestamente, se le agregó un apéndice en el que se aclaraba que el tratado lo había realizado el Coronel Frémont porque se hallaba más cerca de las tropas mexicanas que querían rendirse. (144) La conquista de California había terminado.

El heroico general José María Flores y Manuel Castro se dirigieron a Sonora desde San Bernardino, el 12 o 13 de enero, junto con ochenta hombres. Pero, después de reflexionar sobre las dificultades de la huida, más de la mitad de los hombres decidió regresar a su hogar. Así que a Flores y Castro únicamente les acompañaron alrededor de treinta soldados, la mayoría de los cuales eran sonorenses y mexicanos. Entre ellos iban algunos oficiales, como Garfias, Juan y Tomás Soberanes, Francisco Limón y Diego Sepúlveda, probablemente. Se dijo que en el terrible viaje por el desierto había muerto el alférez Limón. En el camino fue quedando gente, a la que Flores mandó provisiones el 2 de febrero, al llegar a Zoñi, después de cruzar la Papagueería por Sonoita. El 5 de febrero escribió a Cuesta, el gobernador de Sonora y al vice-gobernador Redondo, informándoles lo sucedido y su situación: "Con una porción de mis desgraciados compañeros de armas he arribado a las fronteras de este Estado buscando un auxilio contra el infortunio y la desventura", escribió Flores y agregó que habían resistido cuatro meses con honor en una lucha desigual. Sin elementos para continuar la guerra habían tenido que abandonar sus familias para no recibir el oprobioso yugo de los invasores. Informaba de la ocupación de Los Angeles, el 10 de enero, y de las últimas batallas de Bartolo y Campo de La Mesa. Relató su huida e informó de los oficiales que debió dejar en el camino "para buscar en la generosidad de estos compatriotas y en la consideración del gobierno y comandancia general de este Estado, un alivio a las necesidades de aquellos desdichados, dignos de mejor suerte... señor gobernador... si no por la justa consideración que se merecen unos tan leales servidores de la República, a menos en obsequio de la humanidad y por compasión que a todo hombre debe inspirarle la desgracia de su semejante, se digne proporcionarme violentamente algunos

recursos para salvar la vida de mis desgraciados compañeros... vienen pie a tierra y descalzos".

Carlos María Bustamante comenta: "El gobernador de Sonora, D. Fernando de la Cuesta, que sin duda es, o un estúpido, o un monstruo de crueldad, respondió fríamente, 'Que no podía darles auxilio'". El vicepresidente en funciones de presidente, Valentín Gomez Farías mandó que se les socorriese de inmediato y con abundancia. (147)

## NOTAS TEXTUALES Y DE APOYO

### Capítulo 4.

- 1) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 195. Nota.- En este capítulo, la principal fuente de información es este próspero empresario e historiador que comenzó coleccionando libros sobre California para luego continuar con los que trataban de las regiones adyacentes: Oregon, Washington, Nevada, Baja California y de aquellos que poseían las raíces californianas, como México y Centro América. Adquirió mapas, manuscritos, fotos, dibujos, folletos y libros. Posteriormente, añadió colecciones hemerográficas. Compró bibliotecas importantes, como la Andrade que tenía papeles que databan del siglo XVI; la de Squier, que tenía volúmenes de la biblioteca de Alexander von Humboldt; la de José Fernando Ramírez, ministro de Maximiliano que le costó 30 mil dólares, pero él consideraba valía un millón. Construyó un edificio para su biblioteca que tenía alrededor de 60 mil volúmenes a principios de siglo. También utilizó su material para escribir. Formó un equipo de alrededor de 20 personas para hacer los índices y luego estructurar sus historias. *Las obras completas de H.H. Bancroft* están comprendidas en 38 volúmenes donde se encuentran leyendas prehispánicas de los quichés, aztecas, incas y su historia. También de las regiones limítrofes de California. Salta a la vista la importancia de este material para cualquiera que desee tocar el tema de California. En 1905 se transfirió la biblioteca Bancroft a la Universidad de Berkley, California y se ha seguido aumentando su acervo.
- 2) *Ibidem.* p. 195.
- 3) *Ibidem.* p. 224.
- 4) *Ibidem.* p. 203.
- 5) *Ibidem.* p. 204.
- 6) NEVIN. *Op. cit.* p. 105.
- 7) ROA BARCENA. *Op. cit.* p. 241.
- 8) BROWN E. *Op. cit.* p. 37.
- 9) NEVIN. *Op. cit.* p. 106.
- 10) Nota.- Los "Osos" eran temidos porque habían exterminado a los indios Klamath, encerrado a Mariano G. Vallejo y sus acompañantes en el

fuerte Suter y asesinado al anciano Berreyesa y a sus sobrinos nietos Haro. Episodio que se revisará en páginas posteriores en este mismo capítulo. Robaban mucho.

- 11) NEVIN. *Op. cit.* p. 106
- 12) WATKINS. *Op. cit.* p. 62.
- 13) PRICE. *Op. cit.* pp. 83, 84.
- 14) NEVIN. *Op. cit.* p. 106.
- 15) *Ibidem.* p. 106.
- 16) WATKINS. *Op. cit.* p. 67.
- 17) NEVIN. *Op. cit.* p. 108.
- 18) WATKINS. *Op. cit.* p. 67.
- 19) BANCROFT. *Op. cit.* p. 257.
- 20) *Ibidem.* pp. 257, 258.
- 21) *Ibidem.* p. 258.
- 22) WATKINS. *Op. cit.* p. 67.
- 23) PRICE. *Op. cit.* pp. 108, 109.
- 24) *Ibidem.* p. 107.
- 25) WATKINS. *Op. cit.* p. 67.
- 26) BANCROFT. *Op. cit.* p. 248.
- 27) *Ibidem.* p. 51.
- 28) *Ibidem.* pp. 261, 262.
- 29) *Ibidem.* p. 262.
- 30) *Ibidem.* p. 265.
- 31) *Ibidem.* p. 266.
- 32) *Ibidem.* pp. 268, 269.
- 33) *Ibidem.* p. 270.
- 34) *Ibidem.* p. 272.
- 35) *Ibidem.* p. 272.
- 36) *Ibidem.* p. 273.
- 37) *Ibidem.* p. 275.
- 38) *Ibidem.* p. 278.
- 39) *Ibidem.* p. 278.
- 40) NEVIN. *Op. cit.* p. 108
- 41) BANCROFT. *Op. cit.* p. 283.
- 42) *Ibidem.* p. 284.
- 43) STOCKTON, Robert. (*Informe dirigido a William Mervine el 19 de septiembre de 1846. cit. en Bancroft. Op. cit. p. 303. Traducción del*



inglés, nuestra).

- 44) BANCROFT. *Op. cit.* p. 284.
- 45) WATKINS. *Op. cit.* p. 67.
- 46) BANCROFT. *Op. cit.* p. 306.
- 47) NEVIN. *Op. cit.* p. 111.
- 48) BANCROFT. *Op. cit.* p. 308.
- 49) *Ibidem.* p. 309.
- 50) *Ibidem.* p. 171.
- 51) PITT. *Op. cit.* p. 30.
- 52) ACUNA. *Op. cit.* p. 132.
- 53) PITT. *Op. cit.* p. 30.
- 54) BANCROFT. *Op. cit.* p. 160.
- 55) *Ibidem.* p. 171.
- 56) PITT. *Op. cit.* p. 31.
- 57) *Ibidem.* p. 173.
- 58) ALCARAZ, *et al.* *Op. cit.* p. 356.
- 59) *Ibidem.* p. 356.
- 60) BANCROFT. *Op. cit.* pp. 309, 310.
- 61) *Ibidem.* p. 312.
- 62) *Ibidem.* pp. 313, 314.
- 63) *Ibidem.* p. 315.
- 64) ALCARAZ, *et al.* *Op. cit.* p. 356.
- 65) NEVIN. *Op. cit.* p. 114.
- 66) BANCROFT. *Op. cit.* p. 316, 317.
- 67) *Ibidem.* pp. 317, 318.
- 68) *Ibidem.* p. 318.
- 69) WATKINS. *Op. cit.* p. 67.
- 70) BANCROFT. *Op. cit.* p. 319.
- 71) *Ibidem.* pp. 319, 320.
- 72) *Ibidem.* p. 320.
- 73) *Ibidem.* pp. 321, 322.
- 74) *Ibidem.* p. 323.
- 75) *Ibidem.* pp. 324, 325.
- 76) *Ibidem.* p. 361.
- 77) BUSTAMANTE. *Op. cit.* pp. 12, 252.
- 78) BANCROFT. *Op. cit.* p. 364.

- 79) *Ibidem.* pp. 367, 368.
- 80) *Ibidem.* p. 369.
- 81) *Ibidem.* p. 370.
- 82) WATKINS. *Op. cit.* p. 67.
- 83) ROA BARCENA. *Op. cit.* p. 229.
- 84) NEVIN. *Op. cit.* p. 115.
- 85) *Ibidem.* p. 115.
- 86) BANCROFT. *Op. cit.* p. 354.
- 87) *Ibidem.* pp. 341, 342.
- 88) *Ibidem.* p. 342.
- 89) *Ibidem.* p. 343.
- 90) *Ibidem.* p. 344.
- 91) *Ibidem.* p. 345.
- 92) *Ibidem.* p. 346.
- 93) *Ibidem.* p. 346, 347.
- 94) ALCARAZ. *et al. Op. cit.* p. 360.
- 95) BANCROFT. *Op. cit.* pp. 348 a 351.
- 96) ALCARAZ. *et al. Op. cit.* p. 360.
- 97) BANCROFT. *Op. cit.* p. 331.
- 98) ALCARAZ. *et al. Op. cit.* p. 360.
- 99) BANCROFT. *Op. cit.* p. 333.
- 100) *Ibidem.* p. 355.
- 101) *Ibidem.* pp. 356, 357.
- 102) *Ibidem.* p. 378.
- 103) COLTON, Walter. *Colton's Three years.* p. 155, *cit. en Bancroft. Op. cit.*  
p. 378.
- 104) BANCROFT. *Op. cit.* p. 379.
- 105) *Ibidem.* p. 379.
- 106) NEVIN. *Op. cit.* p. 115.
- 107) *Ibidem.* p. 115.
- 108) BUSTAMANTE. *Op. cit.* p. 41.
- 109) BOSCH G. *Documentos de la ...* p. 131. (Doc. 195).
- 110) BUSTAMANTE. *Op. cit.* p. 67.
- 111) *Ibidem.* p. 68.
- 112) *Ibidem.* p. 188.
- 113) COVARRIBUAS, Ignacio M. *Informe al Ministro de Relaciones... dado en*

México en abril de 1846. Fs. 23 adscrito a exp. 24. *Loc. cit.* p. 1, lv.

- 114) ALCARAZ, *et al.* *Op. cit.* p. 370.
- 115) *Ibidem.* p. 372.
- 116) *Ibidem.* p. 372.
- 117) *Ibidem.* p. 373.
- 118) MORENO, José Matías. *Relato de la intervención norteamericana en Californias.* México, febrero 28 de 1885. Sección 2a. f. 3. Ramo Jefes Políticos expediente núm. 62 de AGNM. Ramo: G. Caja 316. DHBC. p. 3, 3v.
- 119) *Ibidem.* p. 3v.
- 120) *Ibidem.* pp. 4, 4v, 5.
- 121) ROA BARCENA. *Op. cit.* p. 44.
- 122) NEVIN. *Op. cit.* p. 118.
- 123) ROA BARCENA. *Op. cit.* p. 47.
- 124) NEVIN. *Op. cit.* p. 120.
- 125) BULNES. *Op. cit.* p. 149.
- 126) ROA BARCENA. *Op. cit.* p. 52.
- 127) BANCROFT. *Op. cit.* p. 386.
- 128) *Ibidem.* p. 387.
- 129) *Ibidem.* p. 388.
- 130) *Ibidem.* pp. 392, 393.
- 131) NEVIN. *Op. cit.* p. 118.
- 132) BANCROFT. *Op. cit.* p. 389, 390.
- 133) *Ibidem.* p. 395.
- 134) *Ibidem.* pp. 396, 397.
- 135) *Ibidem.* p. 398.
- 136) *Ibidem.* p. 376.
- 137) NEVIN. *Op. cit.* p. 118.
- 138) BANCROFT. *Op. cit.* p. 399.
- 139) NEVIN. *Op. cit.* p. 119.
- 140) BANCROFT. *Op. cit.* p. 402, 403.
- 141) *Ibidem.* p. 403.
- 142) *Ibidem.* p. 404.
- 143) *Ibidem.* p. 405, 406.
- 144) *Ibidem.* p. 407.
- 145) *Ibidem.* pp. 407, 408.
- 146) *Ibidem.* p. 408.
- 147) BUSTAMANTE. *Op. cit.* pp. 226, 227.

## EPILOGO.

Se han revisado los acontecimientos. Unos heroicos, otros ruines, algunos inteligentes, varios absurdos, que llevaron a México a la pérdida del territorio de Alta California. Esta se concretaría legalmente el 2 de febrero de 1848, fecha de la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo.

A California llegó la noticia de este suceso el 6 de agosto de 1848, diecinueve meses después de la ocupación total del territorio por las tropas estadounidenses. El tratado se ratificó en Washington el 10 de marzo y en Querétaro el 30 de mayo. Esta noticia fue anunciada jubilosamente por el gobernador Richard Mason, el 7 de agosto. Prometió a los mexicanos protección para ellos y sus propiedades y les garantizó el libre ejercicio de su religión, entre otras cosas. (1)

En esos diecinueve meses habían ocurrido cosas en ese departamento. A partir de la firma de los tratados de Cahuenga, en enero de 1847, se inició una desavenencia entre el general Stephen Watts Kearny y el comodoro Robert F. Stockton. El primero había recibido órdenes directas de Washington, en junio de 1846 para encabezar un gobierno militar que se establecería en la zona ocupada. Pero el segundo decidió imponer un gobierno civil porque él era el conquistador y, además, estaba esperando respuesta a las cartas que había mandado a la capital de Estados Unidos, antes de la llegada de Kearny. De manera que el 16 de enero -tres días después de Cahuenga- nombró a John Charles Frémont gobernador civil de California y secretario de estado a Robert E. Russell. Dispuso que tomaran posesión de sus cargos el 19 de ese mes, fecha en la que el comodoro abandonaría el territorio. Junto con ellos, designó un Consejo de Gobierno compuesto por siete miembros: Mariano Guadalupe Vallejo, David Spence, Juan Bautista Alvarado, Thomas O. Larkin, Elijah Grimes, Santiago Argüello y Juan Bandini, a quienes convocó para una junta en Los Angeles el 1<sup>o</sup> de marzo. Stockton acudió a esa cita pero nunca hubo una reunión del grupo. Varios de los nombrados declinaron el honor porque había un clima general de insatisfacción e inestabilidad. (2) Además, ese Consejo era inútil para el gobierno militar que justamente se estaba proclamando ese 1<sup>o</sup> de marzo.

El 22 de enero, el comodoro W. Branford Shubrick reemplazó a Stockton como jefe de la escuadra del Pacífico. El general Kearny fue a Monterrey a encontrarse con él y lo descubrió dispuesto a secundarlo en las órdenes reci-

bidas de Washington. Reprobó la actitud de Stockton, quien había ignorado la autoridad del militar. <sup>(3)</sup> Kearny no había podido cumplir con los planes de su gobierno porque tenía menos hombres que Stockton y Frémont. Iba a pedir refuerzos cuando se enteró de la llegada del Batallón de Mormones, que se puso a su servicio. <sup>(4)</sup>

El 12 de febrero de 1847, llegó a San Francisco el coronel Richard B. Mason, del Primer Batallón de Dragones, quien traía instrucciones de Washington, fechadas el 3 y 5 de noviembre de 1846, en las que se indicaba, tanto a Kearny como a Stockton, que el primero sería gobernador militar de la provincia que mantendría su misma estructura administrativa y no cambiaría de funcionarios hasta que se dilucidara si su posesión quedaría en forma permanente y legal para Estados Unidos. <sup>(5)</sup> También se indicaba que el Coronel Mason sustituiría a Kearny cuando este volviera a Missouri, cosa que había solicitado desde el mes de enero de ese año.

El comandante naval quedaría para vigilar las fuerzas marinas, el movimiento marítimo comercial, la entrada de los puertos, es decir, lo relativo a su propia función. No tendría injerencia alguna en el gobierno del territorio. Shubrick acató las órdenes y el 1<sup>o</sup> de marzo, unido con Kearny, emitió una circular conjunta, por medio de la cual, el general asumía la gubernatura y nombraba a Monterrey, capital del territorio. <sup>(6)</sup> Kearny lanzó otra proclama, en inglés y en español, prometiendo garantías a los intereses de todos los habitantes, a quienes hacía concebir esperanzas de que muy pronto obtendrían todos los derechos y privilegios correspondientes a los ciudadanos norteamericanos. Se ignoraba el gobierno civil impuesto por Stockton. California era una provincia conquistada y debería gobernarla un comandante militar. Esta disposición resultó un verdadero acierto. El ejército procuró conservar lo que ya existía, en lugar de destruirlo, durante su administración que perduró hasta abril de 1849. El general Bennet Riley fue el tercero y último gobernador militar de California. <sup>(7)</sup> Tanto Pitt como Bancroft elogian la actuación de los uniformados.

Por el momento, la posición de estos se reforzó con la llegada a San Francisco, por esas fechas, del Batallón de Voluntarios de Nueva York. Kearny escribía, así mismo, el 15 de marzo, que los californios se hallaban en paz y que él pretendía que así se conservaran porque los trataría suave y gentilmente. Pensaba que sus rebeliones tenían como origen el que "abusaron de ellos cruel y vergonzosamente... los voluntarios, nuestra propia gente (emigrantes norteamericanos) reunidos en esta parte del país y en el Sacramento". El general terminaba esta misiva declarando que si los californios no se hubieran su-

blevado y resistido no habrían merecido llamarse hombres. (8)

Al quedar formado el gobierno militar en Monterrey, debía ponerse en claro cual era la situación de Frémont, quien había tomado la comoda actitud de permanecer como gobernador hasta que se dilucidara quien tenia mas autoridad, Kearny o Stockton, porque él y su Batallón habfan jurado lealtad al último y entrado en combate bajo sus órdenes. Era a él a quien debían obediencia. (9) Frémont fue reconocido como gobernador alrededor de cincuenta días pero parece que su autoridad real no abarcaba mas allá del distrito de Los Angeles, donde tenfa su residencia.

El capitán H. S. Turner partió de Monterrey el 1º de marzo para llevar a Frémont la circular firmada por Kearny y Shubrick, con el fin de que acatará las disposiciones de Washington. Entre otras cosas, el gobierno central ordenaba que se reuniera a todos los integrantes del Batallón de California, de inmediato, y se les llevara a Yerbabuena (San Francisco. Adquirió este nombre el mismo año de 1847 por un decreto de su alcalde, Washington A. Bartlett) para que licenciaran a los que aún continuaban en servicio. Gillespie debía presentarse, enseguida, con el jefe de su unidad, en Washington, y el teniente coronel Cooke, que había conducido a los mormones, quedaba a cargo del comando militar del sur. (11) Esto significaba el desmantelamiento del cuerpo que apoyaba a Frémont y Stockton. El antiguo explorador prometió obedecer la circular pero no lo hizo más que en lo que se refería a la convocatoria para los voluntarios de California, a los que se indicaba que debían reunirse para ser licenciados, cosa que ninguno quiso hacer.

Frémont comunicó esta negativa a Cooke y le indicó que, en su opinión, no era el momento oportuno para deshacer el Batallón porque corrían rumores de rebelión. Bancroft piensa que había paz y que aquellos rumores los habfan propalado Fremont y sus seguidores. (12) A uno de ellos, el capitán Richard Owens, que tenía a su cargo la guarnición de San Gabriel, le ordenó que no obedeciera a ningún otro superior y que no entregara ni armas, ni municiones públicas. (13) Semanas más tarde, una copia de esta comunicacion cayó en poder de Kearny. Quedaba demostrada la insubordinación de Frémont. (14) Además, este había expedido letras de cambio contra el gobierno por \$19,500, el 18 de marzo. El 21, como gobernador, autorizó al recaudador de San Pedro a cobrar los impuestos del gobierno. Para sopesar su insensatez hay que recordar que recibió el comunicado de Kearny el 11 de marzo. (15) En general, parece que ya Frémont se había dedicado, desde las semanas anteriores, a contraer deudas a nombre del gobierno del territorio y del Batallón de California. Posteriormente, tanto estos adeudos como los causados por las depredaciones de la guerra, fueron objeto de largos

procesos de ajuste con el gobierno norteamericano.

Evidentemente, Frémont no quería soltar el poder. Decidió visitar el norte. Acompañado por Jesús Pico y Jacob Dodson partió de Los Angeles el 22 de marzo. Llegó a Monterrey el 25. Bancroft opina que quería cerciorarse acerca de si la postura de Kearny se debía a nuevas órdenes de Washington, o si era una nueva etapa de su controversia con Stockton.<sup>(16)</sup> En cuanto llegó, Frémont visitó a Larkin, quien le concertó una entrevista con el general para el día siguiente. Esta reunión finalizó en pésimos términos porque Fremont objetó la presencia del coronel Mason, aunque se le explicó que era el sucesor de Kearny, designado por el gobierno. La actitud del antiguo explorador fue tan ofensiva, que Kearny le indicó se retirara y pensara si iba a obedecer la orden del 1º de marzo. Le dio tiempo para reflexionar.<sup>(17)</sup>

Días después, Richard Mason se dirigió a Los Angeles con una carta de Kearny en la que se le indicaba que las órdenes del coronel serían igual que si provinieran del general. Mason necesitaba los papeles y documentos del territorio que Frémont tenía en su poder. Este se negó a dárselos, arguyendo que en vista de que Kearny lo consideraba un usurpador, había enviado a Washington la papelería de marras.<sup>(18)</sup>

Cuentan que se suscitaron agrias discusiones entre Mason y Frémont y que este último retó a duelo al primero. El encuentro lo impidió Kearny, ya casi en la escena del desafío.<sup>(19)</sup> Durante este viaje al sur, el general promovió otra plática con Frémont, que resultó tan tormentosa como de costumbre. Este entregó a Kearny una nota, que posteriormente resulto fatal por lo comprometedor, en la que declaraba su obediencia a Stockton y juraba que no se la daría al militar gobernador hasta que no arreglara sus diferencias con el comodoro. Todavía Kearny lo quiso proteger y le suplicó que destruyera ese escrito. Frémont se negó a hacerlo y permaneció en el sur de California.<sup>(20)</sup> Cuando Kearny partió para Missouri, el 31 de mayo de 1847, ordenó a Frémont le acompañara. Al llegar al fuerte Leavenworth, Kansas, hizo que le arrestaran por insubordinación y amotinamiento. Siguió un Consejo de Guerra muy difundido y en él se consideró que John Charles Frémont era culpable, por lo que se le degradó y echó del Ejército. Polk quiso darle un perdón por los servicios prestados pero el ex-explorador, furioso, no lo aceptó y presentó su dimisión.<sup>(21)</sup>

Stephen Watts Kearny, el general católico que quería llevar las cosas por la paz con los californios, borrar las malas impresiones dejadas por Gillespie y Stockton, fue enviado a México, a la guerra. Murió allí de disentería en 1848.

Mason quedó en el territorio como gobernador. Todavía ese suelo no era

legalmente norteamericano. Su desempeño, al igual que el de su predecesor y de Bennet Riley, que lo sucedió unos meses, se caracterizó por su sentido de la ecuanimidad y la justicia. También se había propuesto "desfacer" los entuertos de otras autoridades anglosajonas, a las que nos referimos en el párrafo anterior. Las mencionadas instrucciones de Washington, decían que se conservara la estructura de la administración mexicana mientras se definía la situación del territorio. Por lo tanto, los alcaldes californianos continuaron en sus puestos. En lugares donde predominaban los extranjeros y el alcalde también era anglo, se daban versiones muy peculiares de aplicación de las leyes mexicanas.<sup>(22)</sup> Por lo pronto, se respetó la religión de los californios. Kearny era católico pero Mason, no. El fue quien aconsejó que no se celebraran matrimonios civiles cuando uno de los contrayentes fuera miembro de esa congregación. Así mismo, la propiedad de la Iglesia Romana fue protegida y esto desvaneció uno de los mayores temores que tenían los californios respecto a los Estados Unidos.<sup>(23)</sup>

También los gobernadores militares se distinguieron por su acercamiento social a los antiguos habitantes de la provincia conquistada. El mismo Frémont trató de congraciarse con ellos entre enero y mayo de 1847, cuando fue pseudo-gobernador. Mason elogió a los hispanos por haber resistido a los "Osos" y con frecuencia visitaba a los más prominentes.

La deferencia hacia los antiguos dueños de California se notó muy claramente en abril de 1847, cuando el general Stephen Kearny nombró a D. Mariano Guadalupe Vallejo y al naturalizado mexicano Juan Suter, subagentes para enfrentarse a los indios salvajes en dos distritos del norte, respectivamente, el de Sonoma y el que abarcaba la zona entre los ríos Sacramento y San Joaquín. Los dos designados eran expertos en el trato con los indios. Las personas más idóneas para el puesto.<sup>(24)</sup> Los indígenas habían aprovechado el desquicio producido por la invasión norteamericana para incursionar en el territorio de California a realizar matanzas, robos de caballos y todo tipo de depredaciones. Algunos eran nativos de ese suelo pero, los Walla-Walla, por ejemplo, llegaban de Oregon y otras tribus procedían de regiones colindantes. Ya en la primera mitad de ese 1846, el gobernador Pío Pico había tomado medidas para protegerse de los ataques pielesrojas. Igual hicieron los militares estadounidenses, cuando ocuparon esas tierras. Hubo grupos de indios que pelearon en la guerra, tanto del lado mexicano como del yanqui. Bancroft mencionó que también a los indios les robaban caballos algunos colonos y que abusaban de ellos en diversas formas. Estos incidentes eran los que, muy a menudo, provocaban la violencia.<sup>(25)</sup>

En abril de 1847, además de que los indios habían incrementado sus asal-



tos, comenzó a correr el rumor de que el general Anastasio Bustamante -que era jefe de la División de Occidente que comprendía los departamentos de Sonora, Sinaloa y Californias, según nos informa José Matías Moreno<sup>(26)</sup> y al que Bancroft da el título de Comandante del departamento occidental de Guadalajara- se dirigía a reconquistar la Alta California. Bancroft supuso que el capitán Moreno (¿José Matías?) y otros refugiados que volvían de Sonora llevaron esa noticia que se completaba con el rumor de que Joseph Ives Limantour había depositado artillería en la frontera. Efectivamente, tras el informe que Bustamante recibió de los triunfos de los rebeldes californios encabezados por Flores, se aprestó a enviar refuerzos. Envió una carta al general José María Flores felicitándolo por sus triunfos. Paradójicamente, está fechada el 4 de febrero, día en que Flores, derrotado, apareció en Altar. Las negociaciones con Limantour iban por buen camino, como lo demuestra otra misiva que el general Bustamante envió desde Guadalajara a Limantour, quien se hallaba en Acapulco, con fecha de 18 de enero de 1847. Le suplicaba diera a Flores, a quien suponía en Los Angeles, resistiendo a los yanquis, además de las armas y municiones objeto de su contrato con el gobierno de México, lo que encontrara en Acapulco de la fallida expedición a California.<sup>(29)</sup>

Los rumores que corrían en abril de 1847 por esa región, se completaban con la especie de que les habían mandado mensajes a los californios más prominentes para que se unieran a la pretendida reconquista. No especifican nombres y aunque se consideraba que podía ser una falsa alarma, Stockton hizo vigilar la costa por un navío y Kearny reforzó las fortificaciones de Los Angeles, envió vigías a la ruta del río Colorado y en las carreras de Santa Ana multiplicó la protección militar porque era un sitio propicio para que se iniciara un levantamiento, dada la enorme cantidad de gente que asistía al espectáculo. Bancroft opina que Bustamante realmente preparaba una invasión y que la propalación de sus intenciones y las defensas norteamericanas reforzadas frustraron sus planes.<sup>(30)</sup> Lo cierto es que las noticias viajaban muy despacio en aquellos días. Bustamante se enteró, tardíamente de la derrota de Flores. Los norteamericanos de California se enteraron del proyecto de contraataque de Bustamante con una demora de casi tres meses. El general mexicano hacía sus preparativos en enero de 1847 y los yanquis tendían sus defensas en abril del mismo año cuando, seguramente por las circunstancias del propio suelo de México, su gobierno estaba totalmente inmerso en su propia protección ante la amenaza de la invasión de Estados Unidos. Esto debió mantener muy atareados a todos los soldados y oficiales, como nos relató José Matías Moreno (ver p. 171) que no volvió a Alta California sino que se quedó formando un batallón de

defensores en Baja California, como se vio antes. De modo que el capitán Moreno al que se refiere Bancroft en las líneas anteriores, como portador de la noticia de la reconquista de Bustamante, tampoco pudo ser él porque permaneció en Tepic hasta el 16 de junio.

Mason mantuvo al ejército fuera de los negocios civiles, excepto para salvaguardar las formas del nuevo gobierno. Únicamente se establecieron, como novedad, los juicios con jurados y las elecciones de funcionarios municipales. El capitán Henry W. Halleck, secretario de estado del ejército, iba por el antiguo burócrata mexicano y le preguntaba si quería continuar en su puesto. Sólo cuando se le rechazaba, buscaba a otra persona. Su meta era mantener el equilibrio entre los empleados gubernamentales yanquis y mexicanos. Trataba de evitar el favoritismo y en casos como el de Santa Bárbara, entregó los cargos a los Carrillo y a los De la Guerra, que habían sido hostiles a las fuerzas norteamericanas, por su importancia en la comunidad. De manera que la administración militar, de 1847 a 1849, tuvo un rostro cosmopolita. Ciento setenta y cuatro de sus miembros fueron norteamericanos o británicos; cinco, de otras partes de Europa y cuarenta y ocho, mexicanos o californios.<sup>(31)</sup> De esta manera, se trabajaba a favor de la pacificación del territorio.

La guerra había dañado a California. Mucha de su riqueza agropecuaria había sido destruída: cosechas quemadas, ganado robado o confiscado. Surgieron las demandas de los que habían sido despojados, principalmente, por los antiguos "Osos" del Batallón de California.

Hubo cuatro tipos de reclamaciones: 1) La propiedad que los miembros del Batallón de California habían tomado para abastecerse y debilitar al enemigo, antes de la entrada oficial de Estados Unidos en la conquista de este territorio. No era una suma muy grande. 2) Después de que se izó la bandera yanqui, hubo una rapiña indiscriminada en los distritos del centro y del norte, efectuada, sobre todo, por los integrantes del batallón antes mencionado, durante el otoño de 1846. Las víctimas, tanto nativos como extranjeros, suponían que les pagaría el gobierno estadounidense. 3) El dinero que se prestó a Frémont durante su gestión, más que nada en el sur, y por comerciantes que cargaron altas tasas de interés y que tenían sus créditos debidamente documentados y firmados y 4) La paga que se debía a los voluntarios.

La existencia de estas deudas se convirtió en el factor de mayor descontento y en el más grande obstáculo para la tranquilidad del territorio.<sup>(32)</sup> El gobernador Mason, Larkin y otros insistían en que se liquidaran esas cuentas. El mismo Frémont presentó un memorandum, en febrero de 1848, acerca del caso,

tos sonoreños y los de los indios y la desaparición del cañón -que había sido enterrado y se encontró diez años más tarde-. ¿Sería don Pío el caudillo que necesitaban los californios y cuyo surgimiento temía Mason? Difícilmente, porque sus compatriotas no respondieron a sus llamados de 1846. Su regreso era para reasumir la gubernatura del departamento, en vista de que ya se había firmado el armisticio. Esa era su disparatada pretensión. Volver a su puesto para implantar en las ciudades del territorio los beneficios del tratado de Guadalupe Hidalgo -Mason no estaba enterado de la ratificación pero Pico, sí-. Escribió una carta al gobernador militar indicándole le agradecería toda la ayuda que le diera para establecer los acuerdos de las capitulaciones de paz. Mason recibió la misiva el 3 de agosto y, de inmediato, ordenó al coronel Jonathan D. Stevenson, comandante del sur, que arrestara a Pico, lo encerrara en Los Angeles y lo aislara de los demás mexicanos.<sup>(41)</sup> Esta última medida era para impedir que se pusiera de acuerdo con algunos de los beneficiarios de sus últimas concesiones de tierras.

Como sea, el levantamiento de don Pío sólo duró un día. Había surgido en una cantina de Los Angeles y su encierro, en las habitaciones de Stevenson, duró únicamente una semana. Se consideró que Pico había sido víctima de gente mal intencionada que lo había embaucado y sugestionado. Después del ridículo episodio se retiró a su rancho donde todavía vivió y trabajó muchos años.<sup>(42)</sup>

Se informó en el capítulo 1 del movimiento comercial durante los años de transición de un país a otro. Ahí se comentó el crecimiento de San Francisco que para 1847-48 llegó a ser el primer puerto del Pacífico. Atracaron en él, 85 barcos mercantes entre abril de 1847 y abril de 1848. En Monterrey, sólo 67 entre septiembre de 1847 y octubre de 1848. En toda California se cobraron, durante ese periodo, \$120,000 por derechos aduanales. Larkin, convertido en agente naval oficial, escribió a su gobierno, en agosto de 1847, que el comercio del territorio se había triplicado en un año. Agregaba que los antiguos mercaderes de Boston se retiraron y dejaron su puesto a naves de las islas Sandwich (Hawai), América del Sur y de otras partes de Estados Unidos.<sup>(43)</sup> Los puertos siguieron siendo considerados mexicanos hasta agosto de 1848. Conservaron su antiguo reglamento y los mismos vistas. Por ejemplo, en San Diego continuaron siéndolo Pedro C. Carrillo y Santiago Argüello. En los anales correspondientes a los años 1846-1848 aparece la llegada del primer vapor a California.

El 7 de agosto de 1848, Mason dio a conocer el ingreso del territorio a la Unión. El Presidente James Polk también anunció, en su mensaje del 6 de julio de 1848, que California y Nuevo México ya pertenecían a Estados Unidos y que cesaba de existir el gobierno militar temporal de esas provincias. Pero no se

pero su disputa con Mason retrasó la solución del asunto durante más de cuatro años. Aunque se pensaba quedaría solucionado para abril de 1847, no volvió a discutirse sino hasta 1852. Se pagaron algunas deudas; con reducciones, en 1855. Por ejemplo, a Mariano G. Vallejo, de \$117,875 sólo le dieron \$48,700 y así por el estilo a los demás. Se les hicieron descuentos similares. (33)

La revisión y aprobación o rechazo de las reclamaciones de los californios continuó hasta abril de 1860, cuando un comité del Senado indicó que no se seguirían aceptando ni discutiendo. Bancroft pensaba que se pagaron deudas espurias y que se dejó de pagar a varios perjudicados. De todas formas, esta situación causaba mucha inquietud en la comarca. (34)

En algunas comunidades seguían predominando los antiguos californios y allí seguían imponiendo su ley, su influencia. Pero a los mexicanos les resultaba difícil hacer que los yanquis aceptaran su autoridad. Si arrestaban a alguno que estuviera perturbando el orden público, sus amigos lo iban a sacar de la cárcel. (35)

El descubrimiento del oro en California, en febrero de 1848, diezaba las filas del ejército. Pitt menciona que, en un momento de 1849, la fuerza militar consistía en el comandante y su cocinero. Comenzaban a ocurrir fuertes desórdenes y no se contaba con elementos para controlar a la población.

A principios de 1848 hubo movimientos sospechosos de algunos sonoreños. Se les metió en prisión y luego se les dio libertad bajo fianza de \$5,000 dólares. (36) El 5 de abril de ese año desapareció del barco *Elizabeth*, que se hallaba en reparación en Santa Bárbara, un cañón. (37) La administración militar decidió imponer multas a toda la población para ver si así aparecía. Esto disgustó a los barbarinos. (38) Ese mismo mes y en la misma ciudad hubo disturbios causados por los indios. (39)

Posiblemente, esos problemas menores hicieron que Mason pidiera al Adj. (*sic*), en carta del 10 de junio de 1848, que le enviara caballería para vigilar a los indios y a los reclamantes: "El país continúa tranquilo y pienso que así permanecerá, a pesar de que a la gente le disguste el cambio de bandera, aunque se diga o escriba lo que se quiera para contradecir esta realidad, en la parte sur se sublevarían de inmediato si a México le fuera posible enviar únicamente una pequeña fuerza; sólo los mantiene en calma la falta de un líder adecuado y de un lugar donde reunirse." Bancroft juzgaba que Mason había exagerado en esa misiva. (40)

Pero, pocos días después de ser escrita, apareció en California Pío Pico, el antiguo gobernador. Posteriormente, se relacionó su llegada con los movimien-

hizo nada en concreto y cuando terminó el periodo de sesiones del Congreso, en agosto de ese año, California continuaba sin tener gobierno civil. La falta de un acuerdo se debió al candente problema de la esclavitud. Por el compromiso de 1820, se estipuló que todo el territorio al norte de los 36° 30' Norte sería siempre libre y que al sur de esta línea podría existir la esclavitud. Pero también decía el documento que todo el territorio al oeste del Mississippi sería libre. Por eso no lograban ponerse de acuerdo los congresistas. (45)

El Congreso reanudó sus sesiones en diciembre de 1848. Polk insistió en la necesidad de un gobierno civil para sus nuevas propiedades. Pero el 4 de marzo de 1849 volvió a terminar sus sesiones el Senado sin que California tuviera un gobierno civil. (46) Los militares continuaron gobernando hasta abril de ese año. En noviembre se votó la constitución del territorio y en septiembre de 1850 quedó integrado como Estado, gracias a su impresionante crecimiento demográfico, producido por el auge del oro que llevó a miles de aventureros, principalmente anglosajones, a la región. Ahora sí, ya eran mayoría. Ellos se encargarían de someter y rebajar a los antiguos pobladores. Impondrían la dureza que habían evitado los militares, empeñados en realizar la transición de un gobierno a otro en la forma menos penosa para los californianos. (47)

Con los gobiernos civiles comenzaron los despojos de tierras. Sobre todo en el norte de la región y cuando se suponía que contenían oro. Las invadían vandálicamente. Después vino una Ley Agraria, en 1851, que ignoró las garantías del tratado de Guadalupe Hidalgo, hacia los antiguos propietarios, y condujo a largos y costosos litigios para que los dueños demostraran la legalidad de sus títulos, anteriores a 1846. Las audiencias se realizaban en inglés y los mexicanos, que sólo hablaban español en muchos casos, perdieron la mayor parte de sus haciendas. También sufrieron actos de terrorismo, como incendios en sus cosechas o amenazas físicas. Acababan vendiendo al precio que les dieran. (48) Antes de 1860, los hispanos eran dueños de casi toda la tierra; para la década de 1870 poseían únicamente la cuarta parte y para la de 1880 ya casi no tenían nada. (49)

En 1850 se estableció un exorbitante impuesto para los mineros que se consideraran "extranjeros". Como los californios no se distinguían de los mexicanos, chilenos o peruanos, fueron víctimas de esta exacción que consistía en permisos de \$20 dólares mensuales -luego lo rebajaron a \$16-. (50) Probablemente, surgió la dificultad porque los californios, sobre todo los del sur, fueron quienes obtuvieron mayores beneficios de la extracción del metal aureo, durante el primer año que siguió a su descubrimiento en el río de los Americanos. Luego,

preferieron abandonar las excavaciones que pagar el impuesto. Después de todo ¿no era esa su tierra? ¿no eran los anglosajones los recién llegados? Estos mineros del sur eran consumidores y daban vida al comercio de la región, por lo que su retorno a casa convirtió a muchas poblaciones prósperas en pueblos fantasmas, de la noche a la mañana. (51)

Las arbitrariedades se acentuaron. Aparecieron las bandas de vigilantes que hacían "justicia", menudeaban los linchamientos, al grado de que los californios llamaban "linchocracia" a la democracia. Las mujeres hispanas eran vejadas y violadas. (52) Para algunos californianos esta era, de 1849 y la década de 1850, es una mancha en la historia del estado. Del "eden" anterior a la llegada de los norteamericanos, había pasado a ser uno de los lugares más violentos del planeta.

Junto con los abusos de los anglosajones, racistas por naturaleza, aparecieron los "bandidos" mexicanos, como el legendario Joaquín Murrieta, y, más adelante, Tiburcio Vázquez, Pancho Daniel, Juan Flores y otros. Sin duda entran en la categoría de "rebeldes primitivos" estudiada por Eric Hobsbawm, quien incluye a estos personajes en su libro *Bandidos*. Este tipo de movimientos sociales arcaicos o primitivos "constituyen una forma de protesta social organizada, acaso la más primitiva que conocemos." (53)

Para Hobsbawm, los "bandidos", que siempre surgían del medio rural, eran gente prepolítica que todavía no encontraba un lenguaje específico para expresar sus aspiraciones durante el proceso de adaptación a formas de vida más modernas. (54) Además, los bandidos californios se ajustan a la semblanza que Hobsbawm hace de ellos "Son héroes para su gente porque realizan lo que ellos no pueden hacer. Su pueblo los protege y los admira, cuentan con la defensa local. Generalmente, han sido jóvenes solteros o sin compromisos familiares. Se dice que quitan al rico para dar al pobre, como su máximo arquetipo, Robin Hood. Carecen de una ideología y no son capaces de formar una organización guerrillera eficiente. Si lo hicieran, pasarían a otra categoría." (55) Los casos estudiados son muy similares y se extienden en periodos tan alejados como la segunda mitad de los siglos XVIII y XX y en lugares del mundo totalmente inconexos entre sí, como Sicilia y Brasil, Ucrania y México, Colombia y el Congo. (56) La afirmación del investigador inglés desmentiría el concepto que algunos tenían del bandidismo californiano, pues lo achacaban a la "innata depravación" de México o a que los californios eran amorales e infantiles. (57) Sus asaltos sólo eran la expresión de una protesta ante el despojo y depredación de que eran víctimas, sobre todo en el norte del estado que, por tener la desgracia de poseer

oro, presenci6 la mayor cantidad de hechos de sangre,. Violaciones, linchamientos, asaltos, incendios y dem6s. Pitt indica que los ranchos del norte se vieron diezmados -as6 se llama el cap6tulo V de su obra- mientras que el sur siempre permaneci6 m6s entero y, adem6s, m6s mexicanizado.

La cesi6n legal del territorio a Estados Unidos, tras esa cruenta guerra, en la que se ocup6 la casi totalidad del suelo de la rep6blica, condujo a situaciones desesperadas tales que Pablo de la Guerra, en 1856, conden6 la Ley Agraria estadounidense para California ,<sup>(58)</sup> ante el senado estatal con estas palabras: ¿Qui6nes son los demandantes? Son los conquistados postrados ante los conquistadores pidiendo su protecci6n para las pocas cosas que...les han dejado...vendidos como tajadas de carne...abandonados y vendidos por M6xico. Son extranjeros en su propio pa6s..."<sup>(59)</sup>

De la Guerra no se daba cuenta de que M6xico hab6a "vendido" como "vendieron" muchos propietarios californianos, tras amenazas, violencia, destrucci6n... es decir, "voluntariamente".

El gobierno mexicano tampoco se desentendi6 de la suerte de los californios que hab6an quedado en el territorio obligadamente cedido. Con fecha de 19 de octubre de 1849, Luis de la Rosa, ministro de M6xico ante el gobierno de Washington, envi6 al Secretario de Estado norteamericano, John Clayton, una carta en la que le se6alaba los atentados que sufr6an los mexicanos en Alta California. Se les persegu6a en la regi6n donde hab6a placeres de oro. Se les robaba, ultrajaba y obligaba a salir del territorio. Esto contraven6a lo acordado en el Tratado de Guadalupe Hidalgo. Adem6s de protestar por la situaci6n, le indicaba que hab6a girado instrucciones al vicec6nsul mexicano en Alta California para que auxiliara a sus connacionales y le indicaba que Estados Unidos ser6a responsable por las p6rdidas y perjuicios, de toda clase, que hubieran sufrido o sufrieran los mexicanos en el futuro, a consecuencia de la violenta persecuci6n de la que hab6an sido objeto en ese territorio. Esperaba que el gobierno estadounidense tomara medidas para impedir esa violencia.<sup>(60)</sup> Pocos d6as despu6s, De la Rosa tambi6n escribi6 al c6nsul mexicano en San Francisco, recomend6ndole que protegiera a sus compatriotas de California, pues se sab6a que eran objeto de toda clase de vejaciones.<sup>(61)</sup> Al mismo tiempo, el secretario de Relaciones de M6xico, preocupado, pidi6 que se hicieran averiguaciones y se informara a los mexicanos de California que pod6an presentar sus quejas ante el c6nsul , porque se estaba violando flagrantemente lo acordado en Guadalupe Hidalgo. As6 mismo, solicit6 a los gobiernos de Sonora y Sinaloa que recibieran a los que quisieran regresar de M6xico y que les otorgaran, a cr6dito, terrenos

baldíos. El gobierno central se encargaría de indemnizarlos, si los gobiernos de esos estados no podían hacerlo.

John Clayton, el secretario de estado norteamericano, contestó a De la Rosa diciendo que los cargos eran vagos, que los mexicanos debían presentarlos a las autoridades locales y que Washington sólo atendería los casos no resueltos. Atribuyó lo sucedido al caos reinante y reiteró la intención norteamericana de cumplir con el Tratado. (62)

Evidentemente, el control del territorio se le había ido de las manos al gobierno federal de Estados Unidos. Esta situación se reflejaba en la preocupación por hallarle un gobierno a la entidad y en la rapidez con que lo convirtieron en estado. El desorden aportado por los malvivientes que iban a buscar oro y los "servicios" que éstos requerían: juego, alcohol, prostitución y demás, convirtieron a California en un lugar muy peligroso. Era muy sencillo para Clayton lavarse las manos y referir los problemas a las autoridades locales que, en múltiples ocasiones, estaban inermes. En otras, simplemente discriminaban a los "greasers" (63) o "cholos" (64); incapaces de presentar sus reclamaciones por desconocer el idioma de sus conquistadores. Las gavillas de delincuentes los linchaban, robaban y expulsaban, impunemente. Allí valía la ley de la selva.

Pero, a pesar de todo, los mexicanos siguieron atados a esa tierra. Algunos quedaron en el territorio amputado. Otros, siguieron regresando a California, recurrentemente, a pesar de las deportaciones, discriminaciones y malos tratos, en general. En el orden humano, los mexicanos jamás abandonaron ese suelo. Al contrario. Cada día lo ocupan más de ellos y sus descendientes. Parecería que era cierto aquello de que la Providencia lo había destinado para morada de este pueblo y que eso quedó impreso en su código genético a tal grado que, en poco tiempo, podrá decirse -haciendo a un lado las divisiones políticas- que nuevamente Hispanoamérica comienza en el paralelo cuarenta y dos grados latitud norte.

México, D. F. junio de 1989.



NOTAS TEXTUALES Y DE APOYO.

Epílogo.

- 1) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. pp. 590, 591.
- 2) *Ibidem.* p. 433.
- 3) *Ibidem.* p. 434.
- 4) *Ibidem.* p. 428.
- 5) *Ibidem.* p. 438.
- 6) *Ibidem.* pp. 436, 437.
- 7) PITT. *Op. cit.* p. 37.
- 8) BANCROFT. *Op. cit.* pp. 439, 440.
- 9) *Ibidem.* p. 426.
- 10) *Ibidem.* p. 434.
- 11) *Ibidem.* p. 440.
- 12) *Ibidem.* p. 442.
- 13) *Ibidem.* p. 441.
- 14) BROWN E. *Op. cit.* p. 59.
- 15) BANCROFT. *Op. cit.* p. 441.
- 16) *Ibidem.* pp. 442, 443.
- 17) *Ibidem.* p. 443.
- 18) BROWN E. *Op. cit.* p. 59.
- 19) NEVIN. *Op. cit.* p. 119.
- 20) BROWN E. *Op. cit.* p. 59.
- 21) NEVIN. *Op. cit.* p. 119.
- 22) BANCROFT. *Op. cit.* p. 409.
- 23) PITT. *Op. cit.* pp. 37, 38.
- 24) BANCROFT. *Op. cit.* p. 568.
- 25) *Ibidem.* pp. 567 a 569.
- 26) MORENO, José Matías. *Relato de la intervención... Loc. cit.* en AGNM. Ramo: G. Caja 315. DHBC. p. 4.
- 27) BANCROFT. *Op. cit.* p. 409.
- 28) *Ibidem.* p. 410.
- 29) BAZANT, Jan. "Joseph Ives Limantour y su aventura californiana" en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, núm. 109. vol. XXVIII-núm. 1, julio-septiembre, 1978. p. 52.  
Hace referencia a la carta del general Anastasio Bustamante a Joseph

Ives Limantour, un emigrante francés que llegó a México y a California después de la Independencia para hacer una fortuna. Parece que, principalmente, se dedicaba al tráfico de armas. En pago le dieron terrenos en California mexicana, que luego perdió cuando invadieron los norteamericanos. Sus propiedades estaban en San Francisco, ciudad y bahía. Evidentemente, en este caso, la colocación de armanento para ayudar a los californios le resultaba personalmente importante. Carta de Bustamante del 18 de enero de 1847 está tomada de UT, LAC/WBS, 10.

- 30) BANCROFT. *Op. cit.* vol. V. p. 449.
- 31) PITT. *Op. cit.* pp. 28, 29.
- 32) BANCROFT. *Op. cit.* pp. 462 a 464.
- 33) *Ibidem.* p. 467.
- 34) *Ibidem.* p. 468.
- 35) PITT. *Op. cit.* pp. 41, 42.
- 36) BANCROFT. *Op. cit.* p. 585.
- 37) *Ibidem.* p. 586.
- 38) *Ibidem.* p. 587.
- 39) *Ibidem.* p. 586.
- 40) *Ibidem.* p. 583.
- 41) *Ibidem.* pp. 589, 590.
- 42) PITT. *Op. cit.* p. 35.
- 43) BANCROFT. *Op. cit.* p. 571.
- 44) *Ibidem.* p. 575.
- 45) *Ibidem.* p. 598, 599.
- 46) *Ibidem.* p. 601.
- 47) PITT. *Op. cit.* p. 47.
- 48) ACUÑA. *Op. cit.* pp. 134, 135.
- 49) *Ibidem.* p. 136.
- 50) PITT. *Op. cit.* p. 60.
- 51) *Ibidem.* p. 62.
- 52) ACUÑA. *Op. cit.* p. 139.
- 53) HOBBSAWM, Eric. *Rebeldes Primitivos.* Barcelona, Editorial Ariel, 1983.  
p. 27.
- 54) *Ibidem.* pp. 11, 12.
- 55) *Ibidem.* pp. 28, 45.
- 56) *Ibidem.* p. 28.

- 57) PITT. *Op.cit.* p. 75.
- 58) La Ley Agraria de 1851 dispuso que una comisión de tres personas estudiará la veracidad de los títulos de propiedad dados en California. Cuando no se estaba de acuerdo con su veredicto, podía acudirse a la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos y los litigios se hacían interminables. Durante el proceso caían invasores sobre las tierras ociosas, en litigio. Como eran estadounidenses, posteriormente era casi imposible sacarlos.
- 59) ACUÑA. *Op. cit.* p. 138.
- 60) MOYANO. *Op. cit.* pp. 328, 329.
- 61) *Ibidem.* p. 190.
- 62) *Ibidem.* p. 190.
- 63) "Greaser" significa, literalmente, grasiento. Es un término despectivo que se aplica a los mestizos, mexicanos o hispanoparlantes, según Pitt. Probablemente se originó durante la guerra del '47 en los campamentos de los soldados norteamericanos. En California, los "californios" y "neófitos" aplicaron la palabra a los gambusinos desarraigados de 1849.
- 64) "Cholo" es una palabra de empleo corriente en Perú, de donde llegaban muchos emigrantes a California, probablemente por hallarse en el mismo litoral. En el país de Sudamérica se aplica despectivamente a los indios. También tiene un sentido despectivo en California y se utiliza como sinónimo de bribón, mestizo o sirviente. Hacia 1830, según Pitt, significaba "bribón mexicano", "mestizo mexicano" y expresiones similares.

## CONCLUSIONES.

México perdió la porción más lejana de su territorio en 1846-1848, debido a la conjunción de una serie de circunstancias muy adversas.

Después de su independencia de España, atravesó por un periodo de más de cincuenta años de inestabilidad política. Esto produjo un desajuste económico con el que era muy difícil atender los problemas de las fronteras más remotas y despobladas. No contaba con los medios necesarios para instrumentar un programa permanente de colonización. No tenía suficientes habitantes en sus zonas centrales. A estos no les interesaba aventurarse por regiones donde se escenificaban frecuentes incursiones de indios bravos. El envío de extranjeros había producido resultados desastrosos en Texas. La rebelión de este departamento creó una verdadera obsesión en los gobiernos mexicanos, a partir de 1836. No quisieron reconocer la independencia texana, que pudo transformarse en protectorado inglés o francés y, de esta manera, servir de parapeto a los ambiciosos vecinos anglosajones. Cuando Herrera quiso manejar esta situación, para no perder más territorio, se lo impidió el golpe del general Paredes Arrillaga, que prefería ir a una guerra en la que sabía de antemano que sería vencido.

Inglaterra, la potencia más grande de la época, y Francia, principalmente, eran las que presionaban para que México reconociera la independencia de Texas y se evitara problemas posteriores. Veían con malos ojos el expansionismo norteamericano. Iban a ayudar. Pero cuando vieron que no se prestaba atención a sus recomendaciones, dieron un paso atrás y dejaron que los mexicanos se las arreglaran solos, como mejor pudieran, en aquél conflicto. Las demás naciones europeas también se mantuvieron a la expectativa.

Los Estados Unidos eran un país en crecimiento y estaban decididos a recurrir a cualquier método con tal de expandir su nación: intrigas, cohechos, entrada de ilegales, compra, guerra, lo que fuera, con tal de añadir kilómetros a su territorio. Aunque tampoco contaban con muchos millones de habitantes para poblar las comarcas que codiciaban, abrieron la puerta a la paupérrima inmigración europea para producir una presión demográfica.

El exitoso nacimiento de este estado lo convirtió en el modelo a imitar por otras naciones recién independizadas del continente americano. Por eso, todas quisieron ser repúblicas federales, a pesar de los sabios consejos de diversos intelectuales criollos. La federación desunió a los hispanos. No conocían la libertad política y no la supieron manejar, en un principio.

Esta primera aceptación y copia de su sistema, puso en bandeja de plata para los Estados Unidos, un continente débil. Entonces, emitió su Doctrina Monroe, un manifiesto en el que declaró, entre otras cosas, que las potencias europeas no debían entrar más en el continente americano y que en él no era recomendable el sistema monárquico. Los conceptos se articularon en un mensaje diplomático, propicio para que se haya interpretado -y se siga interpretando- su texto en la forma más conveniente, según cada momento específico.

Las querellas internas de las recién nacidas repúblicas hispanoamericanas hicieron crecer los colmillos del lobo expansionista anglosajón. A ese vago conglomerado de sentimientos se le bautizó con el nombre de Destino Manifiesto -o Revelado-. Una de sus víctimas sería la Nueva o Alta California.

Las dificultades mexicanas se reflejaban en este departamento. Señalaremos que este periodo de asonadas, militarismo, excesivo gasto en ejército y demás, se presentó a lo largo de toda Iberoamérica en esa primera mitad del siglo XIX, después de las respectivas independencias. Se podría considerar que fue el "noviciado" que tuvieron que pagar para llegar a su madurez como países independientes, con un sistema propio. Hasta que punto han llegado... es harina de otro costal. Posiblemente lo habrían logrado de no haberlas estado acechando las potencias decimonónicas para aprovecharse de su inexperiencia.

En el caso concreto de California, se buscaba su comercio, comprar su materia prima, venderle toda clase de cosas, aprovechar sus costas como trampolín para Asia. Sobre todo, les interesaba la bahía de San Francisco, una de las mejores del mundo. Incluso, ofrecieron comprarla o rentarla. Sería un Hong Kong americano. Cabe pensar lo que habría sido de este excelente fondeadero sin el descubrimiento del oro, sin comunicaciones por tierra, alejado de los centros de producción fabril en un medio escasamente poblado. Seguramente, su crecimiento no habría sido tan acelerado.

En un principio, apareció el expansionismo hacia esa región como mera codicia porque, como dijeron distinguidos políticos norteamericanos, California era un elefante blanco. Pero utilizaron todos los medios para apoderarse de ella. La persuasión amistosa, para que se independizara y anexara a Estados Unidos. La amenaza velada en rebeliones como la de Graham o pretendidas invasiones como la del comodoro Jones. La entrada de ilegales que sobrepasaría numéricamente a los hispanos para repetir lo ocurrido en Texas y, finalmente, la invasión armada porque ninguno de los métodos anteriores había tenido éxito.

¿Podríamos decir que aquéllos fracasos se debieron al acendrado patrio-

implícita la discriminación racial.

Es evidente que jamás iban a entenderse, a menos que uno aceptara las ideas, la forma de vida y el sistema de valores del otro. Por eso, estallaron las rebeliones en California, a las primeras provocaciones. Después de la reconquista norteamericana, hubo paz porque los gobiernos militares actuaron con tacto. Pero, cuando partieron, recrudesció la animosidad y los anglos iniciaron su campaña de exterminio contra los mexicanos, a los que volverían a llamar en la década de 1870, cuando sopesaron las desventajas de la mano de obra china.

En la actualidad, los mexicanos constituyen la minoría étnica más poderosa y numerosa de ese estado norteamericano, el más rico y próspero de la Unión. Independientemente, se la considera la quinta a séptima economía del planeta. Cabría preguntarse qué papel ha jugado el elemento "chicano" en el progreso de California. Es evidente que allí necesitaban más población para que se explotaran plenamente sus posibilidades mineras y agropecuarias. Hasta la Segunda Guerra Mundial, únicamente contaba con las industrias cinematográfica y de aviación. Entonces, comenzó su despegue y en la actualidad tiene empresas electrónicas, de computación, de equipos de transporte y maquinaria de primera línea. La rama comercial se ha incrementado enormemente con el auge de la Cuenca del Pacífico.

De modo que las premoniciones del codicioso expansionista, James Knox Polk, comenzaron a hacerse realidad cien años después de haber sido concebidas. El expresó en su mensaje al Congreso de Estados Unidos, en 1848, que el territorio adquirido de México proporcionaría gran comercio marítimo con Asia, explotación de los minerales de oro y del ramo agropecuario, que convertirían a esa región en una de las más grandes de la tierra.\*

Le faltó añadir que con el trabajo de sus habitantes, muchos de los cuales, desde hace más de un siglo, han sido sus antiguos dueños: los mexicanos.

---

\*POLK. *Op.cit.* vol 1. pp. 460, 461.

## BIBLIOGRAFIA

### Archivo:

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION, México, México (AGNM). Galería 5. Ramo: Gobernación. Cajas 242 y 315.

### Libros y Revistas:

- ACUÑA, Rodolfo. *América ocupada*. México, Era, 1976. (primera edición en inglés de Harper y Row, 1972).
- ALAMAN, Lucas. *Historia de México*. México, Publicaciones Herreras, 1946.
- ALCARAZ, Ramón, Manuel Payno, Guillermo Prieto et al. *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. México, Tipografía de Manuel Payno, hijo. 1848.
- BANCROFT, Hubert Howe. *The Complete Works of Hubert Howe Bancroft*. San Francisco. The History Company Publishers, 1886. vols. XX, XXI y XXII correspondientes a los vols. III, IV y V de *History of California*.
- BAZANT, Jan. "Joseph Ives Limantour y su aventura californiana" en *Historia Mexicana*, 109. México. El Colegio de México, volumen XXVIII núm. 1. Julio-septiembre, 1978.
- BAZANT, Jan. *Historia de la deuda exterior de México*. México, El Colegio de México, 1968. 2a. ed. 1981.
- BEMIS, Samuel Flagg. *La diplomacia de los Estados Unidos en la América Latina. Antecedentes de la Doctrina Monroe*. México. Fondo de Cultura Económica, 1944.
- BOSCH GARCIA, Carlos. *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos*. México, UNAM, 1985. (Serie documental) vol. IV. -"De las reclamaciones, la guerra y la paz".
- BOSCH GARCIA, Carlos. *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos, 1819-1848*. México. Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985.
- BROWN EMPARAN, Madie. *The Vallejos of California*. San Francisco. The Gleeson Library Associates. University of San Francisco, 1968.
- BULNES, Francisco. *Las grandes mentiras de nuestra historia*. París-México. Librería de la Vda. de Ch. Bouret. 1904.
- BUSTAMANTE, Carlos María. *El nuevo Bernal Diaz del Castillo, o sea Historia de la invasión de los Anglo-Americanos en México* compuesta en 1847. México, Secretaría de Educación Pública, 1949.

tismo o nacionalismo de los californios? En aquellos tiempos se podía hablar poco de esta expresión. Comenzaba a surgir en Europa, a raíz de la Revolución Francesa y de las invasiones napoleónicas. PERO, EN América Hispana apenas se estaba formando el embrión de una conciencia nacional. No se podía pedir a los habitantes de regiones marginales y aisladas, como California, que tuvieran ese sentimiento, inexistente en las muy divididas sociedades cultas de las ciudades del sub-continente.

En efecto, toda esa etapa, entre 1820 y 1850, se destaca por la ambigüedad de pensamiento de muchos prohombres latinoamericanos. Un día eran católicos, otro masones, al mes siguiente federalistas y al año subsecuente centralistas. Fluctuaban entre el liberalismo y el conservadurismo. Entre el republicanismo y el monarquismo. Por otra parte, esa indecisión aún se ve, en la actualidad, en todas las sociedades en transición de un sistema a otro. A la nación que sale de una dictadura le cuesta hasta elegir a sus candidatos.

En los californios se observaba una natural confusión "política" y un saludable instinto de conservación. Sabían que, como estado independiente, no serían viables más que acogiéndose a la protección de alguna potencia y, en el fondo, todas deben haberles parecido muy voraces. Preferían seguir con México. Por lo menos, sabían manejarlo e imponerle condiciones, aunque no quisieran ni al Gobierno Central, ni a los de la "otra banda". También continuaba siendo fuerte el lazo étnico, cultural, religioso, histórico y lingüístico. Más valía el malo por conocido.

Por otra parte, a los norteamericanos no los aceptaban todos los sectores. Pasaban los que habían llegado primero, por mar, y se habían incorporado a la sociedad mexicana. Los otros, los que llegaban a caballo y en carretas por la montaña, eran totalmente distintos.

En la raíz del antagonismo hispano-anglosajón se encontraban las respectivas iglesias. Para ambas existía, como objetivo supremo de la vida, alcanzar la eternidad y el encuentro con la Divinidad. Unos lo buscaban haciendo caridades y buenas obras. Les habían enseñado a ser generosos y despilfarrados. en las celebraciones religiosas, excesivamente frecuentes. Aprendieron a ser fiesteros y gastadores.

Para los que llegaban, ese modo de vida era una herejía. A ellos les habían dicho que Dios señalaba a sus elegidos haciéndolos ricos por medio del trabajo y que la señal del "santo" se hallaba en el dinero que acumularan. Rechazaban las diversiones y el lujo, propios de los paganos. Ni siquiera aceptaban una inocente representación teatral. En su concepción del mundo iba



- CAUGHEY, John Walton. *California, a remarkable state life's history*. Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, Inc. 1970. 3a. ed.
- CAUGHEY, John Walton. *Hubert Howe Bancroft. Historian of the west*. New York, Russell & Russell, 1946. reimpresión 1970.
- CÉSPEDES, Guillermo. *América latina colonial hasta 1650*. México. Secretaría de Educación Pública. 1976.
- COLLIER ENCYCLOPEDIA. The Crowell Collier Publishing Co. impresa en Estados Unidos. 1963. (vols. 3 y 18).
- DE LA TORRE VILLAR, Ernesto. "México independiente. Organización constitucional y revolución" en *Historia Universal*, Barcelona, Salvat Editores, 1980. (12 tomos). Tomo 11.
- DICCIONARIO BÁSICO ESPASA, Madrid, Espasa Calpe, S.A. 1980. tomo III.
- DOBB, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid, siglo XXI, 1971. 15a. ed. en español. 1984.
- ENCYCLOPEDIA BRITANNICA, *The New* (British Encyclopedia), Chicago/London impresa en Estados Unidos. 1980. (15a. ed.) (Macropedias 3 y 13).
- ENGELS, Federico. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. México. Ediciones de Cultura Popular. 1a. ed., 1975. 2a. reimpresión, 1984.
- ESQUIVEL OBREGON, Toribio. *México y Los Estados Unidos ante el derecho internacional*. México. 1a. ed. Herrero Hnos. Suc., 1926, reeditado por Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones, 1985.
- FAY, James S., *California Almanac 1986-87*. Novato Cal. Presidio Press and Pacific Data Resources, 1987.
- FINK, Augusta. *Monterrey*. San Francisco. Chronicle Books, 1972.
- FUENTES DIAZ, Vicente. *La intervención norteamericana en México*. México. Imprenta Nuevo Mundo, 1947.
- GARCIA, Genaro. *El general Paredes y Arrillaga*. "Documentos inéditos o muy raros del archivo del General Paredes y Arrillaga" - Tomo XXXII. México, Editor Ignacio del Castillo. 1910.
- GOUGH, Barry M. "H.M.S. America on the North Pacific Coast" en *Oregon Historical Quarterly*, 70, December. 1979.
- GRINGOIRE, Pedro. *Los rollos de Qumram*. Mexico, Edamex, 1970.
- HALPERIN DONGHI, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid. Alianza Editoria, 1969. 10a. ed. en México, 1983.
- HOBBSAUM, Eric. J. *Rebeldes Primitivos*. Barcelona. Editorial Ariel, 1983.
- MATUTE, Alvaro. *Antología México en el siglo XIX. Fuentes e interpretaciones*

- históricas. México. UNAM. 1984.
- MORRIS, Richard. *Documentos fundamentales de la historia de los Estados Unidos de América*. México. Editorial Libreros Mexicanos Unidos, 1962.
- MOYANO PAHISSA, Angela. *México y Estados Unidos: orígenes de una relación, 1819-1861*. México. Secretaría de Educación Pública, 1987.
- NEVIN, David. *The Mexican War*. (Series of the Old West) Alexandria, Virginia. Time-Life Books, 1978.
- O'GORMAN, Edmundo. *Cuadro histórico de las divisiones territoriales de México*. México. Secretaría de Educación Pública. (193), 1948.
- OLAVARRÍA, Francisco, Vicente Riva Palacio et al. *México a través de los siglos*. México, Editorial Cumbre, S.A. 20a.ed. 1984. Tomo VIII.
- ORTEGA Y MEDINA, Juan. *Destino Manifiesto*. México. Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas), 1972.
- PITT, Leonard. *The Decline of the Californios*. Berkley-Los Angeles-London, University of California Press, 1971.
- POLK, James Knox. *Diario 1845-1848* (Traducido y recopilado de la edición completa de M.M. Quaipe por Luis Cabrera) México, Robledo, 1984. (2 volúmenes).
- PRICE, Glenn W. *Los orígenes de la guerra con México - La intriga Polk-Stockton*. (Traducción de Angela Müller). México. Fondo de Cultura Económica. Col. Popular) 1974. (1a. edición en inglés, 1967).
- PRIETO, Guillermo. *Memorias de mis tiempos*. París-México. Librería de la Vda. de C. Bouret. 1906 (2 vols.)
- RAMIREZ, José Fernando. *México durante su guerra con los Estados Unidos*. México. Imprenta Ignacio Cumplido. 1853.
- ROA BARCENA, José María. *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848) por un joven de entonces*. México. Porrúa. 1947.
- ROBINSON, Fayette. *California and its gold mines*. New York. Arno Press, 1973 (Antología) (El libro de Robinson, *California and its gold regions* se publicó en Nueva York en 1849 y éste es copia de una reimpresión hecha por la State Historical Society of Wisconsin Library).
- SALADO ALVAREZ, Victoriano. *Cómo perdimos California y salvamos Tehuantepec*. México. Editorial Jus. 1968.
- SOTO E., Miguel. "Los intereses particulares en la conquista de California" en *Anuario de Historia*, México, UNAM, 1983. (vol. XI).
- VALADÉS, José C. *Breve Historia de la guerra con Estados Unidos*. México. Patria. 1947.

- VARGAS REA, ed. *Papeles de las Californias*. México. Biblioteca de Aportación Histórica, 1944. núms. 2, 3 y 7.
- VAZQUEZ, Josefina Zoraida. "Los primeros tropiezos" en *Historia General de México*. México, El Colegio de México, 1976. Tercera edición (corregida) 1981. (tomo 2).
- VAZQUEZ, Josefina Zoraida. *Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del 47*. México. Ateneo. 2a. ed. 1977.
- VELASCO MARQUEZ, Jesús. *La opinión pública y la guerra del 47*. México. Secretaría de Educación Pública (Sepsetentas #196) 1975.
- VELAZQUEZ, María del Carmen. "Política hispana en la primera mitad del siglo XVIII" en *Historia de México*. Querétaro. Salvat Mexicana de Ediciones. 1986. (16 tomos). Tomo 9.
- WATKINS, T.H. *California: An Illustrated History*. New York. America Legacy Press (The Great West Series). 1a. ed. 1973. Edición puesta al día de 1983.
- WEBER, David. *Northern Mexico on the eve of U.S. invasion*. (Antología) New York. Arno Press. The New York Times Co. 1976. (Col. The Chicano Heritage).
- WEBER, David J. *La frontera norte de México, 1821-1846. El sudoeste norteamericano en su época mexicana*. (Traducción de Agustín Bárcena). México. Fondo de Cultura Económica. 1988. (1a. edición en inglés, 1982).
- WEBER, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México. Premiá Editora (Col. La red de Jonás). 1984. (5a. ed.).
- ZEA PRADO, Irene. *Gestión diplomática de Anthony Butler en México. 1829-1836*. México. Secretaría de Relaciones Exteriores. 1982.
- ZORRILLA, Luis G. *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos*. México. Porrúa. 1962 (2 vols.).